

SANTO TOMÁS DE AQUINO

G.K. CHESTERTON

Ed. original: *Hodder & Stoughton*, Londres, 1933



Santo Tomás de Aquino, por Ghirlandaio

Versión y notas de Juan Carlos de Pablos
Profesor Titular de Sociología
Universidad de Granada

www.chestertonblog.com
Agosto de 2014

SUMARIO

Chesterton y Santo Tomás de Aquino, por J.C. de Pablos	6
Pasión por la verdad	6
Filosofía del sentido común	10
Esta edición y el estilo de Chesterton	14
Chesterton y Santo Tomás, una relación particular	18
Breve cronología de Santo Tomás	24
Santo Tomás de Aquino, por G.K. Chesterton	28
Nota introductoria	28
1. Sobre dos frailes	31
1.1 Contrastes entre Santo Tomás y S. Francisco	31
1.2 Lo común en Santo Tomás y San Francisco	35
1.2.1 Santidad y sociedad	35
1.2.2 La reforma teológica de Santo Tomás y San Francisco	37
1.3 Algunas aportaciones de la doctrina de Santo Tomás	41
1.3.1 La introducción del realismo	41
1.3.2 Su doctrina es doctrina cristiana	43
1.4 La revolución de las órdenes mendicantes	53
1.4.1 La diferente consideración de Francisco y Domingo	53
2. El abad fugitivo	60
2.1 La época de Santo Tomás de Aquino	60
2.1.1 Un hombre verdaderamente internacional	60
2.1.2 Federico II Hohestaufen como símbolo de su tiempo	63
2.2 La familia de Tomás	66
2.2.1 Landulfo de Aquino y sus hijos	66
2.3 Las decisiones del joven Tomás de Aquino	69
2.3.1 Presentación de la figura de Tomás	69
3. La revolución aristotélica	76

3.1 El ambiente intelectual de la época	76
3.1.1 San Alberto Magno y la Universidad medieval	76
3.1.2 San Alberto reconoce a Santo Tomás	78
3.1.3 Santo Tomás y San Buenaventura	82
3.2 Defensa del aristotelismo	84
3.2.1 Presentación	84
3.2.2 Digresión sobre las revoluciones y el cambio social	85
3.2.3 La filosofía en la Edad Media	87
3.2.4 La recepción de Aristóteles a través de Oriente	91
3.2.5 El juicio sobre Aristóteles	94
3.3 Consecuencias del triunfo del aristotelismo	95
3.3.1 Humildad y actitud pre-científica	95
3.3.2 Controversia de la doble verdad	99
3.4 Conclusión: cómo manejar la discusión intelectual	102
4. Una meditación sobre los maniqueos	105
4.1 Tomás visita la corte de San Luis	105
4.2 El problema maniqueo	109
4.2.1 Santo Tomás en este contexto	109
4.2.2 Consideración de la naturaleza y ascetismo	110
4.2.3 El maniqueísmo a lo largo de la historia	113
4.2.4 El platonismo en la Edad Media	116
4.3 La actitud ortodoxa hacia la vida	118
4.3.1 El ‘optimismo’ de Santo Tomás	118
4.3.2 Comparación con otros sistemas de pensamiento	120
4.3 Conclusión: filosofía, teología y santidad	123
5. La vida real de Santo Tomás	127
5.1 Introducción: la santidad	127
5.2 Retrato humano de Santo Tomás	128
5.2.1 El aspecto físico	128
5.2.2 Retrato psicológico	129
5.2.3 El debate intelectual	132
5.3 La santidad de Santo Tomás	134
5.3.1 Su reserva y humildad	134
5.3.2 Virtudes juveniles	136
5.3.3 La castidad de Santo Tomás	138
5.3.4 Otros milagros en la vida de Santo Tomás	139

5.4 Otras cualidades de Santo Tomás	142
5.4.1 La lucidez teológica	142
5.4.2 La poesía de Santo Tomás	144
5.5 El final de su vida	145
6. Aproximación al tomismo	149
6.1 La filosofía de Santo Tomás, adecuada para el hombre de la calle	149
6.1.1 Sentido común y paradoja	149
6.1.2 La filosofía moderna se aleja del hombre corriente	150
6.2 Algunas dificultades previas	152
6.2.1 El problema del conocimiento	152
6.2.2 El ser y el ente: problemas de traducción	155
6.3 Estilo y método de Santo Tomás	156
6.3.1 El estilo de Santo Tomás	156
6.3.2 La lógica, método de Santo Tomás para llegar a la verdad	158
6.3.2 Forma y materia: la realidad de las cosas	161
7. La filosofía perenne	163
7.1 Santo Tomás, antropólogo y científico	163
7.1.1 Algunos defectos de los antropólogos	163
7.1.2 Planteamiento del problema	164
7.1.3 Avance de la respuesta tomista: la cadena del ser	166
7.2 La respuesta tomista sobre el problema del ser	168
7.2.1 El caos actual en la teoría del conocimiento	168
7.2.2 Principio de no contradicción, cambio y teoría del conocimiento	170
7.2.3 Acto y potencia: el ser en plenitud	172
7.2.4 El problema del origen del mundo y la existencia de Dios	173
7.3 Otros problemas filosóficos	177
7.3.1 El nominalismo. Evolución e intencionalidad	177
7.3.2 Tres problemas metafísicos	180
7.4 Conclusión: el encuentro con la realidad	182
8. La sucesión de Santo Tomás	184
8.1 Realidad y conocimiento	184

8.1.1 El estilo de Santo Tomás: poesía y sobriedad	184
8.1.2 Realidad, objetividad, y fecundidad	185
8.2 Una filosofía operativa	187
8.2.1 Una filosofía del sentido común	187
8.2.2 Algunas cuestiones sociales	189
8.3 La reacción al tomismo	191
8.3.1 La deficiente continuidad escolástica	191
8.3.2 La contrarrevolución de Martín Lutero	193
8.4 El renacer del tomismo	197

PRESENTACIÓN

CHESTERTON Y SANTO TOMÁS DE
AQUINO

Nadie entenderá la filosofía tomista –ni de hecho la filosofía católica- sin percatarse de que su elemento primario y fundamental es absolutamente la alabanza de la vida, la alabanza del ser, la alabanza de Dios como Creador del mundo (Chesterton, Santo Tomás de Aquino, 4-11).

Pasión por la verdad

Poco antes de recibir el encargo de la editorial *Hodder & Stoughton* de escribir este libro sobre Santo Tomás de Aquino, Chesterton había escrito un artículo publicado en *The Spectator*,¹ en el que decía que *para entender su importancia, hay que compararlo con los dos o tres credos cósmicos alternativos: él es todo el intelecto cristiano hablando con el paganismo o el pesimismo. Discute, a través de los siglos, con Platón o con Buda, y él gana. Su mente era tan amplia, y de un equilibrio tan hermoso, que para sugerirla habría que hablar de un millón de cosas.* Por fortuna para nosotros, Chesterton aceptó el encargo, aunque lo limitó a ocho capítulos. Estas palabras muestran el contexto intelectual de Santo Tomás –cuya ‘*Philosophia perennis*’ trasciende límites de espacio y tiempo-, pero también el planteamiento de fondo de Chesterton al realizar la biografía, que trasciende ampliamente la vida de un fraile del siglo XIII, para sostener sobre

¹ Chesterton, ‘Santo Tomás de Aquino’, *The Spectator*, 27.02.1932.

todo un diálogo profundo con nuestro propio tiempo, su filosofía y su ciencia.

Quien esté familiarizado con Chesterton sabrá que sus biografías no son nada convencionales. Es este caso, Chesterton concluye la vida de Santo Tomás en el capítulo 5, cuando todavía queda un tercio de la obra, cosa lógica si hay que debatir con nuestro propio tiempo. Como siempre, los grandes temas históricos que interesan a Chesterton superan lo inmediato (aunque si alguien valoró lo pequeño fue él mismo). Estamos ante un libro de filosofía, de historia, de antropología, de sociología del conocimiento y de crítica cultural, además de una delicia intelectual. Bien se dijo de Chesterton que era un maestro de la paradoja, porque éste es un libro sobre nuestro tiempo, tanto o más que sobre la Edad Media. Es más, se diría que – como casi siempre ocurre con el escritor inglés- es un pretexto para hablar de ‘su tema’. ¿Pero puede acaso tener un solo tema un autor cuyas obras completas abarcan 40 volúmenes? Sí, si se plantea de manera transversal –por utilizar una palabra de moda- aunque en este aparezca de lleno.

Chesterton sentía pasión por la verdad. Desde muy joven, experimentó la necesidad de conocer a fondo el mundo que le rodeaba y la razón de su existencia. Fascinado por él, asombrado con todas y cada una de las cosas que le rodeaban –*Dame algún tiempo, Señor...*² Chesterton se plantea –como todo el mundo alguna vez- el sentido de su existencia. Y llega –tras una penosa etapa que llamará de solipsismo, influido por el ambiente de la época, no tan distinto del nuestro-, que si algo está claro es que él mismo no ha podido darse el ser, que tiene que venir de alguna parte. Indaga y lee mucho, de todo, pero sobre todo, la novelística de autores positivos como Dickens, Stevenson, Browning... Pinta –estudia dibujo en la Slade School of Arts de Londres- y escribe. Y llega a la conclusión de que la vida es como una obra de arte peculiar: hace falta un artista, un creador, para la realización de tantas maravillas existentes, que –como afirma en su

² *Dame algún tiempo; si abres tantas puertas y me haces tantos dones, Señor, no lo tendré para apreciarlos todos* (Chesterton, *Cuaderno de notas juvenil*, citado por Maisie Ward en *G.K. Chesterton*, Buenos Aires, 1960. Ed. Poseidón, p.60).

Autobiografía- no somos merecedores de ellas, ni siquiera del diente de león, que en realidad no es sino una hermosa... mala hierba.

El planteamiento de Chesterton contrasta con el mundo moderno, lleno de ‘autosuficientes sujetos de derechos’, apegados a su propio criterio. La obsesión de Chesterton es la búsqueda de la verdad y él la ha encontrado en un Dios creador. Cuenta en *Ortodoxia* que él quería –igual que todos los demás- encontrar ‘su verdad’ y –por su humildad- vino a encontrar la Verdad: que se sentía como el piloto que cree haber descubierto un continente nuevo cuando de pronto comprende que su recorrido ha sido volver a casa: el resultado de su original búsqueda iba a ser –de manera inopinada- el cristianismo, inventado hacía casi dos mil años, la única forma de pensar que respondía satisfactoriamente a las condiciones que él mismo estableció para una verdad verdaderamente humana.³ La diferencia es que –libre de los prejuicios de su tiempo- iba a ser capaz de encontrarla, reconocerla y manifestarla en público durante el resto de su vida, primero como gozoso acercamiento, luego como una defensa pública. Siempre con estilo original: buen humor, expresión brillante y profundidad de razonamiento.

El ser humano posee un deseo de verdad que no siempre llega a realizar. Con su agudeza habitual y un cierto sentido psicológico original, Chesterton se da cuenta de que –sin embargo- los seres humanos aman más la parte de verdad que ellos mismos han descubierto, que la verdad plena: *No sólo no negaré que casi todas las teologías o filosofías contienen una verdad, sino que lo afirmo rotundamente, y de eso es de lo que me quejo. Todas y cada una de las doctrinas o sectas que conozco se conforman con seguir una verdad, bien sea teológica, teosófica, ética o metafísica. Y cuanto más universales afirman ser, tanto más parece que lo único que hacen es simplemente coger algo y aplicarlo a todo.*⁴

Chesterton comprendió esto desde el principio. En la introducción de su primera colección de ensayos –*The defendant*, ‘el demandado’, publicada en España como ‘El Acusado’, escrita en 1901, ya podemos

³ Chesterton, *Ortodoxia*, 1-4, Altafulla, 2002.

⁴ Chesterton, *Autobiografía*, 16-24. Acantilado, 2010.

leer: *Se ha demostrado más de un centenar de veces que, si verdaderamente queremos enfurecer incluso mortalmente a la gente, la mejor manera de hacerlo es decirles que todos son hijos de Dios.*⁵

El propio GK da una explicación: *La religión nos ha proporcionado el más extraño de los telescopios y el de mayor alcance: el telescopio a través del cual podemos ver la estrella que habitamos. Para la mente y los ojos del hombre común, este mundo se halla tan perdido como el Edén o la Atlántida sumergida. Una extraña ley recorre la historia humana, y consiste en que los hombres siempre tienden a minusvalorar lo que les rodea, a minusvalorar su felicidad, a minusvalorarse a sí mismos. El gran pecado de la humanidad, el que simboliza la caída de Adán, es esta tendencia no a la soberbia, sino a una extraña y horrible humildad. Este es el gran pecado, el pecado por el que el pez se olvida del mar, el buey se olvida del prado, el oficinista se olvida de la ciudad y cada hombre, al olvidar su propio entorno, en el sentido más completo y literal, se olvida a sí mismo. Este es el verdadero pecado de Adán, y se trata de un pecado espiritual. Es extraño que muchos hombres verdaderamente espirituales, como el general Gordon,⁶ se hayan pasado las horas especulando sobre la exacta ubicación del Jardín del Edén. Pero lo más probable es que aún sigamos en el Edén; sólo son nuestros ojos los que han cambiado.*⁷

Ese pecado que enturbia la mirada del ser humano –su conocimiento, su voluntad- es el que impide a los seres humanos el encuentro pleno con la verdad. Y empieza por lo más corriente, por el sentido común, por no reconocer –a las cosas y situaciones más corrientes- su verdadero valor. A esta capacidad de asombrarse del misterio de la realidad que nos rodea, Chesterton le llama misticismo y también sentido común: *El poder que hace que los hombres acepten los fenómenos materiales de este universo, sus ciudades, civilizaciones y sistemas solares, no es más que un prejuicio vulgar, como el perjuicio que les hizo aceptar las peleas de gallos o la Inquisición. El místico, para el que cada estrella es como un cohete repentino, cada flor un*

⁵ Chesterton, *El acusado*, 1-5. Ed. Espuela de Plata, 2012.

⁶ Charles G. Gordon (1833-1885), general británico y administrador colonial.

⁷ Chesterton, *El acusado*, 1-4. Ed. Espuela de Plata, 2012.

*terremoto del polvo, es el hombre de mente clara. El misticismo, o el sentido del misterio de las cosas, es la forma más gigantesca de sentido común.*⁸

Filosofía del sentido común

Éste no es un libro de filosofía tomista, pues conceptos como materia y forma, o ente y esencia, por ejemplo, son explicados en función de lo que interesa a Chesterton. Y Chesterton escoge mostrarnos por qué Santo Tomás fue un revolucionario en su tiempo y por qué aún lo sigue siendo, al proporcionar una explicación filosófica a ese pecado que hemos mencionado, a ese pesimismo y falsa humildad tan actuales. Así, los detalles que aporta de la vida de Santo Tomás son ciertamente escasos en medio del gran proceso de contextualización que supone explicar el ambiente espiritual –o *atmósfera*, como suele escribir en inglés- de la época en la que vivió: tiempos revueltos en los que perduraba e incluso florecía el pesimismo pagano, a pesar del revulsivo que había supuesto el cristianismo. La filosofía platónica, transmitida sobre todo por San Agustín, se alejaba de la realidad material del mundo y serán dos santos cristianos, dos de los más grandes personajes de la historia humana –San Francisco y Santo Tomás- quienes, cada uno en su medio –uno en la relación con la naturaleza y otro en el ámbito de la filosofía- contribuirían a recuperar el orden trastocado, sentando las bases de un sano materialismo cristiano, aunque –como dice el propio Chesterton- *tal vez resulta demasiado paradójico decir que estos dos santos nos salvaron del terrible destino de la espiritualidad* (1-11), entendida como espiritualismo. La plenitud de la Edad Media –tan denostada en nuestro tiempo- fue para Chesterton una especie de edad dorada. Primero porque en ella el cristianismo terminó de absorber lo mejor de la cultura clásica (y por tanto, nace propiamente la cultura occidental), pero también porque –en muchas facetas de la vida, a pesar de ciertos excesos- existía un orden social más equilibrado, como mostrará en algunos destellos parciales.

⁸ Chesterton, *The Daily News*, 30.08.1901.

La singular capacidad de Chesterton le permite rastrear esas grandes corrientes subterráneas de la historia, encontrando –como hemos dicho- el periódico afloramiento de las ideas espiritualistas y su consecuencia, el maniqueísmo –presente en también en el calvinismo y el jansenismo-: el hecho de considerar lo material como subordinado a lo espiritual, con numerosos detalles de un ascetismo casi perverso. Como se podría objetar la relación entre esto y el materialismo de nuestros días, Chesterton tiene la respuesta preparada, basada en Santo Tomás: los sentidos son la puerta de acceso a la realidad. El mundo material –a pesar de estar subordinado a la gran cadena del ser- tiene su propia autonomía y la inteligencia –el mundo de las ideas- no tiene derecho a negar realidad al cauce que Dios ha establecido para nuestro conocimiento. Como la tendencia racionalista es muy grande en el ser humano –particularmente en aquellos que se dedican a pensar-, con el Renacimiento volvería la primacía de lo intelectual sobre lo material, concretado en el famoso ‘Pienso, luego existo’ cartesiano’. La tentación de conceder la superioridad al ámbito mental es tan grande que la mayoría de la historia reciente –aunque parezca materialista- está teñida de idealismo, y Chesterton nos muestra de modo somero los principales pasos. Por ejemplo, la duda acerca de la capacidad de nuestros sentidos para percibir cualquier cosa –Descartes, Berkeley, Hume-, el *necesario* estudio de las condiciones de posibilidad del conocimiento –Kant-, que acaba en el idealismo –Hegel- y de ahí, por oposición, al materialismo –Marx-. Al final, el filósofo termina estudiando el lenguaje –Wittgenstein- y los juegos de lenguaje –Vattimo-, completamente alejado de la vida cotidiana de las personas, a las que dejan en herencia una conmoción profunda, tan profunda como el pesimismo dominante.

Destacar el idealismo parece contradictorio, pues vivimos tiempos de un materialismo fuera de lo común, asociado a un optimismo y confianza en la ciencia también fuera de lo corriente. Quizá lo más correcto sería señalar que –tanto entre la gente corriente como entre los intelectuales- lo más frecuente son los bandazos impulsivos de un día para otro –según las noticias-, pasando del optimismo en la ciencia y la democracia al pesimismo nihilista y los pronósticos del más oscuro futuro. Sin embargo, el argumento de Chesterton es impecable:

la causa de todo es la relevancia de una equívoca preponderancia del espíritu, que conduce a una manera errónea de relacionarnos con el entorno que nos rodea: efectivamente, el materialismo actual nos empuja hacia nuestro interior, a buscar en nuestra subjetividad lo que el mundo exterior parece que no puede darnos: es el triunfo del relativismo, extendido entre todos los estratos de la sociedad, y la actitud que le sigue como su correlato habitual, el pesimismo.

Es cierto que la modernidad nace proclamando –de manera optimista, pero ingenua- la era de la razón, aunque en seguida autores como Nietzsche advirtieron el callejón sin salida al que se dirigía el mundo moderno. Apegados a la parte de verdad que cada uno ha descubierto, los filósofos modernos se distancian de la vida cotidiana, llegando a conclusiones verdaderamente terribles, obligándonos a *creer lo que ninguna persona normal creería si de improviso se propusiera a su sencillez, como que la ley está por encima de lo correcto, que lo correcto no tiene nada que ver con la razón, que las cosas sólo son lo que nos parecen, o que todo es relativo a una realidad que no existe. El filósofo moderno asegura –como una especie de estafador- que, concediéndole eso, lo demás será fácil: él enderezará el mundo, con tal que una sola vez se le permita hacer esa única torsión a la mente* (6-02). El primer problema es que ninguno de los filósofos ha arreglado nada, antes al contrario. Y el segundo, que esa maniobra mental tiene sus consecuencias en la vida de la gente, contagiada de los mismos principios como vemos a nuestro alrededor, anda sobrada de subjetivismo y escasa de sentido común, perdida la sana relación con las cosas.

Por fortuna para ellos –y para todos- ni escépticos subjetivistas ni materialistas deterministas se comportan como tales, de modo que es precisamente su incoherencia lo que les permite sobrevivir. Para Chesterton, es un síntoma más de la falta de sensatez que nos rodea. Sólo hay una manera de salir de la maraña racionalista: recuperar el contacto con la realidad y el sentido común y Santo Tomás es el único capaz de mostrar un camino para salir de este atolladero al que nos han traído el pensamiento y la ciencia modernos: *La esencia del sentido común tomista es que hay dos agentes trabajando –la realidad y el reconocimiento de la realidad- y su encuentro es una especie de*

matrimonio. Y se puede decir con toda razón que es un matrimonio, porque es fructífero: la única filosofía realmente fructífera que existe hoy en el mundo. Produce resultados prácticos, precisamente porque es la combinación de una mente aventurera y un hecho extraño [...] En cualquier caso, sobre ese matrimonio –o como se quiera llamar-se fundamenta todo el sistema de Santo Tomás: Dios hizo al hombre para que fuera capaz de entrar en contacto con la realidad. Y lo que Dios ha unido, que no lo separe ningún hombre (8-4 y 5).

Con otras palabras, es imprescindible aceptar la autoridad de los sentidos, toda vez que había sucedido un hecho verdaderamente radical en la historia de la humanidad: *El Cuerpo había dejado de ser lo que era cuando Platón y Porfirio y los viejos místicos lo dieron por muerto: había colgado de un patíbulo, se había alzado de un sepulcro. Ya no era posible que el alma despreciara a los sentidos, que habían sido órganos de algo que era más que hombre. Platón podría despreciar la carne, pero Dios no la había despreciado. Los sentidos verdaderamente se habían santificado, como se bendicen uno por uno en el bautismo católico. ‘Ver es creer’ ya no era la perogrullada de un idiota o de un individuo corriente –como en el mundo de Platón-, pues se había mezclado con condiciones reales de creencia real (4-27).*

Las conclusiones son tremendas para la filosofía: *Santo Tomás pudo decir sinceramente –por haber visto simplemente un palo o una piedra- lo que dijo San Pablo por haber visto abrirse los arcanos celestiales: “No fui desobediente a la visión del cielo”.⁹ Porque –aunque el palo o la piedra sean una visión terrenal- Santo Tomás encuentra a través de ellos su camino al cielo. Y la cuestión está en que es obediente a la visión, y no se desdice de ella. Casi todos los demás sabios que han guiado o extraviado a la humanidad se desdican de ella –de la visión-, con una excusa u otra. Disuelven el palo o la piedra en soluciones químicas de escepticismo: en el disolvente del tiempo y del cambio, en las dificultades de la clasificación de unidades únicas, en la dificultad de reconocer la variedad y al mismo tiempo admitir la unidad (7-19).*

⁹ Hechos de los Apóstoles, 26,19.

El reconocimiento de la realidad –ese mundo objetivo y exterior, pero cognoscible por nosotros- muestra nuestro verdadero lugar en el conjunto de la creación y nos permite disfrutar de la inmensidad de cosas que posee, al tiempo que nos hace conscientes de nuestras limitaciones. La paradoja que Chesterton destaca es que la filosofía realista nos conduce a la humildad, pero este reconocimiento no nos hace peores, sino más capaces de disfrutar de la vida y de nuestro lugar en el cosmos: *La mente conquista una nueva provincia –como un emperador- pero sólo tras responder al timbre como un criado* (8-3).

Chesterton disfruta también como sociólogo, advirtiendo relaciones insospechadas y llamando la atención sobre cómo se comportan los seres humanos en diversos contextos, su escasa capacidad para recordar y dejarse arrastrar por los oropeles de la moda y los tiempos que corren. Los hombres –en su ignorancia- vuelven de manera recurrente a los mismos viejos errores, de modo que lo que llaman revoluciones suelen ser vueltas hacia atrás, hacia alguna idea ya conocida y cien veces rebatida. De ahí que para Chesterton la verdadera Reforma no fue la de Lutero –en realidad, un retorno al peor pesimismo agustiniano-, sino la de Santo Tomás y San Francisco, que hizo posible el mundo moderno aunque aún no se reconozca.

Esta edición y el estilo de Chesterton

Chesterton es un pensador brillante y profundo. Aunque sus libros de ensayo no son fáciles de leer, nos hemos propuesto hacerlo asequible para el público medio español, que es al que pensamos que Chesterton se hubiera dirigido hoy. Como él mismo dirá a propósito de Santo Tomás, cuando nos encontramos con un autor de otro tiempo y otra lengua, encontramos los obstáculos de la lengua y del ambiente en el que desarrolló sus ideas. Y no es fácil traducir a Chesterton, por su peculiar estilo, lleno de frases entrelazadas y juegos de palabras. Si además el traductor no está muy familiarizado con el pensamiento de Chesterton, la cosa puede complicarse más.

Chesterton escribía párrafos muy extensos –a veces de más de una página- en los que desarrolla varias ideas. Además del estilo denso y los largos párrafos, Chesterton posee una increíble capacidad para realizar giros en sus argumentos que frecuentemente desconciertan al lector –que puede perderse fácilmente-, aunque é tiene una idea muy clara de dónde quiere llevarnos, y efectivamente lo consigue.

Para solventar estas dificultades –expresadas en la frustración de muchos lectores españoles- proponemos y ensayamos un nuevo método de trabajo con sus escritos. Se caracteriza –además de cuidar la claridad de la traducción castellana con fidelidad al pensamiento y estilo de Chesterton- por dos aspectos: el primero es mostrar la estructura del texto, a través de títulos y subtítulos que se corresponden con los distintos apartados y subapartados dentro de cada capítulo. El segundo consiste en separar los largos párrafos originales de Chesterton en unidades menores que constituyan unidades de pensamiento, y facilitar el seguimiento del hilo conductor del discurso.¹⁰ Para ser fieles al sentido original de Chesterton, cada párrafo original va acompañado por su número.¹¹

Esta versión tomó como punto de partida las traducciones de St. Thomas Aquinas de Honorio Muñoz¹² y, sobre todo, de María Luisa Balseiro.¹³ Al final, se distancia tanto de ellas que podría considerarse una versión original, aunque queremos manifestar nuestro agradecimiento por la base inicial de trabajo. Sobre el objetivo primordial de hacer asequible a Chesterton al mayor número de personas, hemos seguido el criterio de Tomás González Cobos y José Elías Rodríguez Cañas en su introducción a *La Taberna errante* (Acuarela, 2009): “Para esta nueva versión en castellano de *The*

¹⁰ Obviamente, hay diversas formas de organizar la estructura y la separación de los párrafos; hemos optado por una que proporcione claridad sin darlo todo por hecho.

¹¹ Esta numeración de los párrafos originales de Chesterton se ha hecho acorde con las obras originales de Chesterton, disponibles en el Proyecto Gutenberg (<http://www.gutenberg.org/>) o en la página de Martin Ward (<http://www.cse.dmu.ac.uk/~mward/gkc/books/>). Tiene la ventaja añadida de poder citar las expresiones originales de Chesterton localizándolas exactamente en una obra, olvidándonos de la página de una edición concreta. Antes o después, se hará esto con todas las las obras de Chesterton.

¹² Tomo IV de las Obras Completas, publicado por Plaza & Janés, 1952.

¹³ Biblioteca Homo Legens. Madrid, 2006. Las notas de esta traductora se han conservado indicando su origen: [N. de MLB].

Flying Inn hemos utilizado como base la traducción de Mario Pineda de 1942. No obstante, no se trata de una corrección o revisión, sino de una reescritura siguiendo con frecuencia el texto de Pineda, pero sobre todo el original en inglés de Chesterton”.

Aunque el pensamiento de Chesterton era lo prioritario, se ha tratado lógicamente de respetar su estilo, tratando de sortear dos obstáculos: el primero es la abundancia de frases subordinadas. En nuestra opinión, Chesterton abusa de las frases cortas, unidas por punto y coma, así como por expresiones adversativas: *pero, aunque, sin embargo...* Para solventarla, hemos unido algunas frases, recurrido a las frases entre guiones, a los dos puntos –cuando son explicaciones o implicaciones- y a la socorrida ‘y’ griega.

El otro obstáculo que oscurece este texto en particular es su estilo enfático, que se debe probablemente a la forma en la que fue compuesto: los últimos libros de Chesterton fueron dictados a su secretaria, Dorothy Collins y el resultado –en versión original- es un tono parecido al de un discurso o conferencia, que se recibe a un ritmo distinto al de un texto escrito. Por esto, muchos de los *sólo, único, mero, siempre, exactamente* y puntualizaciones parecidas han desaparecido en nuestra versión, para evitar que los árboles no nos dejen ver el bosque. Y verdaderamente es importante que lo secundario no nos distraiga de lo principal, pues la filosofía de Santo Tomás no siempre es fácil de entender: hemos procurado un equilibrio entre las expresiones originales de Chesterton y la máxima sencillez en castellano. Los lectores juzgarán el resultado.

Otra característica de las obras de Chesterton es que por sus páginas desfilan continuamente toda la historia, la literatura y el arte, a través de referencias a los personajes más diversos. Como profesor universitario, he podido comprobar cómo la cultura general ha decaído considerablemente, hasta el punto de no poder dar nada por supuesto entre los jóvenes de hoy. Por eso, he tenido en mente a mis estudiantes de Ciencias Sociales a la hora de anotar el libro: he pretendido que un joven *de tipo medio* con formación *teóricamente* superior sea capaz de situarse en lo que lee, lo que me ha obligado a realizar tres tipos de notas al pie:

- Una gran parte son datos biográficos de los personajes citados por el propio Chesterton: aunque escribía para el hombre corriente, podemos añadir que lo hacía para el hombre corriente capaz de leerlo en su tiempo, es decir, mucho más culto que muchos universitarios de hoy. Así que las notas son exhaustivas, salvando a Shakespeare, Miguel Ángel o Napoleón (y seguro que muchos tampoco son capaces de localizarlos temporalmente).
- Una segunda parte son cuestiones relativas al texto de Chesterton, en sentido de explicar algún juego de palabras o el sentido de una frase. La finalidad es que el lector español no pierda determinadas ocasiones de encontrar al mejor Chesterton. No siempre se ha hecho, obviamente, y desde luego, muchas menos veces de las que me hubiera gustado llamar la atención sobre esos giros o expresiones característicos del maestro.
- Por fin, muchas notas tienen que ver con las cuestiones filosóficas o teológicas que afectan a la teoría de Santo Tomás o están relacionadas con la comprensión del texto. Un público poco familiarizado con la filosofía podría perder gran parte del contenido sustancial del libro si no existieran estas aclaraciones. Chesterton llega siempre a las conclusiones finales pero frecuentemente se salta –imitando a Santo Tomás- muchos pasos intermedios, dificultad añadida para quien tenga menos formación o capacidad para rellenar esos huecos.

El resultado final me parece ahora ambivalente: un texto lo más claro posible –sin traicionar las palabras de Chesterton- y una posiblemente agotadora sucesión de notas al pie de página. Al propio Chesterton no le gustaban los ‘aparatos críticos’, porque le parecían propios de sabios y eruditos, con quienes no se identificaba. Además, porque poseyendo una excelente memoria, carecía de ella para localizar esos detalles de menor importancia: captaba lo esencial –de esa manera diferente que hace tan originales sus obras- pero fallaba en detalles – como la exactitud de las palabras, lo que supuso más de una crítica de los críticos. A los 80 años de su muerte, Chesterton es un clásico y el ambiente cultural –siendo continuación del que le tocó vivir- es diferente. Además, nuestras memorias están cargadas de deportistas,

actores y cantantes, políticos y personajes de la actualidad –por no hablar de datos y contraseñas- y hay mucho menos tiempo para leer y reflexionar. El aparato de apoyo concluye con una nota histórica de Santo Tomás, pues Chesterton se mueve hacia adelante y hacia atrás, haciendo apenas caso a la cronología: no hay en todo el libro ni una sola fecha: no hace falta, para eso estamos nosotros.

Una vez desbrozado el camino, será el momento de deleitarse con las comparaciones de Chesterton: entre Francisco y Tomás, entre Francisco y Domingo, entre Tomás y Lutero; con las descripciones de personajes y ambientes –atentos a los colores, especialmente en el banquete en la corte de San Luis-; con la tensión narrativa que imprime Chesterton –experto en historias de detectives- a los distintos episodios, desde la decisión de ser dominico del joven Tomás a la Reforma protestante, pasando –en mi opinión, la mejor- por la disputa con Siger de Brabante. Encontraremos sus famosas digresiones, que nos desconcertarán hasta que comprendamos a dónde quiere llevar. Y sobre todo, los brillantes juegos –conceptuales y de palabras, a veces un tanto barrocos- que tanto hacen disfrutar a los seguidores de Chesterton. En algún lugar los he denominado *chestertonadas*, y realmente considero que la palabra es adecuada. ¿Cómo calificar si no esta descripción de Santo Tomás? *Pertenecía a cierto tipo, no tanto común en Italia, como común entre italianos fuera de lo común* (05-02). Pero no olvidemos que Chesterton justifica cada afirmación suya, no se limita a crear aforismos que cansan; al contrario, son piedras preciosas que uno encuentra mientras recorre el camino de un discurso racional y riguroso, a veces como conclusión del mismo.

Chesterton y Santo Tomás, una relación particular

En mi opinión, podemos distinguir tres etapas –o quizá tipos de tres intereses generales- asociados a determinados períodos –más o menos solapados- en los escritos de Chesterton. La primera época supone el estallido de la realidad, el reconocimiento del mundo material, tal como hemos visto en los fragmentos citados de *El acusado* (1901), que culmina en *Ortodoxia* (1908), aunque escribirá sobre esto a lo

largo de toda su vida, en artículos para publicaciones periódicas. Sin embargo, ese exultar del mundo, esa especie de reconciliación personal, fue el resultado de su búsqueda personal por situarse en él. De ahí que desde *Herejes* (1905), pero sobre todo a partir de *Lo que está mal en el mundo* (1910), tuviera lugar una indagación sistemática en los errores del mundo moderno a nivel general, de toda la sociedad que culmina en *Esbozo de sensatez* (1927) si pensamos en cuestiones económicas, políticas y sociales, o bien en el propio *Santo Tomás* (1933), si atendemos al mundo de las ideas. La tercera etapa se inaugura con su incorporación a la Iglesia católica en 1922, y se caracteriza por un planteamiento claramente definido a favor de mostrar dónde están las soluciones a los problemas del mundo actual: *San Francisco de Asís* (1923), *El hombre eterno* (1925), *La cosa* (1929), *El pozo y los charcos* (1935), y el mismo *Santo Tomás*, constituyen los hitos más importantes de esta tercera parte de escritos.

Según Maisie Ward, amiga personal y editora de muchas de las obras de Chesterton, éste fue uno de sus libros más importantes.¹⁴ No es difícil entender por qué, una vez mostrada la relevancia de la filosofía tomista para el sentido común en el mundo de hoy. Pero también resulta –en mi opinión– que en este libro confluyen esas tres corrientes de intereses: la relevancia del mundo material –planteada ahora de modo teórico, en vez de con ejemplos prácticos, como en la multitud de sus artículos–, el análisis crítico del mundo moderno, y la solución cristiana como la mejor forma de utilizar la razón y los materiales disponibles a nuestro alrededor.

En una presentación como ésta, es obligado recoger el comentario que hizo sobre este libro Etienne Gilson, uno de los más reputados autores tomistas del siglo XX, pues

“Considero que se trata del mejor libro jamás escrito sobre santo Tomás. Sólo un genio obtendría tal logro. Nadie dudará en admitir que se trata de un libro ‘inteligente’, pero los pocos lectores que nos hemos dedicado durante veinte o treinta años al estudio de santo Tomás, y que, tal vez, hayamos publicado dos o

¹⁴ Maisie Ward, *G.K. Chesterton*, Buenos Aires, 1960. Ed. Poseidón, p.473.

tres volúmenes al respecto, hemos de admitir que el conocido ‘ingenio’ de Chesterton ha puesto estos estudios en ridículo. Él ha intuido todo aquello que ellos han tratado de demostrar y ha expresado todo lo que los demás trataban de expresar mediante fórmulas académicas. Chesterton ha sido uno de los más profundos pensadores que jamás haya existido; era profundo porque tenía razón, y no podía evitarlo; pero podría no haber tratado de ser modesto y caritativo, de modo que dejó concluir, a quienes pudieran entenderle, que estaba en lo cierto y que era profundo; a los demás les pidió perdón por tener razón y disimuló su profundidad por medio de su ingenio. Y eso es todo lo que han visto en él.”¹⁵

Hay que entender bien el sentido de las palabras de Gilson: este libro no es la mejor explicación de la filosofía de Santo Tomás, sino una obra extraordinaria en su capacidad de conjugar la divulgación filosófica con la profundidad, para ayudar a situar al hombre corriente en el contexto histórico que le ha tocado vivir. La obra genial de un alegre periodista –como el propio Chesterton se definía-¹⁶ sobre un genio del pensamiento humano. Hasta cierto punto –y salvando las necesarias distancias-, podemos pensar que Chesterton hace con Santo Tomás lo mismo que Santo Tomás hizo con Aristóteles. Llegamos así al último punto de nuestra presentación.

Muchos admiradores de Chesterton hemos compartido una misma y peculiar sensación: es frecuente sentir que –cuando escribe sobre un tercero- muchas cosas buenas que dice de él podrían aplicarse al propio Chesterton. Pues bien, si en algún caso ocurre de manera especial, es en este libro. Está escrito en 1933, tres años antes de su fallecimiento; su última obra fue precisamente la *Autobiografía*. Quizá es exagerado afirmar que es un ensayo previo para ella, pero las similitudes entre Chesterton y Santo Tomás son tan grandes como sus propios cuerpos. Ambos libros constituyen el balance final de dos gigantes físicos, intelectuales y espirituales que han cumplido la

¹⁵ Maisie Ward, *G.K. Chesterton*, Buenos Aires, 1960. Ed. Poseidón, p.475.

¹⁶ García-Máiquez, E. ‘El periodista eterno’, en *La superstición del divorcio*. Espuela de Plata, Sevilla, 2010, p.9.

misma misión: recordar a los hombres el amor por la verdad y la sabiduría del sentido común.

Al final del capítulo 4, se nos dice que Santo Tomás triunfa por la relación que existe entre su teología, su filosofía y su vida santa. Lo curioso es que Chesterton pone multitud de ejemplos que tienen su paralelo en su propia vida, y que recuerdan la misma necesidad de llegar a las últimas consecuencias. Él mismo siguió –primero, desde fuera de la fe- un camino similar de reconocimiento del mundo material, cuando vino a descubrir que Santo Tomás también lo había recorrido, y de manera espectacular, luchando contra los mismos temas y planteamientos vitales que el joven Chesterton. Y es que la idea de que el pensamiento realista conduce al sentido común y a la plenitud no sólo es la síntesis de Santo Tomás, sino también del pensamiento de Chesterton: la maravilla de la creación, la importancia de las cosas y la estrecha interacción que existe entre todo, pues nada hay desconectado del resto.

El estilo constituye, evidentemente, una notabilísima diferencia. Chesterton insiste en la sobriedad filosófica de Santo Tomás y su lenguaje nada rebuscado, en comparación con el de los filósofos actuales. Y Chesterton, periodista, narrador y ensayista, posee igualmente un estilo completamente diferente. Sin embargo, Chesterton resalta sus cualidades de poeta, porque el mismo Chesterton también lo era. Por otra parte, la precisión conceptual de Santo Tomás es diferente de las brillantes asociaciones que Chesterton es capaz de realizar en muchos lugares, pero ambas tratan sobre lo mismo: *El movimiento tomista en la metafísica –como el movimiento franciscano en la moral y las costumbres- fue un ensanche y una liberación, fue rotundamente un desarrollo de la teología cristiana desde dentro. No fue, rotundamente, un encogimiento de la teología cristiana bajo influencias paganas, ni humanas siquiera. El franciscano era libre para ser fraile, en vez de verse atado para ser monje. Pero era más cristiano, más católico, incluso más asceta. Y el tomista era libre para ser aristotélico, en vez de verse atado para ser agustiniano. Pero era todavía más teólogo –un teólogo más ortodoxo,*

*más dogmático*¹⁷ *por haber recuperado a través de Aristóteles el más desafiante de todos los dogmas: la unión de Dios con el hombre y, por lo tanto, con la materia (1-25).*

Hay otra posible diferencia en cuanto a su vida que puede igualmente no serlo tanto. Santo Tomás fue cristiano desde el principio, mientras Chesterton realizaba un largo recorrido antes de ser católico. Pero si lo consideramos desde la perspectiva de los dones recibidos, las similitudes son mucho mayores que las diferencias: ambos tenían un carácter bondadoso y sencillo, y ambos estuvieron dotados de una extraordinaria combinación de inteligencia y humildad tan fuera de lo común que –en lugar de crecerse interiormente- les sirvió para reconocer desde el principio el valor de los sentidos, el valor del entorno material y la realidad objetiva: el joven Chesterton piensa en cristiano aunque sea materialista. El joven Tomás piensa en materialista, aunque sea cristiano.

En el capítulo 6 se dirá que Santo Tomás es como un contemplativo que desarrolló una intensa vida activa, otro trasunto del propio Chesterton que –siendo principalmente un escritor empeñado en rebatir errores- siempre estuvo implicado en actividades directas de acción social, sobre todo desde que se fundó en 1925 la Liga Distributista y se lanzó el ‘GK’s Weekly’, una empresa periodística que le costaba dinero y quebraderos de cabeza, pero permitía la difusión de sus ideas y las de sus compañeros intelectuales. Ambos se vieron implicados en controversias y polémicas a las que no podían ni querían renunciar, compartiendo siempre un profundo respeto a dos cualidades esenciales: primero a las personas, sin la prepotencia que después han desarrollado los intelectuales modernos (como se verá en el texto); y después, el método, pues *de nada vale decirle a un ateo que es ateo, [...] ni imaginar que se pueda obligar a un adversario a reconocer que está equivocado, demostrándole que lo está sobre principios que son ajenos, pero no son suyos (3-31).*

Lo cierto es que la pasión por la verdad los unía: *la falsedad nunca es más falsa que cuando le falta poco para ser verdad: cuando la*

¹⁷ Chesterton utiliza la expresión ‘dogmático’ no en el sentido de intransigente sino de más cercano a la verdad, es decir, más cerca del dogma o verdad de fe.

puñalada roza el nervio de la verdad, la conciencia cristiana grita de dolor (03-27). Chesterton –como el cuchillo afilado- llega siempre al nervio de las cuestiones. Se nos cuenta en el libro el milagro del Cristo de Nápoles, cuando desde la Cruz, Jesús ofrece a Tomás una recompensa por lo bien que ha escrito sobre Él. Y Santo Tomás responde ‘Os quiero a Vos’. De manera menos mística, pero igualmente intensa, Chesterton –que amaba la verdad con todas sus fuerzas- es igual de ambicioso.

Concluyo con palabras del propio Chesterton, reconociendo el mismo prodigio otra vez: *Aristóteles había descrito al hombre magnánimo, que es grande y sabe que es grande. Pero Aristóteles jamás habría recobrado su propia grandeza de no ser por el milagro que creó al hombre más magnánimo: aquel que es grande y sabe que es pequeño* (3-25).

Juan Carlos de Pablos
Profesor Titular de Sociología,
Universidad de Granada
Agosto de 2014

BREVE CRONOLOGÍA DE SANTO TOMÁS

Fecha	Principales acontecimientos
1225	Nace en el castillo de Roccasecca, cerca de Aquino (en el sur de la región italiana del Lacio), en el seno de una numerosa y noble familia de sangre germana. Su padre, Landulfo, estaba emparentado con el Emperador Federico II.
1230	Estudia en la abadía de Montecassino, donde su tío era abad. Aprendió gramática, moral, música y religión, hasta que el Emperador Federico II decretó la expulsión de los monjes.
1239	Estudios del joven Tomás en la Universidad de Nápoles, donde, a través de las artes liberales, se introduce en la lógica aristotélica.
1244	Atraído por la vida de los dominicos –fundados en 1215- de Nápoles, sintiéndose intensamente llamado a la vida austera e intelectual de estos frailes mendicantes, ingresa excepcionalmente rápido en la Orden, gracias a la amistad con el Maestro General, Juan de Wildeshausen. Surge la oposición de su familia, que tenía planificado que Tomás sucediera a su tío al frente de la abadía de Montecassino. Reclusión en el castillo de Roccasecca.
1245	Tomás continúa sus estudios en la Universidad de París – famosa por sus estudios de filosofía y teología-, donde conoce a Alberto Magno y Alejandro de Hales, concedores de la filosofía de Aristóteles. Entre sus compañeros se halla el franciscano Buenaventura de Fidanza, amigo singular y particular polemista de Tomás.

1248	Período en la Universidad de Colonia, junto a Alberto Magno.
1252	<p>Tras ser ordenado sacerdote, Tomás vuelve a París para continuar sus estudios.</p> <p>Crece la oposición de los profesores seculares – especialmente de Guillermo de Saint-Amour- ante la expansión de las órdenes mendicantes, por su pobreza y su rigor intelectual.</p>
1256	<p>Tomás rebate el segundo panfleto de Saint-Amour y se gana el favor del Papa Alejandro IV, que comienza a hacerle encargos intelectuales.</p> <p>Se le concede el doctorado a la excepcional edad de 31 años y comienza a ejercer como maestro de teología en la Universidad de París.</p> <p>Escribe varios opúsculos de gran profundidad metafísica, como ‘De ente et essentia’ y su primera Summa –compendio de saber- sobre las Sentencias de Pedro Lombardo.</p> <p>Es nombrado consejero personal del Rey Luis IX de Francia.</p>
1259	<p>Tomás es llamado a Valenciennes, junto con Alberto Magno y Pedro de Tarentaise (futuro Papa Inocencio V), para organizar los estudios de la Orden.</p> <p>Período de diez años enseñando en diversos lugares de Italia: Nápoles, Orvieto, Roma y Viterbo.</p> <p>Escribe la ‘Summa contra gentiles’, encarga la traducción de numerosas obras de Aristóteles a su amigo erudito Guillermo de Moerbeke, para evitar los errores de interpretación cometidos por los árabes, y comienza la redacción de la ‘Summa Theologiae’.</p> <p>Consejero personal del Papa Urbano IV, que le encarga la ‘Catena aurea’ (Comentarios a los cuatro Evangelios), el</p>

	Oficio y misa propia del Corpus Christi y otros.
1268	<p>Tomás vuelve a París, por la gran oposición contra su persona y doctrina.</p> <p>Es la época más madura y fecunda de Tomás, enfrentándose a tres corrientes de pensamiento: los idealistas agustinistas – encabezados por Juan Peckham-, los seculares antimendicantes –dirigidos por Gerardo de Abbeville- y los averroístas –con Siger de Brabante, máxima figura de la Facultad de Artes (Filosofía).</p> <p>Tomás ya había asumido públicamente numerosas ideas aristotélicas y completó las Exposiciones de las más destacadas obras de Aristóteles, del Evangelio de San Juan y de las Cartas de San Pablo.</p> <p>Escribe sus famosas cuestiones disputadas de ética y algunos opúsculos en respuesta a diversos autores, termina la segunda parte de la ‘Summa Theologiae’ y, sobre todo, ‘De unitate intellectus contra averroistas’ contra Siger, al tiempo que Esteban Tempier, obispo de París, condenaba hasta trece cuestiones esenciales del averroísmo.</p>
1272	<p>Regresa a Nápoles el año 1272, con el encargo de establecer una casa de estudios en Nápoles.</p> <p>Mantiene una intensa correspondencia y, tras comenzar la tercera parte de la ‘Summa Theologiae’, una singular experiencia mística le hace abandonar totalmente su actividad docente y de autor.</p>
1274	<p>Accede a la invitación del Papa Gregorio X para asistir al Concilio de Lyon II. Muy débil desde el arrebató místico, fue acogido en la Abadía de Fossanova. Tomás murió haciendo una enérgica profesión de fe el 7 de marzo de 1274.</p> <p>El 28 de enero de 1369, los restos mortales del filósofo y</p>

Santo Tomás de Aquino

	<p>teólogo fueron trasladados a Tolosa de Languedoc, motivo por el que la Iglesia católica celebra su memoria en esta fecha.</p>
1277	<p>Después de su muerte, algunas tesis de Tomás de Aquino, confundidas entre las averroístas, fueron condenadas por Tempier, el obispo de París, que en 1277 lanzó una gran condena de 219 tesis. Era una condena importante, pero local.</p> <p>Tomás de Aquino fue canonizado pronto, el 18 de enero de 1323. Las condenas de 1277 fueron inmediatamente levantadas en lo que respecta a Tomás de Aquino el 14 de febrero de 1325.</p>

SANTO TOMÁS DE AQUINO

NOTA INTRODUCTORIA

- ⁰¹ Este libro no pretende ser otra cosa que el bosquejo popular de una gran figura histórica que debía gozar aún de mayor popularidad. Obtendremos nuestro intento si lográsemos estimular a aquellos que apenas han oído el nombre de Santo Tomás a leer otros libros mejores acerca de él. De esta limitación necesaria, se siguen ciertas consecuencias que deben anotarse desde un principio.
- ⁰² En primer lugar, el relato se dirige principalmente a aquellos que no son de la misma religión que Santo Tomás, y que podrían interesarse en él como yo en Confucio o en Mahoma. Pero, por otra parte, esta necesidad de ofrecer un esbozo preciso supone modelarlo según otros sistemas filosóficos, para aquellos que piensen diferente. Si yo escribo un bosquejo de Nelson para extranjeros principalmente me veré en la precisión de tener que explicar cuidadosamente muchas cosas que todo inglés conoce y, probablemente tendré que omitir –en gracia a la brevedad- muchos detalles que muchos ingleses desearían saber. Por el contrario, sería difícil escribir una narración viva y emocionante de Nelson omitiendo en absoluto el hecho de que luchó contra los franceses.

Sería inútil trazar un esbozo de Santo Tomás omitiendo el hecho de que combatió a los herejes, y, sin embargo, ese mismo hecho puede estorbar la finalidad que se pretende.

Yo sólo puedo expresar la esperanza –más aún, la confianza- de que quienes me consideran hereje no osarán censurarme por expresar mis propias convicciones, y mucho menos por manifestar las de mi héroe. Sólo acerca de un punto podría ocurrir esto en el curso de esta narración, a saber: acerca de la convicción expresada una o más veces de que el cisma

del siglo XVI fue, en realidad, una revolución tardía de los pesimistas del siglo XIII. Fue un coletazo del antiguo puritanismo agustiniano contra la liberalidad aristotélica. Sin eso no me hubiera sido posible encuadrar mi personaje histórico en el marco de la historia. Pero todo el cuadro tiene la finalidad de presentar la silueta de una figura en un paisaje y no un paisaje con figuras.

- ⁰³ En segundo lugar, en tan reducidos límites apenas puedo explayarme acerca del filósofo, fuera de demostrar que tuvo una filosofía. Me he limitado únicamente –por decirlo así– a proporcionar botones de esa filosofía. Se deduce, por tanto, que es prácticamente imposible tratar adecuadamente de la teología.

Una señora a quien conozco cogió una vez en sus manos un libro de trozos selectos de Santo Tomás con comentarios. Llena de entusiasmo comenzó a leer un párrafo que llevaba el inocente título ‘La simplicidad de Dios’. Al poco tiempo dejó caer el libro y exclamó: “Vaya, si ésa es la simplicidad de Dios, no sé yo cuál será su complejidad”.

Con todo respeto hacia ese excelente comentario tomista, no desearía yo que este librito mío se cayera de las manos desde el principio con un suspiro semejante. He tomado como punto de partida que la biografía es una introducción a la filosofía, y que ésta, a su vez, lo es a la teología. Yo solamente puedo conducir al lector un poquito más allá del primer escalón.

- ⁰⁴ En tercer lugar no he juzgado necesario mencionar esos críticos que, de cuando en cuando, tratan con todo empeño de producir efectos en la galería, reimprimiendo párrafos de demonología medieval a fin horrorizar al público moderno con un lenguaje poco familiar.

He dado por supuesto que el público culto sabe que el Aquinate –con todos sus contemporáneos y todos sus contradictores siglos después– creyó en diablos y otras realidades semejantes, pero no he creído conveniente mencionarlo aquí por la sencilla razón de que no contribuye a destacar o hacer resaltar más la figura. Acerca de esto no ha habido

G.K. Chesterton

discrepancias entre los teólogos católicos y protestantes en cientos de años de teología, y Santo Tomás no se distingue por estas opiniones, sino por sostenerlas moderadamente. Yo he rehusado discutir tales asuntos, no porque tenga motivo alguno para ocultarlos, sino porque de ningún modo tocan de cerca a la persona que me he propuesto dar a conocer.

Así y todo, apenas hay espacio para tal figura en tal cuadro.

1. SOBRE DOS FRAILES

1.1 Contrastes entre Santo Tomás y S. Francisco

- ⁰¹ Me adelantaré a posibles comentarios respondiendo al nombre de ese notorio personaje que entra corriendo donde quizá ni los ángeles del Doctor Angélico osaran poner el pie.¹⁸ Hace algún tiempo escribí un librito de este tipo y traza sobre San Francisco de Asís;¹⁹ y algún tiempo después (no sé cuándo ni cómo, como dice la canción, y desde luego no sé por qué) prometí escribir un libro del mismo tamaño, o de la misma pequeñez, sobre Santo Tomás de Aquino.²⁰ La promesa era franciscana por su audacia y –como paralelismo– estaba muy lejos de ser tomista por su lógica.

Se puede hacer un esbozo de San Francisco; de Santo Tomás sólo se podría hacer un plano, como el plano de una ciudad laberíntica. Y sin embargo, en cierto sentido, encajaría en un libro mucho mayor o mucho más pequeño: lo que realmente sabemos de su vida se podría despachar bastante bien en pocas páginas, porque no desapareció como San Francisco bajo un chaparrón de anécdotas personales y leyendas populares. Pero lo que sabemos –o podríamos saber, o en su día podríamos tener la suerte de descubrir– acerca de su obra probablemente llenará todavía más bibliotecas en el futuro de las que ha llenado en el pasado.

¹⁸ Paráfrasis de un verso muy citado de Alexander Pope (1688-1744, uno de los más reconocidos poetas ingleses) en ‘An Essay on Criticism’ (1711): “For fools rush in where angels fear to tread”, “pues los necios entran a la carrera donde los ángeles no osan poner el pie” [N. de MLB].

¹⁹ San Francisco de Asís (Asís, Italia, 1181 ó 1182-1226), fundador de la Orden Franciscana.

²⁰ Santo Tomás de Aquino (Roccasecca, Italia, 1224 ó 1225-Abadía de Fossanova, Italia, 1274), fraile dominico (Orden de Predicadores), uno de los más grandes filósofos y teólogos de la historia de la humanidad. Por su origen, por su gran volumen y por su tendencia al silencio, sus compañeros de estudios lo apodaron ‘El Buey mudo’ de Sicilia.

Fue posible dibujar la silueta de San Francisco, pero con Santo Tomás todo depende de cómo se rellene la silueta. En cierto modo, resulta medieval iluminar una miniatura del Poverello,²¹ que hasta en el título lleva un diminutivo. Pero hacer un resumen o digesto, como los de la prensa, del Buey Mudo de Sicilia es algo que sobrepasa a todos los experimentos de digestión de un buey en una taza.²²

Esperemos que sea posible hacer un bosquejo de biografía, ahora que cualquiera parece capaz de escribir un bosquejo de la historia o un bosquejo de cualquier cosa. Sólo que –en el caso presente– el bosquejo es todo un bosque.²³ El hábito capaz de contener al colosal fraile no está entre las tallas disponibles.

- ⁰² He dicho que estos retratos sólo pueden serlo en silueta. Pero el contraste es tan llamativo, que aun si realmente viéramos a las dos figuras humanas en silueta, asomando por la cresta del monte con sus hábitos fraileros, ese contraste nos parecería hasta cómico. Sería como ver en la lejanía las siluetas de Don Quijote y Sancho Panza, o de Falstaff y maese Slender.²⁴

San Francisco era un hombrecito flaco y vivaracho; delgado como un hilo y vibrante como la cuerda de un arco, y en sus movimientos, como la flecha que el arco dispara. Toda su vida fue una serie de carreras y zambullidas: salir corriendo tras el mendigo, lanzarse desnudo al bosque, tirarse al barco desconocido, precipitarse a la tienda del sultán y ofrecerse a arrojarse al fuego. En apariencia debió ser como el fino esqueleto de una parda hoja otoñal bailando eternamente en el viento. Aunque, en realidad, el viento era él.

- ⁰³ Santo Tomás era un hombre como un toro: grueso, lento y callado; muy

²¹ Apelativo cariñoso de S. Francisco, el ‘pobrecito’ de Asís.

²² “La sustancia nutritiva de un buey concentrada en el volumen de una taza” era el reclamo publicitario de una marca de extracto de carne [N. de MLB].

²³ Alusión a ‘Outline of History’ (1919) de H.G. Wells. [N. de MLB] La traductora ha resuelto muy bien el juego de palabras original de GK.

²⁴ Es decir, ‘maese Esbelto’: personaje de Shakespeare en ‘Las alegres comadres de Windsor’ [N. de MLB]. Además de en esta obra de teatro, el personaje Falstaff aparece en ‘Enrique IV’ (1ª y 2ª partes) y ‘Enrique V’.

tranquilo y magnánimo, pero no muy sociable; tímido, dejando aparte la humildad de la santidad; y abstraído, dejando aparte sus ocasionales y cuidadosamente ocultadas experiencias de trance o éxtasis.

San Francisco era tan fogoso y nervioso que los eclesiásticos que visitó sin avisar le tomaron por loco. Santo Tomás era tan imperturbable que los doctores de las Universidades a las que asistió regularmente le tomaron por zote. De hecho era ese tipo de estudiante no infrecuente que prefiere pasar por zote a permitir que otros zotes más activos o animados invadan sus sueños.

Este contraste externo se extiende a casi todos los aspectos de una y otra personalidad. La paradoja de San Francisco fue que, amando con pasión la poesía, tuviera cierta desconfianza hacia los libros. Fue el hecho sobresaliente de Santo Tomás que amó los libros y vivió de ellos: vivió la vida del clérigo o estudiante de los Cuentos de Canterbury, y prefería poseer cien libros de Aristóteles y su filosofía a cuantas riquezas pudiera ofrecerle el mundo. Cuando le preguntaron qué era lo que más agradecía a Dios, respondió con sencillez: “Haber entendido todas las páginas que he leído”.

San Francisco era muy vívido en sus poemas y bastante inconcreto en sus documentos. Santo Tomás dedicó su vida entera a documentar sistemas enteros de letras paganas y cristianas. Y de vez en cuando escribió un himno, como quien se va de vacaciones.

Veían el mismo problema desde ángulos distintos: la sencillez y la sutileza. San Francisco pensaba que bastaría con abrir su corazón a los mahometanos para que se convencieran de no adorar a Mahomet.²⁵ Santo Tomás se estrujó el cerebro con toda suerte de distinciones y deducciones sutilísimas sobre el Absoluto o el Accidente, únicamente para evitar que se entendiera mal a Aristóteles.

San Francisco era hijo de un comerciante, de un tratante de clase media, y aunque toda su vida fue una rebelión contra la vida mercantil de su padre, retuvo de todos modos algo de esa celeridad y adaptabilidad social que

²⁵ En el original, ‘Mahound’: nombre con que a veces se designó a Mahoma en la antigua literatura inglesa [N. de MLB].

hacen que el mercado zumbe como una colmena. A pesar de su afición a los verdes campos, no crecía la hierba bajo sus pies, como se suele decir: era lo que los millonarios y los gánsteres americanos llaman un ‘alambre vivo’. Es característico de los modernos mecanicistas que, incluso cuando tratan de imaginar algo vivo, sólo se les ocurra una metáfora mecánica de algo muerto, pues se puede ser un gusano vivo, pero no un alambre vivo. San Francisco habría concedido de muy buen grado ser un gusano, pero un gusano bien vivo. El mayor enemigo del moverse para lucrarse había renunciado ciertamente a lucrarse, pero nunca dejó de moverse.

Santo Tomás, por el contrario, provenía de un mundo en el que podría haber disfrutado del ocio, y siguió siendo uno de esos hombres cuyo trabajo tiene algo de la tranquilidad del ocio. Fue trabajador incansable, pero nadie le habría podido tomar por un trajinante. Tenía ese algo indefinible que distingue a los que trabajan no teniendo que trabajar –pues era por nacimiento caballero de alto linaje- y esa tranquilidad puede conservarse como hábito, aunque no tenga motivo. Pero en él sólo se expresaba en sus elementos más amables: posiblemente había algo de ella en su cortesía y su paciencia naturales.

Cada santo es hombre antes de ser santo, y se puede ser santo siendo cualquier clase o especie de hombre; la mayoría de nosotros elegirá entre estos diferentes tipos con arreglo a sus diferentes gustos. Confieso que, así como la gloria romántica de San Francisco no ha perdido nada de su atractivo para mí, en los últimos años he llegado a sentir casi el mismo afecto –y en algunos aspectos, incluso más- por este hombre que habitó inconscientemente un gran corazón y una gran cabeza, como el que hereda una gran mansión y ejerce en ella una hospitalidad igualmente generosa, aunque un poco distraída. Hay momentos en que San Francisco -el hombre menos mundano que jamás hubo en el mundo- casi me resulta demasiado eficiente.

⁰⁴ Santo Tomás de Aquino ha reaparecido últimamente –en la cultura actual de las aulas y los salones- de una manera que habría causado gran sorpresa hace un par de lustros. Y la mentalidad que se ha fijado en él es sin duda muy distinta de la que veinte años atrás popularizó a San Francisco.

1.2 Lo común en Santo Tomás y San Francisco

1.2.1 Santidad y sociedad

- ⁰⁵ El santo es medicina porque es antídoto. Por eso el santo es mártir con frecuencia: equivocadamente se le considera veneno porque es antídoto.

Generalmente se le encuentra devolviendo la salud al mundo por el procedimiento de exagerar lo que el mundo desprecia, que no es siempre el mismo elemento en todas las épocas. Cada generación busca a su santo por instinto, que no es lo que la gente quiere, sino lo que la gente necesita. Sin duda consiste en esto el significado muy mal interpretado de aquellas palabras dichas a los primeros santos: “Vosotros sois la sal de la tierra”,²⁶ que movieron al ex Káiser²⁷ a declarar con toda solemnidad que sus carnosos alemanes eran la sal de la tierra. Con eso, tan sólo decía que eran lo más carnoso de la tierra, y por lo tanto lo mejor. Pero si la sal sazona y conserva la carne, no es porque se parezca a la carne, sino porque no se le parece en nada.

Cristo no dijo a sus apóstoles que fueran sólo personas excelentes, o las únicas personas excelentes, sino que fueran personas excepcionales, personas permanentemente incongruentes e incompatibles. Este pasaje sobre la sal de la tierra es verdaderamente tan fuerte y mordiente y picante como el sabor de la sal. Por ser personas excepcionales, no deben perder su calidad excepcional. “Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se salará?”²⁸ es una pregunta mucho más aguda que todas las lamentaciones por el precio de la mejor carne.

Si el mundo se hace demasiado mundano, podrá ser reprendido por la Iglesia; pero si la Iglesia se hace demasiado mundana, el mundo no podrá reprenderla por su mundanidad.

²⁶ Evangelio de S. Mateo, 5, 13.

²⁷ Guillermo II (1859-1941) fue el último Emperador alemán (Káiser) y el último rey de Prusia, y fue uno de los promotores de la I Guerra mundial (1914-1918).

²⁸ Segunda parte del mismo versículo de S. Mateo.

- ⁰⁶ De ahí esta paradoja de la historia: cada generación es convertida por el santo que más le lleva la contraria. San Francisco tuvo un atractivo curioso y casi misterioso para los victorianos, para aquellos ingleses del siglo XIX que superficialmente parecían estar muy complacidos con su comercio y su sentido común. No sólo un inglés bastante complacido como Matthew Arnold,²⁹ sino hasta los liberales ingleses a quienes Arnold reprochaba su complacencia empezaron poco a poco a descubrir el misterio de la Edad Media a través de la extraña historia contada con plumas y llamas en las pinturas hagiográficas de Giotto.³⁰ Había algo en la historia de San Francisco que traspasaba todas esas cualidades inglesas que son las más famosas y fatuas, para llegar a todas esas cualidades inglesas que son las más ocultas y humanas: la secreta ternura del corazón, la poética vaguedad de la mente, el amor al paisaje y a los animales.

San Francisco de Asís fue el único católico medieval que realmente se hizo popular en Inglaterra por sus propios méritos. Y se debió en gran medida a un sentimiento inconsciente de que el mundo moderno había desatendido justamente esos méritos en particular. Las clases medias inglesas encontraron su único misionero en la figura que más despreciaban entre todos los tipos del mundo: la de un mendigo italiano.

- ⁰⁷ Como el siglo XIX se asió al romance franciscano precisamente porque había menospreciado el romance, así el siglo XX se está agarrando ya a la teología racional tomista porque ha menospreciado la razón.

En un mundo demasiado asentado, el cristianismo volvió en forma de vagabundo; en un mundo demasiado desquiciado, el cristianismo ha vuelto en forma de maestro de lógica. En el mundo de Herbert Spencer³¹

²⁹ Matthew Arnold (1822-1888) fue un poeta e intelectual inglés, que aparece frecuentemente criticado en los escritos de Chesterton por sus doctrinas sobre Dios y el hombre.

³⁰ Giotto di Bondone (1267-1337) fue un pintor, escultor y arquitecto italiano de influencia decisiva para el desarrollo del Renacimiento. Autor de los frescos de la capilla de San Francisco en Asís a las que se refiere Chesterton, en este caso referidas a los éxtasis del santo.

³¹ Herbert Spencer (1820-1903) fue científico e intelectual británico que destacó en muchos campos, particularmente la sociología, donde aplicó la teoría darwinista de la supervivencia de los mejores, justificando el imperialismo.

se quería un remedio para la indigestión; en el mundo de Einstein³² se quiere un remedio para el vértigo.

En el primer caso, se percibía oscuramente que fue tras un largo ayuno cuando San Francisco entonó el ‘Cántico del Sol’ y las alabanzas de la tierra fecunda. En el segundo caso se percibe oscuramente que, aunque sólo sea para entender a Einstein, es necesario empezar por entender el uso del entendimiento.

Se empieza a ver que, así como el siglo XVIII se consideró a sí mismo la era de la razón, y el siglo XIX la era del sentido común, el siglo XX hasta ahora no puede considerarse otra cosa que la era del sentido menos común. En esas condiciones, el mundo necesita un santo, pero sobre todo necesita un filósofo.

Y estos dos casos demuestran que el mundo, dicho sea en justicia, tiene un instinto de sus necesidades. La tierra era realmente muy plana para aquellos victorianos que con mayor denuedo repetían que era redonda, y La Verna de los Estigmas³³ se alzó como una montaña aislada sobre el llano. Pero la tierra es un terremoto, un terremoto incesante y aparentemente interminable, para los modernos que han visto arrumbar a Newton³⁴ junto a Ptolomeo.³⁵ Y para ellos hay algo más empinado y hasta increíble que una montaña, un pedazo de tierra verdaderamente firme: la altura del hombre que tiene la cabeza en su sitio.

Así que en nuestro tiempo los dos santos han atraído a dos generaciones, una era de románticos y una era de escépticos. Pero en su propia época hacían la misma labor, una labor que transformó el mundo.

1.2.2 La reforma teológica de Santo Tomás y San Francisco

³² La teoría de la relatividad de Albert Einstein (1879-1955), junto a la física cuántica, vino a revolucionar completamente el esquema de la física newtoniana, asentado hasta ese momento.

³³ Se refiere a un eremitorio situado en el monte del mismo nombre –también denominado Alverna– donde S. Francisco recibió el don de los estigmas de la crucifixión de Jesucristo en 1224.

³⁴ Isaac Newton (1642-1727), físico y matemático inglés, uno de los padres de la ciencia moderna.

³⁵ Claudio Ptolomeo (c.100-c.170), fue un astrónomo y geógrafo greco-egipcio, que difundió la idea de que la tierra es plana.

- ⁰⁸ También puede decirse con verdad que la comparación es ociosa y ni siquiera como capricho está bien traída, puesto que en realidad no eran hombres de la misma generación, ni del mismo momento histórico. Si se trata de presentar a dos frailes como un par de ‘gemelos celestiales’, la comparación obvia es la de San Francisco con Santo Domingo.³⁶ Las relaciones de San Francisco con Santo Tomás fueron, todo lo más, de tío y sobrino. Y mi caprichoso excursus puede parecer sólo una versión muy irreverente del ‘Tommy, deja sitio a tu tío’.³⁷

Si San Francisco y Santo Domingo fueron los grandes hermanos gemelos, Tomás fue obviamente el primer gran hijo de Santo Domingo, como su amigo Buenaventura³⁸ lo fue de San Francisco. Aun así, yo tengo una razón –de hecho, dos razones- para poner a Santo Tomás al lado de San Francisco, en vez de emparejarlo con el franciscano Buenaventura. Y es que la comparación –por lejana y rebuscada que pueda parecer- es realmente un atajo al meollo de la historia, y nos conduce por la ruta más rápida a la cuestión real de la vida y la obra de Santo Tomás de Aquino.

Porque ahora la mayoría de la gente tiene una imagen mental –tosca, pero pintoresca- de la vida y la obra de San Francisco de Asís. Y la manera más breve de relatar otra historia es decir que –aunque los dos hombres contrastan de tal modo en casi todo- en realidad estaban haciendo lo mismo. Uno lo hizo en el mundo de la mente y el otro en el mundo de lo mundano, pero era el mismo gran movimiento medieval, que todavía se comprende mal.

En sentido constructivo, fue más importante que la Reforma. Mejor dicho: en sentido constructivo, fue la Reforma.

- ⁰⁹ Sobre este movimiento medieval es preciso subrayar primero dos hechos. No son, desde luego, hechos contrarios, pero son quizá respuestas a falacias contrarias.

³⁶ Santo Domingo de Guzmán (1171-1221) fue un religioso español, coetáneo de San Francisco, fundador de la Orden de Predicadores, los dominicos.

³⁷ ‘Tommy Make Room for Your Uncle’ (1875), canción popular de music-hall [N. de MLB].

³⁸ San Buenaventura (1218-1274) fue un santo, místico y gran filósofo franciscano, coetáneo de Santo Tomás.

En primer lugar –a despecho de cuanto se ha dicho sobre de la superstición, los Siglos Oscuros y la esterilidad de la escolástica- fue en todos los sentidos un movimiento de ensanche, siempre hacia una mayor luz y una libertad aún mayor.

En segundo lugar –a despecho de cuanto se ha dicho después acerca del progreso y el Renacimiento y los precursores del pensamiento moderno- fue casi por entero un movimiento de entusiasmo teológico ortodoxo, desplegado desde dentro: no fue un compromiso con el mundo, ni una rendición ante paganos o herejes, ni siquiera un mero tomar en préstamo auxilios externos, aun en los casos en que los tomó.

En la medida en que se abrió a la común luz del día, fue como la acción de una planta que por su propio impulso abre sus hojas al sol, y no como la acción del que se limita a dejar entrar la claridad en una prisión.

- ¹⁰ En suma, fue lo que se llama técnicamente un desarrollo de la doctrina. Pero parece haber una extraña ignorancia no sólo en lo que respecta al significado técnico de la palabra ‘desarrollo’, sino también en cuanto a su significado natural. Los críticos de la teología católica parecen suponer que más que una evolución es una evasión, o en el mejor de los casos una adaptación. Se imaginan que su mismo éxito es el éxito de la rendición.

Pero no es ése el significado natural de la palabra ‘desarrollo’. Cuando decimos que un niño está bien desarrollado, queremos decir que ha crecido en tamaño y vigor con sus propias fuerzas, no que esté abultado con almohadones postizos o camine sobre zancos para parecer más alto. Cuando decimos que un cachorro de perro se desarrolla, no queremos decir que su crecimiento sea un compromiso gradual con el ser de un gato: queremos decir que se hace más perruno, no menos. El desarrollo es la expansión de todas las posibilidades e implicaciones de una doctrina, cuando hay tiempo para diferenciarlas y extraerlas. Y el quid está en que el ensanche de la teología medieval fue simplemente la comprensión plena de aquella teología.

Es primordial reconocer este hecho primero, en la época del gran

dominico y del primer franciscano, porque su tendencia, humanista y naturalista de muchas maneras, era verdaderamente el desarrollo de la doctrina suprema, que era también el dogma de todos los dogmas. Aquí es donde la poesía popular de San Francisco y la prosa casi racionalista de Santo Tomás aparecen vívidamente como parte del mismo movimiento. Ambas son grandes brotes del desarrollo católico, dependientes de cosas externas sólo en tanto que todo lo que vive y crece depende de ellas; es decir, las digiere y las transforma, pero sigue adelante según su imagen propia y no según la de ellas. Un budista o un comunista podrían soñar con dos cosas que simultáneamente se comieran la una a la otra como la forma perfecta de unificación. Pero no sucede así con las cosas vivas.

San Francisco se contentó con llamarse Trovador de Dios, pero no se contentó con el dios de los Trovadores. Santo Tomás no concilió a Cristo con Aristóteles; concilió a Aristóteles con Cristo.

- ¹¹ Sí. A pesar de contrastes tan conspicuos y cómicos como la comparación entre el gordo y el flaco, el alto y el bajo; a pesar del contraste entre el vagabundo y el estudiante, el aprendiz y el aristócrata, el enemigo de los libros y el amigo de los libros, el misionero más lanzado y el profesor más amable... el gran hecho de la historia medieval es que estos dos grandes hombres hacían la misma gran labor: uno en el estudio y otro en la calle. No aportaron nada nuevo al cristianismo en el sentido de algo pagano o herético. Todo lo contrario: condujeron la Cristiandad al cristianismo.³⁹ Y lo hicieron contra la presión de ciertas tendencias históricas, que habían arraigado en muchas grandes Universidades y autoridades de la Iglesia, y emplearon instrumentos y armas que muchas personas asociaban con la herejía o con el paganismo.

San Francisco utilizó la naturaleza como Santo Tomás utilizó a Aristóteles, y por eso hubo quien creyó que utilizaban a una diosa pagana y a un sabio pagano. Lo que realmente hacían –y en particular lo que realmente hizo Santo Tomás– constituirá la principal materia de estas páginas. Pero es conveniente poder compararlo desde el principio con un santo más popular, para resumir la sustancia de manera más popular.

³⁹ La Cristiandad es el pueblo cristiano, conducido por estos personajes a una mejor comprensión de la propia doctrina del cristianismo.

Tal vez resulta demasiado paradójico decir que estos dos santos nos salvaron del terrible destino de la espiritualidad.⁴⁰ Tal vez se me entienda mal si digo que San Francisco, a pesar de su amor a los animales, nos salvó de ser budistas.⁴¹ Y que Santo Tomás, a pesar de su amor a la filosofía griega, nos salvó de ser platónicos. Pero lo mejor es decir la verdad en su forma más simple: los dos reafirmaron la Encarnación, al volver a traer a Dios a la tierra.

1.3 Algunas aportaciones de la doctrina de Santo Tomás

1.3.1 La introducción del realismo

- ¹² Esta analogía –que podrá parecer un tanto rebuscada- quizá sea realmente el mejor prefacio práctico a la filosofía de Santo Tomás. Como consideraremos después más atentamente, el lado puramente espiritual o místico del catolicismo había tomado una gran delantera en los primeros siglos católicos. A través del genio de Agustín,⁴² que había sido platónico, y que quizá nunca dejó de serlo; a través del trascendentalismo de la presunta obra del Areopagita;⁴³ a través de la tendencia oriental del Imperio tardío y de algo asiático en la realeza casi pontifical de Bizancio. Todas esas cosas pesaban más que lo que ahora llamaríamos, por aproximación, el elemento occidental, aunque con el mismo derecho se le podría llamar el elemento cristiano, puesto que su sentido común no es sino la santa familiaridad de la palabra hecha carne.

En cualquier caso, por el momento basta decir que los teólogos habían venido a endurecerse en una especie de orgullo platónico por la posesión

⁴⁰ Esta espiritualidad a la que se refiere debería entenderse como ‘espiritualismo’, es decir, la preponderancia de lo no material frente a lo material.

⁴¹ Chesterton expresa en *El hombre eterno* (1925) que el budismo –al que admiraba profundamente- es el mayor logro pagano, y que no puede concebirse una teoría más alta, aparte de la visión cristiana.

⁴² Agustín de Hipona (354-430) es uno de los más grandes santos y padres de la Iglesia, sin duda el filósofo neoplatónico más influyente en la filosofía medieval. Es también doctor de la Iglesia católica.

⁴³ Se refiere a ‘Dionisio Areopagita’, autor de un texto esencial para el desarrollo de la teología en sus primeros tiempos, atribuida erróneamente a Dionisio, un discípulo de San Pablo, convertido en el Areópago de Atenas, según se narra en los Hechos de los Apóstoles. Actualmente es más conocido como ‘Pseudo Dionisio Areopagita’.

interior de verdades intangibles e intraducibles, como si ninguna parte de su saber tuviera raíz alguna en el mundo real. Pues bien: lo primero que hizo Aquino –aunque ni mucho menos lo último- fue decirles a aquellos trascendentalistas puros algo que en sustancia venía a ser esto:

- 13 “Lejos de un pobre fraile negar que tengáis esos diamantes deslumbradores en vuestras cabezas, todos ellos diseñados según las más perfectas figuras matemáticas y lucientes con una luz puramente celestial; todos ahí, casi antes de que empecéis a pensar, cuanto más a ver, oír o palpar. Pero a mí no me avergüenza decir que hallo que mi razón es alimentada por mis sentidos; que debo mucho de lo que pienso a lo que veo y huelo y gusto y manejo; y que, en lo que se refiere a mi razón, me siento obligado a tratar toda esa realidad como real.

“Para ser breve y con toda humildad, yo no creo que Dios quisiera que el hombre ejercitase sólo esa clase de intelecto peculiar, elevado y abstraído que vosotros tenéis la suerte de poseer; pero sí creo que existe un terreno medio de hechos que los sentidos ofrecen como material para la razón; y que en ese terreno, la razón tiene derecho a gobernar, como representante de Dios en el hombre. Es verdad que todo esto está por debajo de los ángeles, pero está por encima de los animales y de todos los objetos materiales y actuales⁴⁴ que el hombre encuentra a su alrededor.

“Cierto que el hombre también puede ser objeto, y hasta objeto deplorable. Pero lo que el hombre ha hecho, el hombre lo puede volver a hacer; y si un viejo pagano llamado Aristóteles me puede ayudar a hacerlo, yo se lo agradeceré con toda humildad”.

- 14 Así empezó lo que se suele conocer como el recurso de Tomás de Aquino a Aristóteles. Se podría considerar la apelación a la razón y a la autoridad de los sentidos. Y es obvio que tiene una especie de paralelo popular en el hecho de que San Francisco no escuchara sólo a los ángeles, sino también a las aves.

⁴⁴ ‘Actual’ se emplea aquí y en otros lugares del texto en su acepción filosófica: lo real, contrapuesto a lo virtual o en potencia [N. de MLB]

Y antes de que pasemos a aquellos aspectos de Santo Tomás más seriamente intelectuales, podemos señalar que en él –como en San Francisco- existe un elemento práctico preliminar que es bastante moral, una especie de humildad buena y sincera, y una prontitud del hombre a considerarse incluso a sí mismo en algunos aspectos como un animal, así como San Francisco comparó su cuerpo a un asno. Se puede decir que el contraste opera en todas partes, incluso en la metáfora zoológica, y que si San Francisco fue como el asno común o borrico que portó a Cristo a Jerusalén, Santo Tomás –a quien realmente equipararon con un buey- más bien se asemejó a ese misterioso monstruo apocalíptico asirio que fue el toro alado.

Pero una vez más no debemos permitir que los contrastes eclipsen lo que tenían en común, ni olvidar que ninguno de los dos fue tan orgulloso como para no servir tan pacientemente como el buey y el asno en el establo de Belén.

1.3.2 Su doctrina es doctrina cristiana

- ¹⁵ Está claro –y en seguida lo veremos- que hay muchas otras ideas, mucho más curiosas y complicadas, en la filosofía de Santo Tomás, junto a esta idea primaria de un sentido común central que se alimenta de los cinco sentidos. Pero en este momento, el quid de la historia está no sólo en que esto sea doctrina tomista, sino en que es verdadera y eminentemente doctrina cristiana.

Pues los autores modernos escriben muchas tonterías sobre este punto, y manifiestan una inventiva superior a la que es normal en ellos para no enterarse. Habiendo supuesto sin argumento y de principio que toda emancipación debe apartar a los hombres de la religión y llevarlos a la irreligión, han olvidado por completo y ciegamente cuál es el rasgo sobresaliente de la religión en sí.

- ¹⁶ No será posible ocultar a nadie por mucho tiempo que Santo Tomás de

Aquino fue uno de los grandes libertadores del intelecto humano. Los sectarios de los siglos XVII y XVIII eran esencialmente oscurantistas, y mantuvieron la leyenda oscurantista de que el Escolástico era oscurantista. Esto ya era poco verosímil en el siglo XIX; en el XX será imposible. No tiene nada que ver con la verdad de la teología de ellos ni de la de él, sino únicamente con la verdad de la proporción histórica, que empieza a reaparecer conforme las disputas se van apagando.

Tan sencillo como que es uno de los hechos que sobresalen en la historia, lo cierto es que Tomás fue un gran hombre que concilió la religión con la razón, que la expandió hacia la ciencia experimental, que insistió en que los sentidos son las ventanas del alma y en que la razón posee un derecho divino a alimentarse de hechos, y que es competencia de la fe digerir la comida fuerte de la más dura y práctica de las filosofías paganas. Es un hecho que de ese modo –como la estrategia militar de Napoleón- Aquino combatía por todo lo que es liberal e ilustrado, en comparación con sus rivales o, para el caso, sus sucesores y suplantadores.

Quienes por otras razones aceptan de buena fe el efecto final de la Reforma tendrán no obstante que reconocer que el Escolástico fue el Reformador, y que los reformadores posteriores fueron por comparación reaccionarios. No empleo esta palabra como un reproche desde mi punto de vista, sino como un hecho desde el punto de vista progresista moderno. Por ejemplo, ellos volvieron a atornillar la mente a la suficiencia literal de las Escrituras hebreas, cuando Santo Tomás ya había hablado de la gracia dada por el Espíritu a las filosofías griegas. Él insistió en el deber social de las obras, ellos sólo en el deber espiritual de la fe. La vida misma de la enseñanza tomista fue que se puede confiar en la razón; la vida misma de la enseñanza luterana⁴⁵ es que la razón no merece la menor confianza.

¹⁷ Ahora bien, cuando se reconoce este hecho como un hecho, el peligro es que toda la oposición, inestable, se deslice de pronto al extremo opuesto: quienes hasta ese momento vituperaban al Escolástico como dogmático empezarán a admirar al Escolástico como el modernista que diluyó el

⁴⁵ Martín Lutero (Alemania, 1483-1546), teólogo y fraile agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, inspirador de la Reforma Protestante, caracterizada por un intento de vuelta a los orígenes bíblicos, con algunas de las características que Chesterton expone aquí.

dogma. En seguida empezarán a adornar su estatua con las ajadas guirnaldas del progreso, a presentarle como un hombre adelantado a su tiempo –lo que siempre se interpreta como de acuerdo con el nuestro- y a cargarle con la imputación inmerecida de haber engendrado la mentalidad moderna. Descubrirán su atractivo, y un tanto apresuradamente supondrán que fue como ellos, ya que fue atractivo.

Hasta cierto punto es perdonable; hasta cierto punto ya ha sucedido en el caso de San Francisco, pero incluso en este caso, no pasaría de cierto punto. Nadie, ni siquiera librepensadores como Renan⁴⁶ o Matthew Arnold, pretenderían que San Francisco hubiera sido otra cosa que cristiano devoto, o hubiera tenido otro móvil original que la imitación de Cristo. Y eso que también San Francisco tuvo ese efecto liberador y humanizador sobre la religión, aunque quizá más sobre la imaginación que sobre el intelecto. Pero nadie dice que San Francisco estuviera relajando el código cristiano cuando es obvio que lo apretó, como el cordón en torno a su hábito de fraile. Nadie dice que se limitara a abrir puertas a la ciencia escéptica, ni a vender el salvoconducto al humanismo pagano, ni que mirase sólo al Renacimiento o saliera al encuentro de los racionalistas. Ningún biógrafo pretende que San Francisco –cuando se nos cuenta que abrió los Evangelios al azar y leyó los grandes textos sobre la pobreza- realmente sólo abriera la Eneida y practicara la ‘sors virgiliana’⁴⁷ lleno de respeto a las letras y el saber pagano. Ningún historiador pretenderá que San Francisco escribiera el ‘Cántico del Sol’ imitando de cerca un himno homérico a Apolo, ni que amara a los pájaros porque había aprendido cuidadosamente todos los trucos de los augures romanos.

1.3.3 La inspiración de ambos es Jesucristo

- ¹⁸ En suma: la mayoría de las personas –cristianas o paganas- estarían ahora de acuerdo en que el sentimiento franciscano fue primordialmente un

⁴⁶ Ernest Renan (1823-1892), escritor, filósofo e historiador francés.

⁴⁷ La ‘sors virgiliana’ era un tipo de adivinación practicado en el Bajo Imperio y la Edad Media, que consistía en abrir al azar la ‘Eneida’ de Virgilio e interpretar los versos encontrados [N. de MLB]. Publio Virgilio Marón (70-19 a.C.), es uno de los grandes poetas romanos, autor de la Eneida, las Bucólicas y las Geórgicas, y gozó de gran reconocimiento durante la Edad Media. Virgilio es el acompañante de Dante en ‘La divina comedia’.

sentimiento cristiano, desplegado desde dentro, desde una fe inocente –o, si se quiere, ignorante- en la propia religión cristiana. Nadie, como he dicho, sostiene que San Francisco encontrara su inspiración primordial en Ovidio.⁴⁸

Sería exactamente igual de falso decir que Aquino encontró su inspiración primordial en Aristóteles. Toda la lección de su vida, especialmente de su vida temprana, toda la historia de su niñez y su elección de carrera, muestra que fue suprema y directamente devota, y que amó con pasión el culto católico mucho antes de descubrir que tenía que combatir por él.

Además hay un ejemplo especial y concluyente de esto, que una vez más conecta a Santo Tomás con San Francisco. Parece estar extrañamente olvidado que ambos santos estaban de hecho imitando a un Maestro, que no era Aristóteles ni menos Ovidio, cuando santificaron los sentidos o las cosas sencillas de la naturaleza, cuando San Francisco caminaba humildemente entre los brutos o Santo Tomás debatía cortésmente entre los gentiles.

- ¹⁹ Quienes no ven esto, no ven el quid de la religión, ni si quiera considerada como superstición. Más aún, no ven precisamente el punto que ellos llamarían más supersticioso. Me refiero a toda la asombrosa historia del Dios-Hombre de los Evangelios.

Algunos no lo ven ni siquiera cuando se trata de San Francisco y de su recurso puro e inducto a los Evangelios. Hablan de la prontitud de San Francisco para aprender de las flores o de las aves como algo que sólo puede apuntar hacia el posterior Renacimiento pagano, mientras que tienen la realidad delante de los ojos: primero, apuntando hacia atrás, al Nuevo Testamento, y segundo, hacia delante –si es que apunta a algo- al realismo aristotélico de la Suma de Santo Tomás de Aquino.

Imaginan vagamente que alguien que humanice la divinidad tiene que estar paganizando la divinidad, sin darse cuenta de que la humanización de la divinidad es realmente el dogma más fuerte, más rotundo y más

⁴⁸ Publio Ovidio Nasón (43 a.C.-17 d.C.), otro gran poeta romano, autor de ‘El arte de amar’ y ‘Las metamorfosis’.

increíble del Credo. San Francisco se hacía más semejante a Cristo –y no simplemente a Buda- cuando consideraba los lirios del campo o las aves del aire. Y Santo Tomás se hacía más cristiano –y no simplemente más aristotélico- cuando insistía en que Dios y la imagen de Dios habían entrado en contacto a través de la materia con un mundo material.

Estos santos eran, en el sentido más exacto del término, humanistas; porque insistían en la importancia inmensa del ser humano dentro del esquema teológico de las cosas. Pero no eran humanistas que marchasen por un sendero de progreso conducente al modernismo y al escepticismo general: en su propio humanismo afirmaban un dogma que ahora se juzga a menudo como el superhumanismo más supersticioso. Reforzaban esa asombrosa doctrina de la Encarnación, que para los escépticos es la más difícil de creer: no hay hueso más duro de roer en la doctrina cristiana que la divinidad de Cristo.⁴⁹

1.3.4 Algunas ideas clave de Santo Tomás

- ²⁰ Es éste un punto que viene aquí muy a propósito: que estos hombres se hacían más ortodoxos al hacerse más racionales y naturales: sólo siendo así de ortodoxos pudieron ser así de racionales y naturales. En otras palabras, lo que realmente se puede llamar teología liberal se desplegó desde dentro, desde los misterios originales del catolicismo. Pero esa liberalidad no tuvo nada que ver con el liberalismo; de hecho ni siquiera ahora puede coexistir con el liberalismo.⁵⁰

El asunto es tan determinante, que voy a tomar un par de ideas especiales de Santo Tomás para ilustrar lo que quiero decir. Sin anticipar el esbozo elemental del tomismo que se hará después, cabe señalar aquí los puntos siguientes.

⁴⁹ La frase original es “There cannot be a stiffer piece of Christian divinity than the divinity of Christ”, donde el primer ‘divinity’ está empleado en su sentido de doctrina religiosa o teología. En español no cabe atribuir ese sentido a ‘divinidad’, por lo que el chestertoniano juego de palabras se pierde [N. de MLB].

⁵⁰ Nota del propio Chesterton: “Empleo aquí la palabra ‘liberalismo’ en el sentido teológico estrictamente limitado en el que la emplean Newman y otros teólogos. En su sentido político popular, como señalo más adelante, Santo Tomás tendió más bien a ser liberal para su tiempo”.

- ²¹ Por ejemplo, una idea muy especial de Santo Tomás fue que el hombre ha de ser estudiado en su entera humanidad; que un hombre no es hombre sin su cuerpo, como no es hombre sin su alma. Un cadáver no es un hombre, pero tampoco un fantasma es un hombre.

La escuela anterior de Agustín y hasta de Anselmo⁵¹ había descuidado esto un poco, tratando el alma como el único tesoro necesario, envuelto durante un tiempo en un envoltorio despreciable. Incluso aquí eran menos ortodoxos, por ser más espirituales. A veces bordeaban esos desiertos orientales que se extienden hasta el país de la transmigración, donde el alma esencial puede pasar por cien cuerpos inesenciales, reencarnada incluso en cuerpos de aves y cuadrúpedos.

Santo Tomás defendió reciamente que el cuerpo de un hombre es su cuerpo como su espíritu es su espíritu: que el hombre sólo puede ser equilibrio y unión de los dos. Ahora bien, ésta es, en algunos aspectos, una idea naturalista, muy cercana al moderno respeto hacia las cosas materiales: una alabanza del cuerpo como la podría haber cantado Walt Whitman⁵² o justificado D.H. Lawrence:⁵³ algo que podría llamarse humanismo o incluso ser reivindicado por el modernismo.

De hecho, puede ser materialismo, pero es lo enteramente opuesto al modernismo. Según la visión moderna, se relaciona con el más monstruoso, el más material, y por lo tanto el más milagroso de los milagros; está especialmente unido al más escandaloso de los dogmas, aquel que menos puede aceptar el modernista: la resurrección de los cuerpos.

- ²² También en cuanto a su argumento a favor de la Revelación: o es muy

⁵¹ San Anselmo de Canterbury (1033-1109) fue un monje benedictino italiano que llegó a ser arzobispo de Canterbury, la sede primada de Inglaterra. Fue un gran filósofo y teólogo y es doctor de la Iglesia.

⁵² Walt Whitman (1819-1892) fue un poeta, ensayista y humanista estadounidense, conocido por realismo y su amor a la naturaleza.

⁵³ David Herbert Lawrence (1885-1930) fue un escritor inglés, perteneciente al grupo de Bloomsbury. En su literatura aparecen tanto los efectos deshumanizadores de la modernidad como las cuestiones relativas a las emociones, los instintos y la vitalidad, la sexualidad y la espontaneidad.

racionalista o, del otro lado, decididamente democrático y popular. Su argumento en pro de la Revelación no es en absoluto un argumento en contra de la Razón. Al revés, parece inclinado a admitir que se podría llegar a la verdad mediante un proceso racional siempre que fuera lo bastante racional... y también lo bastante prolongado.

De hecho, algo de su carácter que en otro lugar he llamado optimismo y para lo que no conozco ningún otro apelativo aproximado, le condujo más bien a exagerar la medida en que todos los hombres acaban escuchando a la razón. Es decir, creía rotundamente en que los hombres se dejan convencer por la argumentación, cuando llegan al final de la argumentación. Pero su sentido común también le decía que la argumentación nunca termina. Yo podría convencer a un hombre de que la materia como origen de la mente no tiene ningún sentido, si fuéramos muy amigos y nos pasáramos todas las noches discutiendo durante cuarenta años. Pero mucho antes de que él se convenciera en su lecho de muerte habrían nacido otro millar de materialistas, y nadie puede explicárselo todo a todos.

Santo Tomás parte de la idea de que las almas de toda la gente corriente, trabajadora y sencilla, son tan importantes como las almas de los pensadores y buscadores de la verdad, y se pregunta cómo puede toda esa gente sacar tiempo para la cantidad de razonamiento que se necesita para hallar la verdad. El tono entero del pasaje demuestra a la vez respeto por la indagación científica y una fuerte simpatía por el hombre ordinario.

Su argumento a favor de la Revelación no es un argumento en contra de la Razón, sino un argumento a favor de la Revelación. La conclusión que extrae es que los hombres deben recibir las verdades morales más altas de manera milagrosa, o de lo contrario, la mayoría de los hombres no las recibirá en absoluto. Sus argumentos son racionales y naturales, pero su propia deducción está enteramente a favor de lo sobrenatural. Y –como suele suceder en sus argumentos– no es fácil llegar a otra deducción distinta de la suya.

Y si vamos a eso, vemos que es algo tan sencillo como el propio San Francisco podría desear: el mensaje del cielo, la historia relatada desde lo alto, el cuento de hadas que realmente es verdad.

- ²³ Santo Tomás es todavía más claro en problemas más populares, como el del libre albedrío. Si destaca algo sobre el resto, es lo que llamaríamos soberanías o autonomías subordinadas. Era —si se nos permite la ligereza— un firme partidario del régimen autonómico.⁵⁴ Podríamos decir incluso que siempre defendió la independencia de las cosas dependientes: insistió en que cada cosa podía tener sus propios derechos en su propio entorno.

Su actitud se dirigía hacia el régimen autonómico de la razón, y hasta de los sentidos: “Hija soy en la casa de mi padre, pero señora en la mía”. Y en ese sentido subrayó cierta dignidad en el hombre, que a veces quedaba un tanto engullida en las generalizaciones puramente teístas acerca de Dios. Nadie diría que quisiera separar al hombre de Dios, sino distinguir al hombre de Dios. En ese sentido fuerte de la dignidad y la libertad humanas, hay mucho que puede ser y es apreciado ahora como noble liberalidad humanista.

No olvidemos que el resultado fue ese mismo libre albedrío —responsabilidad moral del hombre— que tantos liberales modernos negarían. De esa sublime y peligrosa libertad penden el cielo y el infierno, y todo el misterioso drama del alma. Es distinción, no división; pero que un hombre pueda separarse de Dios, es en cierto aspecto la mayor distinción de todas.

- ²⁴ También —aunque sea una cuestión metafísica que mencionaremos después muy por encima— ocurre lo mismo con la vieja disputa filosófica en torno a los muchos y el uno. ¿Son las cosas tan diferentes que nunca se las puede clasificar, o están tan unidas que nunca se las puede distinguir? Sin pretender dar respuesta aquí a esas preguntas, podemos decir en general que Santo Tomás se inclina decididamente por la variedad, tan real como la unidad.

En esta y otras cuestiones semejantes, Santo Tomás se aparta a menudo de los grandes filósofos griegos que a veces fueron sus modelos, y se aparta

⁵⁴ La palabra ‘autonomía’ parece una forma adecuada de traducir ‘Home Ruler’, expresión que usa Chesterton.

enteramente de los grandes filósofos orientales que son en cierto sentido sus rivales. Está bastante seguro de que la diferencia entre la tiza y el queso o entre los cerdos y los pelícanos, no es una mera ilusión, o deslumbramiento de nuestra mente ofuscada y cegada por una única luz, sino más o menos la que todos sentimos que es. Se puede decir que eso es mero sentido común: que los cerdos son cerdos. Y en esa medida, está relacionado con el terrenal sentido común aristotélico, un sentido común humano y hasta pagano.

Pero nótese que aquí vuelven a juntarse los extremos del cielo y de la tierra. También entronca con el dogma cristiano de la Creación, de un Creador que creó a los cerdos, y no un cosmos que simplemente los hizo aparecer por evolución.

1.3.5 Síntesis de la aportación de Santo Tomás y San Francisco

- ²⁵ En todos estos casos vemos repetido lo que se dijo al principio. El movimiento tomista en la metafísica –como el movimiento franciscano en la moral y las costumbres- fue un ensanche y una liberación, fue rotundamente un desarrollo de la teología cristiana desde dentro. Rotundamente, no fue un encogimiento de la teología cristiana bajo influencias paganas, ni humanas siquiera. El franciscano era libre para ser fraile, en vez de verse atado para ser monje. Pero era más cristiano, más católico, incluso más asceta. Y el tomista era libre para ser aristotélico, en vez de verse atado para ser agustiniano. Pero era todavía más teólogo –un teólogo más ortodoxo, más dogmático-⁵⁵ por haber recuperado a través de Aristóteles el más desafiante de todos los dogmas: la unión de Dios con el hombre y, por lo tanto, con la materia.

No se puede entender la grandeza del siglo XIII si no se comprende que supuso un gran desarrollo de cosas nuevas producidas por una cosa viva. En ese sentido, fue realmente más audaz y más libre que lo que llamamos Renacimiento, que fue una resurrección de cosas viejas descubiertas en una cosa muerta.

⁵⁵ Chesterton utiliza la expresión ‘dogmático’ no en el sentido de intransigente sino de más cercano a la verdad, es decir, más cerca del dogma o verdad de fe.

En ese sentido, la Edad Media no fue un renacer sino más bien un nacimiento. No modeló sus templos sobre los sepulcros, ni hizo salir a dioses muertos del Hades. Hizo una arquitectura tan nueva como la ingeniería moderna, y que de hecho sigue siendo la arquitectura más moderna.⁵⁶ Pero el Renacimiento siguió una arquitectura más antigua: en ese sentido, al Renacimiento se le podría llamar la Reaída.

Se diga lo que se diga sobre el gótico y la interpretación del Evangelio de Santo Tomás, no fueron una reaidada. Fue un empuje nuevo –el titánico empuje de la ingeniería gótica- y su fuerza estaba en un Dios que hace nuevas todas las cosas.

- ²⁶ En una palabra, Santo Tomás hizo al Cristianismo más cristiano al hacerlo más aristotélico. No es una paradoja sino una sencilla perogrullada, que sólo pueden dejar de ver los que quizá sepan qué se entiende por aristotélico pero han olvidado simplemente qué se entiende por cristiano. En comparación con judío, musulmán, budista, deísta o la mayoría de las alternativas obvias, cristiano quiere decir hombre que cree que la deidad – o la santidad- se ha ligado a la materia y ha entrado en el mundo de los sentidos.

Algunos autores modernos, pasando por alto ese sencillo punto, incluso han hablado como si la aceptación de Aristóteles fuera una especie de concesión a los árabes, a la manera en que un vicario modernista hace una concesión a los agnósticos. Podrían decir que las Cruzadas fueron una concesión a los árabes como que Aquino –al rescatar a Aristóteles de Averroes⁵⁷- hacía una concesión a los árabes.

Los Cruzados querían recuperar el lugar donde había estado el cuerpo de Cristo porque creían –con razón o sin ella- que era un lugar cristiano. Santo Tomás quiso recuperar lo que era en esencia el mismo cuerpo de

⁵⁶ Probablemente, Chesterton se refiera a la importancia del neogótico, que fue un estilo muy utilizado durante el siglo XIX y principios del XX: por ejemplo, la Catedral de San Patricio de Nueva York (1858-78) o el puente colgante de Brooklyn (1883).

⁵⁷ Averroes (1126-1198) fue un filósofo y médico andalusí, nacido en Córdoba. Profundamente racionalista, fue comentador y divulgador de las obras de Aristóteles. Al conjunto de ideas y seguidores de Averroes en el contexto europeo cristiano se le denominó ‘averroísmo latino’.

Cristo, el cuerpo santificado del Hijo del Hombre, que había venido a ser un enlace milagroso entre el cielo y la tierra. Y por tanto, quería el cuerpo y todos sus sentidos porque creía –con razón o sin ella- que era una cosa cristiana. Era una cosa más humilde o más casera que la mente platónica: por eso era cristiana.

Si se quiere decir así, Santo Tomás eligió el camino más bajo al seguir los pasos de Aristóteles. Eso hizo Dios cuando trabajó en el taller de José.

1.4 La revolución de las órdenes mendicantes

1.4.1 La diferente consideración de Francisco y Domingo

- ²⁷ Finalmente, estos dos grandes hombres estuvieron no sólo unidos entre sí, sino separados de la mayoría de sus camaradas y contemporáneos por el propio carácter revolucionario de su revolución.

En 1215, el castellano Domingo de Guzmán fundó una orden muy similar a la de Francisco y –por una curiosísima coincidencia de la historia- casi en el mismo momento que Francisco. Su objetivo primario era predicar la filosofía cristiana a los herejes albigenses,⁵⁸ cuya particular filosofía era una de las muchas formas de maniqueísmo tan relacionado con toda esta historia.⁵⁹ Tenía sus raíces en el misticismo remoto y el desapego moral del Oriente, y por tanto era inevitable que los dominicos tendieran a ser una hermandad de filósofos, donde los franciscanos eran –por comparación- una hermandad de poetas.

Por esa y otras razones, Santo Domingo y sus seguidores son poco

⁵⁸ Los cátaros o albigenses (por la ciudad de Albi) constituyen un movimiento religioso de carácter gnóstico (es decir, considerado para iniciados y gente superior) que se propagó por Europa Occidental a partir de mediados del siglo X, y que arraigó en el siglo XII entre los habitantes del sur de Francia, especialmente en el Languedoc, donde contaba con la protección de algunos señores feudales vasallos de la corona de Aragón. Los albigenses afirmaban una dualidad creadora (Dios y Satanás) y predicaba la salvación mediante el ascetismo y el estricto rechazo del mundo material, percibido por ellos como obra demoníaca.

⁵⁹ Maniqueísmo es el nombre de la religión fundada por el sabio persa Manes (c.215-276); por extensión, se aplica a cualquier doctrina que se apoye sobre el dualismo.

conocidos o comprendidos en la Inglaterra moderna: se vieron envueltos en una guerra religiosa que fue consecuencia de discusiones teológicas, y hubo algo en el ambiente de nuestro país en el siglo pasado que hizo que la discusión teológica resultara aún más incomprensible que la guerra religiosa.

El efecto final es en algunos aspectos curioso, porque Santo Domingo – aún más que San Francisco- se caracterizó por esa independencia intelectual, y ese criterio estricto de virtud y veracidad, que las culturas protestantes suelen considerar como especialmente protestantes. De él se contó la anécdota –que ciertamente habría sido más contada entre nosotros si hubiera sido de un puritano- de que el papa señalaba su suntuoso palacio papal mientras decía: “Pedro ya no puede decir ‘No tengo plata ni oro’”, y el fraile español respondió: “No, ni tampoco puede decir ‘Levántate y anda’”.⁶⁰

²⁸ Así que hay otra manera en que la historia popular de San Francisco puede ser una especie de puente entre el mundo moderno y el mundo medieval. Y se basa en el hecho ya mencionado de que San Francisco y Santo Domingo se alzan juntos en la historia por haber realizado la misma labor, y sin embargo en la tradición popular inglesa están separados de la manera más extraña y sorprendente. En su propia tierra son como ‘gemelos celestiales’ que irradian la misma luz desde el cielo,⁶¹ pareciendo a veces ser dos santos en una misma aureola, así como otra orden representó la santa pobreza como dos caballeros sobre un mismo caballo.⁶²

Sin embargo, en las leyendas de nuestro país vienen a estar tan unidos como San Jorge con el dragón: a Domingo se le concibe todavía como un inquisidor que inventaba máquinas de tormento, mientras que a Francisco se le acepta ya como un humanista que deploraba que hubiese ratoneras. Nos parece lo más natural -cargado de las mismas asociaciones de flores y fantasías estrelladas- que el nombre de Francisco lo llevara Francis

⁶⁰ Alusión a la curación de un cojo por San Pedro (y las palabras del propio San Pedro) en Hechos 3, 6 [N. de MLB].

⁶¹ La Iglesia católica ha unido de tal manera a Francisco y Domingo que en la letanía de los santos, siempre se les nombra juntos.

⁶² El sello de la Orden de los Templarios presentaba a dos caballeros sobre un solo caballo [N. de MLB].

Thompson,⁶³ pero supongo que parecería menos natural llamarle Dominic Thompson... O descubrir que un hombre con largo historial de simpatías populares y ternura práctica hacia los pobres pudiera llamarse Dominic Plater.⁶⁴ Sonaría como si se hubiera llamado Torquemada Thompson.

- ²⁹ Ahora bien, tiene que haber algún error tras esa contradicción, que convierte a los aliados dentro casa en antagonistas fuera de ella. Sobre cualquier otro asunto el hecho sería transparente para el sentido común. Supongamos que los liberales o librecambistas ingleses descubrieran que, en remotos parajes de la China, se considerase a Cobden⁶⁵ un monstruo cruel y a Brigh⁶⁶ un santo sin tacha: pensarían que había algún error. Supongamos que los evangélicos americanos se enteraran de que en Francia o Italia, o en otras civilizaciones impermeables a Moody y Sankey⁶⁷ existiera la creencia popular de que Moody era un ángel pero Sankey un demonio: sospecharían que había alguna confusión.

Alguna distinción accidental tendría que haberse interpuesto en el curso principal de una tendencia histórica. Estos paralelos no son tan fantásticos como puedan parecer. A Cobden y Bright se les ha llamado ‘torturadores de niños’, con indignación ante su supuesta indiferencia a los males corregidos por las leyes de fábricas, y no faltaría quien calificase de exhibición diabólica al sermón de Moody y Sankey sobre el infierno. Todo eso es opinable, pero ambos sostenían parecidas opiniones, y tiene que haber un error grave en la opinión que los separa tan radicalmente.

Por supuesto, hay un error completo en la leyenda que rodea a Santo Domingo. Quienes saben algo acerca de Santo Domingo saben que fue un misionero y no un perseguidor militante; que su aportación a la religión fue el rosario y no el potro; que toda su carrera carece de sentido si no se

⁶³ Francis Thompson (1859-1907), poeta religioso inglés, autor del famoso poema ‘The Hound of Heaven’ –‘El sabueso del cielo’-, citado varias veces en el libro [N. de MLB].

⁶⁴ Charles Dominic Plater (1875-1921), jesuita inglés, impulsor de la acción social católica [N. de MLB].

⁶⁵ Richard Cobden (1804-1865), economista y político inglés, defensor del librecambio; miembro fundador de la Anti-Corn Law League, asociación creada en Manchester en 1838 para promover la abolición de las leyes proteccionistas sobre el comercio de trigo [N. de MLB].

⁶⁶ John Bright (1811-1889), político y orador inglés, defensor del librecambio. Fue, como Cobden, miembro destacado de la Anti-Corn Law League [N. de MLB].

⁶⁷ Dwight Lyman Moody (1837-1899) e Ira David Sankey (1840-1908), predicadores estadounidenses que efectuaron campañas conjuntas de evangelización popular en Gran Bretaña [N. de MLB].

entiende que sus famosas victorias fueron victorias de la persuasión y no de la persecución. Es cierto que creyó justificada la persecución, en el sentido de que el brazo secular pudiera reprimir desórdenes religiosos. Así también lo creían todos, y nadie creyó más en la persecución que el elegante blasfemo Federico II,⁶⁸ que no creyó en ninguna otra cosa: hay quienes dicen que fue el primero que quemó herejes; sea así o no, consideraba la persecución de herejes como uno de sus privilegios y deberes imperiales. Pero hablar como si Domingo no hubiera hecho otra cosa que perseguir herejes es como censurar al padre Matthew,⁶⁹ que persuadió a millones de borrachos a hacer voto de abstinencia, porque la ley establecida autorizase a un policía a detener a un borracho. Es no ver lo central del asunto: que aquel hombre fue un genio de la conversión, al margen de la coacción.

La verdadera diferencia entre Francisco y Domingo –que no resta mérito a ninguno de los dos- es que Domingo se encontró abocado a una enorme campaña para la conversión de herejes, mientras que Francisco tuvo sólo la tarea más sutil de convertir a seres humanos. Es una vieja historia decir que –aunque necesitemos a alguien como Domingo para convertir a los paganos al cristianismo- necesitamos aún más a alguien como Francisco para convertir al cristianismo a los cristianos.

De todos modos no debemos perder de vista el problema especial de Santo Domingo, que fue tener que tratar con una entera población, reinos y ciudades y comarcas, que se habían extraviado de la fe y petrificado en nuevas religiones extrañas y anormales. Que sólo con la palabra y la predicación fuera capaz de recuperar a masas de hombres así engañadas sigue siendo un enorme triunfo, merecedor de un trofeo colosal.

A San Francisco se le llama humano porque intentó convertir a los sarracenos y fracasó; a Santo Domingo se le llama fanático y ciego porque intentó convertir a los albigenses y lo consiguió.⁷⁰ Es como si nos

⁶⁸ Federico II Hohenstaufen (1194-1250), llamado ‘Stupor mundi’ (Asombro del mundo) y ‘Puer Apuliae’ (hijo de Apulia), fue rey de Sicilia, Chipre y Jerusalén, y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

⁶⁹ Theobald Mathew (1790-1876), sacerdote irlandés que fue conocido como ‘el Apóstol de la Templanza’ por sus eficaces campañas contra el alcoholismo [N. de MLB].

⁷⁰ A San Francisco le atrajo especialmente la conversión de los musulmanes, llegando a predicar ante el sultán de Egipto en 1219. Su éxito fue muy escaso, pero se ganó la simpatía del sultán, que permitió a los

encontráramos en un curioso rincón o escondrijo de los montes de la historia. Desde allí divisamos Asís y las colinas de la Umbría, pero no vemos el vasto campo de batalla de la Cruzada del Mediodía: el milagro de Muret⁷¹ y el milagro mayor de Domingo, justo en el momento en que los Pirineos y las costas del Mediterráneo vieron vencida la desesperación asiática.

1.4.2 El carácter revolucionario de las órdenes mendicantes

³⁰ Hay un lazo anterior y más esencial entre Domingo y Francisco, que viene más a propósito para la finalidad inmediata de este libro. En tiempos ulteriores fueron coronados de gloria porque en su propio tiempo fueron coronados de infamia, o cuando menos de impopularidad, porque hicieron lo más impopular que pueden hacer los hombres, que es poner en marcha un movimiento popular.

El que se atreve a apelar directamente al pueblo se hace siempre una larga lista de enemigos, empezando por el pueblo. A medida que los pobres empiezan a entender que se pretende ayudarlos y no perjudicarlos, las clases pudientes de arriba empiezan a cerrar filas, resueltas a entorpecer y no ayudar. Los ricos, y hasta los doctos, a veces opinan no sin razón que eso hará cambiar al mundo, no sólo en su mundanidad o su sabiduría mundana, sino hasta cierto punto en su sabiduría real. Esa aprensión no era infundada en este caso, si pensamos, por ejemplo, en la actitud verdaderamente temeraria de San Francisco en el rechazo de los libros y del saber, o en la tendencia que después manifestaron los frailes a apelar al Papa con desprecio de los obispos y cargos eclesiásticos locales.

En suma, Santo Domingo y San Francisco desataron una revolución, tan popular y tan impopular como la Revolución francesa. Pero hoy cuesta mucho trabajo sentir que incluso la Revolución francesa tuviera la frescura que realmente tuvo. La Marsellesa sonó un día como la voz

franciscanos la presencia en los santos lugares, pues todo Oriente medio estaba ya definitivamente en manos del Islam.

⁷¹ Población francesa 20 km al sur de Tolosa, En ella se desarrolló la batalla de su nombre, donde el 13 de septiembre de 1213 las tropas cruzadas bajo el mando de Simón de Montfort derrotaron al ejército del conde Ramón VI de Tolosa y al rey Pedro II de Aragón, que encontraría la muerte en ella.

humana del volcán o el compás del terremoto, y los reyes de la tierra temblaron, unos temiendo que se desplomara el firmamento, otros temiendo aún más que se hiciera justicia; pero la Marsellesa se toca hoy en banquetes diplomáticos donde monarcas sonrientes saludan a millonarios radiantes, y es menos revolucionaria que ‘Hogar, dulce hogar’.

También importa mucho recordar que los revolucionarios modernos ahora llamarían insuficiente a la revuelta de los jacobinos franceses, lo mismo que llamarían insuficiente a la revuelta de los frailes. Dirían que ninguna de las dos fue lo bastante lejos; pero muchos, en su día, pensaron que iban demasiado lejos. En el caso de los frailes, las altas esferas del Estado, y en cierta medida también las de la Iglesia, vieron con suma preocupación aquella suelta de predicadores populares desenfrenados entre el pueblo.

Para nosotros no es nada fácil sentir que acontecimientos lejanos fueran así de desconcertantes, y aun vituperables. Las revoluciones se convierten en instituciones: las revueltas que renuevan la juventud de sociedades viejas envejecen a su vez; y el pasado –que estuvo lleno de novedades, de divisiones, innovaciones e insurrecciones- se nos antoja una única textura de tradición.

- ³¹ Pero si queremos un solo dato que pinte vivamente esa conmoción de cambio y desafío, y muestre cuán bronco y desharrapado, cuán casi tumultuoso en su temeraria novedad, cuán vulgar y alejado de la vida refinada pareció realmente a muchos en su día este experimento de los frailes, he aquí un dato muy oportuno. Muestra hasta qué punto una Cristiandad asentada y ya antigua lo sintió como el fin de una era, y cómo los caminos de la tierra parecieron retemblar bajo los pies del nuevo ejército sin nombre, la marcha de los mendicantes.⁷² Una mística canción infantil sugiere el ambiente de aquella crisis: “Oíd, oíd, los perros ladran, los mendicantes vienen a la ciudad”. Fueron muchas las ciudades que casi se fortificaron contra ellos, y muchos los perros guardianes de la propiedad y del rango que realmente ladraron –y ladraron fuerte- al paso

⁷² El nombre de Mendicantes viene porque –a diferencia de las órdenes religiosas asentadas en su tiempo, como los benedictinos- no vivían del trabajo en el monasterio, sino de la limosna que recibían. Además de franciscanos y dominicos, pueden citarse carmelitas, agustinos, trinitarios, etc.

de aquellos mendicantes. Pero más fuerte fue la voz de los mendicantes que cantaban su ‘Cántico del Sol’, y más fuerte el ladrido de los Sabuesos del Cielo, los ‘Domini canes’ del retruécano medieval: los Perros de Dios.⁷³ Y si quisiéramos medir lo real y desgarradora que pareció aquella revolución, cuán grande la ruptura con el pasado, podemos verlo en el primer y más extraordinario acontecimiento de la vida de Santo Tomás de Aquino.

⁷³ A los dominicos, seguidores de Domingo, se les llama en latín ‘dominicani’, y de ahí el juego de palabras (‘Domini canes’, los perros o sabuesos del Señor), que ellos mismos aceptaron, pues el símbolo de Santo Domingo es un perro con una antorcha en la boca.

2. EL ABAD FUGITIVO

2.1 La época de Santo Tomás de Aquino

2.1.1 *Un hombre verdaderamente internacional*

- ⁰¹ Tomás de Aquino, de una manera extraña y algo simbólica, surgió justo en el centro del mundo civilizado de su tiempo, en el nudo central de las potencias que entonces controlaban la Cristiandad. Tuvo estrechos nexos con todas ellas, incluso con algunas que se podrían calificar de destructoras de la Cristiandad.

Toda la querrela religiosa, toda la querrela internacional, fue para él una querrela de familia. Nació en la púrpura, casi literalmente en la cenefa de la púrpura imperial, porque el Sacro Emperador Romano era primo suyo. Habría podido blasonar su escudo con la mitad de los reinos de Europa, si no hubiera tirado el escudo a la basura. Era italiano, francés, alemán y europeo, en todos los sentidos.

Por una parte heredó la energía que impulsó el episodio de los normandos, cuyas extrañas incursiones organizadoras silbaron y reverberaron como ráfagas de flechas en los rincones de Europa y los confines de la tierra; una ráfaga siguiendo al duque Guillermo⁷⁴ allá al norte por las nieves cegadoras hasta Chester, otra pisando las huellas de griegos y cartagineses por la isla de Sicilia hasta las puertas de Siracusa. Otro lazo de sangre le unía con los grandes emperadores del Rin y el Danubio, que decían ceñir la corona de Carlomagno:⁷⁵ Barbarroja,⁷⁶ que duerme bajo el río impetuoso, era tío abuelo suyo, y Federico II, el ‘Asombro del Mundo’,

⁷⁴ Guillermo I de Inglaterra (c.1028-1087), descendiente de vikingos —o normandos—, fue Duque de Normandía (Francia) antes de convertirse en Guillermo el Conquistador

⁷⁵ Carlos I el Grande, llamado Carlomagno (c.747-814), fue rey de los francos desde 768 u restaurador del Imperio Romano de Occidente en el año 800.

⁷⁶ Federico I Hohenstaufen (1122-1190), llamado Barbarroja por el color de su barba, Duque de Suabia y desde 1155 Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico

primo segundo. Sin embargo, cien ataduras más íntimas le unían a la animada vida interior, la vivacidad local, las pequeñas naciones amuralladas y los mil santuarios de Italia.

Aunque heredase aquel parentesco material con el Emperador, mantuvo con mucha más firmeza su parentesco espiritual con el Papa. Comprendía el significado de Roma –y en qué sentido seguía gobernando al mundo- y no se inclinaba a creer que los emperadores germanos de su tiempo pudieran ser realmente romanos desafiando a Roma, como no habían podido serlo los emperadores griegos de antaño.

A esa universalidad cosmopolita de su posición heredada sumó después muchas cosas de su cosecha, que contribuirían al entendimiento mutuo entre los pueblos y le confirieron cierto carácter de embajador e intérprete. Viajó mucho: no sólo fue bien conocido en París y en las universidades alemanas, sino que casi con certeza estuvo en Inglaterra. Es probable que visitara Oxford y Londres, y se ha dicho que podríamos estar siguiendo sus pasos y los de sus compañeros dominicos cada vez que bajamos por el río hasta la estación ferroviaria que todavía lleva el nombre de Blackfriars.⁷⁷

Y la verdad es que esto se aplica a los viajes de su mente tanto como a los de su cuerpo. Estudió la literatura –incluso de los adversarios del cristianismo- de forma mucho más atenta e imparcial de lo que entonces era costumbre. Realmente trató de entender el aristotelismo arábigo de los musulmanes, y escribió un tratado eminentemente humano y razonable sobre el problema del trato a los judíos. Siempre intentó mirarlo todo desde dentro, y desde luego tuvo suerte en haber nacido dentro del sistema estatal y la alta política de sus días. Lo que pensó de ellos podrá quizá inferirse del pasaje de su historia que narraremos aquí.

⁰² Santo Tomás podría, pues, hacer muy bien el papel del ‘Hombre Internacional’, por citar el título de un libro moderno. Pero conviene recordar que vivió en la Era Internacional en un mundo que era

⁷⁷ Black friars, ‘frailes negros’: así se llamó en Inglaterra a los dominicos por el manto negro que vestían sobre el hábito blanco. El nombre de la estación londinense recuerda que allí tuvieron un convento [N. de MLB].

internacional en un sentido del que ningún libro moderno, ningún hombre moderno, pueden dar idea.

Si no recuerdo mal, el candidato moderno para el puesto de Hombre Internacional fue Cobden,⁷⁸ que era un hombre casi anormalmente nacional, un hombre estrechamente nacional; excelente persona, pero apenas imaginable fuera del trayecto entre Midhurst y Manchester.⁷⁹ Tuvo una política internacional y practicó el viaje internacional, pero siempre siguió siendo una persona nacional, fue porque siguió siendo una persona normal, esto es, normal para el siglo XIX. Pero en el siglo XIII no era así. Entonces un hombre de influencia internacional como Cobden podía ser casi un hombre de nacionalidad internacional. Los nombres de naciones, ciudades y lugares de origen no connotaban esa profunda división que es la marca del mundo moderno.

En sus tiempos de estudiante, Aquino llevó por mote el Buey de Sicilia, aunque su lugar natal estaba cerca de Nápoles. Pero eso no impidió que la ciudad de París le considerase tan simple y rotundamente parisino –por haber sido una gloria de la Sorbona-⁸⁰ que quiso dar sepultura a sus huesos cuando murió.

Tomemos un contraste más obvio con la época moderna. Pensemos lo que significa en la conversación de nuestros días la mención de un catedrático alemán. Fijémonos después en que el mayor de todos los catedráticos alemanes, Alberto Magno,⁸¹ fue asimismo una de las glorias de la Universidad de París, y que fue en París donde Aquino lo apoyó. Imaginemos al moderno catedrático alemán siendo famoso en toda Europa por la popularidad de sus clases en París.

⁷⁸ Richard Cobden (1804-1865), mencionado ya en el capítulo 1: economista y político inglés, defensor del librecambio, y famoso por el Tratado Cobden-Chevalier de 1860 entre Gran Bretaña y Francia, en colaboración con John Bright, también citado en el capítulo anterior y el economista francés Michel Chevalier. Considerado por el historiador Ralph Raico como ‘el más grande pensador liberal sobre los asuntos internacionales’

⁷⁹ Ciudades inglesas situadas respectivamente en el sudeste y en el medio oeste del país.

⁸⁰ La Sorbona es el nombre genérico con el que se conoce a la Universidad de París, una de las primeras Universidades del mundo, fundada a finales del siglo XII. Santo Tomás fue maestro de Teología allí en 1256, a la excepcional edad de 31 años.

⁸¹ San Alberto Magno (c.1193 y 1206-1280) fue un dominico alemán, obispo y doctor de la Iglesia. Destacado teólogo, geógrafo, filósofo y figura representativa de la química y, en general un polímata de la ciencia medieval. Su humildad y pobreza fueron notables.

2.1.2 *Federico II Hohestaufen como símbolo de su tiempo*

- ⁰³ Si había guerra en la Cristiandad, era una guerra internacional, en el sentido especial en que nosotros hablamos de paz internacional. No era la guerra de dos naciones, sino la guerra de dos internacionalismos, de dos Estados mundiales: la Iglesia católica y el Sacro Romano Imperio. La crisis política de la Cristiandad afectó a la vida de Aquino al comienzo con un desastre agudo, y después por muchas vías indirectas. Tuvo muchos elementos: las Cruzadas; los rescoldos del pesimismo albigense, sobre el que habían triunfado Santo Domingo con la argumentación y Simón de Montfort con las armas; el dudoso experimento de la Inquisición que nació de él, y muchas otras cosas. Pero, en términos generales, es la época del gran duelo entre los Papas y los Emperadores, esto es, los Emperadores germanos que se daban a sí mismos el título de Sacros Emperadores Romanos, la casa de Hohenstaufen.

El período concreto de la vida de Aquino está totalmente ensombrecido por el Emperador concreto que a su vez fue más italiano que alemán, el brillante Federico II, llamado el ‘Asombro del Mundo’. Cabe señalar, de paso, que el latín era la más viva de las lenguas en aquel tiempo, y a menudo sentimos cierta debilidad en la necesaria traducción: no sé dónde he leído que la palabra empleada era más fuerte que Asombro del Mundo, pues su título medieval era ‘Stupor Mundi’, que más exactamente sería ‘Estupor del Mundo’. Algo de lo mismo se dirá después sobre el lenguaje filosófico, y la debilidad de traducir una palabra como ‘Ens’ por una palabra como ‘Ser’. Por el momento el paréntesis tiene otra aplicación, pues bien se podría decir que Federico dejó verdaderamente estupefacto al mundo, que hubo algo de contundente y cegador en los golpes que asestó a la religión, como aquel con el que casi empieza la biografía de Tomás de Aquino. También se le puede llamar estupefaciente en otro sentido, pues su misma brillantez ha estupidizado mucho a algunos de sus admiradores modernos.

- ⁰⁴ Porque Federico II es la primera figura –y figura bastante feroz y

ominosa- que cabalga por la escena del nacimiento e infancia de su primo: escena de fuego y de luchas salvajes. Y por eso es permisible detenerse a hacer un inciso sobre su nombre, por dos razones particulares: la primera, que su reputación romántica –aun entre historiadores modernos- cubre y en parte oculta el verdadero telón de fondo de la época; y la segunda, que la tradición en cuestión implica directamente a la toda posición de Santo Tomás de Aquino.

La visión del siglo XIX –todavía tan extrañamente llamada visión moderna por muchos modernos- respecto a un hombre como Federico II fue bien resumida por un sólido victoriano, creo que Macaulay:⁸² Federico fue “un estadista en una era de cruzados; un filósofo en una era de monjes”. Nótese que la antítesis presupone que no es fácil que un cruzado sea estadista y que un monje sea filósofo.

Sin embargo, por tomar sólo ese ejemplo especial, sería fácil señalar que los casos de dos hombres famosos en la era de Federico II serían por sí mismos lo bastante fuertes para destruir tanto el supuesto como la antítesis. San Luis, aunque cruzado y hasta cruzado fracasado, fue realmente un estadista mucho más afortunado que Federico II. Medido por el rasero de la política práctica, popularizó, consolidó y santificó el gobierno más poderoso de Europa: el orden y la centralización de la monarquía francesa, la única dinastía que no hizo sino fortalecerse durante quinientos años hasta las glorias del siglo de oro,⁸³ mientras que Federico conoció la ruina frente al Papado y las repúblicas y una vasta combinación de sacerdotes y pueblos. El Sacro Imperio Romano que quiso fundar era ideal más bien en el sentido de un sueño; ciertamente no fue nunca un hecho, como el cuadrado y sólido Estado que sí fundó el estadista francés. Y, por poner otro ejemplo de la generación siguiente, uno de los estadistas más estrictamente prácticos de la historia, nuestro Eduardo I, también fue cruzado.

⁰⁵ La otra mitad de la antítesis es todavía más falsa, y viene aquí todavía más a propósito. Federico II no fue un filósofo en una era de monjes. Fue un

⁸² Thomas Babington Macaulay (1800-1859), historiador y político inglés [N. de MLB].

⁸³ Se refiere al siglo XVII-XVIII, la época de esplendor de los Borbones, representada por Luis XIV, el Rey Sol.

señor que enredó en filosofía en la era del monje Tomás de Aquino. Fue sin duda un señor inteligente, y hasta brillante; pero si dejó alguna nota sobre la naturaleza del Ser y el Devenir, o el sentido preciso en que las realidades pueden ser relativas a la Realidad, no me imagino que esas notas estén ahora subyugando a los estudiantes en Oxford o los literatos de París, y cuanto menos a los pequeños grupos de tomistas que ya han surgido hasta en Nueva York y Chicago.

Desde luego, no es falta de respeto decir del Emperador que no fue filósofo en el sentido en que lo fue Tomás de Aquino, menos aún filósofo tan grande ni tan universal ni tan permanente. Y Tomás de Aquino vivió en aquella misma era de monjes, y en aquel mismo mundo de monjes, que al decir de Macaulay habría sido incapaz de producir filosofía.

- ⁰⁶ No es necesario detenerse en las causas de ese prejuicio victoriano... que a algunos les sigue pareciendo tan avanzado. Brotó principalmente de una idea estrecha, insular: que nadie podía estar construyendo lo mejor del mundo moderno si marchaba con el movimiento principal del mundo medieval. Estos victorianos pensaban que sólo el hereje había ayudado a la humanidad; sólo el hombre que casi hundiera la civilización medieval habría podido ser útil para construir la civilización moderna. De ahí se engendraron una veintena de fábulas cómicas, como la de que las catedrales las tuvo que construir una sociedad secreta de masones, o que la epopeya de Dante tuvo que ser un criptograma referente a las esperanzas políticas de Garibaldi.

Pero esta generalización no es probable en su naturaleza y de hecho no es verdadera. Esta época medieval fue más bien especialmente la época del pensamiento comunal o corporativo, y en algunas cuestiones fue realmente algo mayor que el pensamiento individualista moderno.

Se podría demostrar en un santiamén por el mero hecho del uso de la palabra ‘estadista’. Para un hombre de la época de Macaulay, estadista siempre quería decir hombre que sostiene los intereses nacionales más estrechos de su Estado contra otros Estados, como Richelieu⁸⁴ sostuvo los

⁸⁴ Armand Jean du Plessis (1585-1642), cardenal-duque de Richelieu, duque de Fronsac y par de Francia, Primer Ministro de Luis XIII desde 1624 hasta su muerte.

de Francia, o Chatham⁸⁵ los de Inglaterra, o Bismarck⁸⁶ los de Prusia. Pero si un hombre quisiera en realidad defender todos esos Estados, combinar todos esos Estados, hacer una fraternidad viva de todos esos Estados, para resistir a una amenaza exterior tal como el Peligro Amarillo,⁸⁷ entonces a ese pobre diablo, naturalmente, no se le podría llamar estadista. Tan sólo era un cruzado.

- ⁰⁷ Así, lo justo con Federico II es decir que fue cruzado, y también –en cierto sentido- anticruzado. Desde luego fue un estadista internacional. De hecho fue un tipo particular, lo que se podría llamar un soldado internacional.

El soldado internacional suscita siempre una gran antipatía en los internacionalistas. Les son antipáticos Carlomagno, Carlos V, Napoleón, y todo aquel que haya intentado crear el Estado mundial por el que ellos claman noche y día. Pero Federico es más dudoso y menos puesto en duda. Se suponía que era la cabeza del Sacro Romano Imperio, y se le acusó de querer ser la cabeza de un cierto Impío Imperio Romano.⁸⁸

Pero aunque hubiera sido el Anticristo, seguiría siendo testigo de la unidad de la Cristiandad.

2.2 La familia de Tomás

2.2.1 Landulfo de Aquino y sus hijos

- ⁰⁸ De todos modos, hay en esa época una cualidad extraña, pues fue tan internacional como interna e íntima. La guerra en su amplio sentido

⁸⁵ William Pitt (1708-1778), llamado Pitt el Viejo, primer conde de Chatham; dirigió la política británica de 1756 a 1768 [N. de MLB].

⁸⁶ Otto von Bismarck-Schönhausen (1815-1898), estadista, militar y político alemán, llamado el ‘Canciller de Hierro’, logró la unificación alemana (el ‘Reich’) a partir del Estado de Prusia.

⁸⁷ El peligro amarillo es una expresión popular en el mundo anglosajón y se refiere a la posible futura actuación de los países de Oriente sobre el entorno occidental. En este contexto, el peligro oriental está representado por los musulmanes.

⁸⁸ Traducimos por impío como lo opuesto a Sacro, sagrado: Chesterton habla de Holy Roman Empire y de Unholy Roman Empire.

moderno es posible no porque haya más hombres en desacuerdo, sino porque hay más hombres de acuerdo. Bajo coerciones peculiarmente modernas como la educación obligatoria y el servicio militar obligatorio, se dan áreas pacíficas tan grandes, que todas pueden convenir en hacer guerra.

En aquella época los hombres discrepaban hasta en lo tocante a la guerra, y la paz podía estallar en cualquier sitio. La paz era interrumpida por querellas locales y las querellas locales por perdones. La individualidad discurría por un laberinto. Extremos espirituales estaban amurallados uno con otro dentro de una pequeña ciudad amurallada, y vemos el alma grande de Dante⁸⁹ dividida, como una llama partida, amando y odiando a su ciudad.

Esa complejidad individual se manifiesta con intensa vividez en la particular historia que aquí tenemos que contar muy toscamente bosquejada. Si alguien quiere saber lo que significa decir que la acción era más individual –y de hecho incalculable- tome nota de algunas de las etapas de la historia de la gran casa feudal de Aquino, que tenía su castillo no lejos de Nápoles. En la anécdota apresurada que ahora tenemos que contar, anotaremos cinco o seis de esas etapas sucesivas.

Landulfo de Aquino, un peso pesado en la lucha feudal típica de la época, cabalgó armado bajo los estandartes imperiales y atacó un monasterio, porque el Emperador consideraba aquel monasterio como una fortaleza que apoyaba a su enemigo el Papa. Más tarde, según veremos, el mismo señor feudal envió a su hijo al mismo monasterio, probablemente por consejo amistoso del mismo Papa. Más tarde aún, otro de sus hijos, por propia iniciativa, se rebeló contra el Emperador, y se pasó a los ejércitos del Papa: por eso, el Emperador –presta y diligentemente- le mandó ajusticiar. Ojalá supiéramos más sobre aquel hermano de Tomás de Aquino que se jugó la vida y la perdió por apoyar la causa del Papa, que en todo lo humano esencial era la causa del pueblo.⁹⁰ Quizá no fuera un santo, pero tuvo que tener algunas cualidades de mártir.

⁸⁹ Dante Alighieri (1265-1321) fue un poeta y pensador italiano, autor de la ‘Divina comedia’.

⁹⁰ Para Chesterton, nada ni nadie puede equipararse al cristianismo en su defensa del hombre corriente, en el equilibrio de derechos y deberes que propone para él; en su defensa de su naturaleza material y espiritual y, particularmente en este libro, de su forma corriente de conocer –es decir, basada en el sentido

Entretanto, otros dos hermanos –al parecer todavía fogosos y activos al servicio del Emperador que había matado al tercer hermano- procedieron a su vez a secuestrar a otro hermano, porque desaprobaban su simpatía hacia los nuevos movimientos sociales en religión. Tal es el género de tinglado en que se vio envuelta esta distinguida familia medieval. No era una guerra de naciones, sino una querrela de familia bastante grande.

2.2.2 *Montecassino*

- ⁰⁹ La razón de detenernos en la posición del emperador Federico –como tipo de su tiempo, por su cultura y su violencia, por su interés por la filosofía y su pelea con la religión- no se refiere únicamente a estas cosas. Puede ser la primera figura que atraviesa la escena porque una de sus muy típicas acciones precipitó la primera acción, o inacción obstinada, que dio comienzo a las aventuras personales de Tomás de Aquino en este mundo. La historia ilustra además el extraordinario enredo en que se encontraba una familia como la del conde de Aquino, a la vez tan cercana a la Iglesia y tan reñida con ella. Pues Federico II –en el curso de aquellas notables maniobras militares y políticas que fueron desde quemar herejes hasta aliarse con sarracenos- se abatió como águila rapaz (y el águila imperial era bastante rapaz) sobre un monasterio muy grande y opulento, la abadía benedictina de Montecassino, lo tomó al asalto y lo saqueó.
- ¹⁰ A pocas millas del monasterio de Montecassino se alzaba un gran peñasco o promontorio, enhiesto como un pilar de los Apeninos. Lo coronaba un castillo que llevaba por nombre Roca Seca, y era la aguilera donde los aguiluchos de la rama de Aquino de la familia imperial aprendían a volar. Allí vivía el conde Landulfo de Aquino, padre de Tomás y de algo así como otros siete hijos varones. En los asuntos militares secundaba sin duda a su familia, a la manera feudal, y al parecer tuvo que ver en la destrucción del monasterio. Pero es típico del embrollo de la época que el conde Landulfo parezca haber pensado después que sería un gesto

diplomático y delicado proponer a su hijo Tomás para abad del monasterio. Vendría a ser una especie de donosa apología hacia la Iglesia y también, aparentemente, la solución de una dificultad familiar.

2.3 Las decisiones del joven Tomás de Aquino

2.3.1 Presentación de la figura de Tomás

- ¹¹ Pues hacía tiempo que estaba claro para el conde Landulfo que con su séptimo hijo, Tomás, no había nada que hacer salvo hacerle abad o cosa parecida. Nacido en 1226, desde la infancia había opuesto una misteriosa objeción a ser águila rapaz, sin mostrar siquiera un interés normal por la cetrería, el torneo u otra ocupación caballeresca.

Era un muchacho corpulento y tranquilo, y extraordinariamente callado, sin que apenas abriera la boca sino para espetarle de pronto a su maestro: ‘¿Qué es Dios?’. La respuesta no ha pasado a los anales, pero es probable que el preguntador la siguiera buscando para sus adentros. El único lugar para una persona de esa clase era la Iglesia –presumiblemente el claustro– y por ese lado no había especial dificultad. Era muy fácil para un hombre de la posición del conde Landulfo concertar con algún monasterio la admisión de su hijo, y en este caso particular pensó que sería buena idea hacerle admitir con alguna categoría oficial que fuera digna de su alcurnia en el mundo.

Así que todo se dispuso sin tropiezos para que Tomás de Aquino fuera monje, que parecía ser lo que él mismo quería, y que antes o después fuera abad de Montecassino. Y entonces ocurrió una cosa curiosa.

- ¹² En la medida en que podemos seguir unos hechos algo oscuros y controvertidos, parece que el joven Tomás de Aquino se presentó un buen día en el castillo de su padre y anunció con gran calma haberse hecho fraile mendicante de la nueva orden fundada por el español Domingo. Fue como si el primogénito del señor se presentara en su casa y alegremente

informara a la familia de haberse casado con una gitana, como si el heredero de una casa ducal tory declarase que al día siguiente se iba a la marcha del hambre organizada por presuntos comunistas.⁹¹

Gracias a esta circunstancia –como ya se ha señalado- podemos calibrar bastante bien el abismo que separa el monacato antiguo del nuevo, y el terremoto que fue la revolución dominicana y franciscana. Había parecido que Tomás quería ser monje: silenciosamente se le abrieron las puertas y se allanaron las largas avenidas de la abadía, hasta se tendió la alfombra – por así decirlo- para conducirlo hasta el trono de abad mitrado. Pero dijo que quería ser fraile y la familia se le echó encima como una manada de fieras: sus hermanos le persiguieron por los caminos, quisieron arrancarle el hábito de los hombros, y finalmente le encerraron en un torreón como a un lunático.

¹³ No es fácil rastrear el curso de esta furiosa disputa familiar, y cómo pudo finalmente pasar contra la tenacidad del joven fraile. Según algunos relatos, la desaprobación de su madre duró poco, y ella se puso de su lado; pero no sólo sus parientes se enzarzaron. Podríamos decir que la clase central gobernante de Europa, compuesta en parte por su familia, se alborotó a cuenta del deplorable muchacho. Hasta se le pidió al Papa que interviniera con tacto y, en determinado momento se propuso que se le permitiera a Tomás vestir el hábito dominicano, siempre que actuara como abad de la abadía benedictina. Para muchos habría sido un prudente compromiso, pero a la estrecha mente medieval de Tomás de Aquino no le gustó nada. Insistió tajantemente en que quería ser dominico en la Orden Dominicana y no en un baile de disfraces, y la diplomática propuesta se abandonó.

¹⁴ Tomás de Aquino quería ser fraile.⁹² Fue un hecho escandaloso para sus contemporáneos, y aún para nosotros no deja de ser un hecho enigmático.

⁹¹ Las 'Hunger Marches' o 'marchas del hambre', protagonizadas por los mineros de Gales entre 1927 y 1936. [N. de la I.]

⁹² Convendría recordar la diferencia entre monje –por ejemplo, los benedictinos, que poseían su propio territorio que cultivaban, a veces auténticos grandes señoríos con muchos siervos en su territorio, como el caso de la Abadía de Montecassino- frente a los nuevos frailes mendicantes, simples 'hermanos' que pedían limosna para vivir.

Ese deseo, limitado literal y estrictamente a esa declaración, fue la única cosa práctica a la que su voluntad se aferró con diamantina obstinación hasta su muerte. No quería ser abad, no quería ser monje, no quería ser ni siquiera prior ni cabeza de su confraternidad, no quería ser fraile eminente ni importante: quería ser fraile. Es como si Napoleón se hubiera empeñado en ser soldado raso toda su vida.

Algo había dentro de aquel caballero corpulento, tranquilo, cultivado y bastante académico, que no se sentiría satisfecho hasta verse declarado y certificado mendicante por proclamación autorizada y pronunciamiento oficial irreversible. El caso era más interesante porque –aunque cumpliera con su deber mil veces- no tenía nada de mendicante ni era probable que fuera un buen mendicante. De suyo no había en su manera de ser nada de vagabundo, como en sus grandes precursores: ni había nacido con algo de ministril errante como San Francisco, ni con algo de misionero andariego como Santo Domingo.

Pero insistió en someterse a ordenanzas militares para hacer aquellas cosas al dictado de otros, llegada la ocasión. Se le puede comparar con algunos de los aristócratas más magnánimos que se han alistado en ejércitos revolucionarios, o con algunos de los mejores poetas y eruditos que se ofrecieron voluntarios como soldados rasos en la Gran Guerra. Algo del coraje y la congruencia de Domingo y Francisco había apelado a su profundo sentido de la justicia y –aunque siguiera siendo una persona muy razonable y hasta diplomática- jamás permitió que nada quebrantase la férrea inmutabilidad de aquella única decisión de su juventud, ni se dejó apartar de su alta y encumbrada ambición de ocupar el lugar más bajo.

2.3.2 Dificultades para conseguir su objetivo

- ¹⁵ El primer efecto de su decisión, como hemos visto, fue muy estimulante y hasta sorprendente. El general de los dominicos, a cuyas órdenes se había alistado Tomás, estaría seguramente al tanto de las tentativas diplomáticas de hacerle desistir y las dificultades mundanas de oponerles resistencia. Su resolución fue sacar de Italia a su joven seguidor, disponiendo su traslado con otros pocos frailes a París. Ya en aquella primera promoción

del maestro viajero de las naciones hubo algo de profético, porque París estaba destinado a ser en cierto sentido la meta de su viaje espiritual, siendo allí donde pronunciara tanto su gran defensa de los frailes como su gran reto a los antagonistas de Aristóteles.

Pero aquel primer viaje a París estaba destinado a truncarse muy pronto. Los frailes habían llegado a un recodo del camino junto a una fuente, un poco más arriba de Roma, cuando los alcanzó una furiosa cabalgada de secuestradores que se arrojaron sobre Tomás como bandidos, aunque en verdad sólo fueran hermanos un tanto innecesariamente agitados. Muchos hermanos tenía, y quizá sólo dos participaran en esto. De hecho él era el séptimo: los amigos del control de natalidad podrán lamentarse de que este filósofo fuera añadido sin necesidad al noble linaje de rufianes que le secuestraron.

Fue un caso extraño en todos los sentidos. Hay algo estrafalario y pintoresco en la idea de secuestrar a un fraile mendicante al que en cierto sentido se le podría llamar abad fugitivo. Hay un enredo cómico y trágico en las motivaciones y propósitos de semejante trío de extraños parientes. Hay una especie de cristiana contradicción en el contraste entre el delirio febril de la importancia de las cosas –que siempre distingue a los hombres llamados prácticos- y la pertinacia mucho más práctica del hombre llamado teórico.

¹⁶ Así se tambalearon o arrastraron aquellos tres extraños hermanos por su trágico camino, atados entre sí –valga la expresión- como alguacil y delincuente, aunque eran los delincuentes quienes practicaban la detención. Sus figuras se recortan por un instante sobre el horizonte de la historia, hermanos tan siniestros como el que más, desde Caín y Abel. Es verdad que este raro ultraje en la gran familia de Aquino se destaca simbólicamente, representando algo que para siempre hará de la Edad Media un misterio y un motivo de perplejidad, susceptible de interpretaciones tan dispares como la oscuridad y la luz: en dos de aquellos hombres clamaba –rugía, podríamos decir- un orgullo salvaje de sangre y blasones (aunque fueran príncipes del mundo más refinado de su tiempo), que parecía más propio de una tribu danzando en torno a un

tótem. Por el momento se les había olvidado todo, salvo el nombre de una familia, que es más estrecho que el de una tribu y mucho más estrecho que el de una nación.

Y la tercera figura de aquel trío –nacida de la misma madre y quizá visiblemente una con las otras dos en aspecto y semblante- tenía una concepción de la hermandad más ancha que la mayoría de las democracias modernas, porque no era nacional sino internacional; una fe en la misericordia y la modestia mucho más honda que ninguna suavidad de maneras en el mundo moderno; y un voto drástico de pobreza que ahora pasaría por insensata exageración de la reacción contra la plutocracia y la soberbia. Del mismo castillo italiano procedían dos salvajes y un sabio; o un santo más pacífico que la mayoría de los sabios modernos.

Este es el doble aspecto que embarulla un centenar de polémicas y constituye el enigma de la era medieval: que no fue una era sino dos. Nos asomamos al talante de unos hombres y podría ser la Edad de Piedra; nos asomamos a la mente de otros, y podrían estar viviendo en la Edad de Oro, en la más moderna de las utopías. Siempre ha habido hombres buenos y hombres malos, pero en esta época convivían buenos hombres que eran sutiles con hombres malos que eran simples. Vivían en la misma familia, se educaban en la misma escuela, y salían a forcejear como forcejearon los hermanos de Aquino junto al camino, para llevarse a rastras al nuevo fraile y encerrarle en el castillo del monte.

¹⁷ Cuando sus parientes trataron de despojarle de sus hábitos, parece que se defendió a la combativa manera de sus antepasados, y por lo visto con éxito, pues se abandonó el intento. Aceptó la reclusión con su acostumbrada compostura, y seguramente no le importaría mucho mientras le dejaran filosofar en una mazmorra o en una celda. De hecho hay algo en la manera en que se cuenta toda la historia que sugiere que en buena parte de aquel rapto extraño cargaron con él como con una pesada

estatua de piedra.

Sólo una anécdota de su cautiverio le presenta airado, y más airado que en ningún momento antes o después. Hizo mella en la imaginación de su tiempo por razones más importantes, pero encierra un interés psicológico además de moral. Por una vez en su vida, la primera y la última, Tomás de Aquino se puso realmente fuera de sí, cabalgando una tormenta fuera de la torre del intelecto y la contemplación donde solía residir.

Fue cuando sus hermanos le metieron en la habitación a una cortesana especialmente pintada y esplendorosa, con idea de sorprenderle con una súbita tentación, o cuando menos envolverle en un escándalo. Su ira estaba justificada -incluso según cánones menos estrictos que los suyos- porque la mezquindad de la situación era mayor aún que la bajeza. Incluso por las razones menos elevadas, él sabía que sus hermanos sabían -y ellos sabían que él sabía- que era un insulto que le hacían como caballero al suponer que fuera a romper su promesa por una provocación tan grosera. Y él tenía en su apoyo una sensibilidad mucho más terrible: toda aquella enorme ambición de humildad que era para él la voz de Dios desde el cielo.

En este único destello vemos a aquella figura enorme y no muy ágil en actitud de actividad -de animación incluso-, y tan animado que estuvo. Saltó de su asiento, tomó de la chimenea un ascua y la blandió como si fuera una espada llameante. La mujer huyó lógicamente dando alaridos, que era lo único que él pretendía, pero sería curioso saber qué pensaría de aquel loco de talla monstruosa que jugaba con llamas y aparentemente amenazaba con quemar la casa. Todo lo que él hizo, sin embargo, fue seguirla hasta la puerta, cerrarla de un portazo y atrancarla. Y acto seguido, como a impulsos de un ritual violento, apretó el tizón contra la puerta, ennegreciéndola y chamuscándola con una negra señal de la cruz. Luego lo volvió a echar al fuego, y se sentó en aquel asiento de erudición sedentaria, aquella cátedra de filosofía, aquel trono secreto de

contemplación, del que ya no se volvería a levantar.

3. LA REVOLUCIÓN ARISTOTÉLICA

3.1 El ambiente intelectual de la época

3.1.1 San Alberto Magno y la Universidad medieval

⁰¹ Alberto de Suabia, con razón llamado Magno, fue el fundador de la ciencia moderna. Hizo más que ningún otro hombre por preparar ese proceso que convirtió al alquimista en químico y al astrólogo en astrónomo. Es curioso que, habiendo sido en su tiempo casi el primer astrónomo en este sentido, ahora perdure en la leyenda casi como el último astrólogo.

Los historiadores serios están abandonando la absurda idea de que la Iglesia medieval perseguía a todos los científicos como hechiceros. Es casi todo lo contrario de la verdad. El mundo los perseguía a veces como hechiceros, y a veces corría detrás de ellos como hechiceros, con esa manera de seguir que es lo opuesto a perseguir. Sólo la Iglesia los consideraba real y únicamente como científicos. Más de un clérigo investigador se vio acusado de nigromancia por hacer lentes y espejos, acusado por sus rudos y rústicos vecinos, y probablemente se habría visto acusado exactamente igual de haber sido vecinos paganos o vecinos puritanos o vecinos adventistas del séptimo día. Pero aun entonces tenía más posibilidades de salvarse si era juzgado por el Papado que simplemente linchado por el laicado.

El pontífice católico no denunció a Alberto Magno como mago. Fueron las tribus semipaganas del norte las que le admiraron como mago. Son las tribus semipaganas de las ciudades industriales de hoy, los lectores de libros baratos de sueños y folletos de charlatanes, y los profetas de periódico, quienes le siguen admirando como astrólogo. Se reconoce que la amplitud de sus conocimientos acreditados de datos estrictamente materiales y mecánicos era asombrosa para un hombre de su tiempo.

Es verdad que, en la mayoría de los casos, había cierta limitación en los datos de la ciencia medieval, pero eso no tenía nada que ver con la religión medieval. Porque los datos de Aristóteles, y de la gran civilización griega, eran en muchos aspectos más limitados todavía.

De lo que se trata realmente no es tanto de acceso a los datos como de la actitud ante ellos. Los informantes de los escolásticos les decían que el unicornio posee un solo cuerno o la salamandra vive en el fuego. Pero de todos modos, la mayoría lo empleaba más como ilustración de la lógica que como incidente de la vida. Lo que realmente decían era: “Si un unicornio posee un solo cuerno, dos unicornios poseen tantos cuernos como una vaca”. Y eso no deja de ser un dato, aunque el unicornio sea fabuloso.

Pero con Alberto en la época medieval –como con Aristóteles en la época antigua- se inició la idea de enfatizar la pregunta: “¿Pero es *verdad* que el unicornio posee un solo cuerno, o que la salamandra vive en el fuego y no en la chimenea?”. Sin duda cuando los límites sociales y geográficos de la vida medieval empezaron a permitirles registrar el fuego en busca de salamandras o el desierto en busca de unicornios, tuvieron que modificar muchas de sus ideas científicas. Este hecho los deja expuestos al muy justo desdén de una generación de científicos que acaba de descubrir que Newton es un absurdo, que el espacio es limitado y que el átomo no existe.

⁰² Este gran alemán, conocido en su período de mayor fama como profesor en París, antes lo había sido en Colonia por algún tiempo. En esa hermosa ciudad romana, se congregaron por millares en torno a él los aficionados a la extraordinaria vida de estudiante en la Edad Media.

Se juntaban en grandes grupos llamados naciones, y ese hecho ilustra muy bien la diferencia entre el nacionalismo medieval y el nacionalismo moderno. Aunque cualquier mañana pudiera haber una riña entre los estudiantes españoles y los estudiantes escoceses, o entre los flamencos y los franceses, y brillaran las espadas o volaran las piedras en honor a los principios del más puro patriotismo, sigue siendo un hecho que todos

habían acudido a la misma Facultad para aprender la misma filosofía. Y aunque eso no impidiera que estallara una pendencia, podía tener mucho que ver con que acabara. Ante esos abigarrados grupos de hombres de las cuatro esquinas de la tierra, el padre de la ciencia desenrollaba su pergamino de saber extraño: de sol y de cometa, de pez y de pájaro.

Era un aristotélico que desarrollaba, por así decirlo, la única pista experimental de Aristóteles, y en esto era absolutamente original. Le preocupaba menos ser original acerca de las cuestiones más profundas del hombre y de la moral, sobre las que aceptaba manejarse con un aristotelismo digno y cristianizado. En cierto sentido, hasta estaba dispuesto a transigir en el tema meramente metafísico de los nominalistas y los realistas. Jamás habría sostenido él solo la gran guerra que se avecinaba por un cristianismo equilibrado y humanizado; pero cuando llegó, se puso totalmente de su parte.

Se le llamó el ‘Doctor Universal’ por la amplitud de sus estudios científicos, pero la verdad es que fue un especialista. La leyenda popular nunca yerra del todo: si un nombre de ciencia es un mago, mago fue él. Y el hombre de ciencia siempre ha sido mucho más mago que el sacerdote, ya que quiere ‘controlar los elementos’ antes que someterse al Espíritu, que es más elemental que los elementos.⁹³

3.1.2 *San Alberto reconoce a Santo Tomás*

- ⁰³ Entre los estudiantes que llenaban las aulas había uno que destacaba por su estatura y su corpulencia, y no destacaba ni quería destacar por nada más. Era tal su silencio en los debates, que sus compañeros empezaron a llamarle mudo, con el sentido de obtuso que los norteamericanos dan a esa palabra. Está claro que no tuvo que pasar mucho tiempo para que su imponente estatura empezara a tener la ignominiosa inmensidad del chico mayor que ha quedado retrasado en primer curso. Le llamaron el Buey

⁹³ “que es más elemental...”. El texto original dice: ‘*who is more elementary*’, ‘quien es más elemental’: para Chesterton, desde *Ortodoxia* (1908), el Espíritu es persona creadora, a quien hemos de agradecer nuestra existencia.

Mudo.

No sólo era objeto de burlas, sino de lástima. Un estudiante de buen corazón se compadeció de él hasta el punto de querer ayudarle con las lecciones, repasando los elementos de la lógica como el alfabeto en un abecedario. El tonto se lo agradeció con patética cortesía, y el filántropo se puso a ello viento en popa, hasta que llegó a un pasaje sobre el cual él mismo tenía sus dudas y, en realidad, estaba equivocado. Visto lo cual el tonto –dando toda clase de muestras de turbación y rubor- señaló una posible solución que resultó ser la acertada. El estudiante benévolo se quedó como si hubiera visto a un monstruo en aquella misteriosa mole de ignorancia e inteligencia, y empezaron a circular rumores extraños por las facultades.

- ⁰⁴ Un biógrafo religioso tradicional de Tomás de Aquino –que, no hay que decirlo, era el tonto en cuestión- ha dicho que al final de aquella entrevista “su amor a la verdad pudo más que su humildad”, cosa que, rectamente entendida, es exactamente cierta, pero no describe –en un sentido secundario, psicológico y social- la mezcla de elementos que bullía dentro de aquella enorme cabeza.

Las relativamente escasas anécdotas sobre Aquino tienen una vividez muy peculiar si visualizamos el tipo de hombre, y ésta es un ejemplo excelente. Entre esos elementos, había algo de la dificultad que encuentra el intelecto generalizador para adaptarse de pronto a un detalle minúsculo de la vida cotidiana; había algo de la timidez que impide lucirse a las personas realmente bien educadas; había algo incluso, quizá, de esa extraña parálisis y tentación de preferir incluso los malentendidos a las largas explicaciones, como la que llevó a sir James Barrie⁹⁴ -en una divertida situación cómica- a cargar con un hermano Enrique que nunca había tenido, antes que hacer el esfuerzo de interponer una palabra de aviso.

Estos elementos se confabulaban sin duda con la muy extraordinaria humildad de este hombre tan extraordinario, pero aún otro elemento se

⁹⁴ James Matthew Barrie, comúnmente conocido como J.M. Barrie (1860-1937), novelista y dramaturgo escocés especialmente famoso por haber creado el personaje de Peter Pan. Barrie era amigo personal de Chesterton.

confabuló con su igualmente incuestionable ‘amor a la verdad’ para poner fin al malentendido. Es un elemento que nunca se debe omitir de la constitución de Santo Tomás. Por muy ensoñado o distraído o inmerso en teorías que pudiera estar, siempre estuvo sobrado de sentido común y – puesto en el trance no sólo de dejarse enseñar, sino de dejarse enseñar mal- había algo en su interior que decía tajantemente: “¡Bueno, hasta ahí podíamos llegar!”.

- ⁰⁵ Parece probable que fuera el propio Alberto Magno, el profesor y sabio maestro de todos aquellos jóvenes, quien primero sospechara algo de eso. Encomendaba a Tomás pequeñas tareas de anotación o exposición; le persuadió a vencer su timidez para tomar parte al menos en un debate. Era un viejo muy astuto, y había estudiado las costumbres de otros animales aparte de la salamandra y el unicornio: había estudiado muchos especímenes de la más monstruosa de las monstruosidades, ésa llamada Hombre. Conocía las señales y marcas de esa clase de hombre que inocentemente viene a ser como un monstruo entre los hombres: era demasiado buen maestro para no saber que el tonto no siempre lo es.

Sonrió al enterarse de que este tonto era apodado el Buey Mudo por sus compañeros. Todo eso es muy natural, pero no quita el sabor de algo bastante extraño y simbólico en el extraordinario énfasis con que por fin habló. Porque Aquino seguía siendo en general conocido sólo como un alumno oscuro y tercamente imperturbable –entre muchos alumnos mucho más brillantes y prometedores- cuando el gran Alberto rompió el silencio con su famosa exclamación y profecía: “Podéis llamarle Buey Mudo, pero yo os digo que este Buey Mudo mugirá tan fuerte que sus mugidos se oirán en todo el mundo”.

- ⁰⁶ Santo Tomás siempre estuvo dispuesto, con humildad sincera, a dar las gracias por todo su pensamiento a Alberto Magno, Aristóteles, Agustín y a otros muchos maestros anteriores. Con todo, su propio pensamiento iba por delante de Alberto y los restantes aristotélicos, lo mismo que iba por delante de Agustín y los agustinianos. Alberto había dirigido la atención al estudio directo de los hechos naturales, aunque sólo fuera a través de fábulas como el unicornio y la salamandra, pero el monstruo llamado

Hombre esperaba una vivisección mucho más sutil y flexible.

Ambos hombres, sin embargo, se hicieron muy amigos, y su amistad cuenta mucho en esta pelea central de la Edad Media pues –según hemos de ver- la rehabilitación de Aristóteles fue una revolución casi tan revolucionaria como la exaltación de Domingo y Francisco, y Santo Tomás estaba destinado a desempeñar un papel descollante en ambas.

⁰⁷ Se observará que la familia Aquino había acabado por abandonar la vengativa persecución de su patito feo, a quien –como fraile negro- quizá debería llamarse su oveja negra. De esa liberación se refieren algunas anécdotas pintorescas. La oveja negra suele salir beneficiada de las peleas entre las ovejas blancas de la familia: empiezan riñendo con ella, pero acaban riñendo unas con otras.

Hay una descripción algo confusa de qué miembros de la familia se pusieron de su parte mientras aún estaba preso en la torre. Pero es un hecho que sentía mucho cariño hacia sus hermanas, y por tanto es probable que no sea una fábula que fueran ellas quienes organizaron su fuga. Según el relato, aparejaron una soga en lo alto de la torre y le ataron un gran serón. Y tuvo que ser realmente un gran serón para que lo descolgaran así de su prisión y huyera al mundo. Sea como fuere, huyó a base de energía, externa o interna.

Pero era una energía individual: el mundo seguía siguiendo y persiguiendo a los frailes, lo mismo que cuando escapaban por el camino de Roma. Tomás de Aquino tuvo la buena fortuna de recogerse a la sombra del único gran fraile sobresaliente cuya respetabilidad era difícil negar, el docto y ortodoxo Alberto. Pero incluso él y los suyos no tardaron en sentir la creciente tormenta que hacía peligrar a los nuevos movimientos populares de la Iglesia.

Alberto fue llamado a París para recibir el grado de doctor, pero todo el mundo sabía que en aquel juego, cada movimiento era un envite. Tan sólo hizo una petición, que seguramente parecería una petición excéntrica: la de llevar consigo a su Buey Mudo. Partieron como frailes vulgares o vagabundos religiosos, durmieron en los monasterios que encontraron, y

finalmente en el monasterio de Santiago de París, donde Tomás encontró a otro fraile que fue también otro amigo.

3.1.3 Santo Tomás y San Buenaventura

- ⁰⁸ Quizá bajo la sombra de la tormenta que amenazaba a todos los frailes, el franciscano Buenaventura⁹⁵ hizo tan gran amistad con el dominico Tomás que sus contemporáneos los compararon con David y Jonatán.⁹⁶ El punto no deja de tener interés, porque sería muy fácil representar al franciscano y el dominico como dos hombres en abierta contradicción.

Al franciscano se le puede representar como el padre de todos los místicos, y a los místicos se les puede representar como gente que mantiene que la fruición o gozo final del alma es más sensación que pensamiento. El lema de los místicos ha sido siempre ‘Gustad y ved’. Ahora bien, Santo Tomás también empezó diciendo ‘Gustad y ved’, pero lo decía de las primeras impresiones rudimentarias del animal humano. Sería legítimo sostener que el franciscano pone el gusto al final y el dominico lo pone al principio. Sería legítimo decir que el tomista empieza por algo sólido como el sabor de una manzana, y después deduce una vida divina para el intelecto, mientras que el místico empieza por agotar el intelecto, y finalmente dice que sentir a Dios viene a ser como el sabor de una manzana.

Un enemigo común podría sostener que Santo Tomás empieza por el gusto de la fruta y San Buenaventura acaba en el gusto de la fruta. Pero los dos tienen razón. Si se me permite decirlo, es un privilegio de quienes se contradicen mutuamente en sus cosmos el tener razón los dos. El místico tiene razón al decir que la relación de Dios y el hombre es esencialmente una historia de amor, patrón y tipo de todas las historias de amor. El racionalista dominicano igualmente tiene razón al decir que el

⁹⁵ Juan da Fidanza, conocido como San Buenaventura (1218-1274) fue un santo y místico franciscano, gran filósofo y doctor de la Iglesia Católica. Además de obispo, fue general de la orden franciscana. También es.

⁹⁶ Jonatán era hijo del rey Saúl, de la misma edad y compañero de David, antes de que éste fuera nombrado rey de Israel. Su caso es uno de los más conocidos ejemplos de sólida amistad.

intelecto está en su casa en lo más elevado de los cielos, y que el apetito por la verdad puede sobrevivir e incluso devorar a todos los apetitos más simples del hombre.

- ⁰⁹ En aquel momento, Aquino y Buenaventura se animaron ante la posibilidad de tener razón los dos, en vista del consenso casi universal de que los dos se equivocaban. En todo caso, era una época de tremendos alborotos, y -como suele ocurrir en tales épocas- quienes intentaban enderezar las cosas se veían vigorosísimamente acusados de torcerlas. Nadie sabía quién iba a ganar en aquella confusión, si el Islam o los maniqueos del Mediodía, o el Emperador bifronte y burlador, o las Cruzadas, o las viejas órdenes de la Cristiandad.

Algunos hombres tenían la sensación muy viva de que todo se desmoronaba, y de que todos los experimentos o excesos recientes eran parte de la misma disolución social. Hubo dos cosas que esos hombres interpretaron como signos de ruina: una fue la impresionante aparición de Aristóteles desde el Oriente –una especie de dios griego sostenido por adoradores arábigos- y la otra fue la nueva libertad de los frailes, la apertura del monasterio y la dispersión de los monjes por los caminos del mundo.

La impresión general de que vagaban como chispas de un horno que hasta entonces había estado cerrado, el horno del anormal amor de Dios; la sensación de que iban a desequilibrar totalmente al pueblo llano con los consejos de perfección, que iban a acabar en demagogos... Todo eso estalló finalmente en un libro famoso llamado ‘Los peligros de los últimos tiempos’, obra de un furioso reaccionario, Guillermo de Saint-Amour.⁹⁷ Retaba al rey francés y al Papa a abrir una investigación. Y Aquino y Buenaventura, los dos amigos incongruentes, con sus dos universos simétricamente opuestos, marcharon juntos a Roma, a defender la libertad de los frailes.

⁹⁷ Guillermo de Saint-Amour (1202-1272) era decano en la facultad de teología en la Sorbona cuando en 1255 escribió el texto citado por Chesterton, contra las órdenes mendicantes. En 1257 fue condenado por el Papa.

¹⁰
A Tomás de Aquino defendió el gran voto de su juventud por la libertad y por los pobres; y fue probablemente el momento cumbre de su carrera en general triunfante, porque dio la vuelta a todo el movimiento retrógrado de su época. Autoridades responsables han dicho que –de no ser por él– todo el gran movimiento popular de los frailes podría haber sido destruido. Con esta victoria popular, el estudiante tímido y torpe se convierte por fin en personaje histórico y hombre público. A partir de entonces se le identificó con las órdenes mendicantes.

3.2 Defensa del aristotelismo

3.2.1 Presentación

¹⁰
B Aunque pueda decirse que Santo Tomás se hizo un nombre con la defensa de las órdenes mendicantes contra los reaccionarios –que tenían de ellas la misma opinión que su familia– en general hay una diferencia entre hacerse un nombre y hacer realmente una obra. La obra de Tomás de Aquino estaba todavía en el porvenir, pero observadores menos agudos que él ya podían ver que se avecinaba.

A grandes rasgos, el peligro era el peligro de que los ortodoxos –o quienes precipitadamente identifican la ortodoxia con el orden antiguo– forzaran una condena definitiva y concluyente de Aristóteles. Irreflexivamente y a voleo se habían dictado ya condenas por aquí y por allá, y la presión de los agustinianos más cerrados sobre el Papa y los principales jueces era cada vez más acuciante. El peligro había aparecido, lógicamente, debido al accidente histórico y geográfico de la proximidad musulmana a la cultura de Bizancio. Los árabes se habían hecho con los manuscritos griegos antes que los latinos, que eran los auténticos herederos de los griegos. Y los musulmanes –aunque no fueran musulmanes ortodoxos– estaban convirtiendo a Aristóteles en una filosofía panteísta todavía menos aceptable para los cristianos ortodoxos.

Esta segunda controversia, sin embargo, requiere más explicación que la primera. Como señalábamos en una página introductoria, la mayoría de la

gente moderna sabe que San Francisco al menos fue un libertador de espíritu generoso; sabe –al margen de cuál sea su visión concreta de la Edad Media- que los frailes eran en un sentido relativo un movimiento popular, que apuntaba a una mayor fraternidad y libertad. Un poco más de información le informaría de que exactamente lo mismo podía decirse de los frailes dominicos que de los franciscanos. No es muy probable que a nadie se le ocurra ahora salir en defensa de los abades feudales o de los monjes sedentarios frente a innovadores tan insolentes como San Francisco y Santo Tomás; por eso, hemos resumido brevemente el gran debate en torno a los frailes, aunque en su día sacudió a toda la Cristiandad. Pero el debate mayor en torno a Aristóteles presenta una dificultad mayor, porque sobre él hay malentendidos modernos que sólo es posible abordar con un poco más de elaboración.

3.2.2 Digresión sobre las revoluciones y el cambio social

- ¹¹ Quizá la historia no registre ninguna revolución de verdad. Lo que siempre ha habido han sido contrarrevoluciones. Los hombres siempre han estado rebelándose contra los últimos rebeldes, o incluso arrepintiéndose de la última rebelión.

Se podría ver esto en las más intrascendentes modas contemporáneas, si la mentalidad de moda no hubiera adquirido la costumbre de ver al último rebelde como rebelde frente a todas las épocas a la vez. La chica moderna de cóctel y labios pintados es tan rebelde frente a la sufragista de 1880, con su cuello duro y su abstinencia estricta, como ésta era rebelde frente a la dama victoriana de los valeses lánguidos y el álbum lleno de citas de Byron; o como esta última, a su vez, era rebelde frente a una madre puritana para quien el vals era una orgía desenfadada y Byron, el bolchevique de su tiempo. Sigamos incluso la ascendencia de la madre puritana en la historia, y representa una rebelión frente a la laxitud de la Iglesia anglicana de los Cavaliers⁹⁸, que al principio fue rebelde frente a la civilización católica, que había sido rebelde frente a la civilización

⁹⁸ Los partidarios de Carlos I en las guerras civiles de 1642-1648 [N. de MLB].

pagana.

Sólo un lunático defendería que esas cosas sean un progreso, porque obviamente van primero en una dirección y luego en la otra. Sea lo que fuere correcto, una cosa sin duda está equivocada: la costumbre moderna de contemplarlas sólo desde el lado moderno. Pero eso es ver sólo el final del cuento: se rebelan contra no saben qué, porque surgió no saben cuándo. Atentos sólo al final, desconocen su comienzo, y por lo tanto su mismo ser. La diferencia entre los casos menores y el mayor está en que éste es realmente un cataclismo humano tan enorme que los hombres parten de él como si estuvieran en un mundo nuevo, y esa misma novedad les permite ir muy lejos, en general demasiado lejos. Estas cosas empiezan por una revuelta vigorosa, por lo que el ímpetu intelectual dura lo bastante para que parezcan una supervivencia.

Un excelente ejemplo es la historia real de la rehabilitación y el abandono de Aristóteles. Cuando la época medieval tocó a su fin, el aristotelismo acabó pareciendo rancio, aunque sólo una novedad muy fresca y exitosa puede acabar tan rancia.

- ¹² Cuando los modernos, corriendo el más negro velo de oscurantismo que jamás oscureciera la historia, decidieron que nada importaba gran cosa antes del Renacimiento y la Reforma, al instante iniciaron su carrera moderna con un craso error, el error del platonismo.

Encontraron –haraganeando en las cortes de los príncipes fanfarrones del siglo XVI (que era a lo más que se les permitía remontarse en la historia)- a ciertos artistas y eruditos anticlericales que decían estar aburridos de Aristóteles y supuestamente gustando de Platón en secreto. Los modernos –que ignoraban por completo toda la historia de los medievales- cayeron al instante en la trampa. Supusieron que Aristóteles era alguna antigualla avinagrada, tiranía del lado oscuro de los Siglos Oscuros, y Platón un placer pagano enteramente nuevo, aún no probado por cristianos.

Ronald Knox⁹⁹ ha mostrado en qué alarmante estado de inocencia está la mente del señor H. L. Mencken,¹⁰⁰ sobre este punto. La realidad, huelga decirlo, es exactamente lo contrario: en todo caso, el platonismo era la vieja ortodoxia. La revolución moderna era el aristotelismo, y el líder de esa moderna revolución fue el hombre del que habla este libro.

3.2.3 *La filosofía en la Edad Media*

- ¹³ La verdad es que la Iglesia católica empezó siendo platónica, un poco demasiado platónica. El platonismo estaba en aquel aire griego dorado que respiraron los primeros grandes teólogos griegos. Los Padres de la Iglesia fueron mucho más neoplatónicos que los eruditos del Renacimiento, que sólo fueron neo-neoplatónicos.¹⁰¹ Para Crisóstomo o Basilio¹⁰² era tan corriente y normal pensar en términos del Logos, o de la Sabiduría a la que aspiran los filósofos, como hoy lo es para los hombres de cualquier religión hablar de los problemas sociales o del progreso o de la crisis económica mundial. San Agustín siguió un recorrido mental natural siendo platónico antes que maniqueo, y maniqueo antes que cristiano. Y es exactamente en esta última asociación donde se puede ver el primer débil atisbo del peligro de ser demasiado platónico.
- ¹⁴ Desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, los modernos han tenido un amor casi monstruoso a los antiguos. Al pensar en la vida medieval, nunca pudieron considerar a los cristianos como otra cosa que discípulos de los paganos: de Platón en las ideas, o de Aristóteles en la razón y la ciencia.

No fue así. En algunas cuestiones, incluso desde el punto de vista más

⁹⁹ Ronald Knox (1888-1957), prestigioso presbítero anglicano, convertido posteriormente en importante sacerdote y apologista católico inglés, amigo de Chesterton.

¹⁰⁰ Henry Louis Mencken (1880-1956), uno de los escritores más influyentes en los EEUU durante la primera mitad del siglo XX [N. de MLB].

¹⁰¹ Platón vivió en el siglo IV antes de nuestra era. En los primeros siglos del cristianismo, su filosofía –el neo-platonismo– era la dominante y siguió siéndolo hasta la llegada del realismo aristotélico en la Edad Media. De ahí la expresión neo-neo-platonismo.

¹⁰² San Juan Crisóstomo (347-407) –patriarca de Constantinopla– y San Basilio el Grande (c.330-379) –obispo de Cesarea– son dos de los grandes Padres de la Iglesia de Oriente.

monótonamente moderno, el catolicismo estaba siglos por delante del platonismo o el aristotelismo. Todavía lo vemos, por ejemplo, en la enojosa tenacidad de la astrología. Sobre ese asunto los filósofos estaban todos a favor de la superstición, y los santos y demás gente supersticiosa estaban todos en contra de la superstición.¹⁰³ Pero incluso a los grandes santos les costó trabajo desenredarse de esa superstición.

Los que recelaban del aristotelismo esgrimían siempre dos puntos de Aquino que, tomados ahora juntamente, nos resultan muy pintorescos y cómicos. Uno era la idea de que los astros son seres personales que gobiernan nuestras vidas; el otro, la gran teoría general de que los hombres comparten una mente entre todos, idea obviamente contraria a la inmortalidad, esto es, a la individualidad. Los dos subsisten entre los modernos, tan fuerte es aún la tiranía de los antiguos. La astrología se desparrama por los periódicos dominicales, y la otra doctrina pasa por su enésima forma en lo que se conoce como comunismo, o el alma de la colmena.

- ¹⁵ Hay un punto preliminar sobre el que no se debe malinterpretar esta posición. Cuando elogiamos el valor práctico de la revolución aristotélica –y la originalidad de Aquino al liderarla- no queremos decir que los filósofos escolásticos que le precedieron no fueran filósofos, ni que no fueran altamente filosóficos, ni que no estuvieran en contacto con la filosofía antigua.

Si alguna vez hubo una mala ruptura en la historia de filosofía, no fue antes de Santo Tomás ni al comienzo de la historia medieval: fue después de Santo Tomás y al comienzo de la historia moderna. La gran tradición intelectual que nos llega desde Pitágoras y Platón no se interrumpió ni se perdió por minucias tales como el Saco de Roma, el triunfo de Atila o todas las invasiones bárbaras de los Siglos Oscuros. Sólo se perdió después de la introducción de la imprenta, el descubrimiento de América, la fundación de la Royal Society y toda la ilustración del Renacimiento y el mundo moderno. Fue ahí, si acaso, donde se perdió o se rompió impacientemente el largo, fino y delicado hilo que descendía desde la

¹⁰³ Esto es una ironía de Chesterton, que une a los santos con ‘la demás gente supersticiosa’, es decir, los cristianos, frente a los supersticiosos de verdad.

Antigüedad lejana, el hilo de esa insólita afición humana que es el hábito de pensar. Lo demuestra el hecho de que los libros impresos de esta segunda época en general tuvieron que esperar hasta el siglo XVIII –o finales del XVII- para encontrar siquiera los nombres de los nuevos filósofos, que en el mejor de los casos eran un nuevo tipo de filósofos.

Pero la decadencia del Imperio, los Siglos Oscuros y la alta Edad Media,¹⁰⁴ aunque demasiado tentados a desatender lo que fuera contrario a la filosofía platónica, nunca habían desatendido la filosofía. En ese sentido Santo Tomás, como casi todos los hombres muy originales, tiene un pedigrí largo y claro. Él mismo se remite constantemente a las autoridades, de San Agustín¹⁰⁵ a San Anselmo¹⁰⁶ y de San Anselmo a San Alberto, y ni en la diferencia olvida la deferencia.

- ¹⁶ Un anglicano muy docto me dijo una vez, quizá con un toque de causticidad: “No entiendo por qué todo el mundo habla como si Tomás de Aquino fuera el comienzo de la filosofía escolástica. Entendería que dijeran que fue su fin”. Pretendiera o no ser cáustico el comentario, podemos estar seguros de que la réplica de Santo Tomás habría sido educadísima. Y de hecho sería fácil responder, con cierta placidez, que en su lenguaje tomista el fin de una cosa no significa su destrucción, sino su cumplimiento.

Ningún tomista se quejará de que el tomismo sea el fin de nuestra filosofía en el sentido en que Dios es el fin de nuestra existencia. Porque eso no significa que dejemos de existir, sino que lleguemos a ser tan perennes como la ‘*philosophia perennis*’.¹⁰⁷ Dejando a un lado esa afirmación es, sin embargo, importante recordar que mi distinguido interlocutor tenía

¹⁰⁴ Quizá convendría recordar que Chesterton está utilizando una clasificación distinta a la habitual en España: a la época Antigua seguiría la Medieval. En el esquema de Chesterton –más detallado, a la caída del Imperio romano –Edad Antigua (siglo V)- le siguen los siglos oscuros (siglos VI-IX), porque supuso el desmoronamiento de la cultura clásica y además se sabe poco de ella. Vendría seguida por la Alta Edad Media (siglos X-XII) y la Baja Edad Media (siglos XIII-XV). A principios del siglo XV ya estaría comenzando el Renacimiento en algunas zonas de Italia. Como siempre, las fechas son meramente indicativas.

¹⁰⁵ Agustín de Hipona (354-430) es uno de los más grandes santos y padres de la Iglesia, sin duda el filósofo neoplatónico más influyente en la filosofía medieval. Es también doctor de la Iglesia católica.

¹⁰⁶ San Anselmo (1033-1109), monje benedictino y arzobispo de Canterbury. Otro de los más grandes teólogos y filósofos medievales, es también doctor de la Iglesia.

¹⁰⁷ Así se suele llamar a la filosofía escolástica, particularmente a la filosofía de Santo Tomás.

toda la razón al pensar que antes de Aquino había habido dinastías enteras de filósofos doctrinales hasta que llegó el día de la gran rebelión de los aristotélicos.

Tampoco esa rebelión fue del todo abrupta e imprevista. Un competente escritor de la ‘Dublin Review’ señalaba hace poco que en algunos aspectos todo el carácter de la metafísica había avanzado mucho desde Aristóteles cuando llegó a Aquino. Y no es falta de respeto al primitivo y gigantesco genio del Estagirita¹⁰⁸ decir que en algunos aspectos no fue realmente sino un fundador de filosofía rudo y tosco, en comparación con algunas de las subsiguientes sutilezas del medievalismo: el griego dio unos cuantos grandiosos apuntes y los escolásticos sacaron de ellos los matices más finos y delicados. Puede ser una exageración, pero lleva algo de verdad. Sea como fuere, lo cierto es que incluso en la filosofía aristotélica –por no hablar de la filosofía platónica- existía ya una tradición de interpretaciones altamente inteligentes. Si aquella delicadeza degeneró después en debate de nimiedades, fue de todos modos un debate de nimiedades delicado, y labor que requirió instrumentos muy científicos.

- ¹⁷ La razón de que la revolución aristotélica fuera realmente revolucionaria está en el hecho de que fuera realmente religiosa. Es el hecho –tan fundamental que juzgué oportuno anotarlo en las primeras páginas de este libro- de que la rebelión fuera en gran medida una rebelión de los elementos más cristianos de la Cristiandad. Santo Tomás, exactamente igual que San Francisco, pensaba en su subconsciente que su gente iba perdiendo agarre en la sólida doctrina y disciplina católica, desgastada por más de mil años de rutina, y que era necesario mostrar la fe bajo una nueva luz y tratarla desde otro ángulo.

Pero su única motivación era el deseo de popularizarla para la salvación del pueblo. Aunque era cierto –en términos generales- que desde hacía cierto tiempo venía siendo demasiado platónica para ser popular. Necesitaba algo como el toque sagaz y casero de Aristóteles para volver a ser una religión del sentido común. Tanto la motivación como el método

¹⁰⁸ ‘Estagirita’ es el apodo de Aristóteles, natural de la ciudad de Estagira.

aparecen claros en la guerra de Aquino contra los agustinianos.

3.2.4 *La recepción de Aristóteles a través de Oriente*

- ¹⁸ En primer lugar hay que recordar que la influencia griega seguía fluyendo desde el Imperio griego o, por lo menos, del centro del Imperio romano que estaba en la ciudad griega de Bizancio, y ya no en Roma. Esa influencia era bizantina en todos los sentidos, buenos y malos: como el arte bizantino, era severa y matemática y un poco terrible; como el protocolo bizantino, era oriental y ligeramente decadente. Le debemos a la erudición del señor Christopher Dawson¹⁰⁹ mucha ilustración sobre cómo Bizancio se anquilosó lentamente en una especie de teocracia asiática, más parecida a la que servía al Emperador Celeste, en China.

Hasta los indoctos pueden ver la diferencia en la manera en que el cristianismo oriental lo aplanó todo, como aplanaba los rostros de las imágenes en los iconos. Vino a ser una cosa más de patrones¹¹⁰ que de pinturas, y libró una guerra decidida y destructiva contra las estatuas.¹¹¹ Vemos así, extrañamente, que Oriente fue la tierra de la Cruz y Occidente la tierra del Crucifijo. Los griegos estaban siendo deshumanizados por un símbolo radiante mientras los godos estaban siendo humanizados por un instrumento de tortura. Sólo Occidente hizo cuadros realistas de los más grandes relatos salidos de Oriente.

De ahí que el elemento griego de la teología cristiana tendiera cada vez más a ser una especie de platonismo reseco, cosa de diagramas y abstracciones; eso sí, abstracciones nobles hasta el final, pero no lo bastante tocadas por esa gran cosa que es por definición casi lo contrario de la abstracción: la Encarnación. Su Logos era la Palabra, pero no la Palabra hecha Carne. De mil maneras muy sutiles, rehuyendo a menudo la

¹⁰⁹ Christopher Dawson (1889-1970), importante historiador británico conocido por sus trabajos de filosofía de la historia.

¹¹⁰ Patrón en el sentido de modelo que se repite. Más adelante se referirá a la 'greca'.

¹¹¹ Chesterton se refiere aquí a la disputa con los iconoclastas —o rompedores de imágenes—, durante los siglos VIII y IX. Aunque al final vencieron quienes aceptaban las imágenes divinas como objeto de veneración, las estatuas no eran aceptadas en la Iglesia oriental.

definición doctrinal, ese espíritu se extendió sobre el mundo de la Cristiandad desde el lugar donde el Sacro Emperador se sentaba bajo sus mosaicos de oro, y el pavimento plano del Imperio romano acabó siendo una especie de pista de patinaje para Mahoma. Porque el Islam fue la consumación final para los iconoclastas.

Sin embargo, mucho antes de eso, existía esa tendencia a hacer de la cruz algo meramente decorativo como la media luna; convertirla en un motivo como la llave griega¹¹² o la rueda de Buda. Pero hay algo pasivo en ese mundo de patrones decorativos: la llave griega no abre ninguna puerta, y la rueda de Buda gira y gira, pero no avanza.

- ¹⁹ En parte por esas influencias negativas, en parte por un ascetismo necesario y noble que quiso emular el tremendo ejemplo de los mártires, los primeros tiempos del cristianismo habían sido excesivamente anticorpóreos y se habían acercado demasiado a la línea de peligro del misticismo maniqueo. Pero había mucho menos peligro en que los santos macerasen el cuerpo que en que los sabios lo despreciaran. Con toda la grandeza de la aportación de Agustín al cristianismo, había –en cierto sentido– un peligro más sutil en el Agustín platónico que en el Agustín maniqueo. De ahí nació una mentalidad que sin darse cuenta incurría en la herejía de dividir la sustancia de la Trinidad. Pensaba en Dios demasiado exclusivamente como Espíritu que purifica o Salvador que redime, y demasiado poco como Creador que crea.

Por eso hombres como Aquino juzgaron conveniente corregir a Platón apelando a Aristóteles, que tomaba las cosas como las encontraba, lo mismo que Aquino aceptaba las cosas como Dios las había creado. En toda la obra de Santo Tomás el mundo de la creación positiva es una presencia constante.¹¹³ Humanamente hablando, fue él quien salvó el elemento humano de la teología cristiana, aunque por conveniencia emplease ciertos elementos de la filosofía pagana. Sólo que, como ya se ha insistido, el elemento humano también es el cristiano.

¹¹² En español es más conocida por ‘greca’; en inglés ‘key’ o, como aquí, ‘Greek key’ [N. de MLB].

¹¹³ Chesterton no utiliza la palabra positiva en su sentido de afirmación, sino de realidad o certeza.

- ²⁰ El pánico ante el peligro aristotélico que pasó por los altos puestos de la Iglesia fue probablemente un viento seco del desierto, más cargado realmente de miedo a Mahoma que de miedo a Aristóteles. Y era una ironía, porque en realidad era mucho más difícil conciliar a Aristóteles con Mahoma que conciliarlo con Cristo. El Islam es esencialmente un credo simple para hombres simples, y nadie podrá realmente convertir el panteísmo en un credo simple, pues es a la vez demasiado abstracto y demasiado complicado. Hay creyentes simples en un Dios personal, y hay panteístas que son más simples que ningún creyente en un Dios personal. Pero pocos son capaces, a fuerza de simplicidad, de aceptar como dios a un universo-sin-dios. Y aunque el musulmán –en comparación con el cristiano- tuviera quizá un Dios menos humano, tenía –si eso fuera posible- un Dios más personal.¹¹⁴ La voluntad de Alá era mucha voluntad, y no se podía convertir en una ‘corriente tendencial’.¹¹⁵

En todo ese aspecto cósmico y abstracto, el católico era, hasta cierto punto, más transigente que el musulmán. El católico podía admitir por lo menos que Aristóteles tuviera razón en cuanto a los elementos impersonales de un Dios personal. De ahí que podamos decir en general de los filósofos musulmanes que los que fueron buenos filósofos fueron malos musulmanes. No deja de tener su lógica que muchos obispos y doctores temieran que los tomistas pudieran llegar a ser buenos filósofos y malos cristianos. Pero también hubo muchos de la escuela estricta de Platón y Agustín que negaron firmemente que fueran siquiera buenos filósofos.

Entre esas dos pasiones bastante incongruentes, el amor a Platón y el miedo a Mahoma, hubo un momento en que las perspectivas de una posible cultura aristotélica en la Cristiandad parecieron francamente difíciles. Desde las alturas cayeron anatema tras anatema, y a la sombra de la persecución, como ocurre tantas veces, pareció por un momento que apenas una o dos figuras se mantenían en pie bajo la tormenta. Las dos vestían el blanco y negro de los dominicos: Alberto y Tomás de Aquino seguían firmes.

¹¹⁴ Algunas veces destacamos juegos de palabras de Chesterton, para destacar determinadas facetas de la realidad. Pero en este caso no se trata de una paradoja, sino de la verdadera visión islámica de Alá, en relación con el Dios cristiano.

¹¹⁵ Cita encubierta de Matthew Arnold, que utiliza esa expresión para definir a Dios en su obra ‘St. Paul and Protestantism’ [N. de MLB].

5.3.5 *El juicio sobre Aristóteles*

- ²¹ En esa clase de combate siempre hay confusión, y las mayorías se tornan minorías y a la inversa, como por arte de magia. Siempre es difícil fechar el cambio de la marea, que parece un revoltijo de remolinos: hasta las fechas parecen superponerse y ofuscar la crisis. Pero el cambio, desde el momento en que los dos dominicos se quedaron solos hasta el momento en que la Iglesia entera por fin se alineó con ellos, quizá se encuentre en el momento en que fueron llevados ante un juez hostil pero no injusto.

Esteban Tempier,¹¹⁶ obispo de París, era al parecer un espécimen bastante logrado del viejo eclesiástico fanático para quien admirar a Aristóteles era una debilidad que probablemente iría seguida de adorar a Apolo. Era también, por desgracia, uno de aquellos viejos conservadores sociales que habían reaccionado con hondo disgusto a la revolución popular de los Frailes Predicadores. Pero era un hombre honrado, y Tomás de Aquino jamás pidió otra cosa que permiso para dirigirse a hombres honrados. A su alrededor había otros revolucionarios aristotélicos de un género mucho más dudoso. Estaba Siger,¹¹⁷ el sofista de Brabante, que aprendió todo su aristotelismo de los árabes y tenía una ingeniosa teoría sobre cómo un agnóstico arábigo podía también ser cristiano. Había mil jóvenes del tipo de los que habían aclamado a Abelardo,¹¹⁸ rebosantes de la juventud del siglo XIII y borrachos del vino griego de Estagira. Frente a ellos, ceñudo e implacable, estaba el viejo partido puritano de los agustinianos, encantados de clasificar a los racionalistas Alberto y Tomás junto a los equívocos metafísicos musulmanes.

¹¹⁶ Esteban (o Étienne) Tempier (m. 1279) es recordado principalmente por promulgar en 1277 la condena de 219 tesis filosóficas de influencia aristotélica, defendidas por Siger de Brabante y los maestros averroístas de la Facultad de Artes de la Universidad de París, donde ya en 1270 había habido una condena de algunos artículos sobre temas similares.

¹¹⁷ Siger (o Sigerio) de Brabante (c.1240-1285) fue un importante filósofo medieval.

¹¹⁸ Pedro Abelardo (1079-1142) fue también un filósofo –que destacó especialmente en el campo de la lógica- y teólogo francés, famoso por su romance con Eloísa.

- ²² Parece que el triunfo de Tomás fue realmente un triunfo personal. No retiró ni una sola de sus proposiciones, aunque se dice que el reaccionario obispo sí condenó algunas después de su muerte. En conjunto, sin embargo, Aquino dejó a la mayoría de sus críticos convencidos de que era tan buen católico como ellos.

Tras la polémica crisis, hubo una secuela de disputas entre las órdenes religiosas, pero probablemente se puede decir que el hecho de que un hombre como Aquino hubiera conseguido dar satisfacción, siquiera parcial, a un hombre como Tempier puso fin a lo esencial de la disputa. Lo que ya era familiar a unos pocos lo fue para muchos: un aristotélico podía realmente ser cristiano.

Otro hecho contribuyó a la común conversión. Se asemeja, de forma un tanto curiosa, a la historia de la traducción de la Biblia y el supuesto secuestro católico de la Biblia.¹¹⁹ Entre bastidores –donde el Papa era mucho más tolerante que el obispo de París– los amigos de Aquino trabajaban con ahínco en una nueva traducción de Aristóteles. Demostraba de muchas formas que la traducción herética había sido una traducción muy herética. Con la definitiva consumación de esa obra podemos decir que la gran filosofía griega entró por fin en el sistema de la Cristiandad. Al proceso se le ha calificado medio en broma como el Bautismo de Aristóteles.

3.3 Consecuencias del triunfo del aristotelismo

3.3.1 Humildad y actitud pre-científica

- ²³ Todos hemos oído hablar de la humildad del hombre de ciencia, de muchos que fueron genuinamente humildes y de algunos que estuvieron

¹¹⁹ Se refiere principalmente a lo que se dijo durante el período de la Reforma acerca de la Biblia, en la que la versión oficial de la misma era la traducción al latín realizada por San Jerónimo (342-420), conocida con el nombre de ‘Vulgata’, precisamente por su gran difusión.

muy orgullosos de su humildad.¹²⁰ Será un refrán un poco demasiado recurrente de este breve estudio que Tomás de Aquino realmente tuvo la humildad del hombre de ciencia, como una variante especial de la humildad del santo. Es cierto que él personalmente no aportó nada concreto –en cuanto a experimentación o detalle- a la ciencia natural; en esto se puede decir que incluso quedó a la zaga de la generación anterior, y fue mucho menos científico experimental que su tutor Alberto Magno. A pesar de todo, fue históricamente un gran amigo de la libertad de la ciencia.

Los principios que estableció, rectamente entendidos, son quizá los mejores que se puedan esgrimir para proteger a la ciencia de la persecución oscurantista. Por ejemplo, en lo que se refiere a la inspiración de la Escritura, primero se fijó en el hecho obvio –olvidado por cuatro furiosos siglos de lucha sectaria- de que el significado de la Escritura dista mucho de ser evidente, y que a menudo tenemos que interpretarlo a la luz de otras verdades. Si una interpretación literal se ve real y rotundamente desmentida por un hecho obvio, pues lo único que podemos decir es que la interpretación literal es una interpretación falsa. Pero el hecho tiene que ser realmente un hecho obvio.

Por desgracia, los científicos del siglo XIX estaban tan dispuestos a concluir precipitadamente que cualquier hipótesis sobre la naturaleza era un hecho obvio como los sectarios del siglo XVII a concluir precipitadamente que cualquier hipótesis sobre la Escritura era la explicación obvia. De esa manera, teorías privadas sobre lo que la Biblia debería significar y teorías prematuras sobre lo que el mundo debería significar han chocado en controversias ruidosas y difundidas a los cuatro vientos, especialmente en la época victoriana.¹²¹ Esa torpe colisión de dos formas de ignorancia muy impacientes se conoció como la querrela de la Ciencia y la Religión.

¹²⁰ Más allá de la ironía inicial, Chesterton empieza por la humildad por varias razones: porque la falta de humildad falsea lo que se cree, dándole una importancia excesiva, y porque aceptando la humilde materia aristotélica, frente a las elevadas ideas platónicas, es decir, con el reconocimiento de la materia como poseedora de entidad propia, vendría todo el desarrollo posterior de la ciencia.

¹²¹ ‘Teorías privadas’: son muchas las ocasiones (por ejemplo, en *Ortodoxia*, o en la *Autobiografía*, cap.16) en las que Chesterton plantea la tendencia que tienen los seres humanos a aferrarse a ‘su verdad’, a la verdad que ellos han descubierto, con el consiguiente peligro de empequeñecer toda la visión del mundo. Esto lo aplica aquí tanto a la fe como a la ciencia, que siempre avanza a través de verdades provisionales.

- ²⁴ Pero Santo Tomás poseyó la humildad científica en el sentido muy tangible y especial de estar dispuesto a ocupar el lugar más modesto para el examen de las cosas más modestas. No estudiaba el gusano –como el especialista moderno- como si el gusano fuera el mundo, sino que pretendía empezar a estudiar la realidad del mundo en la realidad del gusano.

Su aristotelismo significaba simplemente que el estudio del hecho más humilde conduce al estudio de la verdad más alta. Que para él, el proceso fuera lógico y no biológico, y lo aplicara a la filosofía más que a la ciencia, no altera la idea esencial de empezar por el primer peldaño de la escala. Pero también –con su visión de la Escritura, de la ciencia y otras cuestiones- dio una especie de carta de navegación para pioneros más prácticos que él. Prácticamente dijo que –si realmente podían probar sus descubrimientos prácticos- la interpretación tradicional de la Escritura tendría que ceder el paso a esos descubrimientos. No cabe ser más ecuánime: si hubiera dependido de él y de hombres como él, jamás habría habido querrela alguna entre la ciencia y la religión. Él hizo cuanto estaba en su mano para señalarles dos provincias y trazar entre ellas una frontera justa.

- ²⁵ Con frecuencia se comenta alegremente que el cristianismo ha fracasado, con lo que se quiere decir que no ha tenido nunca esa supremacía arrolladora –imperial e impuesta- que conocieron cada una de las grandes revoluciones (cada una de las cuales fracasó a continuación). Nunca hubo un momento en que los hombres pudieran decir que todo hombre era cristiano, como durante varios meses se pudo decir que todo hombre era monárquico o republicano o comunista.

Pero si historiadores sensatos quisieran entender el sentido en que el carácter cristiano ha triunfado, no encontrarían mejor ejemplo que la tremenda presión moral de un hombre como Santo Tomás en apoyo del racionalismo sepultado de los paganos, que hasta entonces sólo se había exhumado para diversión de los herejes. Eso pudo suceder –bastante estricta y exactamente-, porque una nueva clase de hombre estaba

practicando la indagación racional de una nueva manera: los hombres olvidaron la maldición caída sobre los templos de los demonios muertos y los palacios de los déspotas muertos. Olvidaron incluso la nueva furia salida de Arabia contra la que luchaban a vida o muerte, porque el hombre que les pedía que volvieran al buen sentido –o que volvieran a los sentidos- no era un sofista, sino un santo.

Aristóteles había descrito al hombre magnánimo, que es grande y sabe que es grande. Pero Aristóteles jamás habría recobrado su propia grandeza de no ser por el milagro que creó al hombre más magnánimo: aquel que es grande y sabe que es pequeño.

- ²⁶ Hay cierta importancia histórica en lo que algunos llamarían la pesadez del estilo empleado. Produce una curiosa impresión de candor, que realmente tuvo, creo yo, un efecto considerable en los contemporáneos. A Santo Tomás se le ha llamado a veces escéptico. La verdad es que si en gran medida se le toleró como escéptico fue porque obviamente era santo. Cuando pareció alzarse como un aristotélico obstinado –apenas distinguible de los herejes arábigos- yo creo seriamente que lo que le protegió fue, en gran medida, la prodigiosa fuerza de su sencillez y la evidencia de su bondad y amor a la verdad. Los que habrían salido a la palestra contra el altivo aplomo de los herejes se detuvieron en sus pasos frente a una especie de enorme humildad que era como una montaña; o quizá como ese inmenso valle que es el molde de una montaña.¹²²

Considerando todos los usos medievales, sentimos que en los demás innovadores no siempre fue así. Los demás, desde Abelardo hasta Siger de Brabante, nunca se desprendieron –en el largo proceso de esta historia- de un ligero aire de lucimiento. Pero nadie pudo sentir ni por un instante que Tomás de Aquino buscara el lucimiento. La propia aridez de expresión de la que algunos se quejan es enormemente convincente. Tomás podría haber dado ingenio además de sabiduría, pero era tan prodigiosa la seriedad de su empeño que dio su sabiduría sin su ingenio.

¹²² Quizá vale la pena llamar la atención sobre esta expresión, típica del estilo de Chesterton, que frecuentemente ve las cosas de manera diferente al resto.

3.3.2 *Controversia de la doble verdad*

²⁷ Tras la hora de triunfo llegó el momento de peligro. Es lo que sucede siempre con las alianzas, y aquí con mayor razón porque Aquino combatía en dos frentes. Su principal misión era defender la fe contra el abuso de Aristóteles, y la cumplió audazmente apoyando el empleo de Aristóteles. Sabía perfectamente que en segundo término, ejércitos de ateos y anarquistas aplaudían a rabiar su victoria aristotélica sobre todo lo que le era más querido. Pero no sería nunca la existencia de ateos, como tampoco de árabes ni de paganos aristotélicos, lo que alterase la extraordinaria compostura polémica de Tomás de Aquino.

El verdadero peligro que siguió a la victoria ganada para Aristóteles se presentó vívidamente en el curioso caso de Siger de Brabante, y merece ser estudiado por todo el que aspire a empezar a comprender la extraña historia de la Cristiandad. Está marcada por una cualidad bastante insólita, que ha sido siempre la nota peculiar de la fe (aunque no reparen en ella sus modernos enemigos, y rara vez sus amigos modernos¹²³).

Es el hecho simbolizado en la leyenda del Anticristo –el doble de Cristo– en el profundo proverbio que dice que el Demonio es el mono de imitación de Dios. Es el hecho de que la falsedad nunca es más falsa que cuando le falta poco para ser verdad: cuando la puñalada roza el nervio de la verdad, la conciencia cristiana grita de dolor. Y Siger de Brabante, siguiendo a algunos de los aristotélicos arábigos, propuso una teoría que la mayoría de los modernos lectores de periódicos habrían declarado al instante ser igual a la teoría de Santo Tomás. Eso fue lo que finalmente espoleó a Santo Tomás a su última y más enfática protesta.

Había ganado su batalla a favor de un enfoque más amplio para la filosofía y la ciencia. Había desbrozado el terreno para un acuerdo general sobre la fe y la investigación, acuerdo que en general ha sido respetado

¹²³ Chesterton utiliza la palabra ‘moderno’ en el doble sentido: los enemigos de este tiempo y los amigos que se identifican con las ideas modernas.

entre los católicos, y que nunca ha sido abandonado sin desastre.¹²⁴ Era la idea de que el científico siguiera explorando y experimentando libremente, mientras no reclamara para sí una infalibilidad e irrevocabilidad que habría ido en contra de sus propios principios.¹²⁵ Entretanto, la Iglesia seguiría desarrollando y definiendo acerca de cosas sobrenaturales, mientras no reclamara para sí un derecho a alterar el depósito de la fe que habría ido en contra de sus propios principios. Y una vez que Santo Tomás hubo dicho esto, Siger de Brabante se levantó para decir algo tan horriblemente parecido y tan horriblemente distinto, que – como el Anticristo- habría podido engañar a los mismísimos elegidos.

28

Siger de Brabante dijo que la Iglesia tiene que acertar teológicamente, pero puede errar científicamente. Que existen dos verdades: la verdad del mundo sobrenatural y la verdad del mundo natural, que contradice al mundo sobrenatural. Mientras somos naturalistas, podemos suponer que el cristianismo es un puro sinsentido; pero cuando nos acordamos de que somos cristianos, tenemos que admitir que el cristianismo es verdad, aunque sea un sinsentido. En otras palabras, Siger de Brabante partió la cabeza humana en dos –como aquellos golpes de las antiguas leyendas guerreras- y declaró que el hombre tiene dos mentes: con una de ellas debe creer a pies juntillas y con la otra, descreer absolutamente.¹²⁶

A muchos, esto les parecería –como poco- una parodia del tomismo; de hecho, en términos reales, era el asesinato del tomismo. No había dos maneras de hallar la misma verdad: era una manera mendaz de sostener que existen dos verdades. Y es extraordinariamente interesante observar que fue la única ocasión en que el Buey Mudo embistió como un toro salvaje. Cuando se alzó para responder a Siger de Brabante, se transfiguró de pies a cabeza, y hasta el estilo de sus frases –que es como el tono de

¹²⁴ Un ejemplo de desastre puede ser el caso Galileo, en el que tanto los teólogos que examinaron sus obras como el propio científico, se entrometieron mutuamente en el campo del otro.

¹²⁵ Se refiere a los propios principios del científico, cuyas conclusiones son siempre provisionales, hasta que se descubra una explicación mejor. Esta idea –denominada ‘falsacionismo’- fue desarrollada por el filósofo de la ciencia Karl Popper (1902-1994) en ‘La lógica de los descubrimientos científicos’ (1934), aunque Chesterton ya había planteado esta cuestión en ‘Ortodoxia’ (1908).

¹²⁶ Esta idea de la doble verdad contradice igualmente el núcleo del pensamiento de Chesterton, que no llegó al Cristianismo por la fe, sino por las cosas materiales más pequeñas y humildes –como el famoso ‘diente de león’ (*Autobiografía*). La mera idea de pensar que pudiera llegar a estar convencido de algo que no fuera racional, repugnaba a Chesterton profundamente.

voz de una persona- cambió súbitamente. Nunca se había enojado con ninguno de los enemigos que disentían de él. Pero estos enemigos habían intentado la peor de las traiciones: hacerle estar de acuerdo con ellos.

- ²⁹ Quienes se quejan de que los teólogos tracen distinciones sutiles a duras penas podrían encontrar un mejor ejemplo de su propia necedad. El hecho es que una distinción sutil puede ser una contradicción absoluta y en este caso lo era notablemente. Santo Tomás quería permitir que se pudiera acceder a la única verdad por dos caminos precisamente porque estaba seguro de que sólo existe una verdad. Por ser la fe la única verdad, nada podía descubrirse en la naturaleza que en última instancia contradijese a la fe. Por ser la fe la única verdad, nada realmente deducido de la fe podría en última instancia contradecir a los hechos. Era sin duda una confianza curiosamente osada en la realidad de su religión, y aunque algunos aún persistan en disputarla, ha sido justificado.

Aquellos hechos científicos que en el siglo XIX supuestamente contradecían la fe, casi todos han sido juzgados por el siglo XX como ficciones acientíficas. Hasta los materialistas han huido del materialismo, y los que nos sermoneaban con el determinismo en psicología andan ya hablando del indeterminismo en la materia.¹²⁷

Acertase o errase Tomás de Aquino en su confianza, era –especial y magníficamente- la confianza en que existe una única verdad que no puede contradecirse. Y de pronto surgía este último grupo de enemigos para decirle que estaban enteramente de acuerdo con él en la existencia de dos verdades contradictorias. La verdad –según un dicho medieval- llevaba dos caras bajo una capucha. Y aquellos sofistas bifrontes prácticamente se atrevían a insinuar que era la capucha dominicana.

- ³⁰ Así que –en su última batalla y por primera vez- sacó el hacha de guerra. Hay un acento en sus palabras que en nada se asemeja a la casi impersonal paciencia que mantuviera en el debate con tantos enemigos. “He aquí

¹²⁷ Heisenberg (1901-1976), uno de los padres de la física cuántica, proclama en el primer tercio del siglo XX el principio de indeterminación de la materia, frente a todos los determinismos que periódicamente vuelven a ponerse de moda intelectualmente.

nuestra refutación del error. No se basa en documentos de fe, sino en las razones y las declaraciones de los propios filósofos. Si hubiera después quien, jactanciosamente, presumiendo de su supuesta sabiduría, quisiera desmentir lo que hemos escrito, que no lo haga en un rincón ni ante niños que son incapaces de decidir en cuestiones tan difíciles. Que replique abiertamente si se atreve. Me hallará entonces para hacerle frente, y no sólo a mi despreciable persona, sino a muchos otros cuyo objeto de estudio es la verdad. Batallaremos contra sus errores o pondremos remedio a su ignorancia”.

3.4 Conclusión: cómo manejar la discusión intelectual

- ³¹ El Buey Mudo está mugiendo: como la presa acorralada, que aun así se alza temible sobre toda la jauría ladradora. Ya hemos indicado por qué, en esta única disputa con Siger de Brabante, Tomás de Aquino soltó tales truenos de pasión puramente moral: porque toda la labor de su vida estaba siendo traicionada a sus espaldas por quienes se habían aprovechado de sus victorias sobre los reaccionarios. Lo esencial aquí es que estamos quizá ante su único momento de pasión personal –salvo el único destello en los conflictos de su juventud- y ahora, una vez más, combate a sus enemigos con un ascua encendida.

Y sin embargo –incluso en este aislado apocalipsis de ira- hay una sola frase que se podría recomendar en todos los tiempos para los hombres que se encolerizan con mucho menos motivo. Si existe una sola frase que se pudiera esculpir en mármol como representativa de la racionalidad más serena y perdurable de su inteligencia sin par, es una que salió en torrente con todo el resto de aquella lava fundida. Si existe una sola frase que se alce ante la historia como característica de Tomás de Aquino, es ésta relativa a su propia argumentación: “No se basa en documentos de fe, sino en las razones y las declaraciones de los propios filósofos”.

¡Ojalá todos los doctores ortodoxos fueran tan razonables en la deliberación como Aquino en la ira! ¡Ojalá todos los apologistas cristianos recordaran esa máxima, y la escribieran con letras de un palmo sobre la

pared antes de clavar en ella ninguna tesis!¹²⁸ En el colmo de su furia, Tomás de Aquino comprende lo que tantos defensores de la ortodoxia no quieren comprender. De nada vale decirle a un ateo que es ateo, ni acusar a uno que niegue la inmortalidad de la infamia de negarla, ni imaginar que se pueda obligar a un adversario a reconocer que está equivocado, demostrándole que lo está sobre principios que son ajenos, pero no son suyos.

Después del gran ejemplo de Santo Tomás, queda establecido –como debería haberlo estado siempre– que no hay que discutir con un hombre, o bien discutir en su terreno y no en el nuestro.¹²⁹ Se podrán hacer otras cosas en lugar de discutir, conforme a las ideas de cada cual sobre qué acciones sean moralmente permisibles; pero si se discute, hay que discutir “sobre las razones y las declaraciones de los propios filósofos”.

Ése es el sentido común encerrado en un dicho que se atribuye a un amigo de Santo Tomás, el gran San Luis,¹³⁰ rey de Francia –y que gente superficial cita como muestra de fanatismo– cuyo sentido es que debo discutir con un infiel como sabe discutir un filósofo de verdad, o bien “meterle una espada en el cuerpo hasta donde llegue”. Un filósofo de verdad (incluso de la escuela contraria) será el primero en reconocer que San Luis estuvo realmente filosófico.

³² Así que, en la última gran controversia de su campaña teológica, Tomás de Aquino se las ingenió para dar a sus amigos y enemigos no sólo una lección de teología, sino una lección de controversia. En realidad, fue su controversia postrera. Había sido un hombre con un hambre de controversia colosal, cosa que existe en unos hombres y no en otros, en santos y en pecadores; pero, tras aquel duelo grande y victorioso con Siger de Brabante, le entró de pronto un deseo de silencio y reposo. Dijo una

¹²⁸ Otra referencia a Lutero, que clavó un papel con 95 tesis teológicas en la iglesia del palacio de Wittenberg el 31 de octubre de 1517, comenzando un debate teológico que desembocaría en la Reforma protestante. Recordemos que Chesterton se dirige a un público mayoritariamente protestante, que conoce bien estos sucesos.

¹²⁹ Chesterton, que tenía muchísimos amigos de todo tipo de creencias, practicó siempre este principio. Nuevamente volvemos a encontrar otro paralelismo con Santo Tomás, razón por la cual le resulta tan atractivo.

¹³⁰ Luis IX de Francia, (1214-1270), hijo de Luis VIII y Blanca de Castilla, por lo que era primo de Fernando III el Santo, rey de Castilla. Lo presentará con más profundidad en el capítulo 4.

cosa extraña sobre aquel estado de ánimo a un amigo, que encajará más propiamente en otro lugar. Se replegó sobre la extrema sencillez de su rutina monástica, y pareció no desear otra cosa que una especie de retiro permanente.

Del Papa le llegó el mandato de ponerse en viaje con una nueva misión de diplomacia o debate, y se aprestó a obedecer. Pero antes de poder recorrer muchas millas de viaje, murió.

4. UNA MEDITACIÓN SOBRE LOS MANIQUEOS

4.1 Tomás visita la corte de San Luis

- ⁰¹ Hay una anécdota circunstancial sobre Santo Tomás de Aquino que le ilumina como un relámpago, no sólo por fuera sino por dentro. No sólo le muestra como personaje –incluso como personaje de comedia- y muestra los colores de su época y ambiente social, sino que además, como por un instante, hace una transparencia de su mente.

Es un incidente trivial que sucedió un día en que, contra su voluntad, se veía apartado de su trabajo. Casi podríamos decir de su juego, porque ambas cosas se unían en el poco frecuente hobby de pensar, que para algunos hombres es mucho más embriagador que la bebida. Había declinado buen número de invitaciones sociales a las cortes de reyes y príncipes, no porque fuera huraño, que no lo era, sino porque en su interior ardían siempre los proyectos de exposición y argumentación verdaderamente gigantescos que llenaron su vida.

En una ocasión, sin embargo, fue invitado a la corte del rey Luis IX de Francia –más famoso como el gran San Luis- y por la razón que fuere las autoridades dominicanas de su orden le mandaron aceptar, de modo que al punto lo hizo, porque era un fraile obediente hasta en sueños, o mejor dicho, en su trance permanente de reflexión.

- ⁰² Un serio reproche contra la hagiografía convencional es que a veces tiende a dar la impresión de que todos los santos son el mismo, cuando en realidad ninguna clase de hombres son más distintos que los santos, ni siquiera los asesinos. Y difícilmente podría hallarse un contraste mayor, dados los componentes esenciales de la santidad, que entre Santo Tomás y

San Luis.

San Luis había nacido caballero y rey, pero era uno de esos hombres en los que cierta sencillez, combinada con coraje y actividad, hace que les resulte natural –y en cierto modo fácil- desempeñar con aplicación y prontitud cualquier obligación o dignidad, por oficial que sea. Era un hombre en quien santidad y normalidad no reñían, y su resultado era la acción. No era muy proclive a pensar mucho, en el sentido de teorizar mucho. Pero incluso en el terreno de la teoría tenía ese tipo de presencia de ánimo que caracteriza a los pocos hombres realmente prácticos cuando tienen que pensar. Nunca dijo nada que no debiera, y era ortodoxo por instinto.

En el antiguo proverbio pagano de que los reyes fueran filósofos o los filósofos reyes había cierto error de cálculo, ligado a un misterio que sólo el cristianismo podía revelar. Porque puede ser que un rey tenga muchas ganas de ser santo, pero no puede ser que un santo tenga muchas ganas de ser rey. Un hombre bueno a duras penas estará siempre soñando con ser un gran monarca. Pero la liberalidad de la Iglesia es tal, que no puede prohibir que ni siquiera un gran monarca sueñe con ser un hombre bueno: Luis tenía el temperamento del militar sencillo y no le importaba especialmente ser rey, como no le habría importado ser capitán o sargento, o cualquier otro grado de su ejército.

Ahora bien, a un hombre como Santo Tomás decididamente le desagradaría ser rey, o verse envuelto en la pompa y la política de los reyes. No sólo su humildad, sino una especie de subconsciente exigencia y noble aversión a la frivolidad –que a menudo se encuentra en los hombres tranquilos y doctos de mente amplia- le habría impedido encajar realmente en la complejidad de la vida cortesana. Además, siempre quiso mantenerse fuera de la política, y en aquel momento no había símbolo político más acusado -ni en cierto sentido, más provocador- que el poder del rey en París.

⁰³ París era realmente en aquel tiempo una aurora boreal, un sol naciente en el norte. Hay que darse cuenta de que tierras mucho más próximas a Roma se habían podrido de paganismo y pesimismo e influencias orientales, de

las que la más respetable era la de Mahoma. La Provenza y todo el Mediodía se habían llenado de una fiebre de nihilismo o misticismo negativo, y del norte de Francia habían venido las lanzas y las espadas que se llevaron por delante aquella cosa anticristiana.

También en el norte de Francia había surgido aquel esplendor de edificios que brillan como espadas y lanzas, las primeras agujas del gótico. Hoy hablamos de los grises edificios góticos, pero tuvieron que ser muy distintos cuando se levantaron blancos y relucientes en los cielos norteños, realzados en parte con oro y colores vivos: un nuevo vuelo de la arquitectura, tan sorprendente como ver barcos volando. El nuevo París que San Luis dejó tras de sí tuvo que ser blanco como las azucenas y espléndido como la oriflama.¹³¹ Era el comienzo de una gran novedad: la nación francesa, llamada a terciar y vencer en la vieja pugna del Papa y el Emperador en las tierras de donde procedía Tomás.

Tomás acudió muy a su pesar, y, si se puede decir de un hombre tan bondadoso, un tanto enfurruñado. Al entrar en París, le enseñaron desde el monte aquel esplendor de nuevas agujas nacientes, y alguien dijo algo así como: “Qué maravilla tiene que ser poseer todo esto”. Y Tomás de Aquino se limitó a murmurar: “Más me gustaría a mí tener ese manuscrito de Crisóstomo que no consigo”.

- ⁰⁴ De algún modo, condujeron a aquella mole renuente de reflexión hasta un asiento del salón de banquetes real. Y todo lo que sabemos de Tomás nos dice que se mostró perfectamente educado con quienes se dirigieron a él, pero habló poco, y pronto fue olvidado en la más brillante y ruidosa bulla del mundo, que es el ruido que hacen los franceses al hablar. De qué hablaban los franceses no lo sabemos, pero se olvidaron del gordo y grande italiano, y parece muy posible que él se olvidara de ellos. Hasta en la conversación francesa se producen silencios súbitos, y en uno de esos llegó la interrupción.

Hacía mucho rato que no salía palabra ni gesto de aquella enorme masa de paños blancos y negros –como de medio luto- que le señalaban como

¹³¹ Oriflama significa, en sentido general, estandarte; de modo particular recibe ese nombre el estandarte de los antiguos reyes de Francia.

fraile mendicante de la calle, que contrastaban con todos los colores y libreas y cuarteles de aquel primer y flamantísimo amanecer de la caballería y la heráldica. Los triangulados escudos y pendones y las puntiagudas lanzas, las angulosas espadas de la Cruzada, las ventanas apuntadas y las cónicas caperuzas, repetían por doquier aquel lozano espíritu medieval francés que era agudeza en todos los sentidos. Pero los colores de los tabardos¹³² eran alegres y variados, sin restricción visible a su riqueza, porque San Luis, que a su vez tenía un don especial para la frase aguda, había dicho a sus cortesanos: “Debe evitarse la vanidad, pero todo hombre debería vestir bien, según su condición, para ganarse el amor de su esposa”.

⁰⁵ Y de pronto saltaron y retemblaron las copas en el trincherero, y la gran mesa se estremeció, porque el fraile había descargado su enorme puño cual maza de piedra, dando un golpe que sobresaltó a todos como una explosión. Y exclamó con voz fuerte, pero a la manera del que habla en sueños: “¡Y eso liquidará a los maniqueos!”.

⁰⁶ El palacio de un rey, aunque sea el palacio de un santo, tiene su etiqueta. Una conmoción sacudió a la corte, y cada cual sintió como si el fraile gordo de Italia le hubiera arrojado un plato al rey Luis, o ladeado su corona de un golpe. Todos miraron atemorizados al terrible sitio que durante mil años fuera el trono de los Capetos,¹³³ y es de suponer que más de uno se preparase para tirar por la ventana al obeso mendicante de negro. Pero San Luis, tan sencillo como parecía, no era una mera fuente medieval de honores, ni siquiera de mercedes, sino también fuente de dos ríos eternos, la ironía y la cortesía de Francia. Y volviéndose a sus secretarios les ordenó en voz baja que acudieran con sus tablillas a donde estaba sentado el distraído polemista, y anotaran el argumento que se le acababa de ocurrir, porque debía de ser muy bueno y no era cosa de que se le olvidara.

¹³² Tabardo: prenda de vestir similar a un gabán, pero sin mangas.

¹³³ Los Capetos son la dinastía de Francia a la que pertenecía San Luis. Empezó con Hugo Capeto (938-993), duque de París, Rey de Francia y fundador del linaje, y duró en sentido estricto hasta Carlos IV el Hermoso, fallecido en 1328, aunque pervive hasta hoy a través de otras ramas vinculadas con ella, como los propios Borbones.

Me he detenido en esta anécdota, primero, como queda dicho, porque es la que nos da la instantánea más vívida de un gran personaje medieval; en realidad, de dos grandes personajes medievales. Pero es que además viene muy a propósito como tipo o punto de inflexión, por lo que deja entrever de la preocupación dominante de nuestro hombre, y el tipo de cosa que se habría encontrado en sus pensamientos si en cualquier momento los hubiera podido espiar un fisgón filosófico o descubrirlos una mirilla psicológica. No por nada seguía cavilando, incluso en la blanca corte de San Luis, sobre la oscura nube de los maniqueos.

4.2 El problema maniqueo

4.2.1 Santo Tomás en este contexto

⁰⁷ Este libro sólo pretende ser el esbozo de un hombre, pero deberá al menos aludir por encima, más adelante, a un método y un contenido, lo que nuestro periodismo se empeña irritantemente en llamar un mensaje. Habrá que dedicar unas pocas y muy insuficientes páginas al hombre en relación con su teología y su filosofía, pero aquí quiero hablar de algo a la vez más general y más personal incluso que su filosofía. Por lo tanto lo sitúo en este punto, antes de que llegemos a la menor mención técnica de su filosofía. Es algo que también se podría llamar su actitud moral, o su predisposición temperamental, o el propósito de su vida en lo relativo a efectos sociales y humanos: porque él sabía mejor que la mayoría de nosotros que en esta vida sólo existe un propósito, y es un propósito que está más allá de esta vida. Pero si quisiéramos poner en forma pintoresca y simplificada qué quería él para el mundo, y cuál era su labor en la historia, aparte de definiciones teóricas y teológicas, bien podríamos decir que realmente era asestar un golpe y acabar con los maniqueos.

⁰⁸ El significado pleno de todo esto puede no ser evidente para quienes no estudian la historia teológica, y puede que sea aún menos evidente para quienes la estudian; la verdad es que puede parecer igualmente indiferente para la historia y para la teología. En la historia, entre Santo Domingo y

Simón de Montfort¹³⁴ ya habían liquidado bastante bien a los maniqueos. Y en la teología, claro está que un doctor enciclopédico como Aquino trató de otras mil herejías además de la maniquea. Con todo, ésta indica su posición principal y el giro que imprimió a toda la historia de la Cristiandad.

4.2.2 Consideración de la naturaleza y ascetismo

- ⁰⁹ Me parece conveniente interponer este capítulo –aunque su alcance pueda parecer más vago que el resto- porque hay una especie de craso error acerca de Santo Tomás y su credo, que es un obstáculo para la mayoría de las personas modernas a la hora de empezar siquiera a comprenderlos. Surge más o menos así. Santo Tomás –como otros monjes, y especialmente otros santos- vivió una vida de renuncia y austeridad, contrastando marcadamente sus ayunos, por ejemplo, con el lujo con el que podría haber vivido, si hubiera querido. Este elemento ocupa un lugar elevado en su religión, como manera de afirmar la voluntad frente al poder de la naturaleza, de dar gracias al Redentor compartiendo parcialmente sus sufrimientos, de preparar a un hombre para lo que sea, como misionero, mártir o ideales semejantes.

Como esto es poco frecuente en la moderna sociedad industrial occidental –fuera de quienes comparten sus creencias- se asume que constituye todo el sentido de esa comunión.¹³⁵ Como es raro que un concejal ayune durante cuarenta días, que un político haga el voto trapense de silencio, o que un nombre de mundo viva una vida de celibato estricto, el observador ajeno suele estar convencido de que el catolicismo sólo es ascetismo, e incluso que ese ascetismo sólo es pesimismo.

¹³⁴ Simón IV de Monfort (1165?-1218), conde de Tolosa, dirigió la cruzada contra los albigenses, atacándolos y sitiándolos en sus ciudades, con una crueldad que siempre se ha considerado excesiva, haciendo de esa guerra una guerra de conquista personal.

¹³⁵ La idea de tomar una idea o práctica de las que posee ‘el otro’ como si fuera la central –y además, sin comprenderla bien-, es un principio general de actuación humana. Es un ejemplo entre muchos de la agudeza de análisis sociológico de Chesterton. Más adelante se verá cómo los críticos la atribuyen erróneamente a la existencia de una autoridad en la Iglesia católica.

El moderno observador tiene la gentileza de explicar a los propios católicos por qué respetan esta virtud heroica, y siempre está dispuesto destacar que la filosofía que hay detrás es un odio oriental hacia todo lo relacionado con la naturaleza, y una repugnancia digna de Schopenhauer frente a la voluntad de vivir. Leo en una crítica ‘de categoría’ al libro de la señorita Rebecca West sobre San Agustín la asombrosa afirmación de que la Iglesia católica considera que la sexualidad es pecaminosa. Cómo pueda el matrimonio ser un sacramento si la sexualidad es pecaminosa, o por qué son los católicos quienes están a favor de la natalidad y sus enemigos quienes están a favor del control de la natalidad, dejo al crítico que lo desentrañe solo.¹³⁶ Lo que me interesa no es esa parte de la argumentación, sino otra.

- ¹⁰ El crítico moderno del montón, viendo ese ideal ascético en una Iglesia con autoridad, y no viéndolo en la mayoría de los restantes habitantes de Brixton o Brighton, tiende a decir: “Ése es el resultado de la autoridad; sería mejor tener una religión sin autoridad”. Pero la verdad es que una experiencia más amplia fuera de Brixton o de Brighton revelaría el error. Es raro encontrar un concejal que ayune o un político trapense, pero es todavía más raro ver monjas colgadas en el aire de garfios o de pinchos; es insólito que un orador por el *Catholic Evidence Guild*¹³⁷ comience su discurso en Hyde Park dándose de cuchilladas por todas partes; cualquiera que entre en una sacristía normal rara vez encontrará al párroco tendido en el suelo con un fuego encendido sobre el pecho, chamuscándose mientras profiere jaculatorias espirituales.

Pero todas estas cosas las hacen en toda Asia voluntarios entusiastas que actúan exclusivamente movidos por el gran impulso de la religión, de una religión que además no suele ser impuesta por ninguna autoridad inmediata, y desde luego no impuesta por esta autoridad en particular. En suma, un cabal conocimiento de la humanidad le dirá a cualquiera que la religión es una cosa muy terrible, que es verdaderamente un fuego devorador, y que tan frecuente es que sea necesaria la autoridad para

¹³⁶ Esta frase es una alusión a su libro *Ortodoxia* (1908), donde recoge gran cantidad de objeciones modernas al cristianismo, así como las contradicciones en las que incurren sus críticos.

¹³⁷ Asociación de voluntarios fundada en Londres en 1918, con la misión de difundir la doctrina católica hablando espontáneamente en la calle. En 1925 celebraban sesiones diarias en Hyde Park. [N. de MLB]

ponerle freno como para imponerla.

El ascetismo –la ‘guerra a los apetitos’- es también un apetito.¹³⁸ Nunca se podrá eliminar de entre las ambiciones extrañas del hombre, pero se puede sujetar a un control razonable, y se practica en proporción mucho más sensata bajo la autoridad católica que bajo la anarquía pagana o puritana.

Entretanto, la totalidad de ese ideal –aunque sea una parte esencial del ideal católico cuando es bien comprendido- en otros aspectos es una cuestión marginal. No es el principio cardinal de la filosofía católica, sino tan sólo una deducción particular de la ética católica. Y cuando empezamos a hablar de filosofía cardinal, nos percatamos de la absoluta y rotunda contradicción que hay entre el monje que ayuna y el faquir que se cuelga de garfios.

- ¹¹ Ahora bien, nadie entenderá la filosofía tomista –ni de hecho la filosofía católica- sin percatarse de que su elemento primario y fundamental es absolutamente la alabanza de la vida, la alabanza del ser, la alabanza de Dios como Creador del mundo.¹³⁹ Todo lo demás va detrás a gran distancia, condicionado por diversas complicaciones, como la Caída o la vocación de héroes.

El problema se plantea porque la mentalidad católica se mueve en dos planos, el de la Creación y el de la Caída. El paralelo más próximo es, por ejemplo, el de Inglaterra invadida: podría haber ley marcial en Kent porque el enemigo hubiera desembarcado en Kent, y relativa libertad en Hereford. Pero eso no afectaría al afecto que un patriota inglés sienta por Hereford y por Kent, como la cautela estratégica en Kent no afectaría al amor a Kent. Porque el amor a Inglaterra seguiría en pie: tanto a las partes que hubiera que redimir con disciplina como a las partes que se pudieran disfrutar con libertad.

Cualquier extremo del ascetismo católico es una precaución, acertada o

¹³⁸ El ascetismo –aunque nadie lo llame así- está muy difundido hoy en las dietas alimenticias –para mantener la figura o la salud-, en los hábitos deportivos y el cultivo del cuerpo, o en la adicción al trabajo.

¹³⁹ Como se vio en el capítulo anterior, Chesterton destaca estos principios cristianos, que están en la base de su propia conversión.

errada, contra el mal de la Caída, pero nunca es una duda sobre el bien de la Creación. Y ahí es donde realmente difiere no sólo de la excentricidad un tanto excesiva de quien se cuelga de garfios, sino de la toda la teoría cósmica, que es el garfio del que se cuelga. En el caso de muchas religiones orientales, realmente es verdad que el ascetismo es pesimismo: el asceta se tortura hasta la muerte por un odio abstracto a la vida, no aspira sólo a controlar la naturaleza como debiera, sino a contrariar la naturaleza todo lo que pueda. Y aunque para los millones de las poblaciones religiosas de Asia adopte una forma más suave que los garfios, es un hecho no suficientemente reconocido que el dogma de la negación de la vida gobierna realmente como primer principio a una vastísima escala.

Una forma histórica que adoptó fue aquel gran enemigo del cristianismo desde sus comienzos: los maniqueos.

4.2.3 El maniqueísmo a lo largo de la historia

- ¹² Lo que llamamos filosofía maniquea ha tenido muchas formas: ha atacado, de hecho, lo que es inmortal e inmutable con una clase muy curiosa de mutabilidad inmortal.¹⁴⁰ Es como la leyenda del mago que se convierte en serpiente o nube, y tiene esa indescriptible nota de irresponsabilidad que caracteriza a buena parte de la metafísica y la moral de Asia, de donde salió el misterio maniqueo. Pero siempre, de una manera o de otra, es una idea de que la naturaleza es mala, o cuando menos de que el mal tiene sus raíces en la naturaleza. Lo esencial es que, como el mal tiene raíces en la naturaleza, también tiene derechos en la naturaleza.

El mal tiene tanto derecho a existir como el bien, y ya hemos dicho que esta idea adoptó muchas formas: unas veces fue un dualismo que ponía al mal en pie de igualdad con el bien, de suerte que a ninguno de los dos se

¹⁴⁰ Ésta frase constituye un buen ejemplo del estilo característico de Chesterton, en el que utiliza los juegos de palabras, para encontrar el sentido paradójico de esa realidad entre los hombres. Obliga así a pensar lo que está diciendo para llegar a comprenderlo bien.

le podía calificar de usurpador. Más frecuentemente, fue una idea general de que los demonios habían hecho el mundo material, de modo que, si había espíritus buenos, éstos sólo se interesaban por el mundo espiritual. Más tarde adoptó la forma del calvinismo, según el cual Dios había hecho el mundo, pero además del bien, habría hecho el mal en un sentido especial, pues habría hecho una voluntad mala además de un mundo malo. Según esta tesis, si un hombre escoge en vida condenar su alma, no estará contrariando la voluntad de Dios, sino cumpliéndola.

En estas dos formas –el gnosticismo temprano y la del calvinismo posterior- vemos la diversidad superficial y la unidad fundamental del maniqueísmo. Los antiguos maniqueos enseñaban que Satanás dio origen a toda la obra de creación comúnmente atribuida a Dios; los nuevos calvinistas enseñaban que Dios da origen a toda la obra de condenación, comúnmente atribuida a Satanás. Uno volvía la vista al primer día en que un demonio actuó como si fuera dios; el otro miraba a un último día en que un dios actúa como si fuera un demonio. Pero ambos tenían la idea de que el creador de la tierra era primordialmente el creador del mal, ya se le llame demonio o dios.

- ¹³ Como hay muchísimos maniqueos entre los modernos –como veremos en un momento- algunos estarán de acuerdo con esta visión, a otros les desconcertará, y a otros sólo les desconcertará que debemos ponerle objeciones.

Para comprender la controversia medieval hay que decir unas palabras sobre la doctrina católica, que es tan moderna como medieval. Eso de que “Dios miró todas las cosas y vio que eran buenas” encierra una sutileza que el pesimista popular no puede seguir, o por precipitación no advierte. Es la tesis de que no hay cosas malas, sino únicamente malos usos de las cosas; o si se prefiere, que no hay cosas malas sino únicamente malos pensamientos, y sobre todo, malas intenciones. Sólo los calvinistas pueden realmente creer que el infierno esté empedrado de buenas intenciones. Eso es justamente lo único de lo que no puede estar empedrado.

Es posible tener malas intenciones en cosas buenas. Y hay cosas buenas, como el mundo y la carne, que han sido retorcidas por una mala intención

llamada demonio. Pero éste no puede hacer que las cosas sean malas: las cosas siguen siendo lo que eran el primer día de la creación.

La obra misma del cielo fue material: la creación de un mundo material. La obra del infierno es enteramente espiritual.¹⁴¹

- ¹⁴ Así pues, este error ha tenido muchas formas, pero como casi todo error, ha tenido sobre todo dos: una más feroz que ataca a la Iglesia desde fuera, y otra más sutil, que la corrompe desde dentro. En ninguna época ha dejado de estar la Iglesia desgarrada entre esa invasión y esa traición.

Así ocurrió, por ejemplo, en la época victoriana. La ‘competencia’ darwiniana –en el comercio o en el conflicto de razas- fue un asalto ateo, en el siglo XIX, exactamente igual de descarado que el movimiento bolchevique Sin-Dios del siglo XX. Alardear de prosperidad bruta, admirar a los más turbios millonarios que han monopolizado el trigo con malas artes, hablar de los ‘inadaptados’ (a imitación del pensador científico que sería partidario de acabar con ellos porque no puede ni acabar la frase: ¿inadaptados a qué?), todo eso es tan simple y llanamente anticristiano como la misa negra. Y sin embargo hubo algunos católicos débiles y mundanos que utilizaron esa hipocresía en defensa del capitalismo, dentro de su primera y más bien floja resistencia al socialismo. Por lo menos lo hicieron hasta que la gran encíclica del Papa sobre los derechos de los trabajadores puso fin a todas sus necedades.¹⁴²

El mal está siempre dentro y fuera de la Iglesia: fuera en su forma más salvaje y dentro, más suave. Así sucedió también en el siglo XVII, con el calvinismo fuera y el jansenismo dentro. Y así sucedió también en el siglo XIII, cuando el peligro externo evidente estaba en la revolución de los albigenses, y el potencial peligro interno estaba en el propio tradicionalismo de los agustinianos. Porque los agustinianos procedían de Agustín, y Agustín procedía en parte de Platón, y Platón tenía razón, pero no en todo.

¹⁴¹ Debería haber quedado claro que la creación es una cosa buena y que son las voluntades –del demonio y de los hombres- las que estropean las cosas, a través de sus intenciones.

¹⁴² Se trata de la encíclica ‘Rerum novarum’, promulgada en 1891 por León XIII, con la que se inicia lo que se conoce como Doctrina social de la Iglesia.

Es un hecho matemático que si una línea no se dirige directamente hacia un punto, por mucho que se aproxime, acabará apartándose realmente. Al cabo de mil años de extensión, el error de cálculo del platonismo estaba ya muy cerca del maniqueísmo.

4.2.4 El platonismo en la Edad Media

- ¹⁵ Los errores populares casi siempre aciertan. Casi siempre hacen referencia a una realidad última, a propósito de la cual también se equivocan quienes los corrigen. Es una cosa muy rara que ‘amor platónico’ haya llegado a significar para los iletrados algo bastante más puro y limpio que lo que significa para los doctos. Pero incluso quienes se dan cuenta del gran mal griego pueden muy bien percatarse de la perversidad que frecuentemente surge de una pureza equivocada.

Pues bien, la más íntima mentira de los maniqueos estaba en identificar pureza y esterilidad. Es singular el contraste con el lenguaje de Santo Tomás, que siempre relaciona la pureza con la fecundidad, tanto si es natural como sobrenatural. Y extrañamente, como he dicho, sigue habiendo cierta realidad en la expresión vulgar de que lo que hay entre Sam y Susan es ‘totalmente platónico’. Es verdad que, al margen de la perversión local, había en Platón cierta idea de que las personas estarían mejor sin cuerpo, que sus cabezas podrían salir volando y unirse en el firmamento en un matrimonio exclusivamente intelectual, como querubines en un cuadro. La última fase de esa filosofía ‘platónica’ fue lo que arrastró al pobre D.H. Lawrence a proferir sandeces, y probablemente sin saber que la doctrina católica sobre el matrimonio habría dicho mucho de lo que él decía, sin proferir sandeces.

En cualquier caso, históricamente es importante ver que el amor platónico deformó un tanto el amor humano y el divino en la teoría de los primeros teólogos. Muchos hombres medievales que habrían negado con indignación la doctrina albigense de la esterilidad, aun así llevados de un estado emocional habrían renunciado al cuerpo por desesperación, y

algunos habrían renunciado a todo por desesperación.¹⁴³

- ¹⁶ La verdad es que esto ilumina vívidamente la provinciana estupidez de los que protestan de que haya lo que ellos llaman ‘credos y dogmas’. Fue precisamente el credo y el dogma lo que salvó la sensatez del mundo.¹⁴⁴ Estas personas suelen proponer una religión alternativa de intuición y sentimiento. Si en los siglos realmente oscuros hubiera habido una religión del sentimiento, habría sido una religión del sentimiento negro y suicida. Y fue el rígido credo lo que aguantó los embates del sentimiento suicida.

Los críticos del ascetismo aciertan probablemente al suponer que más de un anacoreta occidental ‘sintió’ de modo semejante a un faquir oriental. Pero el anacoreta no pudo realmente pensar como un faquir oriental, porque era católico ortodoxo. Y lo que mantenía su pensamiento en contacto con otro pensamiento más sano y más humanista era sencilla y únicamente el dogma: no podía negar que un Dios bueno hubiera creado el mundo normal y natural; no podía decir que el demonio hubiera hecho el mundo, porque no era maniqueo.

Mil entusiastas del celibato –en los días de la gran estampida al desierto o al claustro- habrían podido llamar pecado al matrimonio si hubieran atendido únicamente a sus ideales individuales –como sucede en el mundo moderno- y a su propio sentir inmediato acerca del matrimonio. Por fortuna tenían que aceptar la autoridad de la Iglesia, que tajantemente había dicho que el matrimonio no era pecado. Una religión emocional moderna podría en cualquier momento haber convertido el catolicismo en maniqueísmo. Pero cuando la religión amenazó con enloquecer a los hombres, la teología los mantuvo en sus cabales.¹⁴⁵

¹⁴³ Los albigenses pensaban que la sexualidad –y la procreación- era para las personas de segunda categoría.

¹⁴⁴ Chesterton utiliza frecuentemente la palabra dogma en el sentido de ‘verdad en la que uno ha puesto su confianza’, pero en este caso, está claro que se refiere a la verdad de la creencia religiosa sostenida por la autoridad.

¹⁴⁵ Muchos de los rigores que se atribuyen a la Iglesia en esta materia tienen su causa en la mentalidad jansenista, presente en ella hasta bien entrado el siglo XX.

4.3 La actitud ortodoxa hacia la vida

4.3.1 El 'optimismo' de Santo Tomás

- ¹⁷ En este sentido, Santo Tomás se alza sencillamente como el gran teólogo ortodoxo que recordó a los hombres el credo de la Creación, cuando muchos de ellos aún se encontraban en un estado de ánimo de mera destrucción. Es inútil que los críticos del medievalismo citen cien frases medievales que supuestamente podrían sonar a mero pesimismo, si no comprenden el hecho central: a los hombres medievales no les preocupaba ser medievales y no aceptaban la autoridad de un estado de ánimo porque fuera melancólico, pero sí les preocupaba mucho la ortodoxia, que no es un estado de ánimo.

Santo Tomás podía 'probar' que su glorificación del Creador, con su alegría creativa, era más ortodoxa que ningún pesimismo ambiental, de modo que dominó la Iglesia y el mundo, que aceptaron esta verdad para examinarla. Y una vez que esa importancia inmensa e impersonal es admitida, podemos estar de acuerdo en que hubo un elemento personal también. Como casi todos los grandes maestros religiosos, estaba individualmente bien dotado para la tarea que le había encomendado Dios. Si queremos, podemos llamar instintivo a ese talento, e incluso temperamental.

- ¹⁸ Cualquiera que intente popularizar a un filósofo medieval tiene que utilizar un lenguaje que sea moderno, pero poco filosófico. Y esto no lo decimos por burlarnos de la modernidad, sino porque los modernos han hablado tanto de estados de ánimo y emociones –sobre todo en las artes– que han desarrollado un vocabulario extenso pero impreciso, que tiene que ver más con el ambiente que con la actitud o la postura real.

Como se ha señalado en otro lugar, hasta los filósofos modernos se parecen más a los poetas modernos en cuanto a dar un tinte individual incluso a la verdad, y con frecuencia mirar la vida entera a través de lentes

de distintos colores. Decir que Schopenhauer¹⁴⁶ tenía murria,¹⁴⁷ o que William James¹⁴⁸ veía más bien color de rosa, sería muchas veces más adecuado que llamar pesimista a uno y pragmático al otro. Esta atención moderna al estado de ánimo tiene su valor, aunque los modernos la sobrevaloren, lo mismo que la lógica medieval tenía su valor, aunque fuera sobrevalorada en la Edad Media tardía. La cuestión es que para explicar los medievales a los modernos tenemos que emplear frecuentemente este lenguaje moderno del estado de ánimo. Si no, se nos escapa el personaje a través de ciertos prejuicios e ignorancias referentes a los personajes medievales.

Hay algo que envuelve toda la obra de Santo Tomás de Aquino como una gran luz: algo muy primario y quizá inconsciente en él -que él quizá habría pasado por alto como una cualidad personal sin importancia- y que ahora nosotros sólo podemos expresar mediante un término periodístico barato, que a él probablemente le habría parecido carente de contenido.

- ¹⁹ En cualquier caso, la única palabra efectiva para este ambiente es optimismo. Sé que es una palabra todavía más degradada en el siglo XX de lo que fue en el siglo XIX: antes se hablaba de ser optimistas sobre el resultado de la guerra, ahora se habla de ser optimistas sobre la reactivación del comercio; mañana se hablará quizá de ser optimistas sobre el torneo internacional de ping-pong.¹⁴⁹ Pero en la época victoriana significaba algo más, al aplicar la palabra optimista a Browning o Stevenson o Walt Whitman.¹⁵⁰

Pues en un sentido más grande y más luminoso que aplicado a esos hombres, el término fue verdadero para Tomás de Aquino. Él creía en la

¹⁴⁶ Arthur Schopenhauer (1788-1860) fue un filósofo alemán caracterizado por su pesimismo. Fue además uno de los primeros en introducir el pensamiento oriental en la filosofía occidental.

¹⁴⁷ Chesterton acaba de hacer una alusión a las 'lentes de colores' de los filósofos: la murria que tenía Schopenhauer se dice en inglés 'to have the blues'.

¹⁴⁸ William James (1842-1910) fue un filósofo y psicólogo estadounidense, defensor del pragmatismo y el empirismo radical.

¹⁴⁹ Ochenta años después, los campeonatos internacionales de fútbol ocupan el lugar del ping-pong en el esquema de Chesterton, pero nuevamente se muestra su agudeza para intuir cómo lo intrascendente se vuelve relevante, mientras sucede lo contrario con lo verdaderamente importante.

¹⁵⁰ Estos escritores –a los que habría que añadir Charles Dickens- marcaron profundamente la vida del joven Chesterton, haciéndole salir del pesimismo que lo invadió en su juventud. Es una ocasión de comprobar qué cerca ve a Santo Tomás de sí mismo.

vida, con la más firme y colosal de las convicciones, en algo parecido a lo que Stevenson¹⁵¹ llamó el gran teorema de que la vida merece ser vivida.¹⁵² De algún modo late ya en sus primeras frases sobre la realidad del ser. Se supone que el enfermizo intelectual renacentista dice: “Ser o no ser: he ahí la cuestión”;¹⁵³ indudablemente el obeso doctor medieval replica con voz de trueno: “Ser: he ahí la respuesta”. Es un punto importante, pues muchos, con cierta lógica, hablan del Renacimiento como la época en que ciertos hombres empezaron a creer en la vida. La verdad es que fue la época en que unos pocos hombres, por primera vez, empezaron a no creer en la vida.

Los medievales habían puesto muchas restricciones -y algunas realmente excesivas- a la universal hambre humana –incluso frenesí- de vida. Esas restricciones se habían expresado a menudo en términos fanáticos y rabiosos, términos de quienes se resisten a una gran fuerza natural: la fuerza de los hombres que deseaban vivir. Pero nunca, hasta que empezó el pensamiento moderno, tuvieron realmente que luchar con hombres que desearan morir. Aquel horror les había amenazado en el catarismo asiático, pero nunca llegó a ser normal para ellos hasta entonces.

4.3.2 Comparación con otros sistemas de pensamiento

²⁰ Este hecho se aprecia muy bien cuando comparamos al mayor de los filósofos cristianos con los únicos hombres que están a su altura, o son capaces de rivalizar con él. Son personas con las que él no disputó directamente: en su mayoría, personas a las que no vio nunca; de algunas ni siquiera pudo haber oído hablar. Pudo deliberar con Platón y Agustín,

¹⁵¹ Chesterton era un gran admirador de Robert Louis Stevenson (1850-1894), que fue un gran novelista y escritor escocés. A pesar de su corta vida marcada por la enfermedad, fue capaz de encontrar el lado hermoso de la vida.

¹⁵² Para ser exactos, Stevenson había hablado –y Chesterton lo nombra con la misma palabra- de la ‘livableness of life’, literalmente la ‘vivibilidad de la vida’ [N. de MLB], cuyo significado algunos también traducen por ‘llevadero’ o ‘soportable’, pero probablemente ‘habitable’ sea algo más neutro y aun así, más pobre que el significado de Stevenson.

¹⁵³ Alusión a la famosa frase de Shakespeare en *Hamlet*. Chesterton quiere destacar que en el Renacimiento vuelven a resurgir las corrientes pesimistas contra las que luchó Santo Tomás en su tiempo, y que volvieron a resurgir pronto, como muestra en el texto.

con Buenaventura o incluso Averroes. Pero hemos de buscar en otro sitio a sus rivales de verdad, a los únicos rivales de verdad de la teoría católica. Son las cabezas de los grandes sistemas paganos: unas muy antiguas, otras muy modernas, como Buda¹⁵⁴ de un lado, o Nietzsche¹⁵⁵ del otro.

Cuando vemos a esta figura gigantesca sobre ese fondo vasto y cósmico, nos damos cuenta, primero, de que fue el único teólogo optimista, y segundo, de que el catolicismo es la única teología optimista. Algo más suave y más complaciente podría sacarse de la delicuescencia de la teología, y la mezcla del credo con todo lo que lo contradice. Pero entre los credos cósmicos coherentes, es el único que está totalmente del lado de la vida.

- ²¹ La religión comparada nos ha permitido, en efecto, comparar religiones y contrastarlas. Hace cincuenta años se propusieron demostrar que todas las religiones vienen a ser la misma, demostrando en general y alternativamente que todas eran igualmente valiosas... y que todas eran igualmente carentes de valor. Desde entonces este proceso científico ha empezado de pronto a ser científico, y ha descubierto las profundidades de las simas, así como las alturas de los montes. En efecto, es un excelente avance que las personas sinceramente religiosas se respeten unas a otras. Pero el respeto ha descubierto la diferencia, donde el desprecio conoció sólo indiferencia.

Cuanto más apreciamos realmente la noble revulsión y renuncia de Buda, más vemos que intelectualmente era la inversa y casi lo contrario a la salvación del mundo por Cristo. El cristiano escaparía del mundo al universo; el budista desea escapar del universo aún más que del mundo. Uno querría descrearse; el otro querría volver a su creación, a su Creador.

De hecho el budismo es tan genuinamente lo inverso a la idea de la Cruz como árbol de la vida,¹⁵⁶ que hay cierta excusa para poner las dos cosas

¹⁵⁴ Sabio de origen hindú, probablemente del siglo VI a.C.

¹⁵⁵ Friedrich Nietzsche (1844- 1900) fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, uno de los pensadores contemporáneos más influyentes de los siglos XIX y XX.

¹⁵⁶ Aunque la idea del árbol de la vida es una metáfora está presente en casi todos los sistemas de creencias del mundo, Chesterton la utiliza aquí vinculada a la Cruz, de donde procede la salvación del género humano.

una junto a otra como si tuvieran la misma importancia. En un sentido, son paralelas e iguales, como un promontorio y una depresión, como un valle y un monte. Hay un sentido en el que esa desesperación sublime es la única alternativa a esa audacia divina. Es incluso cierto que el hombre verdaderamente espiritual e intelectual lo ve como un dilema, una opción muy dura y terrible. Poco más hay en la tierra que se pueda comparar de manera tan completa.¹⁵⁷

Y el que no quiera ascender la montaña de Cristo caerá en el abismo de Buda.

- 22 Lo mismo se puede decir –de manera menos lúcida y augusta- de la mayoría de las restantes alternativas de la humanidad pagana: casi todas se las vuelve a tragar aquel remolino de la recurrencia que conocieron todos los antiguos. Casi todas retornan a la idea única del retorno, que Buda describió tan sombríamente como la Rueda del Dolor.

Esa recurrencia que Buda describió como la Rueda del Dolor, el pobre Nietzsche se las arregló para describirla como la Gaya Ciencia.¹⁵⁸ Yo sólo puedo decir que si la mera repetición era su idea de conocimiento alegre, me gustaría saber cuál era su idea de ciencia dolorida. El hecho es que –en el caso de Nietzsche- esto no pertenece al momento de sus inicios sino al momento de su repliegue: llegó al final de su vida, cuando estaba cerca del colapso mental, y realmente es muy contrario a sus inspiraciones anteriores y mejores de libertad desenfrenada o innovación fresca y creativa. Había intentado escapar, una vez por lo menos, pero tampoco él escapó al tormento de la rueda.¹⁵⁹

- 23 Sola en la tierra, elevada y liberada de todas las ruedas y remolinos de la tierra, se alza la fe de Santo Tomás. Lastrada y contrapesada, con una metafísica más que oriental y una pompa y ceremonia más que pagana;

¹⁵⁷ Chesterton admiraba profundamente el budismo, como puso de manifiesto en *El hombre eterno* (1925), y que vuelve a retratar aquí como la única alternativa sólida, aunque pesimista, al Cristianismo.

¹⁵⁸ ‘La gaya ciencia’ (1882) es una obra de Nietzsche, dedicada al eterno retorno. Gaya significa alegre, en contraste con la opinión de Buda, dando así a Chesterton otra oportunidad de jugar con los conceptos.

¹⁵⁹ Esta la traducción de MLB expresa bien la idea original de Chesterton, que juega con ‘break out’ y ‘break’, escapar y romperse.

pero vital y vívidamente sola en declarar que la vida es una historia viva, con un gran comienzo y una gran conclusión; arraigada en la alegría primigenia de Dios y consumada en la felicidad final de la humanidad; inaugurada con el coro colosal en que los hijos de Dios clamaban de gozo,¹⁶⁰ y rematada en esa camaradería mística que dibujan en sombras aquellas antiguas palabras que se mueven como una danza arcaica: “Pues es Su deleite estar con los hijos de los hombres”.¹⁶¹

4.3 Conclusión: filosofía, teología y santidad

- ²⁴ El destino de este bosquejo sobre Santo Tomás es bosquejar su filosofía, dar noticia escasa o casi vacía de su teología, y alcanzar poco más que un decoroso silencio sobre el tema de su santidad. Pero eso no evita que el refrán recurrente de este librito –al que volvemos con cierta monotonía– sea que en esta historia la filosofía dependió de la teología y la teología dependió de la santidad.

En otras palabras, hay que repetir el primer dato destacado en el primer capítulo: que esta gran creación intelectual fue una creación cristiana y católica, y no se puede entender de otra manera. Fue Aquino quien bautizó a Aristóteles, mientras que Aristóteles no habría podido bautizar a Aquino: fue un milagro puramente cristiano lo que resucitó al gran pagano de entre los muertos. Y esto se prueba de tres modos (como podría decir el propio Santo Tomás),¹⁶² que conviene resumir a guisa de resumen de este libro.

- ²⁵ Primero, en la vida de Santo Tomás. Lo prueba el hecho de que sólo su enorme y sólida ortodoxia habría podido soportar tantas cosas que entonces parecían heterodoxas. La caridad cubre multitud de pecados,¹⁶³ y en ese sentido la ortodoxia cubre multitud de herejías, o de cosas que la

¹⁶⁰ Job 38, 7 [N. de MLB].

¹⁶¹ Paráfrasis de Proverbios 8, 31 [N. de MLB].

¹⁶² Alusión al método argumentativo de Santo Tomás, que se caracterizaba por enumerar previamente las razones que se aducían a favor o en contra de una determinada proposición.

¹⁶³ Cita literal de la primera epístola de San Pedro, 4,8.

precipitación confunde con herejías. Precisamente porque su catolicismo personal era tan convincente, a su impersonal aristotelismo se le dio el beneficio de la duda. Él no olía la hoguera porque olía el ascua, el ascua que tan instantánea e instintivamente había agarrado ante un ataque real contra la ética católica esencial.

Una frase moderna típicamente cínica se refiere al hombre que es tan bueno que no vale para nada. Santo Tomás era tan bueno que valía para todo: su garantía avalaba lo que otros consideraban las especulaciones más arriesgadas y atrevidas, conducentes al culto de la nada. Bautizara o no a Aristóteles, verdaderamente fue el padrino de Aristóteles, su patrocinador: juró que el viejo griego no haría daño, y el mundo entero confió en su palabra.

- ²⁶ Segundo, en la filosofía de Santo Tomás. Lo prueba el hecho de que todo dependía del nuevo motivo cristiano para estudiar los hechos, en cuanto distintos de las verdades. La filosofía tomista empezaba por las raíces más bajas del pensamiento, los sentidos y las perogrulladas de la razón, pero un sabio pagano habría podido despreciar esas cosas, igual que despreciaba las artes serviles. Pues el materialismo –mero cinismo en un pagano- puede ser humildad cristiana en un cristiano. Santo Tomás estaba dispuesto a empezar por registrar los hechos y las sensaciones del mundo material, lo mismo que habría estado dispuesto a empezar por lavar las fuentes y los platos del monasterio.

El quid de su aristotelismo estaba en que, aun suponiendo que aplicar el sentido común a cosas concretas fuera realmente una clase de trabajo servil, no debemos avergonzarnos de ser ‘servus servorum Dei’.¹⁶⁴ Entre paganos el escéptico podía convertirse en cínico: Diógenes¹⁶⁵ en su barril tuvo siempre un punto de arengador¹⁶⁶ pero hasta la mugre de los cínicos se dignificó en polvo y ceniza entre los santos. Si eso se nos escapa, se

¹⁶⁴ ‘Siervo de los siervos de Dios’: título con que tradicionalmente se nombra a sí mismo el Papa en documentos de importancia [N. de MLB].

¹⁶⁵ Diógenes de Sínope, también llamado el Cínico (412-323 a.C.), que vivió en un barril, tratando de hacer de la pobreza una virtud.

¹⁶⁶ En la traducción se pierde nuevamente el juego de palabras: en inglés, ‘lub-thumper’, es el que literalmente (como acompañamiento y énfasis de sus palabras) ‘golpea un barril’ [N. de MLB].

nos escapa todo el sentido de la mayor revolución de la historia.¹⁶⁷ Había un nuevo motivo para empezar por lo más material, y hasta por las cosas más insignificantes.

- ²⁷ Tercero, en la teología de Santo Tomás. Lo prueba la tremenda verdad que sostiene toda esa teología, y cualquier otra teología cristiana: realmente había una nueva razón para considerar los sentidos, las sensaciones del cuerpo y las experiencias del hombre común, con una reverencia que habría dejado estupefacto al gran Aristóteles y que ningún hombre del mundo antiguo habría podido empezar a entender.

El Cuerpo había dejado de ser lo que era cuando Platón y Porfirio¹⁶⁸ y los viejos místicos lo dieron por muerto: había colgado de un patíbulo, se había alzado de un sepulcro.¹⁶⁹ Ya no era posible que el alma despreciara a los sentidos, que habían sido órganos de algo que era más que hombre. Platón podría despreciar la carne, pero Dios no la había despreciado.

Los sentidos verdaderamente se habían santificado, como se bendicen uno por uno en el bautismo católico. ‘Ver es creer’ ya no era la perogrullada de un idiota o de un individuo corriente –como en el mundo de Platón-, pues se había mezclado con condiciones reales de creencia real. Esos espejos giratorios que envían mensajes al cerebro del hombre, esa luz que irrumpe en el cerebro, verdaderamente habían revelado al propio Dios el camino a Betania o la luz que daba sobre la alta roca de Jerusalén. Esos oídos que resuenan a los ruidos vulgares habían comunicado también al conocimiento secreto de Dios el ruido del gentío que sembraba el suelo de palmas y del gentío que pedía a gritos la crucifixión.

Una vez que la idea de la Encarnación se hizo central en nuestra civilización, era inevitable que hubiera una vuelta al materialismo, en el sentido de una seria valoración de la materia y de la composición del cuerpo. Una vez que Cristo resucitó, era inevitable que Aristóteles

¹⁶⁷ Los historiadores y expertos en ciencias sociales suelen considerar a la Ilustración (S.XVIII) –que también apoya el método científico- como la revolución intelectual más grande. Sin embargo, Chesterton nos muestra que era absolutamente necesario este cambio previo en la forma de ver las cosas.

¹⁶⁸ Porfirio (232-304) fue un filósofo neoplatónico griego, discípulo de Plotino (205-270), a su vez el más importante de los filósofos neoplatónicos.

¹⁶⁹ Clara referencia a la Encarnación de Cristo, su muerte en la cruz y su resurrección.

resucitara.

- ²⁸ Son tres razones reales –más que suficientes- para el apoyo general del santo a una filosofía sólida y objetiva. Y sin embargo hubo algo más – vasto y difuso- a lo que he intentado dar débil expresión intercalando este capítulo. Es difícil expresarlo cabalmente, sin el horrible peligro de ser popular (o lo que los modernistas imaginan muy equivocadamente ser popular): pasar de la religión a la religiosidad. Hay un tono y un temple general en Aquino tan difícil de evitar como la luz del día en una casa grande con ventanas. Es esa postura positiva de su mente, que se llena y se empapa –como de luz de sol- con el calor del prodigio de las cosas creadas.

Hay cierta audacia privada –entre quienes comparten sus creencias cristianas- cuando las personas añaden a sus nombres particulares los impresionantes títulos de la Trinidad y de la Redención, de suerte que una monja se puede apellidar ‘del Espíritu Santo’, o un hombre llevar semejante carga como el título de San Juan de la Cruz. En este sentido, el hombre a quien estudiamos podría llamarse especialmente Santo Tomás del Creador.

Los árabes hablan de los cien nombres de Dios, pues también ellos heredan la tradición de un nombre inmenso e inefable, que expresa al propio Ser, mudo y sin embargo terrible como un grito instantáneo e inaudible: la proclamación del Absoluto. Y quizá ningún otro hombre estuvo tan cerca de llamar al Creador por Su nombre, que sólo se puede escribir ‘Yo Soy’.¹⁷⁰

¹⁷⁰ ‘Yo soy’ es una de las posibles traducciones de ‘Yahveh’, junto a ‘El que es’. Yahveh es el nombre que Dios dio de Sí mismo a Moisés, en el episodio de la zarza ardiente (Éxodo, 3,14). El nombre era muy importante en el mundo judío. La filosofía tomista encuentra en la revelación de este nombre divino la concordancia de Dios como el Ser o Ente del que proceden todos los demás entes o ‘seres’.

5. LA VIDA REAL DE SANTO TOMÁS

5.1 Introducción: la santidad

- ⁰¹ En este punto, hasta un esbozo tan tosco y superficial de un gran santo exige necesariamente escribir algo que no encaja con el resto: lo único sobre lo que es importante escribir es imposible de escribir. Santo puede ser cualquier clase de persona, con una cualidad adicional que es a la vez única y universal. Incluso podríamos decir que lo único que separa a un santo de las personas ordinarias es su disposición a no distinguirse de las personas ordinarias. En este sentido la palabra ‘ordinario’ se entiende en su acepción original y noble, relacionada con la palabra ‘orden’.¹⁷¹

El santo deja muy atrás cualquier deseo de distinción: es la única clase de persona superior que nunca ha practicado la superioridad. Pero todo eso brota de un gran hecho central –que no aceptará llamar privilegio- pero que por su propia naturaleza es una especie de privacidad, casi una forma de propiedad privada. Como con toda sana propiedad privada, le basta con tenerla, y no desea limitar el número de personas que la tengan.¹⁷² Siempre intenta ocultarla, por una especie de buena educación celestial. Tomás de Aquino intentó ocultarla más que la mayoría. Para llegar a ella –en la medida que podemos llegar a ella- lo mejor es empezar por las capas superiores, y llegar al interior partiendo de lo que es más visible en el exterior.

¹⁷¹ Comienza el texto con la inefabilidad de la santidad, y algunas paradojas relacionadas con ella: es una cualidad única –la santidad de cada uno- y a la vez universal, pues todos están llamados a la santidad. Además, Chesterton saca punta al tema, jugando con la universalidad y la individualidad, para acabar en la idea de lo ordinario y relacionar así la santidad con la humildad.

¹⁷² Alusión al distributismo, el sistema social que Chesterton y sus amigos de la Liga Distributista proponían, caracterizado por la pequeña propiedad privada muy repartida. Es decir, basta con tenerla y que la tengan los demás.

5.2 Retrato humano de Santo Tomás

5.2.1 *El aspecto físico*

- ⁰² El aspecto o presencia física de Santo Tomás de Aquino es realmente más fácil de resucitar que el de otros muchos que vivieron antes de la era del retrato. Se ha dicho que en su figura o porte tenía poco de italiano, lo que atribuyo –en el mejor de los casos- a una comparación inconsciente con San Francisco y –en el peor- a una comparación con la precipitada leyenda de organilleros vivarachos y heladeros incendiarios:¹⁷³ no todos los italianos son organilleros vivarachos, y muy pocos italianos son como San Francisco.

Una nación nunca es un tipo, casi siempre es una confluencia de dos o tres, más o menos reconocibles. Santo Tomás pertenecía a cierto tipo, no tanto común en Italia, como común entre italianos fuera de lo común.

- ⁰³ Por su volumen, sería fácil verle humorísticamente como el tipo de tonel andante común en las comedias de muchas naciones. Él mismo bromeaba al respecto, y pudo ser él –y no algún partidario irritado de los bandos agustiniano o árabe- el autor de la sublime exageración de que hubo que recortar una media luna en la mesa del comedor para que pudiera sentarse. Seguro que fue una exageración, y que su estatura fue más comentada que su corpulencia. Pero, sobre todo, su cabeza era más que suficientemente poderosa para dominar su cuerpo. Y su cabeza era de un tipo muy real y reconocible, a juzgar por los retratos tradicionales y las descripciones personales. Era ese tipo de cabeza de mentón y mejillas gruesas, nariz aguileña y frente amplia y más bien calva, que a pesar de su carnosidad produce también una curiosa impresión cóncava de huecos aquí y allá, como cavernas del pensamiento.

Napoleón llevó esa cabeza sobre un cuerpo bajo. Mussolini la lleva hoy sobre un cuerpo algo más alto pero igualmente activo. Se ve en los bustos de varios emperadores romanos y, ocasionalmente, sobre la pechera astrosa de un camarero italiano, que suele ser el camarero jefe.

¹⁷³ El organillero y el vendedor de helados podían ser estereotipos locales del ‘italiano’ en la Inglaterra de la época [N. de MLB].

Tan inconfundible es el tipo, que yo no puedo por menos de pensar que el más vívido malvado de la literatura ligera, en ese folletín victoriano que se titula ‘La dama de blanco’, fue realmente dibujado por Wilkie Collins sobre el modelo de un conde italiano de verdad, tan completo es su contraste con el malvado convencional –flaco, moreno y gesticulante- que los victorianos solían presentar como conde italiano.¹⁷⁴ El conde Fosco, como algunos recordarán (espero), era un caballero calmoso, corpulento, colosal, cuya cabeza era exactamente como un busto de Napoleón en tamaño heroico. Sería un villano de melodrama, pero era un italiano pasablemente convincente dentro de esa clase. Si recordamos sus tranquilos modales y la eminente sensatez de sus palabras y acciones externas cotidianas, probablemente tendremos una imagen material del tipo de Tomás de Aquino... tan sólo con el ligero esfuerzo de fe que se requiere para imaginar al conde Fosco convertido de repente en santo.

5.2.2 Retrato psicológico

- ⁰⁴ Los retratos de Santo Tomás –aunque pintados muchos de ellos tiempo después de su muerte- son obviamente retratos de un mismo hombre. Se yergue desafiante, con cabeza napoleónica y oscura corpulencia, en la ‘Disputa del Sacramento’ de Rafael.¹⁷⁵ Un retrato de Ghirlandaio¹⁷⁶ subraya un punto que revela en particular lo que se podría llamar su olvidada italianidad. También subraya puntos que son muy importantes en el místico y el filósofo.

Está universalmente acreditado que Aquino era lo que se suele llamar un hombre distraído. Así se ha representado a menudo en la pintura, en tono cómico o serio, casi siempre de dos o tres maneras convencionales. Unas veces la expresión de los ojos es meramente ausente, como si el distraído

¹⁷⁴ Wilkie Collins (1824-1889), novelista y dramaturgo inglés, escribió ‘La dama de blanco’ en 1859. El conde Fosco es uno de los villanos de la misma.

¹⁷⁵ La ‘Disputa del Sacramento’ (1509) fue la primera de las pinturas que Rafael Sanzio (1483-1520) realizó en las salas que llevan su nombre en los Palacios –hoy Museos- Vaticanos.

¹⁷⁶ Domenico Ghirlandaio (1449-1494) fue otro pintor renacentista, maestro de Miguel Ángel.

de veras tuviera el espíritu en otra parte.¹⁷⁷ Otras veces se representa más respetuosamente, con expresión pensativa, como de anhelo de algo lejano que el distraído no alcanza a ver y sólo puede desear débilmente.

Mirad a los ojos del retrato de Santo Tomás por Ghirlandaio y veréis una marcada diferencia. Aunque es cierto que los ojos están completamente ajenos al entorno inmediato –y la maceta que aparece encima de la cabeza del filósofo podría caérsele sin atraer su atención- no tienen nada de anhelante, y mucho menos de ausente. Arde en ellos un fuego de instantánea excitación interior; son ojos vivos y muy italianos. Este hombre está pensando en algo, en algo en estado crítico; no está pensando en nada ni en cualquier cosa, ni tampoco –que casi sería peor- está pensando en todo. Es la ardiente vigilancia que tuvo que tener en sus ojos cuando pegó el puñetazo en la mesa y sobresaltó al salón de banquetes del rey.

- ⁰⁵ Sobre los hábitos personales que acompañan a la fisonomía personal, tenemos también unas cuantas impresiones convincentes y confirmantes. Cuando no estaba sentado leyendo un libro, daba vueltas y vueltas a los claustros, caminando deprisa y hasta furiosamente, acción muy característica de los hombres que libran sus batallas por dentro. Cada vez que se le interrumpía se mostraba muy cortés –y más bien era él quien se disculpaba- pero de algún modo daba a entender que prefería que no se le interrumpiera. Detenía de buen grado su caminata verdaderamente peripatética,¹⁷⁸ pero suponemos que al reanudarla iría todavía más deprisa.
- ⁰⁶ Todo esto sugiere que su abstracción superficial –la que el mundo veía- era de cierto tipo. Conviene comprender su naturaleza, porque hay distintos tipos de distracción –incluida la de algunos poetas e intelectuales pretenciosos- que no se distinguen porque su mente haya estado nunca muy presente. Existe la distracción del contemplativo, ya sea la auténtica clase del contemplativo cristiano, que contempla Algo, o la clase errónea

¹⁷⁷ En inglés el distraído es el 'absent-minded', literalmente aquel cuya mente se ha ausentado [N. de MLB].

¹⁷⁸ A la escuela de Aristóteles se le denomina peripatética, porque acostumbraban a reflexionar y debatir mientras caminaban.

del contemplativo oriental, que contempla Nada. Es obvio que Santo Tomás no era un místico budista, pero yo no creo que sus accesos de abstracción fueran siquiera los de un místico cristiano. Si tuvo trances de verdadero misticismo cristiano, ya tuvo buen cuidado de que no le acometieran estando sentado a la mesa ajena.

Creo que tenía esa clase de absorción desconcertante que en realidad es más propia del hombre práctico que del hombre totalmente místico. Él emplea la conocida distinción entre vida activa y vida contemplativa, pero –en lo que nos interesa aquí– pienso que incluso su vida contemplativa era una vida activa. No tenía nada que ver con su vida superior, en el sentido de santidad suprema. Más bien recuerda a Napoleón cuando –tras un acceso de aparente aburrimiento en la ópera– confesaba estar pensando en la manera de combinar los tres cuerpos de ejército de Francfort con los dos cuerpos de ejército de Colonia. Así también, en el caso de Aquino, si sus ensoñaciones eran sueños, eran sueños de día, sueños del día de batalla. Si hablaba consigo mismo, era porque estaba discutiendo con alguien.

Podemos expresarlo de otra manera si decimos que sus ensoñaciones, como los sueños de un perro, eran sueños de cacería, de perseguir el error tanto como perseguir la verdad; de seguir todos los quiebros y regates de la falsedad evasiva, hasta su madriguera en el infierno. Él habría sido el primero en admitir que el pensador equivocado probablemente se sorprendería más de saber de dónde procede su pensamiento que cualquier otro en descubrir adonde conduce.¹⁷⁹

Sin duda, tenía esta idea de persecución, aunque la coincidencia de nombre con la otra clase de persecución haya originado mil errores y malentendidos. Nadie menos que él tenía lo que normalmente se considera temperamento perseguidor, pero poseía la cualidad que en tiempos desesperados se ve inducida a veces a perseguir: es simplemente la idea de que todo vive en alguna parte, y nada muere sino en su casa.¹⁸⁰ Algunas veces, en este sentido, ‘acosó en sueños a la fantasmal presa’, incluso a

¹⁷⁹ Esta frase resume el libro de Chesterton, y en ella, el propio Chesterton está considerando lo que Santo Tomás diría de su libro, planteado en términos de grandes corrientes de pensamiento y de las implicaciones de las mismas.

¹⁸⁰ Esta frase es otra manera de referirse a la historia de las ideas y los errores, que Santo Tomás perseguía.

plena luz del día, es la pura verdad.¹⁸¹ Pero fue un soñador activo, si es que no fue lo que normalmente se entiende por un hombre de acción.¹⁸² Y en aquella cacería verdaderamente se contó entre los ‘Domini canes’, y fue sin duda el más poderoso y más magnánimo de los Sabuesos del Cielo.¹⁸³

5.2.3 *El debate intelectual*

⁰⁷ Puede haber muchos que ni siquiera comprendan la naturaleza de este tipo de abstracción. Por desgracia, hay muchos que no comprenden la naturaleza de ningún tipo de argumentación. De hecho, pienso que ahora hay menos gente viva que entienda lo que es argumentar de la que había hace veinte o treinta años. Santo Tomás podría haber preferido la compañía de los ateos de comienzos del siglo XIX a la de los vacuos escépticos de comienzos del XX.

En cualquier caso, uno de los inconvenientes reales de ese deporte grande y glorioso que se llama argumentar es su desmesurada duración. Si se argumenta sinceramente –como siempre hizo Santo Tomás– a veces parece que el tema no se agota. Él era muy consciente de eso, según vemos reflejado en muchos lugares: por ejemplo, en su tesis de que la mayoría de los hombres necesitan una religión revelada porque no tienen tiempo de argumentar.

Es decir, no tienen tiempo para argumentar correctamente. Siempre hay tiempo para argumentar como no se debe, y más aún en un tiempo como el nuestro. Estando él mismo resuelto a argumentar –a argumentar honradamente, a responder a todo el mundo, a abordarlo todo–, escribió libros como para hundir un barco o llenar una biblioteca, y eso a pesar de

¹⁸¹ Traducción que sólo puede ser aproximada de lo que a su vez parece ser una cita libre del poema de Walter Scott ‘The Lay of the Last Minstrel’, donde la idea se aplica a los sabuesos dormidos tras la cacería [N. de MLB].

¹⁸² Aquí hay otro paralelismo con el propio Chesterton, que siempre participó muy activamente en empresas intelectuales.

¹⁸³ Alusión clara al poema ‘The Hound of Heaven’; además, recuérdese que a los dominicos se les llamaba los sabuesos del Señor, ‘Domini canes’.

que murió a una edad relativamente temprana. Probablemente no habría podido hacerlo si no hubiera estado pensando hasta cuando no estaba escribiendo, y pensando combativamente, que, en este caso, no quiere decir agria ni rencorosa ni despiadadamente, sino ‘combativamente’. En realidad, quien no está dispuesto a argumentar suele ser el más dispuesto a escarnecer. Por eso en la literatura reciente se discute tan poco y se escarnece tanto.

- ⁰⁸ Hemos señalado que apenas en un par de ocasiones se permitió Santo Tomás una denuncia, pero no hay una sola ocasión en que se permitiera un sarcasmo. La curiosa sencillez de su carácter, la lucidez y al mismo tiempo laboriosidad de su intelecto no se podrían resumir mejor que diciendo que no sabía burlarse. Fue –en el doble sentido- un aristócrata intelectual, pero nunca fue un snob intelectual.

Jamás le inquietó que aquellos a quienes hablaba fueran más o menos de la clase a la que el mundo considera que merece la pena hablar. De la impresión que causó en sus contemporáneos se desprende que entre los que recibieron las simples migajas de su ingenio o de su sabiduría hubo tantos que eran nadie como quienes que eran alguien; tantos memos como personas inteligentes.

Le interesaban las almas de todos sus congéneres, pero no clasificar sus mentes, que habría sido demasiado personal, en cierto sentido y –en otro- demasiado arrogante para su mentalidad y temperamento particulares. Le interesaba mucho el asunto del que hablaba, y en ocasiones quizá hablaba mucho rato, aunque probablemente guardara silencio durante ratos mucho más largos. Pero tenía todo ese inconsciente desdén que los realmente inteligentes tienen hacia la intelectualidad.

- ⁰⁹ Como la mayoría de los hombres preocupados por los problemas comunes de los hombres, parece haber mantenido una correspondencia considerable, habida cuenta de lo mucho más difícil que era la correspondencia en su época. Tenemos documentados muchísimos casos en que absolutos desconocidos le escribían para hacerle preguntas, y a veces preguntas bastante ridículas. Respondía a todos con una

característica mezcla de paciencia y ese tipo de racionalidad que en algunas personas racionales tiende a ser impaciencia. Alguien, por ejemplo, le preguntó si los nombres de todos los bienaventurados estarían en un pergamino expuesto en el cielo. Él respondió con infinita calma: “Hasta donde yo veo, no será así; pero no hay nada malo en afirmarlo”.

5.3 La santidad de Santo Tomás

5.3.1 *Su reserva y humildad*

- ¹⁰ He comentado el retrato de Santo Tomás por un pintor italiano, que le muestra atento –incluso en la abstracción- y silencioso, pero como si fuera a hablar de un momento a otro. Los cuadros de esa gran tradición suelen estar llenos de pequeños detalles que revelan una imaginación muy grande. Me refiero al tipo de imaginación que comentó Ruskin¹⁸⁴ al ver que, en la soleada escena de la Crucifixión pintada por Tintoretto,¹⁸⁵ el rostro de Cristo es oscuro e indescifrable, y el halo que circunda su cabeza es inesperadamente débil y gris como el color de la ceniza: sería difícil plasmar con mayor fuerza la idea de la propia Divinidad en eclipse.

En el retrato de Tomás de Aquino hay un detalle que quizá sea muy imaginativo el considerarlo significativo. El artista, tras haber puesto tanta viveza y vigilancia en los ojos, quizá pensó que subrayaba demasiado la concentración combativa del santo. El caso es que por alguna razón inscribió en su pecho un emblema bastante curioso, como si fuera un tercer ojo simbólico y ciclopeo. Al menos no es un signo cristiano normal, sino algo más parecido al disco solar que contenía el rostro de un dios pagano. Pero el rostro en sí está oscuro y oculto, y sólo los rayos que brotan de él son un anillo de fuego. Desconozco si se le ha atribuido algún significado tradicional, pero su significado imaginativo es extrañamente atinado.¹⁸⁶ Ese sol secreto, oscuro por exceso de luz, o que sólo muestra su luz en la iluminación de otros, bien podría ser el emblema exacto de

¹⁸⁴ John Ruskin (1819-1900) fue un escritor, crítico de arte y sociólogo inglés.

¹⁸⁵ Tintoretto, de nombre verdadero Jacopo Comin (1518-1594) fue uno de los grandes pintores de la escuela veneciana y probablemente el último gran pintor del Renacimiento italiano.

¹⁸⁶ Ese emblema es habitual en la iconografía del santo [N. de MLB].

aquella vida interior e ideal del santo, que no sólo estuvo oculta por sus palabras y acciones exteriores, sino oculta incluso por sus silencios externos y automáticos y sus ataques de reflexión.

En suma, no hay que confundir este desapego espiritual con su costumbre habitual de cavilar o soñar despierto. Era un hombre absolutamente indiferente a toda crítica informal de su informal apariencia, como los hombres constituidos conforme a un modelo masculino grande, y que inconscientemente heredan cierto esplendor y largueza sociales. Pero acerca de su vida real de santidad fue intensamente reservado, con esa clase de reserva que suele acompañar a la santidad, porque el santo tiene un horror insondable a hacer el fariseo.

Pero en Tomás de Aquino era todavía más delicada, lo que muchos en el mundo llamarían enfermiza. No le importaba que le sorprendieran en las nubes estando de sobremesa en el banquete del rey, tratándose tan sólo de un punto de controversia. Pero cuando la cuestión fue si había tenido una visión de San Pablo, le entró una preocupación atroz de que se hablara de ello, y en consecuencia la historia sigue siendo un tanto incierta.

Ni que decir tiene que sus seguidores y admiradores tenían tanto afán en recoger aquellas historias estrictamente milagrosas como él en ocultarlas, y una o dos parecen haberse conservado con un aparato de pruebas bastante sólido. Pero desde luego son menos, conocidas para el mundo, que en el caso de muchos santos igual de sinceros y hasta igual de modestos, pero más pendientes del cielo y menos sensibles a la publicidad.

¹¹ La verdad es que en lo relativo a esta clase de cosas sobre la vida y la muerte, hay algo así como un enorme silencio en torno a Santo Tomás. Fue uno de esos hombres grandes que ocupan poco espacio. Lógicamente hubo cierta discusión sobre sus milagros después de su muerte, y sobre su sepultura en la época en que la Universidad de París quiso enterrarle. No conozco en detalle la larga historia de los otros planes de enterramiento, que al final acabaron con el depósito de sus sagrados huesos en la iglesia de San Saturnino de Tolosa, en la base misma de los campos de batalla donde sus dominicos habían guerreado contra la peste del pesimismo

venido de Oriente.¹⁸⁷

Lo cierto es que no es fácil imaginar su santuario como escena de la devoción más ruidosa, verbenera y vulgar, ya sea en su forma medieval o moderna. Él estuvo muy lejos de ser puritano en sentido auténtico: una señal de sociabilidad es que organizara una fiesta con banquete para sus amigos jóvenes. La tendencia de sus escritos es lógica –especialmente para su época- en su reconocimiento de la vida material, y se esforzó en explicar que los hombres deben dar variedad a sus vidas con chistes, y hasta con travesuras. Con todo, no acabamos de ver su personalidad como una especie de imán de multitudes, ni que el camino al sepulcro de Santo Tomás en Toulouse haya sido siempre una larga calle de tabernas, como el del sepulcro de Santo Tomás en Canterbury.¹⁸⁸

Pienso que más bien le desagradaba el ruido. Hay una leyenda que dice que le desagradaban las tormentas, pero la contradice el hecho de que en un naufragio de verdad se mostrara soberanamente inalterado. Comoquiera que sea, probablemente por razones relacionadas con su salud, delicada en algunos aspectos, lo cierto es que era muy tranquilo. Tenemos la sensación de que nos percataríamos de su presencia poco a poco, como de un telón de fondo inmenso.

5.3.2 *Virtudes juveniles*

- ¹² Si este ligero esbozo fuera digno, aquí debería aflorar algo de aquella formidable certeza, en cuya presencia todas sus bibliotecas de filosofía –e incluso de teología- no serían más que un revoltijo de panfletos. Es seguro que estuvo en él desde el principio, en forma de convicción, mucho antes de que pudiera empezar siquiera a tomar forma de controversia. Fue muy

¹⁸⁷ Tolosa es una de las ciudades más importantes del Languedoc, en el sur de Francia. Su primer lugar de reposo parece haber sido la iglesia dominicana de los Jacobinos de Toulouse, de donde pasaron a San Saturnino en tiempos de la Revolución francesa; desde 1974 se encuentran nuevamente en los Jacobinos [N. de MLB].

¹⁸⁸ Tomás Becket (1118-1170) fue Lord Canciller de Inglaterra antes de ser nombrado Arzobispo de Canterbury. Se enfrentó a los abusos del rey Enrique II y fue asesinado por sus hombres. Es venerado como santo y mártir.

marcada en su niñez, y las suyas son exactamente las circunstancias en que es bastante probable que se conserven realmente las anécdotas del cuarto de los niños y del patio de juegos.

Desde el principio tuvo esa prueba plena y definitiva de la catolicidad verdaderamente ortodoxa que es la pasión impetuosa, impaciente, intransigente, por los pobres, e incluso esa prontitud para hacerse molesto a los ricos, por hambre de alimentar a los hambrientos. Aquello no tuvo nada que ver con el intelectualismo del que después se le acusó, y menos aún con ningún hábito dialéctico. No parece verosímil que a la edad de seis años tuviera ninguna ambición de responder a Averroes, ni que supiera qué es la causalidad eficaz. Ni siquiera que hubiera trazado, como hizo en años posteriores, toda la teoría de que el amor del hombre a sí mismo sea sincero, constante e indulgente, y de que eso deba transferirse intacto (a ser posible) a su amor al prójimo. En aquella tierna edad no entendía nada de eso. Tan sólo lo hacía.

Pero todo el ambiente de sus acciones lleva aparejado una convicción peculiar. Es bellamente característico, por ejemplo, de una casa aristocrática como la suya que sus padres apenas se opusieran poco o nada a que anduviera repartiendo cosas entre mendigos y vagabundos, pero que la alta servidumbre lo llevara muy mal.

- ¹³ Aun así, si nos lo tomamos tan en serio como se deberían tomar todas las cosas de los niños, podemos quizá aprender algo de ese misterioso estado de inocencia que es el primer y mejor manantial de todas nuestras indignaciones posteriores.¹⁸⁹ Quizá empecemos a entender por qué a la vez que crecía su mente –una mente grande y muy solitaria- creció una ambición que era lo opuesto a todo lo que le rodeaba. Adivinaremos lo que continuamente había ido aumentando en su interior –fuera como protesta o profecía o súplica de liberación- antes de sobresaltar a su familia al arrojar lejos de sí las galas de la nobleza y todas las formas de ambición, incluida la ambición eclesiástica. Su infancia contiene quizá el anuncio de aquella primera zancada de su edad viril que le llevó de la casa

¹⁸⁹ En una gran parte de sus escritos –particularmente en *Ortodoxia*- Chesterton insiste en la necesidad de ver las cosas como las ven los niños, con ese asombro y gratuidad con los que reciben la existencia y el mundo que les rodea, que siempre parece nuevo.

al camino, y su proclamación de que él también quería ser mendigo.

5.3.3 *La castidad de Santo Tomás*

- ¹⁴ Hay otro caso –una especie de segundo atisbo o consecuencia- en el que un incidente bien conocido en sentido externo nos permite entrever también el interno. Tras el asunto del ascua y la mujer que lo tentó en la torre, se dice que soñó que dos ángeles le ceñían con un cordón de fuego, cosa de terrible dolor y que sin embargo infundía una terrible fuerza, y que despertó con un gran grito en la oscuridad.

También esto tiene algo muy vívido, dadas las circunstancias. Y probablemente encierra verdades que algún día se entenderán mejor, cuando los sacerdotes y los médicos hayan aprendido a dialogar sin la rancia etiqueta de las negaciones del siglo XIX. Sería fácil analizar el sueño, como hacía el muy decimonónico médico de ‘Armadale’,¹⁹⁰ resolviéndolo en los detalles de los últimos días: el cordón, en la lucha por no ser despojado del hábito de fraile; el hilo de fuego entretejido en los tapices de la noche, en el ascua tomada de la chimenea. Pero incluso en ‘Armadale’, el sueño se cumplía también místicamente, y el sueño de Santo Tomás se cumplió muy místicamente en verdad, pues ese aspecto de su naturaleza humana quedó notablemente apaciguado tras el incidente. Aunque es bastante probable que el incidente ocasionara una agitación de su normal humanidad que produjo un sueño más fuerte que una pesadilla.

No es éste el lugar de analizar el hecho psicológico –que tanto desconcierta a los no católicos- de que los sacerdotes consigan ser célibes sin dejar de ser viriles. En cualquier caso, parece que en esta materia, él tuvo menos problemas que la mayoría. Esto no tiene nada que ver con la verdadera virtud, que está en la voluntad: santos igual de santos se han revolcado en zarzas para distraer el embate de la pasión, pero a él nunca le hizo mucha falta un contrairritante, por la sencilla razón de que en este aspecto, como en la mayoría de los aspectos, no solía irritarse.

¹⁹⁰ Referencia a otra novela de Wilkie Collins, donde la interpretación sobrenatural de un sueño del protagonista –y no la racional y pedestre que ofrece un médico- resulta ser la acertada [N. de MLB].

Mucho queda sin explicar, como parte de los misterios de la gracia, pero es probable que haya algo de verdad en la idea psicológica de ‘sublimación’, esto es, la elevación de una energía inferior a fines más altos, de modo que ese apetito casi se apagara en el horno de su energía intelectual. Entre causas sobrenaturales y naturales, es probable que nunca conociera o sufriera grandemente por ese lado de su espíritu.

5.3.4 Otros milagros en la vida de Santo Tomás

- ¹⁵ Hay momentos en que el lector más ortodoxo tiene la tentación de odiar al hagiógrafo tanto como ama al santo. El santo siempre oculta su santidad: ésta es la única regla invariable. Y el hagiógrafo siempre parece un perseguidor que quisiera frustrar al santo, un espía o chismoso, con tan poca idea de lo que es el respeto como un entrevistador americano. Reconozco que estos sentimientos son demasiado exigentes y parciales, y voy a proceder ahora a probar mi penitencia mencionando un par de incidentes que sólo habrían podido llegar a la luz pública con ese método deplorable.
- ¹⁶ Parece seguro que vivió una especie de vida secundaria y misteriosa, el doble divino de lo que se llama una doble vida. Alguien parece haber entrevisto el tipo de milagro solitario que los videntes modernos llaman levitación. Tuvo que ser o un embustero o un testigo literal, porque no caben dudas o grados en que semejante prodigio suceda con semejante persona: sería como ver uno de los enormes pilares de la iglesia flotando como una nube. Nadie sabe, me figuro, qué tormenta espiritual de exaltación o agonía produce esa convulsión en la materia o el espacio, pero es casi seguro que ocurre. Aun en el caso de los vulgares médiums espiritistas, por la razón que sea, las pruebas son muy difíciles de refutar.

Probablemente, la revelación más representativa de este lado de su vida se encuentra en la célebre historia del milagro del crucifijo, cuando en la quietud de la iglesia de Santo Domingo de Nápoles, una voz habló desde

el Cristo esculpido, y dijo al arrodillado fraile que había escrito bien, y le ofreció elegir una recompensa entre todas las cosas del mundo.

- ¹⁷ No todos, creo, han apreciado el quid de esta particular historia a propósito de este particular santo. Es una vieja historia, tan sencilla como el ofrecimiento –hecho a un devoto de la soledad y la sencillez- de lo más escogido de entre todos los premios de la vida. Al eremita –sincero o falso-, al faquir, al fanático o el cínico, al Estilita en su columna o a Diógenes en su tonel; podemos imaginarlos a todos tentados por los poderes de la tierra, del aire o de los cielos, con el ofrecimiento de lo mejor de lo mejor, y respondiendo que no quieren nada.

En el cínico o estoico griego realmente significaba la pura negación de no querer nada. En el místico o fanático oriental, a veces significaba una especie de negación positiva: que quería la Nada, que la Nada era realmente lo que quería. A veces expresaba una noble independencia, y las virtudes gemelas de la Antigüedad: amor a la libertad y odio al lujo. A veces expresaba sólo una autosuficiencia que es lo contrario de la santidad.

Pero ni siquiera las historias de verdaderos santos de este tipo alcanzan a cubrir del todo el caso de Santo Tomás. No era él una persona que no quisiera nada, pues era una persona enormemente interesada por todo. Su respuesta no es tan inevitable o simple como algunos podrían suponer. En comparación con muchos otros santos y muchos otros filósofos, era ávido en su aceptación de las cosas, en su hambre y sed de cosas. Era su especial tesis espiritual de que realmente hay cosas, y no sólo la Cosa, que existían los muchos además del Uno. No me refiero a cosas de comer, de beber o de ropa –aunque nunca les negó su lugar en la noble jerarquía del Ser- sino a cosas en que pensar, y especialmente cosas que demostrar, experimentar y conocer.

Nadie se imagina a Tomás de Aquino, cuando Dios le dio a elegir entre todos los dones de Dios, pidiendo mil libras, la corona de Sicilia o un raro vino griego. Pero podía haber pedido cosas que realmente quisiera, pues era hombre capaz de querer cosas, como quería el manuscrito perdido de San Juan Crisóstomo. Podía haber pedido la solución de una antigua

dificultad; o el secreto de una ciencia nueva; o un destello de la inconcebible mente intuitiva de los ángeles; o cualquiera de las mil cosas que realmente habrían satisfecho su fuerte y viril apetito hacia la vastedad y la variedad del universo.

El punto está en que para él –cuando salió la voz de entre los brazos abiertos del Crucificado- aquellos brazos se abrían verdaderamente, y abrían gloriosamente las puertas de todos los mundos; eran brazos que apuntaban al este y al oeste, a los confines de la tierra y a los extremos de la existencia. Verdaderamente abiertos en un gesto de generosidad omnipotente, eran el propio Creador ofreciendo la propia Creación, con todo su misterio de miríadas de seres distintos y el coro triunfal de las criaturas.

Ése es el fondo ardiente del Ser multitudinario que confiere la fuerza particular –y hasta cierta sorpresa- a la respuesta de Santo Tomás cuando por fin alzó la cabeza, y habló con y por esa audacia casi blasfema que coincide con la humildad de su religión: “Os quiero a Vos”.

¹⁸ O, para añadir la ironía culminante y aplastante de esta historia –tan singularmente cristiana para quienes realmente la entiendan- hay quienes piensan que se suaviza la audacia insistiendo en que dijo: “Sólo a Vos”.

¹⁹
A De estos milagros, en sentido estricto, no hay tantos como en las vidas de santos de influencia menos inmediata, pero probablemente están bastante bien autenticados, pues era un conocido hombre público en una posición eminente y –lo que aún le favorece más- con un buen número de enemigos furibundos, que no dejarían de examinar con lupa sus pretendidos méritos.

Hay al menos un milagro de curación, la de una mujer que tocó su hábito, y varios incidentes que podrían ser variantes de la historia del crucifijo de Nápoles.

5.4 Otras cualidades de Santo Tomás

5.4.1 *La lucidez teológica*

¹⁹
B Una de esas historias, sin embargo, tiene una importancia añadida que nos conduce a otra sección de su vida religiosa más privada, personal o incluso emocional: la parte que Santo Tomás expresó en poesía. Cuando estaba destinado en París, los otros doctores de la Sorbona le plantearon un problema sobre la naturaleza de la transformación mística de los elementos del Santísimo Sacramento, y él procedió a escribir, como era su costumbre, una exposición muy detenida y lúcida de su solución. Ni que decir tiene que sentía con sincera sencillez la pesada responsabilidad y gravedad de semejante decisión judicial, y parece que, como era lógico, le causó mayor preocupación de la que normalmente le causaba su trabajo.

Pidió luz con plegarias e intercesiones más prolongadas de lo habitual, y finalmente, con uno de esos pocos pero llamativos gestos corporales que marcan los puntos de inflexión de su vida, arrojó su tesis al pie del crucifijo que había en el altar y la dejó allí tirada, como esperando sentencia. Dio media vuelta, bajó las gradas del altar, y una vez más se entregó a la oración. Pero se dice que los otros frailes le vigilaban, y bien pudieron hacerlo, porque más tarde declararon que la figura de Cristo había descendido de la cruz ante sus ojos mortales, y en pie sobre el pergamino había dicho: “Tomás, has escrito bien acerca del Sacramento de Mi Cuerpo”.

Fue tras esta visión cuando se dice que tuvo lugar el incidente de la elevación milagrosa en el aire.

²⁰ Un agudo observador dijo de Tomás de Aquino en su tiempo que “él solo habría podido restaurar toda la filosofía si la hubiera consumido el fuego”. Eso es lo que significa decir que fue un hombre original, una mente creativa: que habría sido capaz de sacar su propio cosmos de piedras y pajas, aun sin los manuscritos de Aristóteles o Agustín.

Pero aquí hay una confusión frecuente entre aquello en lo que un hombre es más original y aquello que más le interesa; o entre lo que hace mejor y

lo que más ama. Puesto que Santo Tomás fue un filósofo único e impresionante, es casi inevitable que este libro sea sólo, o básicamente, un esbozo de su filosofía. No puede ser, ni lo pretende, un esbozo de su teología, porque la teología de un santo es sencillamente el teísmo de un santo, o mejor, el teísmo de todos los santos.¹⁹¹ Es menos individual, pero mucho más intensa. Se refiere al origen común, pero apenas da ocasión de ser original.

Por eso nos vemos obligados a pensar en Tomás en primer lugar como el creador de la filosofía tomista, como lo primero que pensamos de Cristóbal Colón es que descubrió América –por muy sincero que fuera en su piadosa esperanza de convertir al kan de Tartaria- o que James Watt¹⁹² descubrió la máquina de vapor, aunque pudo ser un devoto adorador del fuego, o un sincero calvinista escocés, o toda clase de cosas curiosas.

Es natural, en fin, que Agustín y Aquino, Buenaventura y Duns Escoto,¹⁹³ todos los doctores y los santos, se acerquen unos a otros cuando se aproximan a la unidad divina de las cosas, y que en ese sentido también se diferencien menos en la teología que en la filosofía. Es verdad que, respecto a algunas materias, los críticos de Aquino pensaron que su filosofía había afectado indebidamente a su teología. Sobre todo es el caso de quienes le acusaron de haber intelectualizado en exceso el estado de beatitud, concibiéndolo como la satisfacción del amor a la verdad, más que especialmente como la verdad del amor.

Es cierto que los místicos y los hombres de la escuela franciscana se explayaron más amorosamente sobre la supremacía reconocida del amor. Pero sobre todo era cuestión de énfasis, quizá débilmente teñido de temperamento. Posiblemente, en el caso de Santo Tomás –por sugerir algo que es más fácil sentir que explicar-, fuera una vaga influencia de cierta timidez. Que el éxtasis supremo sea más afectivo que intelectual no es asunto por el que deban pelearse hombres que creen que es ambas cosas y no presumen de imaginar siquiera la experiencia de ninguna de las dos.

¹⁹¹ Se llama teísmo a la doctrina que afirma la existencia de un Dios creador del universo y que interviene en su evolución, con independencia de toda religión. Chesterton se separa de esta acepción y la utiliza en sentido de la visión o el conocimiento próximo de Dios, que permite menos variabilidad que en la concepción del mundo, aunque como dice, sea mucho más intenso.

¹⁹² James Watt (1736-1819) fue un ingeniero mecánico e inventor escocés.

¹⁹³ El Beato Juan Duns Scoto (1266-1308) fue un teólogo franciscano escocés, profesor en Oxford y París.

Pero mi impresión es que, aun si Santo Tomás lo hubiera considerado tan emocional como San Buenaventura, no se habría mostrado nunca tan emocional al respecto. Siempre le habría embarazado escribir tan largamente acerca del amor.

5.4.2 *La poesía de Santo Tomás*

- ²¹ Una sola excepción le fue permitida: su rara pero notable producción poética. La santidad es discreción y secreto, y su poesía sacra fue realmente una secreción, como la perla de una ostra muy fuertemente cerrada. Tal vez escribió más de la que conocemos, pero una parte entró en uso público gracias a la particular circunstancia de que se le pidiera componer el oficio para la festividad del Corpus Christi, fiesta establecida a raíz de la controversia a la que había contribuido con aquel pergamino que dejó sobre el altar.

Lo cierto es que revela un lado de su genio totalmente distinto, y genio de verdad. Por regla general, fue un escritor de prosa eminentemente práctica; algunos dirían que un escritor de prosa muy prosaica. Polemizaba con la vista puesta en sólo dos cualidades, la claridad y la cortesía. Y las cuidaba por ser cualidades enteramente prácticas, que influían en las probabilidades de conversión. Pero el autor del oficio del Corpus Christi no era sólo lo que hasta los más zopencos llamarían un poeta: era lo que los más exigentes llamarían un artista. Su doble función más bien recuerda la doble actividad de un gran artífice renacentista, un Miguel Ángel o un Leonardo da Vinci, que trabajaba en la muralla exterior, planificando y construyendo las fortificaciones de la ciudad, y luego se retiraba a la cámara reservada para tallar o modelar una copa o la arqueta de un relicario.

El oficio del Corpus Christi es como un antiguo instrumento musical curiosa y primorosamente incrustado con muchas piedras de colores y metales. El autor ha recogido textos remotos sobre el pasto y la fruición como hierbas raras; hay una ausencia notable de lo fuerte y lo obvio en la armonía; y el conjunto va encordado con dos fuertes poesías en latín. El

padre John O'Connor¹⁹⁴ las ha traducido con destreza casi milagrosa, pero un buen traductor será el primero en conceder que ninguna traducción es buena, o por lo menos lo bastante buena. ¿Cómo vamos a encontrar ocho palabras breves en inglés que realmente equivalgan a “Sumit unus, sumunt mille; quantum isti, tantum ille”?¹⁹⁵ ¿Cómo va nadie a traducir realmente el sonido del “Pange Lingua”,¹⁹⁶ si ya la primera sílaba es como un golpe de platillos?

- 22 Hubo otro cauce además del de la poesía, el de los afectos privados, por el que aquel hombre grande y tímido pudo demostrar que había en él realmente tanta caridad como en San Francisco, y desde luego tanta como en cualquier teólogo franciscano. Buenaventura seguramente no pensó que a Tomás le faltara amor a Dios –y ciertamente nunca le faltó amor a Buenaventura-. Sintió hacia toda su familia una ternura constante, podríamos decir obstinada. Y considerando cómo le había tratado su familia, parece que eso no exigiría sólo caridad, sino su virtud característica de paciencia.

Al final de su vida parece haberse apoyado especialmente en su amor hacia uno de los hermanos, un fraile llamado Reginaldo, que recibió de él confidencias extrañas y un tanto sorprendentes, de aquellas que muy rara vez se permitía siquiera con sus amigos. A Reginaldo le confió aquella insinuación postrera y bastante extraordinaria que fue el fin de su carrera polémica, y prácticamente de su vida terrenal, una insinuación que la historia no ha podido explicar.

5.5 El final de su vida

¹⁹⁴ Fr. John O'Connor fue un sacerdote irlandés, amigo personal de Chesterton, que desempeñó un papel definitivo en su vida. Fue además el inspirador del famoso ‘Padre Brown’, cuya primera recopilación de relatos vio la luz en 1911.

¹⁹⁵ Este verso pertenece al himno ‘Lauda Sion’, secuencia de la misa del Corpus Christi. Cualquier intento de traducción es limitado –más evidente aún tras las palabras del propio Chesterton- pero estas palabras latinas –recuérdese que se refieren al misterio del Cuerpo del Señor- podrían traducirse literalmente como “lo recibe uno, lo reciben miles; lo mismo que éste, lo tiene aquel”.

¹⁹⁶ El ‘Pange lingua’ –“¡Canta, oh lengua!”- es también un himno eucarístico.

- ²³ Regresó victorioso de su último combate con Siger de Brabante; regresó y se retiró. Se podría decir que aquella particular disputa fue el único punto en el que su vida exterior y su vida interior se cruzaron y coincidieron. Se dio cuenta de que desde la infancia había ansiado convocar a todos los aliados en la batalla por Cristo; que hasta mucho después no había convocado a Aristóteles como aliado; y entonces, en aquella última pesadilla de sofistería, por primera vez se percataba de verdad de que algunos habrían preferido realmente ver sucumbir a Cristo ante Aristóteles.

Nunca se repuso del golpe. Ganó la batalla porque era el mejor cerebro de su tiempo, pero no pudo olvidar semejante inversión de toda la idea y todo el propósito de su vida. Era la clase de hombre que detesta detestar a otros. Ni siquiera se había acostumbrado a detestar sus detestables ideas, más allá de cierto punto. Pero en el abismo de anarquía abierto por Siger con la sofistería de la doble mente del hombre había visto la posibilidad de que pereciera toda idea de religión, e incluso toda idea de verdad.

Aunque las frases que lo registran son breves y fragmentarias, se deduce que regresó con una especie de espanto de aquel mundo exterior donde soplaban vientos de doctrina tan descabellados, y un anhelo del mundo interior –que cualquier católico puede compartir- en el que el santo está junto a la gente sencilla. Volvió a la estricta rutina de la religión, y durante algún tiempo no dijo nada a nadie. Y entonces sucedió algo –se dice que mientras celebraba misa- cuya naturaleza nunca será conocida por hombres mortales.

- ²⁴ Su amigo Reginaldo le pidió que volviera también a sus igualmente metódicos hábitos de leer y escribir, y seguir las controversias del momento. Él dijo, con un acento singular: “No puedo escribir más”. Parece que se hizo un silencio, tras el cual Reginaldo osó volver a abordar el tema, y Tomás le respondió con energía aún mayor: “No puedo escribir más. He visto cosas que hacen que todos mis escritos sean como paja”.
- ²⁵ En 1264, cuando Aquino tenía casi cincuenta años, el Papa, complacido por la reciente victoria sobre los sofistas arábigos, le envió recado

instándole a acudir a un concilio sobre aquellos discutidos asuntos que había de celebrarse en Lyon. Él se alzó con automática obediencia, como se alza un soldado. Pero podemos imaginar que hubiera algo en su mirada que decía a quienes le rodeaban que la obediencia al mandato exterior no iba a frustrar la obediencia a un mandato interior más misterioso, una señal que sólo él había visto. Empezó el viaje con su amigo, proponiendo hacer noche en casa de su hermana, a la que tenía gran cariño, y al llegar a su casa se sintió aquejado de un mal sin nombre.

No hace falta discutir los dudosos problemas médicos. Es verdad que había sido siempre uno de esos hombres fundamentalmente sanos a quienes derriban pequeñas afecciones. También es verdad que no hay una descripción muy clara de esta particular enfermedad. Al cabo le trasladaron a un convento de Fossanova, y su extraño fin se le echó encima a grandes pasos.

Quizá valga la pena comentar –para aquellos que piensan que pensó demasiado poco en el lado emocional o romántico de la verdad religiosa- que pidió que le leyeran el Cantar de los Cantares desde el principio hasta el final. Los sentimientos de los que le rodeaban tuvieron que ser mezclados y bastante indescriptibles, desde luego muy diferentes de los suyos. Confesó sus pecados y recibió a su Dios, y podemos estar seguros de que el gran filósofo olvidó completamente la filosofía –aunque no así quienes le habían amado, ni siquiera los que simplemente habían coincidido con él en el tiempo-.

Los elementos de la narración son pocos, pero tan esenciales, que al leer la historia sentimos con fuerza las dos caras emotivas del suceso. Aquellos hombres tenían que saber que una gran mente trabajaba todavía como un gran molino en medio de ellos. Tuvieron que sentir que, en aquel momento, el convento era más grande por dentro que por fuera. Tuvo que ser algo así como una poderosa máquina moderna que hace estremecer la desvencijada construcción donde está provisionalmente instalada.

Porque verdaderamente aquella máquina estaba hecha con las ruedas de todos los mundos y giraba como aquel cosmos de esferas concéntricas que –sea cual sea su destino frente a las mutaciones de la ciencia- será siempre algo simbólico para la filosofía; la profundidad de dobles y triples

transparencias más misteriosas que la tiniebla; el séptuple, el terrible cristal. En el mundo de aquella mente había una rueda de ángeles, y una rueda de planetas, y una rueda de plantas o de animales; pero había también un orden justo e inteligible de todas las cosas terrenales, una sana autoridad y una libertad digna, y un centenar de respuestas a un centenar de preguntas en la complejidad de la ética o de la economía.

Tuvo que haber un momento en que los hombres supieron que el atronador molino de pensamiento se había parado de pronto; que tras ese silencio sobrecogedor, aquella rueda no volvería a estremecer el mundo; que ya en aquella casa hueca no había otra cosa que un gran montículo de barro. Y el confesor que había estado con él en el aposento interior salió corriendo como asustado, y susurró que su confesión había sido la de un niño de cinco años.

6. APROXIMACIÓN AL TOMISMO

6.1 La filosofía de Santo Tomás, adecuada para el hombre de la calle

6.1.1 Sentido común y paradoja

- ⁰¹ El hecho de que el tomismo sea la filosofía del sentido común es a su vez cuestión de sentido común, pero requiere unas palabras de explicación, porque hace ya mucho tiempo que nos tomamos estos temas en un sentido muy poco común.

Para bien o para mal, Europa –desde la Reforma, y particularmente Inglaterra- viene siendo en un sentido peculiar la casa de la paradoja: lo digo en el sentido peculiar de que la paradoja ha estado en su casa, y la gente en su casa con ella. El ejemplo más conocido es el de que los ingleses presumen de ser prácticos porque no son lógicos. A un griego antiguo o un chino eso le parecería exactamente igual que decir que los contables londinenses son unos fenómenos a la hora de cuadrar sus libros porque no hacen bien las cuentas.

Pero no sólo es esta paradoja, sino que el cultivo de la paradoja se ha hecho ortodoxia, y los hombres descansan en una paradoja con la misma placidez que en una perogrullada. No es que el hombre práctico se ponga cabeza abajo, lo que puede ser a veces una gimnasia estimulante aunque insólita; es que descansa cabeza abajo, y hasta duerme cabeza abajo. Es un punto importante, porque la utilidad de la paradoja está en despertar la mente.¹⁹⁷

¹⁹⁷ Aunque se suele citar a Chesterton como maestro de la paradoja, ésta constituía un recurso estilístico de su tiempo –caracterizado por la búsqueda de la originalidad formal y el esteticismo-, de manera que ésta fue cultivada por escritores de la talla de Óscar Wilde (1854-1900) y G. Bernard Shaw (1856-1938).

Tomemos una buena paradoja, como aquella de Oliver Wendell Holmes:¹⁹⁸ “Dadnos los lujos de la vida y prescindiremos de las cosas necesarias”. Hace gracia y por tanto impresiona: tiene un punto atractivo de desafío, contiene una verdad real, aunque romántica. Parte de la gracia es que se formula como una contradicción en los términos.

Pero la mayoría de la gente estará de acuerdo en que sería considerablemente peligroso fundamentar todo el sistema social en la idea de que las cosas necesarias no son necesarias, lo mismo que algunos han fundamentado toda la Constitución británica en la idea de que la falta de sentido siempre acabará desembocando en sentido común. E incluso en esto se podría decir que ha cundido el ejemplo, y que el moderno sistema industrial realmente dice: “Dadnos lujos como el jabón de brea, y prescindiremos de cosas necesarias como el trigo”.

6.1.2 La filosofía moderna se aleja del hombre corriente

- ⁰² Todo esto ya es conocido. Pero lo que ahora no se advierte es que no sólo la política práctica, sino las filosofías abstractas del mundo moderno han pasado por esa extraña torsión.

Desde que comenzó el mundo moderno en el siglo XVI, nadie ha construido un sistema de filosofía que realmente se correspondiera con el sentido de la realidad de la gente, con aquello que –si se les dejara solos– los hombres corrientes llamarían sentido común. Cada uno ha empezado por una paradoja, un punto de vista peculiar, que exigía el sacrificio de lo que se llamaría un punto de vista sano. Eso es lo único que tienen en común Hobbes y Hegel, Kant y Bergson, Berkeley y William James.¹⁹⁹

Así, hay que creer lo que ninguna persona normal creería si de improviso se propusiera a su sencillez, como que la ley está por encima de lo

¹⁹⁸ Oliver Wendell Holmes (1809-1894), médico y juez norteamericano, que fue también reconocido escritor y poeta.

¹⁹⁹ Algunos de los más importantes filósofos del mundo moderno: Hobbes (1588-1679), Hegel (1770-1831), Kant (1724-1804), Bergson (1859-1941), Berkeley (1685-1753), William James (1842-1910).

correcto, que lo correcto no tiene nada que ver con la razón, que las cosas sólo son lo que nos parecen, o que todo es relativo a una realidad que no existe. El filósofo moderno asegura –como una especie de estafador- que, concediéndole eso, lo demás será fácil: él enderezará el mundo, con tal que una sola vez se le permita hacer esa única torsión a la mente.

- ⁰³ Entiéndase que en estas materias hablo como un tonto, como un idiota, que dirían nuestros primos democráticos; en fin, como un hombre de la calle. Así, el objeto de este capítulo es mostrar que la filosofía tomista está más cerca de la mentalidad del hombre de la calle que la mayoría de las filosofías.

Yo no soy, como el padre D'Arcy –cuyo admirable libro sobre Santo Tomás me ha iluminado muchos problemas- un filósofo de formación, conecedor de la técnica del oficio. Pero espero que el padre D'Arcy me perdone si tomo de su libro un ejemplo exactamente ilustrativo de lo que quiero decir. Él, siendo filósofo de formación, está obviamente formado para aguantar a los filósofos. Siendo además sacerdote de formación, está obviamente acostumbrado no sólo a soportar de buen grado a los tontos, sino a soportar de buen grado a los listos, que a veces es todavía más difícil. Sobre todo, sus amplias lecturas de metafísica le han hecho paciente con los listos cada vez que se ponen a decir tonterías. La consecuencia es que es capaz de escribir –tranquila y hasta apaciblemente- frases como éstas: “Cabe detectar cierta similitud entre el objetivo y el método de Santo Tomás y de Hegel, pero también hay diferencias notables. Para Santo Tomás es imposible la coexistencia de contradictorios. Y aunque realidad e inteligibilidad se corresponden, algo tiene que ser antes para poder ser inteligible”.

- ⁰⁴ Perdónesele al hombre de la calle si añade que la ‘diferencia notable’ le parece ser que Santo Tomás estaba en sus cabales y Hegel estaba loco. El idiota se niega a admitir que Hegel pueda a la vez existir y no existir; o que se pueda entender a Hegel si no hay ningún Hegel que entender. Pero el padre D'Arcy menciona esta paradoja hegeliana como si no hubiera más que hacer en el día; y claro que es así, si lo que hay que hacer es leer a todos los filósofos modernos con tanta penetración y simpatía como él ha

puesto en la tarea.

Esto es lo que yo quiero decir cuando digo que toda filosofía moderna empieza tropezando en una piedra. Seguramente no será demasiado decir que parece haber una torsión cuando se afirma que los contrarios no son incompatibles, o que una cosa puede ‘ser’ inteligible y al mismo tiempo ‘no ser’ en absoluto.

6.2 Algunas dificultades previas

6.2.1 El problema del conocimiento

- ⁰⁵ Contra todo esto, la filosofía de Santo Tomás se alza fundamentada en la convicción común y universal de que los huevos son huevos. El hegeliano podrá decir que un huevo en realidad es una gallina, por ser parte de un proceso inacabable de devenir; el berkeleyano podrá sostener que unos huevos escalfados sólo existen como existe un sueño, pues tan fácil es afirmar que el sueño es la causa de los huevos como que los huevos son la causa del sueño; el pragmatista podrá creer que sacamos el mejor partido de unos huevos revueltos olvidando que alguna vez fueron huevos y acordándonos sólo del revuelto.

Pero ningún discípulo de Santo Tomás necesita estrujarse el cerebro para batir sus huevos como es debido, ni dar una peculiar inclinación a su cabeza al mirar huevos, o ponerse bizco cuando mira huevos, o guiñar el otro ojo para ver una nueva simplificación de los huevos. El tomista se planta en la clara luz del día de la hermandad de los hombres, en su común conciencia de que los huevos no son ni gallinas, ni sueños, ni meros supuestos prácticos, sino cosas atestiguadas por la autoridad de los sentidos, que viene de Dios.

- ⁰⁶ Así, incluso quienes aprecian la hondura metafísica del tomismo en otras materias, se han mostrado sorprendidos de que no aborde siquiera lo que muchos ahora consideran la principal cuestión metafísica: si podemos

probar que el acto primario de reconocimiento de cualquier realidad es real.²⁰⁰ La respuesta es que Santo Tomás reconoció al instante eso que tantos escépticos modernos están empezando a sospechar un tanto laboriosamente: o se responde a esa pregunta afirmativamente, o jamás se podrá responder a ninguna pregunta, ni hacer ninguna pregunta, ni existir siquiera intelectualmente para responder o preguntar.

Supongo que en cierto sentido uno puede ser escéptico fundamental, pero si lo es, no podrá ser nada más: desde luego, ni siquiera defensor del escepticismo fundamental. Si uno piensa que todos los movimientos de su mente carecen de sentido, entonces su mente carece de sentido y él carece de sentido: no tiene ningún sentido tratar de averiguar su sentido. En general, los escépticos fundamentales parecen sobrevivir porque ni son sistemáticamente escépticos ni en absoluto fundamentales. Empiezan por negarlo todo y luego admiten algo, aunque sólo sea por argumentar; más bien, muchas veces, por atacar sin argumentar.

El otro día vi en un periódico un ejemplo casi alarmante de esa frivolidad esencial de quien profesa el escepticismo terminante. Escribía uno para decir que él no aceptaba otra cosa que el solipsismo, y añadía que a menudo le había llamado la atención que no fuera una filosofía más extendida. Ahora bien, el solipsismo consiste simplemente en que uno cree en su propia existencia, pero no en nadie ni en nada más. Y no se le ocurrió pensar a este simple sofista que, si su filosofía fuera verdad, obviamente no habría otros filósofos para profesarla.

⁰⁷ A la pregunta: ‘¿Existe algo?’, Santo Tomás empieza por responder: ‘Sí’. Si empezara por responder: ‘No’, no sería el principio, sino el fin. Eso es lo que algunos llamamos sentido común: o no hay filosofía, ni filósofos, ni pensadores, ni pensamiento, ni nada... o hay un puente real entre la mente y la realidad.

²⁰⁰ Desde Kant, se considera el acto fundamental –las ‘condiciones de posibilidad’ del conocimiento–, pero ya Descartes había planteado la cuestión de la certeza, cuando establece que sólo puede fiarse de su pensamiento (“pienso, luego existo”) y que como Chesterton ha señalado antes, pasa a convertirse en el centro y principio de su filosofía. Durante el siglo XX diversos sistemas filosóficos, como la fenomenología, han tratado de recuperar el papel de la realidad exterior en la comprensión filosófica. En cualquier caso, en el capítulo siguiente se verá cómo Santo Tomás se ha planteado todas las cuestiones relativas al conocimiento y cómo las responde con su filosofía realista característica.

Lo cierto es que Santo Tomás es menos exigente que muchos pensadores en cuanto a lo que exige a ese primer paso: se contenta, según veremos, con decir que implica el reconocimiento del Ens o Ser como algo netamente exterior a nosotros. El ente es el ente, los huevos son huevos, y no es sostenible que todos los huevos sean producto de una ilusión óptica.

⁰⁸ Por supuesto, no soy tan necio como para insinuar que todos los escritos de Santo Tomás sean sencillos y diáfanos, en el sentido de fáciles de comprender. Hay pasajes de los que yo mismo no comprendo nada; hay pasajes que desconciertan a filósofos mucho más doctos y lógicos que yo; hay pasajes sobre los que aún discrepan y discuten los más grandes tomistas.

Pero eso es cuestión de que algo sea difícil de leer o de comprender, no difícil de aceptar cuando se ha comprendido. Es simplemente un caso de ‘La pe con la a, pa’ escrito en caracteres chinos, o ‘Cucú, cantaba la rana’ en jeroglíficos egipcios.

Lo que subrayo aquí es que Aquino está casi siempre del lado de la sencillez, y respalda al hombre ordinario en su aceptación de las perogrulladas ordinarias. Por ejemplo, uno de los pasajes más oscuros –a mi inepto juicio- es aquel donde explica cómo la mente tiene la certeza de un objeto externo y no sólo de una impresión de ese objeto, que aparentemente llega a él a través de un concepto, y no meramente a través de una impresión.

La cuestión es que Aquino explica que la mente tiene la certeza de un objeto externo. Para nuestro propósito, basta que su conclusión sea lo que se llama conclusión del sentido común, y su propósito sea justificar el sentido común, aunque lo justifique en un pasaje de una sutileza no muy común. El problema de los filósofos posteriores es que su conclusión es tan oscura como su demostración, o bien que extraen un resultado del que resulta un caos.

6.2.2 *El ser y el ente: problemas de traducción*

- ⁰⁹ Desdichadamente, entre el hombre de la calle y el Ángel de la Escolástica se alza en este momento una tapia muy alta, con pinchos por arriba, que separa a dos hombres que en muchos aspectos defienden lo mismo.²⁰¹ La tapia es casi un accidente histórico; por lo menos se levantó hace mucho tiempo, por razones que no tienen por qué afectar a las necesidades de los hombres normales de hoy, y menos aún a la mayor de las necesidades de los hombres normales, que es tener una filosofía normal.

La primera dificultad es simplemente una diferencia de forma, no en sentido medieval sino moderno. Hay en primer lugar un simple obstáculo de lenguaje, y hay después un obstáculo, un poco más sutil, de método lógico. Pero el lenguaje en sí cuenta mucho: aun traducido, sigue siendo una lengua extranjera y –como otras lenguas extranjeras– con mucha frecuencia se traduce mal. Al igual que cualquier otra literatura de otra época o país, está asociada a un ambiente que escapa a la mera traducción de las palabras, como se traduce un libro de frases para viajeros.

Por ejemplo, todo el sistema de Santo Tomás depende de una idea enorme y al mismo tiempo sencilla, que de hecho abarca todo lo que existe e incluso todo lo que podría existir: él representa esa concepción cósmica con la palabra *Ens*. Todo aquel que sepa algo de latín, por rudimentario que sea, sentirá que es la palabra justa y apropiada, exactamente como siente una palabra francesa en un pasaje de buena prosa francesa. Debería ser cuestión de lógica, pero es también cuestión de lenguaje.

- ¹⁰ Desdichadamente, no hay traducción satisfactoria para la palabra *Ens*.²⁰² La dificultad es más verbal que lógica, pero es práctica. Quiero decir que cuando el escritor escribe en inglés ‘Being’,²⁰³ somos conscientes de un ambiente algo distinto. El contexto no debería afectar a estos absolutos del intelecto, pero le afecta.

²⁰¹ Los dos hombres son Santo Tomás y el hombre corriente.

²⁰² Para lo que sigue, el lector debe tener en cuenta que la lengua inglesa no dispone de nada que equivalga a nuestro ‘ente’ para traducir el ‘ens’ latino [N. de MLB].

²⁰³ Esta palabra inglesa puede ser traducida por ‘ser’, el ‘Ser’, ente (cualquier cosa ‘que es’) o ‘Ente’ (el que es por excelencia).

Los nuevos psicólogos –casi ávidos de pelearse con la razón- no se cansan de decirnos que hasta los términos que empleamos están teñidos por nuestro subconsciente de algo que pretendíamos excluir de nuestra consciencia. Y no hace falta ser tan idealmente irracional como un psicólogo moderno para reconocer que hasta la misma forma y sonido de las palabras constituyen la diferencia, en la prosa más árida y en la más bella poesía. No podemos impedir del todo que la imaginación recuerde asociaciones que no vienen a cuento, ni siquiera en ciencias abstractas como la matemática. Juanito, trasladado de la clase de historia a la de geometría, puede por un instante relacionar los ángulos del triángulo isósceles con los anglos de la ‘Crónica Anglosajona’.²⁰⁴ Hasta el matemático maduro –si está tan loco como espera el psicoanalista- podrá tener en las raíces de su subconsciente algo material en su idea de una raíz.

Ahora bien, por desdicha ocurre con la palabra ‘ser’ –tal como le llega a una persona moderna, al pasar por asociaciones modernas-que tiene una especie de atmósfera brumosa que no está en la breve y aguda palabra latina. Podrá ocurrir que le recuerde a los fantásticos profesores de las novelas, que agitando las manos dicen: “De esa manera ascendemos a las inefables alturas del puro y radiante Ser”. O peor aún, a profesores de carne y hueso de la vida real, que dicen: “Todo Ser es Devenir, y no es sino la evolución del No-Ser por la ley de su Ser”. Acaso le recuerde únicamente románticas rapsodias de antiguas historias de amor: “Oh bello y adorable ser, luz y aire que mi ser respira”. El caso es que suena tan salvaje como difusa, como si sólo la emplearan personas muy despistadas, o como si pudiera significar toda clase de cosas diferentes.

6.3 Estilo y método de Santo Tomás

6.3.1 El estilo de Santo Tomás

²⁰⁴ Juego de palabras de difícil traducción, pues ‘anglo’ y ‘ángulo’ son la misma palabra en inglés. El original dice así: “Jones Minimus, hustled from history to geometry, may for an instant connect the Angles of the isosceles triangle with the Angles of the Anglo-Saxon Chronicle”.

- ¹¹ Pues bien, la palabra latina *Ens* suena parecida a la palabra inglesa *End*. Es definitiva y abrupta; no es nada, excepto ella misma. Hubo antaño una bromita tonta contra los escolásticos como Aquino, que decía que discutían si los ángeles podían sostenerse en la punta de una aguja. Lo cierto es que esta primera palabra de Aquino es tan afilada como la punta de una aguja. Porque también es, en un sentido casi ideal, un fin.

Pero cuando decimos que a Santo Tomás de Aquino le preocupa fundamentalmente la idea del Ser, no debemos admitir ninguna de las generalizaciones brumosas con las que podamos habernos familiarizado – o incluso aburrido- en esa clase de escritos idealistas que son más retórica que filosofía. La retórica está muy bien en su lugar, como gustosamente habría convenido un erudito medieval, porque él mismo la enseñaba al lado de la lógica en la Universidad. Pero Santo Tomás de Aquino no tiene nada de retórico, quizá no sea bastante retórico. En Agustín encontramos todos los pasajes floridos que se quiera, pero en Aquino no hay pasajes floridos. En ocasiones concretas se lanza a la poesía, pero raramente se lanza a la oratoria. Y tan ajeno estaba a algunas tendencias modernas, que cada vez que escribía poesía la ponía en poemas. Esto tiene otro lado, del que hablaremos después.

Muy en especial poseyó la filosofía que inspira poesía, como en gran medida inspiró la poesía de Dante. Y la poesía sin filosofía sólo contiene inspiración, o –en lenguaje vulgar- sólo aire. Él tenía, por decirlo así, la imaginación sin las imágenes, y aun esto puede ser exagerado.

Hay una imagen suya sobre esto, auténtica poesía a la vez que verdadera filosofía: la del árbol de la vida que se encorva con enorme humildad a causa del peso de su viva fecundidad. Sobre esto, Dante podría haber descrito abrumándonos con un tremendo crepúsculo y casi drogándonos con su divino fruto. Pero se puede decir que las palabras de Santo Tomás son normalmente breves, aunque sus libros sean largos.

He puesto el ejemplo de la palabra *Ens* precisamente porque es uno de los casos en que el latín es más sencillo que el inglés sencillo. Y el estilo de Aquino, a diferencia del de San Agustín y muchos doctores de la Iglesia católica, es siempre un sello de penique en blanco y negro más que de dos peniques en color. Con frecuencia es difícil de entender, simplemente

porque los asuntos son tan difíciles que apenas puede entenderlos bien una mente que no sea como la suya. Pero jamás lo oscurece empleando palabras sin conocimiento –o incluso más legítimamente- empleando palabras sólo propias de la imaginación o la intuición. En lo que se refiere a su método, quizá es el único verdadero racionalista entre los hijos de los hombres.²⁰⁵

6.3.2 *La lógica, método de Santo Tomás para llegar a la verdad*

- ¹² Esto nos lleva a la otra dificultad, la del método lógico. Nunca he comprendido por qué se supone que hay algo adusto o vetusto en el silogismo. Aún comprendo menos a quienes hablan como si de algún modo la inducción hubiera suplantado a la deducción, pues la deducción consiste en sacar una conclusión verdadera de premisas verdaderas.²⁰⁶

Lo que se conoce como inducción parece simplemente significar que se recoge un número mayor de premisas verdaderas, o quizá –tratándose de cuestiones físicas- que se toma algo más de molestia en comprobar que son verdaderas. Puede ser un hecho que un hombre moderno sea capaz de sacar más de muchísimas premisas acerca de microbios o asteroides que lo que un hombre medieval era capaz de sacar de poquísimas premisas acerca de salamandras y unicornios. Pero el proceso de deducción a partir de los datos es el mismo para la mente moderna que la medieval, y lo que pomposamente se llama inducción no es otra cosa que recoger una mayor cantidad de datos. Y Aristóteles o Aquino, o cualquiera en su sano juicio, naturalmente estaría de acuerdo en que la conclusión sólo puede ser verdadera si las premisas son verdaderas, y que cuantas más premisas verdaderas haya, mejor.

²⁰⁵ Sería el único verdadero racionalista, en el sentido de utilizar bien la razón, pues el racionalismo es la corriente de pensamiento que –confiriendo todo el peso al argumento- se aleja de la realidad (como en el caso de Aquiles y la tortuga, de Parménides). También hay una escuela filosófica denominada ‘racionalista’ en los siglos XVII y XVIII (con Descartes y Leibniz, entre otros).

²⁰⁶ La inducción es el método propio de las ciencias experimentales, que se basan en hechos concretos para lograr afirmaciones de carácter general. La deducción obra al revés, partiendo de premisas generales, descendiendo hasta cuestiones particulares.

La desgracia de la cultura medieval fue que no hubiera bastantes premisas verdaderas, debido a las condiciones más bien rudas de los viajes o los experimentos. Pero por perfectas que sean las condiciones de los viajes o los experimentos, sólo podrán producir premisas, y seguirá siendo necesario deducir las conclusiones. Sin embargo, muchos modernos hablan como si lo que llaman inducción fuera una manera mágica de llegar a una conclusión sin utilizar ninguno de los horribles silogismos de antes. Pero la inducción no nos conduce a una conclusión; la inducción sólo nos conduce a una deducción: a menos que los tres últimos pasos del silogismo sean correctos, la conclusión será incorrecta.²⁰⁷

Así, los grandes científicos del siglo XIX –a quienes nos enseñaron a reverenciar (“aceptar las conclusiones de la ciencia”, lo llamaban siempre)- se pusieron a examinar de cerca el aire y la tierra, las sustancias químicas y los gases, sin duda más de cerca que Aristóteles o Aquino, y luego plasmaron su conclusión final en un silogismo. “Toda la materia está hecha de pegotitos microscópicos que son indivisibles. Mi cuerpo está hecho de materia. Por lo tanto mi cuerpo está hecho de pegotitos microscópicos que son indivisibles”. No erraban en la forma de su razonamiento, porque es el único modo de razonar. En este mundo no hay nada más que el silogismo... y la falacia.

Pero claro está que estos hombres modernos sabían, como sabían los hombres medievales, que sus conclusiones no serían verdaderas a menos que lo fueran sus premisas. Y ahí es donde empezó la complicación, porque los científicos –o sus hijos y sobrinos- fueron a echarle otra ojeada a los pegotitos de la materia, y para su sorpresa se encontraron con que de pegotitos no tenían nada. Así que volvieron y completaron el proceso con su silogismo: “Toda la materia está hecha de protones y electrones que dan vueltas. Mi cuerpo está hecho de materia. Por lo tanto mi cuerpo está hecho de protones y electrones que dan vueltas”. Y también éste es un buen silogismo, aunque quizá tengan que asomarse a la materia un par de veces más antes de que sepamos si la premisa es verdadera y verdadera la conclusión. Pero en el proceso final de la verdad no hay nada más que un buen silogismo.

²⁰⁷ Quizá convendría recordar que la lógica de Aristóteles –y en esto le siguieron los escolásticos- plantea que todo razonamiento o silogismo tiene tres pasos: dos premisas conocidas que nos permiten llegar a una conclusión nueva.

La única alternativa es un mal silogismo, como éste, tan de moda: “Toda la materia está hecha de protones y electrones. A mí me encantaría pensar que la mente es lo mismo que la materia. Así que voy a anunciar, por el micrófono o por el megáfono, que mi mente está hecha de protones y electrones”. Pero eso no es inducción, sino un error garrafal de deducción. No es otra manera -ni siquiera una nueva manera- de pensar: es simplemente dejar de pensar.

- ¹³ Lo que realmente se quiere decir –y es mucho más razonable- es que los antiguos silogistas a veces explicitaban demasiado el silogismo, lo que ciertamente no siempre es necesario. Uno puede bajar corriendo los tres peldaños mucho más deprisa, pero no puede bajar corriendo los tres peldaños si no hay tales peldaños. Si lo hace, se partirá el cuello, como si saliera andando por la ventana de un cuarto piso.

La verdad acerca de esta falsa antítesis de inducción y deducción está simplemente en esto: que al acumularse las premisas o datos, se puso en ellos el énfasis y el detalle, más que en la deducción final a la que conducen. Pero, o conducían a una deducción final o no conducían a nada.

El lógico tenía tanto que decir sobre electrones o microbios, que se detenía sobre todo en esos datos, y abreviaba o daba por descontado el último silogismo.²⁰⁸ Pero si razonaba bien, aunque fuera a toda velocidad, razonaba silogísticamente.

- ¹⁴ Aquino, por cierto, no suele argumentar en silogismos, aunque siempre argumenta silogísticamente. Quiero decir que no especifica todos los pasos de la lógica en cada caso. La leyenda de que lo hace es parte de esa leyenda vaga –y en gran medida no verificada- del Renacimiento, según la cual los escolásticos eran todos unos pelmas medievales, avinagrados y mecánicos. Él argumenta con cierta austeridad y desprecio del ornamento, lo que puede parecer monótono a quien busca especialmente las modernas formas de ingenio o fantasía.

²⁰⁸ En mi opinión, aquí hay un lapsus de Chesterton, pues más que al ‘lógico’, parece referirse al ‘científico’, que piensa lógicamente.

Todo esto, sin embargo, no tiene nada que ver con la pregunta que hacíamos al principio de este capítulo, y que debe ser contestada al final del mismo: la pregunta de sobre qué argumenta. A ese respecto cabe repetir, enfáticamente, que argumenta a favor del sentido común. Argumenta a favor de un sentido común que todavía hoy sería aceptado por la mayoría de la gente común. Argumenta a favor de los refranes populares: que ver es creer, que el movimiento se demuestra andando, que uno no se puede tirar al cuello de sí mismo, ni negar el hecho de su propia existencia.

A menudo sostiene sus tesis utilizando abstracciones, pero esas abstracciones no son más abstractas que la energía, la evolución o el espacio-tiempo, y no nos dejan –como a menudo nos dejan las otras- en desesperanzadas contradicciones sobre la vida corriente. El pragmatista se propone ser práctico, pero su sentido práctico resulta ser completamente teórico; el tomista empieza siendo teórico, pero su teoría resulta ser completamente práctica. Por eso hoy gran parte del mundo está volviendo a ella.

6.3.2 Forma y materia: la realidad de las cosas

- ¹⁵ Por último, hay una dificultad real en el hecho de tratarse de una lengua extranjera, además del hecho de ser latín. La terminología filosófica moderna no siempre coincide exactamente con el inglés llano, y la terminología filosófica medieval no coincide en absoluto ni siquiera con la terminología filosófica moderna.

Realmente no es muy difícil aprender el significado de los principales términos, pero su significado medieval es a veces justamente lo contrario de su significado moderno. El ejemplo obvio está en la palabra cardinal ‘forma’. Ahora decimos: “Presenté por escrito una disculpa formal al decano”, o “Los trámites con que disolvimos el Club Tip-Cat fueron puramente formales”, pero lo que queremos decir es que fueron prácticamente ficticios. Si Santo Tomás hubiera sido miembro del Club

Tip-Cat, habría querido decir justamente lo contrario: que los trámites afectaron al mismísimo corazón y alma y secreto de todo el ser del Club Tip-Cat; y que la disculpa presentada al decano eran tan sentida como un corazón deshecho en lágrimas de contrición sincera.

Porque en lenguaje tomista, ‘formal’ significa ‘actual’, real, que posee la decisiva cualidad real que hace que una cosa sea lo que es. En líneas generales, cuando describe una cosa como hecha de forma y materia, reconoce con mucha razón que la materia es el elemento más misterioso, genérico e indistinto, y que lo que imprime a cada cosa su identidad propia es la forma. La materia, por decirlo así, no es tanto lo sólido como lo líquido o gaseoso que hay en el cosmos, y en esto la mayoría de los científicos modernos empiezan a estar de acuerdo. Pero la forma es el hecho: lo que hace que un ladrillo sea un ladrillo y un busto un busto, y no la arcilla informe y aplastada con la que se puede hacer lo uno o lo otro.

La piedra que rompió una estatuilla de un nicho gótico podría haber sido estatuilla a su vez; la estatuilla, sometida a análisis químico, no es más que piedra. Pero el análisis químico es completamente falso como análisis filosófico. La realidad –lo que hace que las dos cosas sean reales- está en la idea de la imagen y en la idea de lo que rompe la imagen.

Esto es sólo un ejemplo circunstancial del lenguaje que emplea la terminología tomista, pero no es un mal ejemplo inicial de la verdad que encierra el pensamiento tomista. Todo artista sabe que la forma no es superficial sino fundamental, pues la forma es el fundamento. Todo escultor sabe que la forma de la estatua no es el exterior de la estatua, sino más bien el interior de la estatua, incluso en el sentido de ser el interior del escultor. Todo poeta sabe que la forma soneto no es sólo la forma del poema, sino el poema. Un crítico moderno que no entienda lo que quería decir el escolástico medieval al decir ‘forma’ no puede enfrentarse al escolástico en pie de igualdad intelectual.

7. LA FILOSOFÍA PERENNE

7.1 Santo Tomás, antropólogo y científico

7.1.1 Algunos defectos de los antropólogos

- ⁰¹ Es una pena que la palabra ‘antropología’ se haya degradado a estudio de los antropoides. Ahora la tenemos incurablemente asociada a trifulcas entre profesores de la prehistoria (en más de un sentido) sobre si una esquirla de piedra es un diente de hombre o de mono, que a veces se resuelven como en aquel famoso caso donde resultó ser un diente de cerdo. Está muy bien que exista una ciencia puramente física de esa clase de cosas, pero el nombre que vulgarmente se le da bien podría haberse aplicado –por analogía- a cosas no sólo más extensas y profundas, sino un poco más relevantes.

Así como en América los nuevos humanistas han hecho ver a los viejos humanitarios que su humanitarismo se venía concentrando sobre todo en cosas que no son especialmente humanas –tales como condiciones materiales, apetitos, necesidades económicas, medio ambiente, etcétera- así, en la práctica, aquellos a quienes se llama antropólogos tienen que estrechar su mente a las cosas materialistas que no son notablemente antrópicas. Tienen que perseguir por la historia y la prehistoria algo que de ningún modo es el ‘Homo sapiens’, sino que de hecho siempre aparece como ‘Simius insipiens’.²⁰⁹ Al Homo sapiens sólo se le puede considerar en relación con la ‘Sapientia’, y un libro como éste sobre Santo Tomás está realmente dedicado a la idea intrínseca de la ‘Sapientia’. En suma,

²⁰⁹ Chesterton critica aquí por igual a dos ramas de la antropología: la antropología biológica – particularmente, la paleoantropología, que estudia las distintas especies existentes, desde los simios hasta el hombre actual- y la antropología cultural –que estudia las sociedades humanas primitivas y sus costumbres (como la antropofagia que mencionará en seguida)-. En general, critica a ambos por el poco rigor de su trabajo –que incluyó fraudes sonoros, como el llamado ‘Hombre de Piltdown’. Hoy ambas ramas se han consolidado y son mucho más rigurosas que en sus comienzos, además de limitar – habitualmente- sus objetivos científicos.

debería existir un estudio real que se llamara ‘antropología’ en correspondencia con la teología. En este sentido Santo Tomás de Aquino, quizá más que ninguna otra cosa, es un gran antropólogo.

- ⁰² Pido disculpas por las palabras iniciales de este capítulo a todos los excelentes y eminentes hombres de ciencia que se dedican al estudio real de la humanidad en su relación con la biología. Tengo para mí que ellos serían los últimos en negar que haya habido una disposición un tanto desproporcionada, dentro de la ciencia popular, a convertir el estudio de los seres humanos en el estudio de los salvajes. Y el salvajismo no es historia: o es el comienzo de la historia o es su final. Sospecho que los más grandes científicos estarían de acuerdo en que demasiados profesores se han perdido en la maleza o en la jungla, profesores que querían estudiar la antropología y no llegaron más allá de la antropofagia.

Tengo un motivo particular para prologar esta propuesta de antropología superior presentando excusas a todo genuino biólogo que pudiera parecer incluido –que ciertamente no lo es- en una protesta contra la ciencia popular barata. Porque lo primero que hay que decir de Santo Tomás en cuanto antropólogo es que se parece de una manera realmente notable a la mejor clase de antropólogo biológico moderno: a los que a sí mismos se llamarían agnósticos. Este hecho constituye un punto de inflexión en la historia tan neto y decisivo, que realmente es preciso recordar la historia y registrarla.

7.1.2 Planteamiento del problema

- ⁰³ Santo Tomás de Aquino se parece mucho al gran profesor Huxley, el agnóstico que inventó la palabra ‘agnosticismo’.²¹⁰ Se parece en la manera de acometer la discusión. Pero no se parece a nadie más, ni antes ni después, hasta la época de Huxley. Adopta casi literalmente la definición

²¹⁰ Thomas Henry Huxley (1825-1895), biólogo inglés, experto en anatomía comparada y gran defensor y divulgador de la teoría darwinista de la evolución. Parece que utilizó por primera vez el término agnosticismo en 1869 [N. de MLB].

huxleyana del método agnóstico: “Seguir a la razón hasta donde ésta llegue”. La única pregunta es: ¿hasta dónde llega?²¹¹

Santo Tomás establece esta afirmación, casi alarmanamente moderna o materialista: “Nada hay en el intelecto que no haya estado en los sentidos”. Ahí es donde él empieza, como cualquier hombre moderno de ciencia; más aún, como cualquier materialista moderno –al que ahora apenas se le podría llamar hombre de ciencia-: en el polo de indagación opuesto al del puro místico.

Los platónicos –o al menos los neoplatónicos- tendieron siempre a pensar que la mente recibía toda su iluminación sale de dentro. Santo Tomás insistió en que la iluminan cinco ventanas, las que llamamos ventanas de los sentidos, y quería que la luz exterior brillara sobre lo interior. Quería estudiar la naturaleza del hombre –y no sólo de los musgos y los hongos que pudiera ver por la ventana- y que para él tenían valor como primera experiencia iluminadora del hombre.

Partiendo de ese punto, emprende la ascensión a la Casa del Hombre, peldaño a peldaño y piso por piso, hasta salir por la torre más alta y contemplar la vista más dilatada.

- ⁰⁴ En otras palabras, es un antropólogo con una teoría completa del hombre, correcta o incorrecta. Pero el caso es que los antropólogos modernos que se llamaron agnósticos a sí mismos no consiguieron ser antropólogos en absoluto. Con sus limitaciones, no podían hacerse una teoría completa del hombre y menos aún una teoría completa de la naturaleza. Empezaron por descartar algo que llamaron lo ‘incognoscible’.

La incomprendibilidad era casi comprensible, si realmente hubiéramos podido entender lo Incognoscible en el sentido de lo Supremo. Pero en seguida pareció que toda clase de cosas eran incognoscibles, exactamente aquellas cosas que el hombre tiene que saber: es necesario saber si es responsable o irresponsable, perfecto o imperfecto, perfectible o imperfectible, mortal o inmortal, predestinado o libre. No para entender a

²¹¹ Éste es el problema clave: cómo avanzar siguiendo la razón sin caer en el racionalismo.

Dios, sino para entender al hombre. Nada que deje estas cosas bajo una nube de duda religiosa podrá aspirar a ser una ciencia del hombre, pues esquivaba la antropología tanto como la teología.

¿Tiene el hombre libre albedrío, o su impresión de poder elegir es un espejismo? ¿Tiene conciencia, tiene su conciencia alguna autoridad, o la conciencia es sólo un prejuicio del pasado tribal? ¿Cabe alguna esperanza real de llegar a averiguar estas cosas mediante la razón humana, y tiene eso alguna autoridad? ¿Debe pensar el hombre que la muerte es definitiva? ¿Puede concebir que es posible alguna ayuda milagrosa?

Es absurdo decir que todo esto es incognoscible en el sentido de algo remoto, como puede ser la distinción entre los querubines y los serafines, o la procesión del Espíritu Santo. Los escolásticos quizá apuntaban demasiado lejos de nuestros límites al poner la mira en querubines y serafines. Pero al preguntar si el hombre puede escoger o si el hombre ha de morir, hacían preguntas ordinarias de historia natural, como si el gato araña o el perro tiene olfato. Nada que se autodenomine ciencia completa del hombre puede eludirlas.

Y los grandes agnósticos las eludieron. Dirían quizá que no poseían pruebas científicas: es decir, que ni siquiera produjeron una hipótesis científica. Lo que en general produjeron fue una contradicción disparatadamente acientífica. La mayoría de los moralistas monistas²¹² han dicho que el hombre no tiene elección, pero debe pensar y actuar heroicamente como si la tuviera. Huxley hizo de la moral –y hasta de la moral victoriana en su sentido exacto- algo sobrenatural: le atribuyó derechos arbitrarios por encima de la naturaleza, una especie de teología sin teísmo.

7.1.3 Avance de la respuesta tomista: la cadena del ser

²¹² Se llama monista –del griego ‘mono’: uno, único- al que considera que todo parte de un solo principio, en este caso, la materia.

- ⁰⁵ No sé con certeza por qué a Santo Tomás se le dio el título de Doctor Angélico,²¹³ si porque tuvo un carácter angélico o la capacidad intelectual de un ángel, o si hubo una leyenda posterior de que pensaba sobre todo en los ángeles, particularmente en los ángeles subidos a puntas de agujas. Si es así, no entiendo del todo cómo surgió la idea. La historia ofrece muchos ejemplos de la irritante costumbre de etiquetar a una persona por algo, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa. ¿De quién partió la memez de designar al Dr. Johnson²¹⁴ diciendo ‘nuestro lexicógrafo’, como si lo único que hubiera hecho fuera escribir un diccionario? ¿Por qué se empeña la mayoría de la gente en abordar la magna y dilatada mente de Pascal²¹⁵ por su punto más estrecho, afilado por la animadversión de los jansenistas hacia los jesuitas?

Entra dentro de lo posible, hasta donde yo sé, que ese etiquetar a Aquino de especialista fuera un oscuro menosprecio de su categoría de universalista. Porque es un truco muy visto para quitar importancia a hombres de letras o científicos. Santo Tomás tuvo que hacerse bastantes enemigos, aunque raramente los tratase como tales. Por desgracia, el buen carácter irrita a veces más que el malo.

Al fin y al cabo, muchos hombres medievales pensarían que había hecho mucho daño –lo que es más curioso- a los dos bandos, pues había sido revolucionario contra Agustín y tradicionalista contra Averroes. A unos podría parecerles que había intentado arruinar aquella belleza antigua de ‘La ciudad de Dios’ que guardaba cierta semejanza con ‘La República’ de Platón. A otros podría parecerles que había asestado un golpe contra las fuerzas avasalladoras y niveladoras del Islam, tan espectacular como el asalto de Godofredo a Jerusalén.²¹⁶ Es posible que esos enemigos, por afán de hundirle con tibias alabanzas, hablaran de su muy respetable

²¹³ Comienza este párrafo con una digresión, algo típico del método de Chesterton: le servirá para dar información relativa a Santo Tomás, pero sobre todo, como pretexto para conducirnos a donde él desea.

²¹⁴ Samuel Johnson (1709-1784), conocido simplemente como el Dr. Johnson, es una de las figuras literarias más importantes de Inglaterra: poeta, ensayista, biógrafo, lexicógrafo y crítico literario. Su estilo aforístico, su filosofía basada sobre todo en el sentido común y su elegante escritura, le hacen ser el autor inglés más citado después de Shakespeare. Chesterton lo cita en muchas de sus obras.

²¹⁵ Blaise Pascal (1623-1662) fue un matemático, físico, filósofo cristiano y escritor francés. Mantuvo posturas jansenistas –esto es, excesivamente rigoristas-, que de hecho Chesterton ya ha relacionado antes con los maniqueos.

²¹⁶ Godofredo de Bouillón (c.1060-1100), noble francés, fue uno de los principales jefes de la Primera Cruzada, y el primero en entrar en Jerusalén, en 1099, donde fue coronado rey.

obrita sobre los ángeles como si uno dijera que Darwin²¹⁷ fue realmente una voz autorizada en sus escritos sobre los insectos coralinos, o que Milton²¹⁸ tiene algunos poemas latinos muy respetables. Pero esto es sólo una conjetura y caben muchas otras.

Yo me inclino a pensar que Santo Tomás se interesó tanto por la naturaleza de los ángeles por la misma razón que lo hizo aún más por la naturaleza de los hombres. Era parte de ese fuerte interés personal por las cosas subordinadas y semidependientes que recorre todo su sistema: una jerarquía de libertades superiores e inferiores. Le interesaba el problema del ángel –como le interesaba el problema del hombre- por ser un problema, y particularmente por ser un problema de una criatura intermedia.

No pretendo tratar aquí la cualidad misteriosa que Santo Tomás concibe en ese inescrutable ser intelectual, que es menos que Dios pero más que hombre. Pero esa cualidad de eslabón de la cadena –o peldaño de la escala- era lo que principalmente interesaba al teólogo a la hora de trazar su particular teoría de grados. Sobre todo, es lo que principalmente le mueve cuando encuentra tan fascinante el misterio central del hombre: para Santo Tomás, la cuestión está siempre en que el hombre no es un globo que asciende al cielo ni un topo que abre galerías en la tierra, sino más bien algo como un árbol, cuyas raíces reciben alimento de la tierra mientras sus ramas más altas parecen subir casi a las estrellas.

7.2 La respuesta tomista sobre el problema del ser

7.2.1 El caos actual en la teoría del conocimiento

- ⁰⁶ He destacado que el librepensamiento moderno lo ha dejado todo envuelto en una bruma, incluido él mismo.

²¹⁷ Charles Darwin (1809-1882), naturalista inglés que propuso la teoría de la evolución basada en la selección natural de los más aptos.

²¹⁸ John Milton (1608-1674) fue un poeta y ensayista inglés, conocido especialmente por su poema épico ‘El paraíso perdido’.

La afirmación de que el pensamiento es libre condujo en primer lugar a la negación de que la voluntad sea libre, pero ni siquiera sobre eso tuvieron los deterministas verdadera determinación.²¹⁹ En la práctica, dijeron a los hombres que debían tratar su voluntad como si fuera libre aunque no lo era. Es decir, que el hombre debe vivir una doble vida: exactamente la vieja herejía de Siger de Brabante sobre la doble mente.²²⁰

En otras palabras, el siglo XIX lo dejó todo hecho un caos, y la importancia del tomismo para el siglo XX está en que puede devolvernos un cosmos.²²¹ Aquí sólo podemos dar el más rudimentario esbozo de cómo Aquino –partiendo como los agnósticos de los sótanos cósmicos– logró ascender hasta las torres cósmicas.

- ⁰⁷ Sin pretender reducir a estos límites la idea tomista esencial, se me permitirá que lance algo así como una versión en bruto de la cuestión fundamental, que yo mismo creo haber conocido, consciente o inconscientemente, desde mi niñez. Cuando un niño mira por la ventana del cuarto de los juguetes y ve algo, pongamos la hierba verde del jardín, ¿qué es lo que conoce? ¿Conoce algo? La filosofía negativa tiene toda clase de juegos pueriles en torno a esa pregunta.

Un brillante científico victoriano se deleitó en decir que el niño no ve hierba ninguna, sino sólo una especie de neblina verde reflejada en un diminuto espejito del ojo humano. Esta muestra de racionalismo siempre me ha parecido casi demencialmente irracional. Si no está seguro de la existencia de la hierba que ve por el cristal de una ventana, ¿qué ve a través de las lentes de un microscopio? Si la vista engaña, ¿por qué va a dejar de engañar?

Hombres de otra escuela responden que la hierba no es más que una impresión de verde en la mente, y que el niño no puede tener certeza de

²¹⁹ El librepensamiento suele caracterizarse por su visión materialista, lo que conduce al determinismo de la naturaleza y del ser humano, es decir a la ausencia de libertad. Su esfuerzo para recuperarla, permite a Chesterton hacer ese juego de palabras: les faltó determinación para ser deterministas.

²²⁰ Al aplicarlo al ser humano, se entiende todavía mejor la importancia de combatir la teoría de la doble verdad.

²²¹ Otro juego de palabras: cosmos implica orden, que es lo opuesto a caos; el orden tomista opuesto al caos modernista.

nada fuera de la mente. Declaran que sólo puede ser consciente de su propia conciencia, que casualmente es lo único que sabemos que el niño no es consciente en absoluto. En ese sentido, habría mucha más verdad en decir que hay hierba y no hay niño, que en decir que hay un niño consciente, pero no hay hierba.

Santo Tomás de Aquino –interviniendo de pronto en esta disputa de guardería- dice rotundamente que el niño es consciente del ser. Mucho antes de saber que la hierba es hierba o que él es él, sabe que algo es algo. Quizá lo mejor sería decir rotundamente (con un puñetazo en la mesa): ‘Hay un Es’. Ésa es toda la frailuna credulidad que Santo Tomás nos pide para empezar. Muy pocos incrédulos empiezan pidiéndonos que creamos tan poco. Aún más: sobre esa afilada punta de realidad –mediante largos procesos de lógica que nadie ha conseguido verdaderamente derribar- Aquino alza el entero sistema cósmico de la Cristiandad.

7.2.2 Principio de no contradicción, cambio y teoría del conocimiento

- ⁰⁸ Aquino insiste de manera muy profunda y muy práctica en que –junto a la idea de afirmación- entra al instante la idea de contradicción. Instantáneamente es obvio –incluso para el niño- que afirmación y negación no pueden ser a la vez.²²² Llámese como se quiera a aquello que ve –luna, o espejismo, o sensación, o estado de conciencia- cuando lo ve, sabe que no es verdad que no lo vea. Llámese como se quiera a lo que se supone que esté haciendo –viendo, o soñando, o siendo consciente de una impresión- sabe que si lo está haciendo, es mentira decir que no lo está haciendo. Por tanto ya ha entrado algo más allá incluso que el primer dato del ser; le sigue –como su sombra- el primer credo o mandamiento fundamental: que una cosa no puede ser y no ser.

A partir de ahí –en lenguaje común o popular- existe lo falso y lo verdadero. Digo en lenguaje popular porque en nada se muestra Aquino

²²² Éstos dos párrafos son esenciales, porque aquí es donde reside el argumento de que todo lo que es, lo es por participación del ser en plenitud. La filosofía moderna no es capaz de considerar esto, y da más importancia a los cambios y a las contradicciones.

más sutil que en señalar que el ser no es estrictamente lo mismo que la verdad. Ver la verdad significa la apreciación del ser por una mente capaz de apreciarlo.

Así, en sentido general, encontramos un contexto primigenio de pura realidad: la división y el dilema que introduce en el mundo el tipo de guerra supremo, el sempiterno duelo entre el Sí y el No. Ése es el dilema, y muchos escépticos han oscurecido el universo y disuelto la mente con el único propósito de evadirlo. Son los que sostienen que hay algo que es a la vez Sí y No. Lo que no sé es si lo pronuncian ‘So’.

- ⁰⁹ El paso siguiente que viene tras esta aceptación de la realidad o certeza –o como se la quiera llamar en lenguaje popular- es mucho más difícil de explicar en ese lenguaje, pero representa exactamente el punto en el que casi todos los demás sistemas se extravían, de modo que al dar el tercer paso, abandonan el primero. Aquino ha afirmado que nuestra primera sensación de hecho es un hecho, y no puede retractarse sin falsedad.

Cuando nos paramos a mirar el hecho o los hechos tal como los conocemos, observamos en ellos un rasgo peculiar, que ha llevado a muchos modernos a un escepticismo extraño e intranquilo respecto a ellos: generalmente están en un estado de cambio, pasan de ser una cosa a ser otra; o sus cualidades son relativas a otras cosas; o parecen moverse incesantemente; o parecen desvanecerse por completo. Éste es el punto, como digo, en que muchos sabios dejan escapar el primer principio de la realidad, que habían empezado por conceder, y retroceden a decir que no existe nada sino el cambio; o nada sino la comparación; o nada sino el flujo; o que efectivamente no existe nada de nada.

Aquino vuelve el argumento del lado contrario, en línea con su primera apreciación de la realidad. No cabe duda sobre el ser del ser, aun cuando a veces parezca devenir: esto es porque lo que vemos no es la plenitud del ser. Nunca vemos al ser –por seguir con esta jerga coloquial- siendo todo lo que puede ser. El hielo se funde y es agua fría, el agua fría se calienta y es agua caliente: no puede ser las tres cosas a la vez. Pero eso no significa que el agua sea irreal, ni siquiera que sea relativa: sólo significa que su ser está limitado a ser una cosa cada vez.

Pero la plenitud del ser es todo lo que el ser puede ser, y sin esa plenitud, las formas de ser menores o aproximadas no se pueden explicar siendo algo... a menos que explicarlas sea disiparlas en la nada.

7.2.3 Acto y potencia: el ser en plenitud

- ¹⁰ Este tosco esbozo sólo puede ser –en el mejor de los casos- histórico más que filosófico. Es imposible comprimir en él las pruebas metafísicas de la idea, especialmente en el lenguaje metafísico medieval. Pero esta distinción en la filosofía es tremenda como punto de inflexión en la historia.

La mayoría de los pensadores –al percatarse de la aparente mutabilidad del ser- se olvidan realmente de su propio inicial descubrimiento del ser, y creen sólo en la mutabilidad. Ni siquiera pueden decir que una cosa se transforma en otra: para ellos no existe un instante en el proceso de esa cosa, sólo hay cambio. Sería más lógico decir que la nada se transforma en nada, que decir –a tenor de esos principios- que alguna vez hubo o habrá un momento en que la cosa sea la cosa.

Santo Tomás sostiene que la cosa ordinaria, en cada momento, es algo, pero no es todo lo que podría ser. Existe una plenitud del ser, en la que podría ser todo lo que puede llegar a ser.

Así, mientras la mayoría de los sabios al final no llegan a nada más que al cambio y se acabó, Santo Tomás llega a la cosa suprema que no puede cambiar porque es todas las demás cosas a la vez. Mientras ellos describen un cambio que realmente es un cambio en nada, él describe una inmutabilidad que incluye los cambios de todo. Las cosas cambian porque no son completas, pero su realidad sólo se puede explicar como parte de algo que es completo: eso es Dios.

- ¹¹ Todos los sofistas –al menos, históricamente- se seguían unos a otros,

doblando ese recodo agudo y retorcido, mientras el gran escolástico subía –por el camino real de la experiencia y la expansión- a la contemplación de ciudades, a la construcción de ciudades. Todos fallaron en esta etapa temprana porque –como en el viejo juego- restaron el número que pensaron al principio.²²³

El reconocimiento de algo, de una cosa o cosas, es el primer acto del intelecto. Pero porque el examen de una cosa revela que no es una cosa fija o definitiva, infirieron que no existe nada fijo o definitivo. Así, de distintas maneras, todos empezaron a ver una cosa como algo más delgado que una cosa: una onda, una debilidad, una inestabilidad abstracta.

Santo Tomás –por emplear la misma burda figura- vio una cosa que era más gruesa que una cosa, incluso más sólida que los datos sólidos pero secundarios que había empezado admitiendo como datos. Ya que sabemos que son reales, cualquier elemento esquivo o desconcertante que haya en su realidad no puede realmente ser irrealidad: tiene que ser únicamente su relación con la realidad real. Un centenar de filosofías humanas repartidas por la tierra –desde el nominalismo hasta el nirvana y el maya, desde el evolucionismo sin forma hasta el quietismo sin mente- proceden de esta primera rotura en la cadena tomista: puesto que lo que vemos no nos satisface ni se explica a sí mismo, ni siquiera es lo que vemos.

Ese cosmos es una contradicción en los términos y se estrangula solo, pero el tomismo se libera de un tajo. El defecto que vemos en lo que es, consiste simplemente que no es todo lo que es. Dios es más real incluso que el hombre, más real incluso que la materia, porque Dios está inmortalmente en acción, con todas Sus potencias en cada instante.²²⁴

7.2.4 El problema del origen del mundo y la existencia de Dios

²²³ Sencillo truco aritmético: “Piensa un número cualquiera; multiplícalo por dos; al resultado súmale seis; el resultado divídelo por dos; resta el número que pensaste primero, y ¿qué te queda? ¡Tres!” [N. de MLB].

²²⁴ En suma, Chesterton insiste en que el principio de todos los errores está en renunciar al ser de las cosas, a ese ser de sentido común, que nos dice que las cosas son y que no se explican por sí mismas. Las respuestas racionalistas acuden a todo tipo de argumentos para evitar llegar a la plenitud del ser y al problema de lo verdadero y lo falso, dudando de las primeras evidencias.

- ¹² Recientemente tuvo lugar una comedia cósmica muy curiosa, con las ideas de gente muy brillante, como el señor Bernard Shaw y el Deán de San Pablo.²²⁵ En pocas palabras, librepensadores de muchas clases habían dicho muchas veces que no necesitaban ninguna creación, porque el cosmos siempre había existido y siempre existiría. El señor Bernard Shaw dijo haberse hecho ateo porque el universo venía haciéndose a sí mismo desde el comienzo o sin comienzo; después, el Deán Inge se mostró consternado ante la sola idea de que el universo pudiera tener fin.

La mayoría de los cristianos modernos, viviendo por tradición allí donde los cristianos medievales podían vivir por lógica y razón, sintieron vagamente que era una idea terrible privarlos del Día del Juicio. La mayoría de los agnósticos modernos –a quienes les encanta que sus ideas resulten terribles- vociferaron a una sola voz que el universo verdaderamente científico, producido a sí mismo y por sí mismo existente, ni había necesitado jamás principio ni podía tener fin.

En ese preciso instante –de golpe y porrazo, como el vigía de un barco que grita avisando de un escollo- el auténtico hombre de ciencia, el experto que examinaba los hechos, anunció sonoramente que el universo se está acercando a su fin. No venía de atender, claro está, a la charla de los aficionados; venía de examinar efectivamente la textura de la materia, y dijo que ésta se estaba desintegrando; que el mundo aparentemente estaba haciéndose pedazos a causa de una explosión gradual de energía; que todo el invento ciertamente tendría un final, y que presumiblemente había tenido un principio.

Fue un verdadero escándalo, pero no para los ortodoxos, sino particularmente para los no ortodoxos, que se escandalizan por bastante menos. El Deán Inge, que hacía años que sermoneaba a los ortodoxos sobre su inexcusable deber de aceptar todos los descubrimientos científicos, clamó auténticamente de dolor ante aquel impertinente descubrimiento científico, y prácticamente imploró a los descubridores científicos que se fueran a descubrir otra cosa. Casi parece increíble, pero

²²⁵ William Ralph Inge (1860-1954), Deán –o Rector- de la Catedral anglicana de San Pablo de Londres, había sido profesor en Cambridge, escritor y polemista, era muy conocido por sus posiciones modernistas, por lo que es frecuentemente citado –y criticado- por Chesterton.

el hecho es que preguntó qué tendría Dios para distraerse si el universo se acabara.

Esto es una medida de lo mucho que la mentalidad moderna necesita a Tomás de Aquino. Pero incluso sin Aquino, apenas puedo concebir que un hombre educado –y menos un hombre tan docto- crea en Dios sin asumir que Dios contiene en Sí mismo toda perfección, incluido el gozo eterno, y no necesita sistema solar que le distraiga como si fuera un circo.

- ¹³ Salir de estas presunciones, prejuicios y decepciones privadas y entrar en el mundo de Santo Tomás es como escapar de una pelea en un cuarto oscuro a la plena luz del día. Santo Tomás dice, de la manera más llana, que él mismo cree que este mundo tiene principio y fin, porque tal parece ser la enseñanza de la Iglesia, la validez de cuyo mensaje místico para la humanidad defiende él en otros lugares con docenas de argumentos muy diversos.

La cuestión es que la Iglesia había dicho que el mundo acabaría, y al parecer la Iglesia tenía razón, siempre suponiendo –como se supone que siempre hemos de suponer- que los últimos hombres de ciencia tengan razón.²²⁶ Pero Aquino dice que él no ve ninguna particular razón –en la razón- para pensar que este mundo no pudiera ser un mundo sin final, o incluso sin principio. Y está muy seguro de que, si careciera por completo de fin o de principio, aun así seguiría habiendo exactamente la misma necesidad lógica de un Creador. Quien no lo vea –da a entender Aquino amablemente- es que en realidad no entiende a qué nos referimos al hablar de un Creador.

- ¹⁴ Santo Tomás no se refiere a la imagen medieval de un viejo rey, sino al segundo paso de la gran argumentación acerca del Ens o el Ser, ese segundo punto que es tan exasperantemente difícil expresar bien en lenguaje popular. Por eso yo lo he introducido aquí en esta forma particular: tiene que haber un Creador aunque no haya un día de la

²²⁶ “Que los últimos hombres de ciencia tengan razón”: vuelve otra vez sobre la idea del falsacionismo, es decir que la ciencia avanza dejando atrás las explicaciones anteriores, mostrando que son falsas o al menos insuficientes.

creación.

Contemplando el Ser como es ahora –como el niño contempla la hierba- vemos una segunda cosa acerca de él. En lenguaje popular parece secundaria y dependiente: la existencia existe, pero no es bastante autoexistente, y nunca llegaría a serlo por el mero hecho de seguir existiendo.

El mismo sentido primario que nos dice que el ser es, nos dice que no es un ser perfecto. Y no meramente imperfecto en el sentido polémico popular de que contenga pecado o pena, sino imperfecto como ser: menos real que lo que implica la realidad. Por ejemplo, su ser es a menudo sólo devenir, empezar a ser o dejar de ser: implica una cosa más constante o completa de la que él mismo no es ejemplo.

Ése es el sentido de esa frase medieval básica: “Todo lo que se mueve es movido por otro”, que –en la clara sutileza de Santo Tomás- significa mucho más que el deísta “alguien dio cuerda al reloj” con el que parece probable que se confunda a menudo.²²⁷ Todo el que piense con hondura verá que el movimiento tiene en sí una ‘incompletitud’ esencial, que nos acerca a algo más completo.

- ¹⁵ Este argumento es un tanto técnico, y se refiere al hecho de que la potencialidad no se explica a sí misma. Además, en cualquier caso, lo que se despliega tiene que ser algo plegado. Baste decir que los evolucionistas modernos –que querrían pasar por alto el argumento- no lo hacen porque hayan descubierto ningún fallo en la argumentación, o porque no llegaron a descubrir la argumentación misma. Lo hacen porque son demasiado superficiales para ver el fallo de su propia argumentación, pues la debilidad de su tesis queda cubierta por su fraseología de moda, así como la fuerza de la antigua tesis queda cubierta por su fraseología anticuada.

Pero para quien realmente piensa, hay algo realmente impensable en el cosmos evolucionista, tal como ellos lo conciben: porque sería algo que

²²⁷ El deísmo –frecuente entre los ilustrados del siglo XVIII- es la teoría que acepta que Dios crea el universo, del que se desentiende una vez puesto en marcha, frente a la visión católica que sostiene el cuidado y providencia divinas sobre el mundo.

sale de la nada, un caudal de agua cada vez mayor que se derrama de una jarra vacía. Quienes son capaces de aceptar eso sencillamente –sin ver siquiera la dificultad-, a buen seguro que no llegarán tan profundamente como Aquino, ni verán la solución de su propia dificultad.

En una palabra: el mundo no se explica a sí mismo, ni tampoco puede hacerlo sólo a base de seguir expandiéndose. Y en cualquier caso, es absurdo que el evolucionista se queje de que es impensable que un Dios reconocidamente impensable lo saque todo de la nada, y luego pretenda decir que es más pensable que la nada se convierta a sí misma en todo.

7.3 Otros problemas filosóficos

7.3.1 El nominalismo. Evolución e intencionalidad

- ¹⁶ Hemos visto que la mayoría de los filósofos no sólo no filosofan sobre las cosas porque éstas cambien: es que tampoco filosofan sobre las cosas porque éstas difieran. No tenemos espacio para seguir a Santo Tomás a través de todas estas herejías negativas, pero hay que decir unas palabras sobre el nominalismo, o la duda fundada sobre las cosas que difieren. Todo el mundo sabe que el nominalista decía que las cosas difieren demasiado para ser realmente clasificadas, por lo que únicamente son etiquetadas.

Aquino fue un realista firme pero moderado, y por tanto sostuvo que en verdad existen cualidades generales, como la de que los seres humanos son humanos y otras paradojas. Ser realista extremo le habría llevado demasiado cerca de ser platónico. Reconocía que la individualidad es real, pero decía que coexiste con un carácter común que hace posible cierta generalización. De hecho –como en la mayoría de las cosas- decía exactamente lo que diría todo sentido común, si unos herejes inteligentes no lo hubieran perturbado, y siguen perturbándolo. Recuerdo cuando al señor H.G. Wells le dio un ataque alarmante de filosofía nominalista, y fue publicando un libro tras otro para decir que todo es singular y atípico: por ejemplo, que un hombre es tan individual que no es ni hombre

siquiera.

Es un hecho pintoresco y casi cómico que esa negación caótica atraiga especialmente a los que siempre se están quejando del caos social, y proponen reemplazarlo por las más drásticas reglamentaciones sociales. Los mismos que dicen que no se puede clasificar nada son los que dicen que hay que codificarlo todo. Así, el señor Bernard Shaw dijo que la única regla de oro es que no existe regla de oro: prefiere una regla de hierro, como en Rusia.

- ¹⁷ Ésa es sólo una pequeña incoherencia de algunos modernos en cuanto individuos. Pero como teóricos, hay en ellos una incoherencia aún más profunda, en relación con la teoría general llamada evolución creadora. Parecen imaginar que se ahorran la duda metafísica sobre el cambio si suponen –no se sabe muy bien por qué– que el cambio siempre será a mejor. Pero la dificultad matemática de encontrar una esquina en una curva no se altera por poner el gráfico patas arriba y decir que la curva descendente es ahora una curva ascendente.

El problema está en que no hay ningún punto en la curva, ningún lugar en el que tengamos derecho lógico a decir que la curva ha alcanzado su clímax, o revelado su origen, o llegado a su fin. Da igual que opten por tomárselo con optimismo y digan: “Basta con que siempre haya algo más allá”, en vez de lamentarse, como los más realistas poetas del pasado, de la tragedia de la mera mutabilidad.

No basta con que siempre haya algo más allá, porque podría ser algo más allá de lo soportable. De hecho la única defensa de esa tesis es que el puro tedio es tal tormento, que cualquier movimiento es un alivio. Pero la verdad es que no han leído nunca a Santo Tomás, porque descubrirían, con terror no pequeño, que en realidad están de acuerdo con él.

Lo que realmente quieren decir es que el cambio no es mero cambio, sino el despliegue de algo. Y si es así que se despliega –aunque el despliegue dure doce millones de años– tiene que ser que ya estaba antes. En otras palabras, están de acuerdo con Aquino en que en todo existe una potencialidad que no ha alcanzado su fin en acto. Pero si es una

potencialidad concreta, y sólo puede finalizar en un acto concreto, entonces es que hay un Gran Ser en el que todas las potencialidades existen ya como plan de acción. En otras palabras: es imposible decir siquiera que el cambio sea a mejor, a menos que lo mejor de todo exista en alguna parte, tanto antes como después del cambio. De otro modo sería un mero cambio, como lo verían los escépticos más puros o los pesimistas más negros.²²⁸

Supongamos que dos caminos enteramente nuevos se abrieran ante el avance de la evolución creadora. ¿Cómo va a saber el evolucionista qué Más Allá es el mejor, a menos acepte alguna pauta sobre lo mejor, tomada del pasado y del presente? Según su superficial teoría, todo puede cambiar, todo puede mejorar, incluso la naturaleza de la mejora. Pero en su sentido común profundo, no es verdad que piensen que un ideal de bondad pueda convertirse en ideal de crueldad. Es típico de ellos utilizar a veces con cierta timidez la palabra ‘propósito’ y sonrojarse a la mera mención de la palabra ‘persona’.

- ¹⁸ Santo Tomás es el mismo reverso de lo antropomórfico, a pesar de su sagacidad como antropólogo. Algunos teólogos han llegado a afirmar que fue demasiado agnóstico, y que dejó la naturaleza de Dios demasiado reducida a abstracción intelectual.

Pero no necesitamos a Santo Tomás –ni nada aparte de nuestro propio sentido común- para decirnos que si desde el principio ha habido algo que de alguna manera se pueda calificar de ‘propósito’, ha de residir en algo que tenga los elementos esenciales de una ‘persona’. No puede existir una intención flotando ella sola en el aire, como no puede haber un recuerdo sin nadie que recuerde, ni un chiste que nadie haya hecho.

La única salida para quienes sostienen esas ideas es refugiarse en una irracionalidad vacía y sin fondo. Y aun entonces, es imposible demostrar que nadie tenga derecho a ser irracional, mientras Santo Tomás no tenga derecho a ser razonable.

²²⁸ Otro juego de palabras que se pierde: “the blankest sceptics or the blackest pessimists”.

7.3.2 *Tres problemas metafísicos*

- ¹⁹ En un esbozo que sólo aspira a la simplificación más escueta, me parece que ésta es la verdad más simple sobre Santo Tomás como filósofo. Es, por así decirlo, un hombre fiel a su primer amor, que fue un amor a primera vista.²²⁹ Es decir, reconoció de inmediato una cualidad real en las cosas, y desde entonces se resistió a todas las dudas disolventes que surgieran de la naturaleza de esas cosas. Por eso subrayé –ya en las primeras páginas- que hay una humildad y una fidelidad puramente cristianas que subyacen a su realismo filosófico.

Santo Tomás pudo decir sinceramente –por haber visto simplemente un palo o una piedra- lo que dijo San Pablo por haber visto abrirse los arcanos celestiales: “No fui desobediente a la visión del cielo”.²³⁰ Porque –aunque el palo o la piedra sean una visión terrenal- Santo Tomás encuentra a través de ellos su camino al cielo. Y la cuestión está en que es obediente a la visión, y no se desdice de ella.

Casi todos los demás sabios que han guiado o extraviado a la humanidad se desdicen de ella –de la visión-, con una excusa u otra. Disuelven el palo o la piedra en soluciones químicas de escepticismo: en el disolvente del tiempo y del cambio, en las dificultades de la clasificación de unidades únicas, en la dificultad de reconocer la variedad y al mismo tiempo admitir la unidad. La primera de las tres se llama debate sobre el flujo o la transición informe; la segunda es el debate sobre el nominalismo y el realismo, o la existencia de ideas generales; la tercera se conoce como el antiguo enigma metafísico del uno y los muchos.

Pero todas se pueden reducir bajo una imagen tosca a esta misma afirmación sobre Santo Tomás: que sigue siendo fiel a la primera verdad y –negándose a la primera traición- no va a negar lo que ha visto, aunque

²²⁹ Otro juego de palabras de Chesterton: combina la frase hecha con el sentido de la vista y su interpretación filosófica, a la que da también un contenido teológico o sobrenatural, que le permite justificar toda la teoría de Santo Tomás.

²³⁰ Hechos de los Apóstoles 26,19 [N. de MLB].

sea una realidad secundaria y diversa. Él no va restar el número que pensó primero, aunque los otros sean innumerables.

- ²⁰ Él ha visto la hierba, y no va a decir que no la ha visto, porque hoy sea y mañana la arrojen al horno. Ésa es la sustancia de todo escepticismo en cuanto al cambio, la transición, las transformaciones y lo demás. Él no va a decir que no hay hierba sino sólo crecimiento: si la hierba crece y se marchita, sólo puede significar que forma parte de una cosa mayor todavía más real, no que la hierba sea menos real de lo que parece. Santo Tomás tiene un derecho realmente lógico a decir, con palabras del moderno místico A.E.: “Empiezo por la hierba a volver a unirme al Señor”.
- ²¹ Él ha visto la hierba y el grano: no va a decir que no se diferencien porque haya algo en común entre la hierba y el grano, ni tampoco va a decir que no haya nada común entre ambos porque realmente se diferencian.

No va a decir –con los nominalistas extremos- que como el grano se puede diferenciar en toda clase de frutos, o como la hierba pisada puede mezclarse en el fango con otros hierbajos, no pueda haber ninguna clasificación que distinga los hierbajos del limo, ni se pueda trazar una distinción precisa entre el alimento para el ganado y el ganado.

No va a decir con los platonistas extremos –por el lado contrario- que él vio la fruta perfecta dentro de su cabeza cerrando los ojos, antes de ver ninguna diferencia entre el grano y la hierba. Él vio una cosa y después otra, y luego una cualidad común; pero no va a sostener que viera la cualidad antes que la cosa.

- ²² Él ha visto la hierba y la grava, es decir, ha visto cosas realmente diferentes, cosas que no se dejan clasificar juntas como la hierba y el grano. El primer destello de realidad nos muestra un mundo de cosas realmente extrañas: no sólo extrañas a nosotros, sino extrañas entre sí. Las cosas separadas no necesitan tener nada en común excepto el Ser. Todo es Ser, pero no es verdad que todo sea unidad. Aquí es –como he dicho- donde Santo Tomás decididamente –se podría decir que desafiadamente-

se despiden del panteísta y del monista. Todas las cosas son pero –entre las cosas que son- están eso llamado ‘diferencia’ y eso llamado ‘semejanza’.

Y aquí de nuevo empezamos a volver a unirnos al Señor, no sólo a través de la universalidad de la hierba, sino a través de la incompatibilidad entre la hierba y la grava. Porque este mundo de seres diferentes y variados es especialmente el mundo del Creador cristiano: el mundo de las cosas creadas, como cosas hechas por un artista. Comparado con el mundo que es una sola cosa –con una especie de velo rutilante y fluctuante de cambio engañoso, que es la idea de tantas de las antiguas religiones de Asia y de las modernas sofisterías de Alemania-²³¹ Santo Tomás sigue manteniéndose terco en la misma obstinada fidelidad objetiva: él ha visto la hierba y la grava, y no es desobediente a la visión del cielo.

7.4 Conclusión: el encuentro con la realidad

- ²³ Resumiendo: la realidad de las cosas, la mutabilidad de las cosas, la diversidad de las cosas y cualquier otra cosa que se pueda atribuir a las cosas, son cuestiones seguidas atentamente por el filósofo medieval sin perder contacto con el punto original de la realidad. No hay espacio en este libro para especificar los mil pasos de pensamiento por los que demuestra estar en lo cierto.

Lo importante es que –además de estar en lo cierto- está en la realidad. Es realista en un curioso sentido propio, distinto de las acepciones de la palabra –casi contrarias-, medieval y moderna. Hasta las dudas y dificultades que surgen a propósito de la realidad le han llevado a creer en más realidad en lugar de menos. La capacidad de engañar de las cosas – que ha tenido un efecto tan triste en tantos sabios- ha tenido un efecto casi contrario en él: si las cosas nos engañan, es porque son más reales de lo que parecen.

²³¹ Es probable que esta alusión a las sofisterías alemanas se refieran al idealismo de Hegel –que lo reúne todo en el Espíritu- y a todos sus seguidores de distintas corrientes, por un lado; por otro, parece clara la alusión a la filosofía de Nietzsche, tan próxima a la visión asiática, que tuvo sus repercusiones en la ideología del nacionalsocialismo: recuérdese que el libro está escrito en 1933, año en que Hitler se hace con el poder en Alemania.

Como fines en sí, nos engañan siempre, pero como cosas que tienden a un fin mayor, aún son más reales de lo que creemos. Si parecen tener una relativa irrealdad, por así decirlo, es porque son potenciales y no actuales: están sin llenar, como paquetes de semillas o cajas de cohetes: tienen en sí la posibilidad de ser más reales de lo que son. Y existe un mundo superior –que el Escolástico llama fruición o cumplimiento- en el que toda esa relativa relatividad pasa a ser actualidad, en el que los árboles estallan en flor o los cohetes en llamaradas.

²⁴ Aquí dejo al lector, en el más bajo de los peldaños de aquellas escalas de lógica con que Santo Tomás asedió y escaló la Casa del Hombre. Es suficiente decir que por argumentaciones igual de honradas y laboriosas ascendió hasta las torres y habló con los ángeles sobre las cubiertas de oro.

Ésta es su filosofía, en un esbozo muy rudimentario; es imposible en un esbozo de este carácter describir su teología. El que escribe un libro tan pequeño sobre un hombre tan grande tiene que dejar algo fuera. Los que mejor le conocen serán quienes mejor comprendan por qué, tras considerable consideración, yo he dejado fuera lo único importante.

8. LA SUCESIÓN DE SANTO TOMÁS

8.1 Realidad y conocimiento

8.1.1 *El estilo de Santo Tomás: poesía y sobriedad*

- ⁰¹ Se dice a menudo que Santo Tomás, a diferencia de San Francisco, no admitió en su obra el componente indescriptible de la poesía. Por ejemplo, que hay escasas alusiones a ningún placer en las flores y frutos reales de las cosas naturales, aunque haya mucho interés por las raíces enterradas de la naturaleza.

Sin embargo, reconozco que leyendo su filosofía tengo una impresión análoga a la poesía muy peculiar y poderosa. Curiosamente, en algunos aspectos es más análoga a la pintura, y me recuerda mucho el efecto producido por los mejores pintores modernos, cuando proyectan una luz extraña y casi cruda sobre objetos escuetos y rectangulares, o parecen buscar a tientas –más que abrazar– los pilares de la mente subconsciente.²³²

Probablemente, es porque en su obra hay una cualidad primitiva –en el mejor sentido de esa palabra mal empleada–, pero el caso es que está claro que el placer no es sólo de la razón, sino también de la imaginación.

- ⁰² Tal vez esa impresión tenga que ver con que los pintores tratan de las cosas sin palabras. Un artista dibuja con toda seriedad las augustas curvas de un cerdo porque no está pensando en la palabra cerdo. Ningún otro piensa tan inequívocamente sobre las cosas sin dejarse despistar por la influencia indirecta de las palabras como Santo Tomás de Aquino.

²³² Referencia a cubistas, como Picasso y Braque, y a surrealistas, como Breton, Magritte o Dalí.

En ese sentido, es cierto que en él las palabras no añaden aliciente, pero tampoco inconveniente. Aquí difiere marcadamente, por ejemplo, de San Agustín, que entre otras cosas fue un hombre de ingenio, que fue –en cierto modo– un poeta en prosa y dominaba las palabras en su aspecto ambiental y emotivo, de modo que sus libros están sembrados de bellos pasajes que se alzan en la memoria como música: el “illi in vos saeviant”, o el inolvidable grito: “¡Tarde te amé, Antigua Hermosura!”.²³³

Es verdad que hay poco o nada de ese género en Santo Tomás, pero si careció de los usos superiores de la magia verbal, también se vio libre del abuso de ella que hacen los sentimentalistas y artistas egocéntricos, que puede llegar a ser enfermizo e incluso magia negra. Y es verdaderamente a través de una comparación de esta clase con los intelectuales puramente introspectivos como podemos encontrar una pista sobre la verdadera naturaleza de lo que estoy describiendo, o mejor dicho, de lo que no consigo describir: me refiero a la poesía elemental y primitiva que brilla en todos sus pensamientos, y de manera especial en el pensamiento con que comienza todo su pensar. Es la intensa rectitud de su sentido de la relación que existe entre la mente y la cosa real que hay fuera de la mente.

8.1.2 Realidad, objetividad, y fecundidad

- ⁰³ La extrañeza de las cosas –que es la luz de toda poesía, y aun de todo arte– está realmente ligada a su alteridad, a lo que se llama su objetividad. Lo subjetivo está manido, por fuerza. Precisamente, es lo objetivo lo que genera extrañeza, en esta óptica imaginativa. El gran contemplativo es en esto todo lo contrario al falso contemplativo, al místico que sólo mira a su

²³³ “Illi in vos saeviant” es el comienzo del capítulo II de uno de los escritos de San Agustín contra los maniqueos, ‘Contra Epistolam Manichei quam vocant Fundamentum’: “Clamen contra vosotros los que no saben cuánto trabajo cuesta llegar a la verdad, y cuán difícil es evitar el error”. El famoso “Tarde te amé” se encuentra en el libro X de las ‘Confesiones’ [N. de MLB].

propia alma, al artista egoísta que se aparta del mundo para vivir sólo en su propia mente.

Según Santo Tomás, la mente actúa libremente por sí misma, y su libertad consiste precisamente en encontrar una vía de salida a la libertad y a la luz del día, a la realidad y a la tierra de los vivos. En el subjetivista, la presión del mundo fuerza a la imaginación hacia dentro; en el tomista, la energía de la mente fuerza a la imaginación hacia fuera, porque las imágenes que busca son cosas reales. Todo su romance y –por así decirlo- su seducción, reside en el hecho de que son cosas reales, cosas que no se encuentran cuando uno se mira la mente. La flor es una visión porque no es sólo una visión. O, si se quiere, es una visión porque no es un sueño.²³⁴ Ésta es para el poeta la extrañeza de las piedras y de los árboles y de las cosas sólidas: son extrañas porque son sólidas.

Primero lo digo de manera poética, pero verdaderamente hace falta mucha más sutileza técnica para expresarlo de manera filosófica. Según Aquino, el objeto pasa a ser parte de la mente; más aún, según Aquino, la mente llega a convertirse en el objeto. Pero, como ha escrito con agudeza un comentarista, sólo se convierte en el objeto, no crea el objeto. En otras palabras, el objeto es un objeto: puede existir y existe fuera de la mente, o en ausencia de la mente. Y por lo tanto amplía la mente de la que pasa a formar parte. La mente conquista una nueva provincia –como un emperador- pero sólo tras responder al timbre como un criado.

La mente abre puertas y ventanas, porque la actividad natural de lo que está dentro de la casa es averiguar qué hay fuera de la casa. Si la mente se satisface consigo misma, no se satisface a sí misma. Porque ella misma consiste en nutrirse de hechos; como órgano, tiene un objeto que es objetivo: alimentarse del extraño y fuerte alimento de la realidad.

⁰⁴ De este modo se evitan dos trampas, abismos alternativos de impotencia. La mente no es únicamente receptiva, en el sentido de que absorba sensaciones como un papel secante. Sobre esa clase de debilidad se ha basado todo ese materialismo cobarde que concibe al hombre como en

²³⁴ Chesterton continúa jugando con el doble sentido de la palabra ‘visión’.

todo servil a su entorno.²³⁵

Por otro lado, la mente no es puramente creativa, en el sentido de que pinte cuadros en las ventanas y luego los tome por paisaje exterior. La mente es activa, pero su actividad consiste en seguir –en la medida en que la voluntad quiera seguirla- la luz de fuera que realmente ilumina paisajes reales. Esta postura confiere un carácter indescritiblemente viril y hasta aventurero a esta manera de ver la vida. Sobre todo si la comparamos con la que sostiene que las inferencias materiales anegan una mente absolutamente desvalida; o con la que sostiene que las influencias psicológicas se desbordan sobre el exterior y crean una fantasmagoría sin base alguna.

En otras palabras, la esencia del sentido común tomista es que hay dos agentes trabajando –la realidad y el reconocimiento de la realidad- y su encuentro es una especie de matrimonio. Y se puede decir con toda razón que es un matrimonio, porque es fructífero: la única filosofía realmente fructífera que existe hoy en el mundo. Produce resultados prácticos, precisamente porque es la combinación de una mente aventurera y un hecho extraño.

- ⁰⁵ El señor Maritain, en su libro ‘Theonas’,²³⁶ ha empleado una metáfora admirable al decir que el hecho externo fecunda a la inteligencia interna como la abeja fecunda a la flor. En cualquier caso, sobre ese matrimonio – o como se quiera llamar- se fundamenta todo el sistema de Santo Tomás: Dios hizo al hombre para que fuera capaz de entrar en contacto con la realidad. Y lo que Dios ha unido, que no lo separe ningún hombre.

8.2 Una filosofía operativa

8.2.1 Una filosofía del sentido común

²³⁵ En esta frase se resume sucintamente la cadena filosófica que una a Hume, Kant, Hegel, Marx y otros.

²³⁶ Jacques Maritain (1882-1973), filósofo francés representante de la corriente neotomista, escribió ‘Theonas’ en 1921.

- ⁰⁶ También es digno de comentario que sea la única filosofía operante. De casi todas las demás filosofías es estrictamente cierto que sus seguidores operan a pesar de ellas, o no operan en absoluto. Ningún escéptico opera escépticamente; ningún fatalista opera fatalistamente: todos sin excepción operan sobre el principio de que es posible asumir aquello que no es posible creer. Ningún materialista –que piensa que su mente operativa está hecha de barro, sangre y herencia- tiene duda alguna en utilizarla. Ningún escéptico –que cree que la verdad es subjetiva- tiene el menor reparo en tratarla como objetiva.
- ⁰⁷ Por eso, la obra de Santo Tomás posee una cualidad constructiva que falta en casi todas las cosmovisiones posteriores a él. Él edifica una casa mientras los especuladores más recientes no pasan de la etapa de probar los travesaños de una escalera de mano, demostrar la irremediable blandura de los ladrillos sin cocer, someter a análisis químico el espíritu con el medidor de alcohol²³⁷ y, en general, de pelearse sobre si existe alguna posibilidad de hacer las herramientas que se necesitan para hacer la casa.

Aquino les lleva un adelanto de eones intelectuales, mucho más allá del ordinario sentido cronológico en que se dice que un hombre se adelanta a su época: Aquino se adelanta en muchas épocas a la nuestra, porque ha tendido un puente sobre el abismo de la primera duda, ha encontrado la realidad al otro lado y ha empezado a construir sobre ella. La mayoría de las filosofías modernas no son filosofía, sino duda filosófica, esto es, duda de que pueda existir filosofía alguna.

Pero si aceptamos el acto o argumentación fundamental de Santo Tomás en la aceptación de la realidad, las ulteriores deducciones de la misma serán igualmente reales: serán cosas y no palabras. A diferencia de Kant y de la mayoría de los hegelianos, él tiene una fe que no es sólo una duda sobre la duda. No es sólo lo que vulgarmente se llama una fe sobre la fe: es una fe sobre los hechos. A partir de ese punto puede avanzar, deducir, desarrollar y decidir, como el que proyecta una ciudad y se sienta en un

²³⁷ Aquí desaparece un juego de palabras basado en la doble acepción de spirit en inglés: ‘espíritu’ y ‘alcohol’. El original dice ‘chemically analyzing the spirit in the spirit-level’ [N. de MLB].

tribunal. Pero desde entonces ningún pensador de tanta eminencia ha pensado que hubiera evidencia real de nada, ni siquiera la evidencia de los sentidos, que fuera lo bastante robusta para soportar el peso de una deducción definida.

8.2.2 *Algunas cuestiones sociales*

- ⁰⁸ De todo esto podemos inferir fácilmente que este filósofo no se limita a rozar las cosas sociales, a tocarlas de paso hacia las cosas espirituales, aunque ésa sea siempre su dirección. Él las agarra, y no sólo las agarra: las ase con fuerza. Como demuestran todas sus controversias, fue quizá el perfecto ejemplo de mano de hierro en guante de terciopelo. Siempre dedicaba a cada cosa toda su atención, e incluso parece fijarse en las cosas pasajeras, conforme pasan. Para él, hasta lo momentáneo era trascendental.

El lector siente que cada pequeña cuestión humana o costumbre económica casi se quema bajo los rayos convergentes de una lente de aumento. Es imposible poner en estas páginas la milésima parte de las decisiones sobre detalles de la vida que pueden hallarse en su obra: sería como reimprimir las actas judiciales de una increíble época de jueces justos y magistrados sensatos. Sólo podemos hacer mención de uno o dos temas obvios de esta índole.

- ⁰⁹ He señalado la necesidad de emplear palabras que estén en el ambiente moderno para referirme a ciertas cosas del ambiente antiguo, como cuando digo que Santo Tomás fue lo que la mayoría de los hombres de hoy entienden vagamente por optimista. De la misma manera, fue en alto grado lo que entienden vagamente por liberal. No me refiero con esto a ninguna de sus mil sugerencias de política que encajarían en un credo político concreto de esa clase, si es que hoy día existen credos políticos concretos.

Me refiero a cierto ambiente que cree en la amplitud, el equilibrio y el

debate. Puede no ser liberal según las exigencias extremas de los modernos, porque parece que al decir ‘los modernos’ siempre queremos decir los hombres del siglo pasado más que los de éste.²³⁸ Era muy liberal en comparación con los más modernos de todos los modernos, puesto que casi todos ellos se están volviendo fascistas y hitlerianos.²³⁹

La cuestión es que obviamente prefería el tipo de decisiones a las que se llega a través de la deliberación, y no de la acción despótica. Aunque - como todos sus contemporáneos y correligionarios- no duda de que la verdadera autoridad tenga derecho a ser autoritaria, es bastante enemigo de todo lo que pueda significar que sea arbitraria. Es mucho menos imperialista que Dante, y ni siquiera en su adhesión al bando papal se muestra demasiado imperial.²⁴⁰ Es muy aficionado a utilizar expresiones como ‘la multitud de hombres libres’ como la materia esencial de una ciudad, y es rotundo al sostener que la ley –cuando deja de ser justa- deja incluso de ser ley.

- ¹⁰ Si esta obra fuera polémica, se podrían consagrar capítulos enteros a las teorías económica y ética del sistema tomista. Sería fácil demostrar que – en esta materia- fue profeta además de filósofo. Anticipó desde el primer momento el peligro de aquella confianza en el comercio y el mercado que se iniciaba más o menos en su tiempo, y que ha culminado en el colapso mercantil universal del nuestro.²⁴¹

No se limitó a afirmar que la usura es antinatural, aunque al decirlo no hiciera sino seguir a Aristóteles y al obvio sentido común, que nadie contrarió hasta la época de estos mercantilistas que nos han conducido al

²³⁸ Parece que Chesterton se refiere a los autores clásicos de la tradición liberal, como Jeremy Bentham (1748-1832) o John Stuart Mill (1806-1873).

²³⁹ El primer tercio del siglo XX vio surgir movimientos fascistas en todos los países europeos, incluyendo aquellos que se consideran de gran tradición liberal, como Francia o Inglaterra. Mussolini gobernaba en Italia desde 1922, Hitler había llegado al poder en 1933, y sus países parecían ser ejemplos de desarrollo y modernidad.

²⁴⁰ Alusión a las disputas medievales entre el Papado y el Imperio durante los siglos XI-XIV, que en Italia se convirtieron en las guerras entre güelfos –partidarios del Papado, como el propio Dante- y gibelinos – partidarios del Emperador.

²⁴¹ Se refiere al crack de 1929 y la subsiguiente crisis económica, la llamada Gran Depresión, que duró buena parte de los años 30. La casualidad hace que en 2008 comenzase otra profunda crisis capitalista – causada sobre todo por la especulación financiera-, que permite poner de relieve las graves carencias del sistema, que tienden a olvidarse con los años de prosperidad. Chesterton dedicó todo un libro –‘The Outline of Sanity’ (Esbozo de sensatez), 1927- a cuestiones sociales y económicas.

colapso. El mundo moderno empezó con Bentham²⁴² escribiendo ‘Defensa de la usura’, y a los cien años, hasta la vulgar opinión de la prensa encuentra indefendibles las finanzas.²⁴³

Y Santo Tomás ahondó mucho más: mencionó la verdad –desdeñada durante la larga idolatría del comercio- de que las cosas que los hombres produzcan sólo para vender seguramente serán de peor calidad que aquellas que produzcan para consumir. Algo de la dificultad que nos plantean los matices del latín se siente cuando llegamos a su afirmación de que el comercio implica siempre cierta ‘inhonestas’. Porque ‘inhonestas’ no significa exactamente falta de honradez. Significa aproximadamente la cualidad de lo que no es del todo decoroso o –quizá con mayor aproximación- de lo que no está del todo bien. Y tenía razón, porque comercio –en sentido moderno- significa vender algo por un poco más de lo que vale. Esto no lo habrían negado los economistas del siglo XIX: tan sólo habrían dicho que este hombre no tenía sentido práctico, lo que parecía sensato mientras sus tesis condujeron a la prosperidad material. Ahora que han conducido a la bancarrota universal las cosas son algo distintas.

8.3 La reacción al tomismo

8.3.1 *La deficiente continuidad escolástica*

- ¹¹ Y aquí chocamos con una colosal paradoja de la historia. Es obvio que la filosofía y teología tomista –si se la compara con ecuanimidad con otras filosofías como la budista o la monista, con otras teologías como la calvinista o la de la ‘ciencia cristiana’- es un sistema operante y hasta combatiente, lleno de sentido común y confianza constructiva, y por lo tanto normalmente lleno de esperanza y promesa. Y no se trata de

²⁴² Jeremy Bentham (1748-1832), economista liberal inglés y padre de la teoría utilitarista, escribió la ‘Defensa de la usura’ en 1787. Hasta el mundo moderno, se entiende por usura el préstamo con interés –a diferencia del moderno sentido, relativo a un interés muy elevado o injusto- y Santo Tomás –como todos los filósofos hasta ese momento- se oponía a ella.

²⁴³ Nueva alusión a la crisis económica de los años 30, exactamente igual que sucede en estos momentos, cuando la especulación financiera está mal considerada en determinados sectores.

esperanza vana ni de promesa incumplida. En este momento moderno no muy esperanzador, la gente más esperanzada mira hoy hacia Santo Tomás, buscando orientación en un sinfín de apremiantes problemas sobre ética y economía, sobre la industria y la propiedad.

Hay sin duda un tomismo esperanzado y creativo en nuestro tiempo.²⁴⁴ Por eso nos desconcierta que no lo hubiera en el tiempo inmediatamente posterior a Santo Tomás. Es verdad que hubo un gran avance de progreso en el siglo XIII, y que en algunas cosas –como la situación de los campesinos- se había mejorado mucho al terminar la Edad Media. Nadie puede decir sinceramente que la escolástica hubiera avanzado mucho al terminar la Edad Media, pero tampoco se puede decir hasta qué punto el espíritu popular de los frailes impulsó los posteriores movimientos populares medievales, ni hasta qué punto este gran fraile –con sus luminosas reglas de justicia y su perenne simpatía hacia los pobres- pudo contribuir indirectamente a la mejora que sin duda se produjo.

Sin embargo, los que siguieron su método –como cosa distinta de su espíritu moral- degeneraron con extraña rapidez, y desde luego no fue entre los escolásticos donde se produjo la mejora. De algunos de los escolásticos sólo podemos decir que tomaron lo peor de la escolástica y lo empeoraron. Siguieron contando los pasos de la lógica, pero cada paso de la lógica los alejaba más del sentido común. Olvidaron que Santo Tomás había empezado casi como un agnóstico, pero se mostraron resueltos a no dejar nada –en el cielo o en el infierno- sobre lo que alguien pudiera ser agnóstico. Fueron algo así como unos racionalistas rabiosos que –si por ellos fuera- no habrían dejado misterio alguno en la fe.

Hay algo en esa escolástica que resulta fantasioso y pedante a los modernos, pero que rectamente entendido tiene –en su fantasía- un espíritu noble. Es el espíritu de la libertad, y particularmente, el del libre albedrío. Nada parece más pintoresco, por ejemplo, que especular sobre qué habría sido de cada vegetal o animal o ángel si Eva hubiera optado

²⁴⁴ El siglo XVI conoció un primer resurgir del tomismo en la importante ‘escuela de Salamanca’ (Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Luis de Molina, Francisco Suárez, etc.), pero fue sobre desde la segunda mitad del siglo XIX y XX cuando el tomismo ha comenzado a ser estudiado de nuevo en profundidad, en diversos lugares del mundo, dando lugar a varias generaciones de importantes filósofos neotomistas como el propio Maritain, Gilson, Pieper, Mercier, Garrigou-Lagrange... Y en España autores como González Álvarez, Millán-Puelles, el P. Ramírez, el P. Urdánoz, Melendo, etc.

por no comer la fruta del árbol, pero eso estaba cargado del suspense de la elección, del sentimiento de que ella podría haber elegido de otra manera.

Este minucioso método detectivesco siguió adelante, pero sin el suspense de la historia detectivesca original. El mundo se pobló de incontables mamotretos donde se demostraban a través de la lógica mil cosas que sólo Dios puede conocer. Desarrollaron todo lo que había de realmente estéril en la escolástica, y dejaron para nosotros todo lo que hay de realmente fructífero en el tomismo.

- ¹² Hay muchas explicaciones históricas. Están la Peste Negra –que quebró el espinazo de la Edad Media- y el consiguiente declive de la cultura clerical, que tanto influyó en provocar la Reforma. Pero yo sospecho que hubo también otra causa, que sólo se puede formular diciendo que los fanáticos contemporáneos que polemizaron con Aquino dejaron tras ellos su propia escuela, y esa escuela, en cierto sentido, acabó triunfando.

Los agustinianos realmente estrechos, los hombres que veían la vida cristiana sólo como una vía estrecha, los hombres que no podían comprender siquiera el gran júbilo del dominico en la llamada del Ser ni la gloria de Dios en todas sus criaturas, los hombres que seguían insistiendo febrilmente en cada texto –o incluso en cada verdad- que pareciera pesimista o paralizante, aquellos cristianos tétricos no pudieron ser extirpados de la Cristiandad; permanecieron esperando su ocasión. Los agustinianos estrechos –hombres que no querían ni ciencia ni razón ni uso racional de las cosas profanas- podrían haber sido derrotados en la polémica, pero sus convicciones se habían convertido en una pasión acumulada. Había en el norte un monasterio agustiniano que estaba a punto de explotar.

8.3.2 *La contrarrevolución de Martín Lutero*

- ¹³ Tomás de Aquino había asestado su golpe, pero no había liquidado totalmente a los maniqueos: no es tan fácil liquidarlos, en sentido de

liquidarlos para siempre. Él había asegurado que el esquema básico del cristianismo que ha llegado hasta nosotros fuera sobrenatural y no antinatural, que nunca una espiritualidad falsa lo oscureciera hasta hacerle olvidarse del Creador y del Cristo que se hizo hombre. Pero, al tiempo que su tradición se dispersaba en hábitos de pensamiento menos liberales o menos creativos y su sociedad medieval se marchitaba y declinaba por otras causas, aquello contra lo que él había guerreado volvió a introducirse en la Cristiandad.

Hay en la religión cristiana cierto espíritu o elemento –necesario y a veces noble- que siempre requiere el contrapeso de otros elementos más dulces y generosos de la fe, y que volvió a fortalecerse una vez más, a medida que la armazón de la escolástica se endurecía y resquebrajaba: el temor de Dios, que es el comienzo de la sabiduría, que pertenece a los principios y se siente en las horas frías antes del alba de la civilización; el poder que sale del desierto y cabalga sobre la tempestad y deshace los dioses de piedra; el poder ante el cual las naciones orientales yacen postradas como un pavimento; el poder ante el cual los profetas primitivos corren desnudos dando gritos, a la vez proclamando a su dios y huyendo de él; el temor que con razón anida en los comienzos de toda religión, verdadera o falsa; el temor del Señor, que es el comienzo de la sabiduría... pero no el fin.

¹⁴ A menudo se ha destacado –como muestra de la irónica indiferencia de los gobernantes a las revoluciones, y particularmente de la frivolidad de los llamados Papas paganos del Renacimiento en su actitud hacia la Reforma- que cuando el Papa tuvo la primera noticia de los primeros movimientos del protestantismo que habían empezado en Alemania, se limitó a decir, sin pararse a pensar, que aquello era ‘una pelea de monjes’. Todo Papa, claro está, estaba acostumbrado a que hubiera peleas entre las órdenes monásticas, pero siempre se ha señalado como una negligencia extraña y casi inexplicable que no alcanzara a ver más que eso en los comienzos del gran cisma del siglo XVI. Y sin embargo –en un sentido recóndito- hay algo que decir en defensa de lo que se le acusa de haber dicho, pues en cierto sentido, los cismáticos tenían su ascendencia espiritual en la época medieval.

- ¹⁵ Se encontrará más atrás en este libro y fue una pelea de monjes. Hemos visto que el gran nombre de Agustín –nombre que Aquino no cita nunca sin respeto, pero sí a menudo sin acuerdo- cubría a una escuela de pensamiento agustiniana que lógicamente duró más tiempo en la orden de los agustinos. La diferencia –como toda diferencia entre católicos- era sólo una diferencia de énfasis. Los agustinos hacían hincapié en la idea de la impotencia del hombre ante Dios, la omnisciencia de Dios acerca del destino del hombre, la necesidad del santo temor y la humillación del orgullo intelectual, más que en las verdades opuestas y correspondientes del libre albedrío, la dignidad humana o las buenas obras. En eso sí puede decirse que en cierto sentido daban continuidad a la nota distintiva de San Agustín, a quien incluso ahora se considera –en términos relativos- el doctor determinista de la Iglesia.

Pero hay énfasis y énfasis, y se aproximaba una época en la que poner énfasis en un lado iba a significar negar de plano el otro. Tal vez en el fondo empezara siendo una pelea de monjes, pero el Papa aún no se había enterado de lo peleón que podía ser un monje. Porque hubo un determinado monje en aquel monasterio agustino de los bosques alemanes, del que se puede decir que tuvo un talento singular y especial para el énfasis: para el énfasis y nada más que el énfasis, para el énfasis con caracteres de terremoto. Hijo de un pizarrero, era hombre de gran voz y mucha personalidad: reconcentrado, sincero, decididamente enfermizo, y se llamaba Martín Lutero. Ni Agustín ni los agustinianos habrían deseado ver el día de esa vindicación de la tradición agustiniana. Pero en cierto sentido, la tradición agustiniana se vio finalmente vengada.

- ¹⁶ Salió de su celda el día de la tormenta y de la ruina, y clamó con una voz nueva y potente por una religión elemental y emocional, y por la destrucción de todas las filosofías. Sentía un peculiar horror y aborrecimiento hacia las grandes filosofías griegas y hacia la escolástica fundada sobre aquellas filosofías. Tenía una sola teoría, que era la destrucción de todas las teorías; de hecho, tenía su teología particular, que era en sí la muerte de la teología. El hombre no podía decir nada a Dios, nada desde Dios, nada sobre Dios, excepto una súplica casi inarticulada de la misericordia y la ayuda sobrenatural de Cristo, en un mundo donde

todas las cosas naturales eran inútiles. La razón era inútil, la voluntad era inútil, el hombre no podía moverse una pulgada más de lo que puede una piedra. El hombre no podía fiarse de lo que había en su cabeza más de lo que había en un nabo. No quedaba nada en la tierra ni en el cielo, sólo el nombre de Cristo alzado en solitaria imprecación, terrible como el grito de una bestia dolorida.²⁴⁵

- ¹⁷ Debemos ser justos con esas enormes figuras humanas, pues de hecho son las bisagras de la historia. Por muy fuerte –y fuerte con razón- que sea nuestro convencimiento polémico, nunca nos debe llevar a la equivocación de pensar que algo trivial haya transformado el mundo. Así ocurre con aquel gran monje agustino que vengó a todos los agustinianos ascéticos de la Edad Media, y cuya figura ancha y fornida ha sido lo bastante grande para eclipsar durante cuatro siglos la distante montaña humana de Aquino.

No es –como les encanta decir a los modernos un problema de teología. La teología protestante de Martín Lutero era algo que ningún protestante moderno querría ni oler o –si esa expresión parece demasiado vulgar- tocar ni con guantes. Aquel protestantismo era pesimismo: no era más que insistencia implacable en la inutilidad de toda virtud humana como manera de evitar el infierno. Aquel luteranismo es ahora bastante irreal; fases más modernas del luteranismo son bastante más irreales, pero Lutero no fue irreal. Fue uno de esos grandes bárbaros elementales a quienes efectivamente se concede cambiar el mundo.

Comparar en sentido filosófico a estas dos figuras que tanto abultan en la historia sería, por supuesto, ocioso y hasta injusto. En un gran mapa como la mente de Aquino, la mente de Lutero sería casi invisible. Pero no es faltar a la verdad decir, como tantos periodistas han dicho sin parar mientes en si era verdadero o falso, que Lutero inauguró una época, y comenzó el mundo moderno.

- ¹⁸ Fue el primer hombre que utilizó conscientemente su conciencia, lo que

²⁴⁵ Recuérdese que para Lutero lo único que importa es la fe; todo lo demás es secundario.

más tarde se llamaría su personalidad, y es un hecho que tuvo una personalidad bastante fuerte.

Aquino tuvo una personalidad todavía más fuerte; tuvo una presencia imponente y magnética; tuvo un intelecto capaz de actuar como un enorme sistema de artillería repartido por el mundo entero; tuvo esa instantánea presencia de ánimo en el debate que es lo único que realmente merece el nombre de ingenio. Pero nunca se le ocurrió utilizar otra cosa que sus ideas, en defensa de una verdad que no era su persona. Nunca se le ocurrió a Aquino utilizar a Aquino como arma. No hay indicio de que jamás se sirviera de sus ventajas personales, de cuna ni de cuerpo ni de cerebro ni de crianza, para debatir con nadie. En suma, perteneció a una era de inconsciencia intelectual, a una era de inocencia intelectual que era muy intelectual.

Pero Lutero inauguró la actitud moderna de apoyarse en cosas no meramente intelectuales. No es cuestión de alabanza ni de censura; poco importa que digamos que fue una personalidad fuerte o que fue un poquito matón. Cuando –al citar un texto de la Escritura– insertó una palabra que no está en la Escritura, como respuesta a todos los objetantes, se contentó con vociferar: “¡Decidles que lo dice el doctor Martín Lutero!”. Eso es lo que ahora llamamos personalidad; un poco más tarde se llamó psicología, y después se llamó propaganda o arte de vender.

Pero no estamos discutiendo de ventajas o desventajas. Es de justicia con aquel gran pesimista agustiniano decir no sólo que acabó triunfando sobre el Doctor Angélico, sino que –en un sentido muy real– hizo el mundo moderno: destruyó la razón, y en su lugar puso la sugestión.

8.4 El renacer del tomismo

¹⁹ Se dice que el gran reformador quemó en público la Suma Teológica y las obras de Aquino. Y con la hoguera de esos libros bien puede acabar éste. Dicen que es muy difícil quemar un libro; y tuvo que ser difícilísimo quemar semejante montaña de libros como había aportado el dominico a

las controversias de la Cristiandad. Hay, en cualquier caso, algo espeluznante y apocalíptico en la idea de tal destrucción, cuando pensamos en la compacta complejidad de todo aquel enciclopédico panorama de cosas sociales, morales y teóricas. Las apretadas definiciones que descartaban tantos errores y extremos; los generosos y equilibrados juicios sobre el conflicto de lealtades o la elección entre males; las especulaciones liberales sobre los límites del gobierno o las condiciones debidas de la justicia; las distinciones entre el uso y el abuso de la propiedad privada; las reglas y excepciones sobre el gran mal de la guerra; las concesiones a la debilidad humana y las provisiones para la humana salud. Toda esa masa de humanismo medieval se engurruñó y se disipó en volutas de humo ante los ojos de su enemigo.

Y aquel gran campesino apasionado se regocijó oscuramente, porque el día del intelecto había llegado a su fin. Ardió frase a frase, silogismo a silogismo; las doradas máximas se transformaron en doradas llamas en la última y agonizante gloria de cuanto antaño fuera la gran sabiduría de los griegos. La gran síntesis central de la historia, que iba a enlazar el mundo antiguo y el moderno, se alzó en humo y –para medio mundo- se desvaneció como vapor.

- ²⁰ Durante un tiempo pareció que la destrucción era definitiva. Todavía se manifiesta en el hecho pasmoso de que (en el norte) pueda seguir habiendo hombres modernos que escriben historias de la filosofía donde la filosofía acaba en los últimos pequeños sofistas de Grecia y Roma, y ya no se vuelve a saber de ella hasta la aparición de un filósofo de tercera, como Francis Bacon.²⁴⁶ Y sin embargo este librito –que probablemente no sirva para otra cosa, o tendrá muy escaso valor aparte de eso- al menos dará testimonio de que cuatrocientos años después ha vuelto a cambiar la marea.

Espero que este libro (y me alegra decir que estoy convencido), probablemente se perderá y olvidará en la riada de libros mejores sobre Santo Tomás de Aquino que en este mismo instante fluye de todas las imprentas de Europa, y hasta de Inglaterra y América. Comparado con

²⁴⁶ Francis Bacon (1561-1626), primer barón de Verulam y canciller de Inglaterra, fue filósofo, político, abogado y escritor.

ellos, es obviamente un producto ligero, obra de aficionado: no es de temer que lo quemem. Pero si así fuera, no dejaría un hueco perceptible en la caudalosa corriente de obras nuevas y magníficas que ahora se dedican cada día a la 'Philosophia Perennis', a la Filosofía Perenne.